
LA GUÍA DEL
CLICHÉ
IMPERFECTO
LOLA BELUCCI

LA GUÍA DEL CLICHÉ IMPERFECTO

LOLA BELUCCI

Copyright © 2024

La guía del cliche imperfecto
1ª Edición
Publicado anteriormente bajo el título de Manual do clichê imperfeito en portugués
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma, por medios electrónicos o mecánicos, sin el consentimiento escrito del autor/editor.

Revisión y Traducción: Matías San Miguel

Maquetación: Lola Belluci

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales es pura coincidencia.

Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida por ningún medio, tangible o intangible, sin la previa autorización del autor. La violación de los derechos de autor es un delito previsto por la ley n° 9.610/98, castigado por el artículo 184 del código penal.

¡Por favor, respeta el arduo trabajo de esta autora! Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o copiada sin permiso, excepto por breves citas utilizadas en reseñas o promociones.

Este libro está licenciado solo para tu disfrute personal. ¡Gracias!

TEXTO REVISADO SEGÚN EL ACUERDO ORTOGRÁFICO DE LA LENGUA ESPAÑOLA.

Sumário

PLAYLIST
SYNOPSIS
DEDICATORIA
PRÓLOGO
Regla número 1
Regla número 2
Regla número 3
Regla número 4
Regla número 5
Regla número 6
Regla número 7
Regla número 8
Regla número 9
Regla número 10
Regla número 11
Regla número 12
Regla número 13
Regla número 14
Regla número 15
Regla número 16
Regla número 17
Regla número 18
Regla número 19
Regla número 20
Regla número 21
Regla número 22
Regla número 23
Regla número 24
Regla número 25
Regla número 26
Regla número 27

Regla número 28
Regla número 29
Regla número 30
Regla número 31
Regla número 32
Regla número 33
Regla número 34
Regla número 35
Regla número 36
Regla número 37
Regla número 38
Regla número 39
Regla número 40
Regla número 41
Regla número 42
Regla número 43
Regla número 44
Regla número 45
Regla número 46
Regla número 47
Regla número 48
Regla número 49
Regla número 50
Regla número 51
Regla número 52
Regla número 53
Regla número 54
Regla número 55
Regla número 56
Regla número 57
Regla número 58
Regla número 59
Regla número 60

Regla número 61
Regla número 62
Regla número 63
Regla número 64
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

PLAYLIST


PLAYLIST

SYNOPSIS

Soy Ava Harrington: una torpe estudiante de primer año, conocida en todo el campus y desesperada por deshacerme de mi imagen de "Princesa Número Cinco".

Él es Finnick Coleman: la estrella del hockey de la Universidad de Michigan, el rompecorazones del campus y un completo enigma.

¿Rumbo al desastre? Absolutamente.

Nunca debíamos ser más que compañeros de proyecto, pero cuando Finnick descubre mi lista secreta de rebeldía universitaria —que comienza con perder mi virginidad—, me sorprende con una propuesta: él me ayudará a tachar cada punto de la lista, sin compromisos.

Estamos de acuerdo en una cosa: no podemos enamorarnos.

Es un acuerdo destinado al desastre, pero no puedo resistirme.

Él está acostumbrado a los reflectores; yo hago lo posible por evitarlos. A medida que cumplimos cada tarea atrevida e íntima, las líneas comienzan a desdibujarse.

Lo que empezó como un simple acuerdo se convierte en algo que ninguno de los dos puede controlar.

Me veo atraída más y más hacia el mundo de Finnick: partidos de hockey llenos de adrenalina y secretos a altas horas de la noche. Pero, mientras navegamos por este terreno resbaladizo, no puedo evitar preguntarme: ¿podremos realmente mantenernos fieles a las reglas que establecimos, o el último punto de la lista —enamorarnos— será el más tentador de todos?

Entra a la arena, donde los corazones están en juego, y la jugada final podría cambiarlo todo.

¿Estás lista para ver si romperemos todas las reglas?

DEDICATORIA

Para mis exalumnos, que ahora están en la universidad.
Ustedes no me volvieron loca… O tal vez sí, porque este libro comienza con un incendio.

Broma… (¿O no?)

Y para todos los amantes de las historias improbables y los romances universitarios caóticos.
Para quienes alguna vez hicieron listas locas en la universidad, perdieron la virginidad (o lo pensaron mucho), y, por supuesto, para aquellos que creen que el amor es más impredecible que un ascensor fuera de servicio.
Que las risas sean contagiosas, los corazones se aceleren, y que Ava y Finnick sean la inspiración para todas las listas atrevidas que vendrán.



PRÓLOGO

se queda sin hogar y se convierte en la principal sospechosa de un crimen.

AVA HARRINGTON

—¡No, no, no!

Abro los ojos de golpe, parada en el marco de la puerta, viendo cómo se abren de par en par las puertas de las habitaciones contiguas. Piernas bajan corriendo desde el tercer y cuarto piso de la casa, chocándose entre sí en el camino.

Parpadeo, aturdida por el caos que me rodea. Gente corriendo y gritando por todos lados. Algunas de las chicas solo llevan una toalla.

Me dejo llevar por el flujo y corro hacia las escaleras. Por supuesto, de todas las casas que podrían incendiarse, tenía que ser justo en la que estoy. Al llegar al primer piso, veo humo saliendo por debajo de la puerta de la cocina.

—¡No! ¡Por favor, no! ¡No, no, no!

Me quedo paralizada por unos segundos antes de correr hacia allí, dejando caer las zapatillas que llevaba en la mano. Agarro la manija de la puerta, pero me quemo. La suelto de inmediato.

Miro la madera ardiente durante varios segundos, sintiendo cómo el corazón se me sube a la garganta. El pánico me inunda de una forma que nunca había sentido antes.

Es el humo el que me obliga a retroceder, empezando a sofocarme y hacerme toser. Salgo corriendo de la casa y me detengo en la calle, donde el grupo de chicas de la hermandad Delta Sigma Theta que huye del incendio va creciendo.

Algunas tosen, otras están acurrucadas, abrazadas entre ellas. Los guardias del campus intentan detener a otras que parecen querer volver a la casa. ¿Pero por qué diablos querrían regresar a un incendio?

A lo lejos, ya se escuchan las sirenas. Miro hacia la izquierda y veo la cocina completamente envuelta en llamas. Mi cabeza se mueve de un lado a otro.

—No, no, no...

Trago saliva, pero es inútil. Tengo la boca seca, como si mi lengua fuera papel de lija. Esto se suponía que era un nuevo comienzo, una oportunidad para ser algo diferente al desastre ambulante que siempre he sido. No tenía que ser así. No.

El pánico se expande en mi pecho más rápido de lo que el fuego consume las paredes de la casa frente a mí.

Inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho y descalza, observo cómo el fuego devora toda la cocina y se extiende por la pared externa, alcanzando la sala.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que el camión de bomberos llega, ni la ambulancia, pero cuando alguien grita que encontraron a una mujer dentro de la casa, siento que el aire se me queda atrapado en los pulmones. ¿Todavía había alguien ahí?

Los paramédicos corren con una camilla mientras un bombero sale por la puerta, cargando en brazos a una mujer delgada, de piel oscura, con un vestido rosa brillante. ¡Dios mío!

La entrada de la hermandad se convierte en un caos de sonidos y pasos rápidos hacia nuestra presidenta. Pasos que son detenidos por los paramédicos y los guardias del campus. Yo sigo en el mismo lugar.

A pesar de la multitud que nos separa, la voz de Chloe sobresale por encima de todo cuando sus ojos se encuentran con los míos.

—¡Tú! —grita, luchando contra los profesionales que solo intentan ayudarla.

Su dedo apunta directamente hacia mí. Su cabello liso está chamuscado en las puntas, su vestido, antes brillante, ahora está cubierto de hollín, y mis ojos se abren aún más.

Sigo negando con la cabeza, cada vez más rápido, hasta que el movimiento se vuelve frenético y empiezo a retroceder, pero eso no la detiene.

Chloe sigue con una expresión de locura en el rostro, respirando profundo como si estuviera tomando aire para soltar el siguiente grito, incluso cuando la envuelven en una manta de aluminio. Las personas a nuestro alrededor nos miran. Mueven la cabeza dirigiendo la mirada de ella hacia mí y de mí hacia ella.

Miro a todos y a nadie en particular, tragando saliva con fuerza, aterrada por la acusación en el rostro de la presidenta de la hermandad.

Me falta el aire, pero no tiene nada que ver con el humo alrededor.

—¡Esto es tu culpa! —Chloe finalmente libera el grito que tenía contenido, y sé, simplemente lo sé, que cualquier oportunidad que tenía de empezar de nuevo acaba de volverse

cenizas, igual que el resto de la casa que incendié.

Regla número 1

Sé "ese" tipo de hombre, el que no llama al día siguiente.

FINNICK COLLEMAN

—Espero tu mensaje —dice la chica de cabello oscuro y piel bronceada, mordiendo su labio y parpadeando coqueta mientras desliza la mano por mi pecho desnudo.

—No lo esperes.

Abro la puerta del apartamento. ¿Tracy, Trisha, Tania? Da igual. Ella parpadea, sorprendida, a pesar de que, entre conocernos anoche y su llegada a mi cama, no hemos intercambiado más de veinte palabras. De repente, la morena se ríe.

—¡Ah, Finn! ¡Eres tan gracioso! ¡Estoy tan emocionada de que estemos aquí! —Su mano baja por mi abdomen hasta alcanzar la cintura de mis pantalones de pijama. Pasa los dedos bajo el elástico y me lanza una mirada provocadora, seguida de un guiño antes de dirigirse hacia los ascensores—. Nos vemos por ahí.

Cierro la puerta y me giro, encontrando a Aiden detrás de mí, apoyado en la entrada de la sala, con una camiseta que apenas cubre la mitad de su torso oscuro.

—Eso no fue muy amable de tu parte —me dice en seco.

Se mete el brazo en la manga faltante y estira la camiseta verde, luego se pasa las manos por la cabeza, frotando el pelo recién cortado. Su sonrisa burlona, mostrando esos dientes blancos, me hace resoplar mientras entro en la cocina, que parece más un hotel de lujo que el apartamento de un universitario. Aiden es un maldito extravagante.

—Claro, porque tú seguro le llevas el desayuno en la cama a la chica que tienes en tu cuarto, ¿no? —comento con el mismo tono.

—Dije que no fuiste amable, no que yo sea mejor. Aunque no echar a mi compañía a las tres de la mañana debería contar como algo bueno, ¿no?

—¿Te levantaste para eso? —Lo miro por encima del hombro mientras echo café en la cafetera—. ¿Café?

—No, gracias. Planeo volver a dormir, aunque fastidiarte siempre es entretenido. No tanto, pero suficiente. Me levanté porque tengo el sueño ligero y no estoy acostumbrado a que las

puertas se abran en plena madrugada.

Aprieto el botón de la máquina y la programo para una taza grande.

—¿Madrugada? —Me río—. Son las tres de la mañana, hermano. Para ser un mariscal de campo a un año del draft[1], estás algo flojo.

Aiden cruza los brazos, mostrando sus bíceps.

—Aquí no hay nada flojo.

—La chica en tu cama me dijo otra cosa —me burlo, y él baja la mirada, sonriendo aún más.

—Tampoco aquí entre mis piernas.

Me río y cruzo los brazos sobre el pecho, apoyando las caderas en la mesada mientras el café se prepara.

—Es bueno tenerte aquí —Aiden se sienta en el taburete al otro lado de la barra—. Si tuviera que seguir viéndote solo por videollamada, mi celular probablemente explotaría con esos ojos azules y ese cabello lacio… Demasiada belleza estereotípica hasta para el aparato.

La risa sale raspando mi garganta. Aiden Murray: promesa del fútbol americano, estudiante decente, fiestero de primera, un maldito sarcástico y el mejor idiota que conozco.

Nos conocimos cuando éramos niños, justo cuando mi familia se mudó a Colorado. La familia de Aiden vive en la mansión al lado de la nuestra, aunque eso signifique casi tres kilómetros de distancia.

Aunque nuestros padres no se llevan bien, siempre fuimos a la misma escuela y compartíamos muchas cosas en común. La primera: ambos tenemos leyendas deportivas como padres y sabemos lo que es crecer bajo esa sombra.

Dylan Murray, el padre de Aiden, es el Wayne Colleman del fútbol americano. O quizás mi padre es el Dylan Murray del hockey, aunque él nunca aceptaría ser comparado.

Con los años, Aiden y yo nos volvimos inseparables, hasta que terminamos la secundaria y cada uno tuvo que elegir su próximo destino según sus mejores oportunidades.

Aiden era el mariscal de campo prometedor, y yo, el ala central más rápido de la década. Él se fue a Ann Arbor, yo a Denver.

Sacudo la cabeza, porque admitir que es bueno estar aquí me resulta difícil. Dejar Denver

en mi último año de universidad no estaba en mis planes, y menos para venir a la Universidad de Michigan.

Se suponía que me mudaría directamente a la fraternidad del equipo de hockey de la UMich, pero necesitaba tiempo para lidiar con algunas cosas primero.

—Gracias por recibirme —le agradezco sinceramente—. Sé que fue… inesperado.

Aiden resopla, dejando claro lo poco realistas que son mis palabras.

—Inesperado es una tormenta de nieve en verano. Que Finnick Colleman se transfiera a la Universidad de Michigan y juegue con el uniforme de los Lynx es algo mucho más grande —asegura, riendo—. Creo que el árbitro casi tiene un infarto cuando entraste en el partido del viernes, y los jugadores no sabían si seguir moviéndose. Ninguno de los dos equipos. Ni hablemos de la tribuna. De repente, esa mierda parecía un velorio de lo silencioso que se puso todo.

No puedo evitar sacudir la cabeza de nuevo, sabiendo exactamente a qué se refiere.

La situación es tan absurda que no habría ocurrido sin la amenaza de una demanda multimillonaria sobre la cabeza de quienes tomaron la decisión.

En ninguna otra circunstancia dejarían que un jugador nuevo entrara al hielo sin haber entrenado con el equipo, y mucho menos cuando, hasta la temporada anterior, ese mismo jugador era la estrella del equipo rival.

Sin embargo, después del incidente que casi me costó la carrera en la final de la Frozen Four, la dirección de UMich aceptaría cualquier cosa con tal de evitar una demanda. Incluso permitirían que me presentara en el primer partido del año sin que nadie, aparte del entrenador y el comité universitario, supiera lo que iba a pasar.

Antes de mi entrada en el segundo período, el partido iba más o menos bien, y los Lynx se estaban asegurando una victoria, aunque muy ajustada.

Los pases eran flojos, las defensas lentas, y la falta de agresividad me hacía querer golpear a los delanteros para que entendieran el concepto de juego físico. Y luego estaba el maldito Justin Rodriguez, el idiota que no entiende que “centro” es el nombre de la posición, no el lugar donde debería plantarse todo el juego.

Connor Parker podrá ser un imbécil y haberme costado una Off season[2] llena de fisioterapia y tratamientos, pero al menos sabía lo que su posición requería y hacía algo al respecto antes de ser apartado del equipo.

A pesar de todo eso, hasta que entré al hielo, el equipo de Paul Levine aún podía jugar, aunque mediocremente. ¿Después? Hasta unos palos habrían hecho lo mismo que el equipo de la UMich y eso no tenía nada que ver con nuestra falta de compenetración como equipo.

—Al menos ganaron —Aiden chasquea la lengua—. ¿Vamos a hablar de qué fue lo que te trajo hasta aquí?

—Pensé que estarías contento de que estoy aquí.

—Lo estoy —se encoge de hombros—, pero eso no significa que no quiera saber el por qué. ¿Es algún plan de venganza? —pregunta, subiendo y bajando las cejas de una forma estúpida, y yo pongo los ojos en blanco.

—Claro, y en mi brillante plan, levantarme a las tres de la mañana para entrenar es el paso número uno.

—Estás loco —Aiden se burla en cuanto recuerda por qué estoy despierto tan temprano.

—Y tú estás demasiado relajado.

—No es cierto —asegura, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Eres tú el que no tiene límites.

—Entre la burocracia y la mudanza, hasta el viernes pasado ya llevaba dos semanas sin pisar el hielo. El tiempo en la pista no es un lujo, es una necesidad.

Aiden suspira como si tuviera algo que decir, pero decide no hacerlo.

—Entonces, ¿fiesta en la Teta hoy?

—Es lunes.

—Necesitamos desestresarnos por las clases.

—Es la segunda semana de clases.

—¡Exacto! Y este es nuestro primer y último año en el mismo campus, no podemos perder el tiempo. El año que viene tú vas a ser la estrella de la NHL y yo voy a ser la estrella de la NFL.

—¿Y quieres que me crea que ganar el Super Bowl[3] te va a mantener alejado de las fiestas?

—¿De las universitarias? ¡Sin duda! —responde, sin el más mínimo rastro de vergüenza, y yo me río a carcajadas.

—Gracias, pero creo que la fiesta post-partido del viernes va a ser la última en la que participe por un buen tiempo.

—Fue tu primera fiesta —Aiden protesta como si hubiera dicho el mayor de los disparates —. ¡Y ni siquiera te quedaste! —me acusa.

La cafetera pita, y me giro para tomar la jarra. Vierto todo su contenido en un vaso térmico grande.

—Solo fui porque necesitaba hablar con Alice.

Regreso a mi posición anterior, apoyado en la mesada, frente a Aiden, y tomo un sorbo de mi café sin azúcar.

—Sí, y como la presumida que es, te ignoró en persona tanto como te venía ignorando por teléfono.

—Ella no es...

—Ahórrate tus excusas. A mí no me gusta, y a ella no le gusto yo. Así es la vida —me interrumpe, apoyando los codos en la barra.

—No me ignoró. Solo pidió espacio.

—La familia de esa chica vive prácticamente en tu patio trasero, y aun así se fue de Colorado sin despedirse, y mientras te matabas entrenando todo el verano para recuperarte, ni siquiera fue capaz de aparecer para decirte “hola”. Ella sabe lo que significa el hockey para ti, y no solo no le importó, sino que ni siquiera se molestó en contestar tus llamadas o responder a tus mensajes.

—Ella también estaba enferma.

Aiden suelta una risa seca y sarcástica, mientras gira los ojos.

—Lo suficiente para ignorarte, pero no tanto como para pasarse el verano en todas las fiestas de los nerds de los cursos de verano. Vaya enfermedad tan curiosamente selectiva.

Abro la boca para responder, pero no encuentro ninguna justificación válida para cómo Alice ha estado actuando, así que la cierro. Después de años lidiando con la inexplicable animosidad entre Aiden y Alice, ya me he dado por vencido en intentar entender el motivo.

Independientemente de eso, no puedo negar que, en este caso, es mucho más fácil entender las opiniones de él que las actitudes de ella.

A diferencia de Aiden, Alice y yo tenemos muy poco en común, aparte de haber crecido en la misma casa, pero eso nunca fue un problema.

De hecho, pasar tiempo con la chica nerd que adora las matemáticas siempre fue una de las pocas cosas que me hacían disfrutar estar en casa, aunque a mi papá le disgustaba encontrarme en la cocina con la empleada y su hija.

Cuatro años más joven que yo, Alice es como una hermana menor, la única que tengo, ya que mis padres no tuvieron más hijos.

Aunque nuestras rutinas siempre fueron muy distintas y la mayor parte de mi tiempo lo dedicaba al hockey, hasta hace algunos meses siempre habíamos encontrado la manera de arreglárnoslas.

La distancia que está empeñada en poner entre nosotros es algo nuevo, algo que no entiendo. Ni siquiera cuando yo ya vivía en la universidad y ella estaba en la secundaria estuvimos tan alejados.

—¿De verdad te vas a mudar a la fraternidad? —Aiden decide cambiar de tema.

—¿Me estás echando?

—No seas idiota. Mi casa es tu casa, pero pensé que era un requisito de tu nuevo entrenador.

—Lo era. Pero, mientras pueda, voy a ignorar esa regla. No me gusta la idea de tener que dormir con un ojo abierto.

Aiden se ríe.

—Sé que Parker intentó cortarte los dedos con los patines...

—No se puede realmente cortar dedos con unos patines —lo interrumpo, porque ya he agotado toda mi paciencia con ese comentario durante el verano pasado.

Connor Parker y yo nunca fuimos amigos. De la misma edad y practicando el mismo deporte, hemos estado en las mismas ligas desde que teníamos doce años.

Nunca tuve nada en contra de él, pero su actitud arrogante siempre me cayó mal. El incidente de la temporada pasada solo me puso más en guardia, porque fuera un accidente o no, la boca prepotente del ex-capitán del Lynx no se dignó ni a decirme una palabra al respecto.

—Lo que quiero decir —Aiden continúa en un tono exageradamente enfático que me hace rodar los ojos—. Es que, aunque solo conozca a esos tipos por las fiestas, parecen buena onda.

No creo que tengas que preocuparte por dormir tus treinta minutos con un ojo abierto.

—¿Treinta minutos?

—Si quieres entrenar como un loco, jugar, estudiar como el nerd encubierto que eres y todavía tener tiempo para echarte un polvo, treinta minutos es todo lo que te va a quedar para dormir.

—Tal vez no quiera tener sexo —digo con una sonrisa de lado, y Aiden suelta una carcajada estruendosa.

Si no fuera por el perfecto aislamiento acústico del departamento, la chica en su cuarto ya estaría despierta.

—Sí, claro... Y yo soy el Papa Francisco.

Regla número 2

Practica las invasiones como si fueran el deporte, no el hockey.

FINNICK COLLEMAN

Espero que el escalofrío de dolor termine de recorrer mi columna mientras el sonido del golpe resuena en la pista vacía. ¡Concéntrate, carajo!

Cierro los ojos por un momento, respirando profundo antes de levantarme, agarrar el palo con más fuerza y patinar hacia el puck en la esquina izquierda del rink.

—¡Colleman!

La voz chillona de Paul Levine irrumpe, ahogando el único sonido que no es nuevo para mí: el deslizamiento de los patines. Su interrupción me molesta más que la caída de hace unos segundos.

El reloj del tablero marca las cinco y media de la mañana. Durante la última hora y media, las luces débiles del rink y las marcas de mis patines en el hielo han sido las únicas testigos de mi presencia clandestina. Hasta ahora.

No sé si Levine llegó una hora antes del horario previsto porque alguien me descubrió y lo informó, o simplemente es el tipo de entrenador que es, pero decido no darle importancia.

Si su intención es intimidarme antes de mi primer entrenamiento oficial o decirme que me ajuste a las reglas, puede irse al carajo. No me interesa.

Ignoro la presencia del entrenador y golpeo el puck con fuerza hacia el arco. El sonido metálico retumba en la arena cuando el disco negro choca con el poste y luego se desliza dentro de la red con estruendo. Rebota de vuelta hacia mí. El sudor corre por mi piel bajo la ropa de entrenamiento y, sin el casco, algunos mechones de cabello se pegan a mi frente y cuello.

Los minutos pasan y lo único que hace el entrenador es observar en silencio cada uno de mis movimientos.

Si vigilarme es todo lo que vino a hacer, Paul puede disfrutar del espectáculo, porque me niego a renunciar al único tiempo de pista libre que tendré.

Golpeo el puck de nuevo, esta vez con más fuerza. Nuevamente, atraviesa el poste y rebota hacia mí.

Con la visión periférica, veo a Paul pasar por el área lateral y entrar al rink, finalmente rompiendo el silencio.

—Colleman —repite, y esta vez cruza los brazos, como si seguir ignorándolo no fuera una opción.

—Levine —respondo, sin molestarme en patinar hacia él, aunque me giro en su dirección.

El entrenador de los Lynx ha sido un personaje en mi vida desde mucho antes de liderar el equipo de hockey sobre hielo de la UMich.

Mi padre nunca me llevó a paseos por el parque ni a pescar. Todo lo que siempre hicimos juntos fue hockey.

Estudiar a los jugadores de la liga era parte esencial de eso, ya fueran los genios, como Wayne Colleman no se cansa de declararse a sí mismo, o los mediocres, como siempre definió a mi nuevo entrenador antes de que Paul se retirara.

—Entrenador Levine —me corrige, metiendo las manos en los bolsillos de sus pantalones Nike, y el sonido que sale de mi garganta no es nada agradable—, ¿qué haces aquí?

Levanto una ceja.

—¿Entrenando? Pensé que era obvio.

El rostro de Paul se contrae en una expresión de desaprobación.

—Controla tu lengua, chico. No soy tu compañero, nunca te he tratado con nada más que respeto y no aceptaré menos de eso a cambio. No sé cómo se hacían las cosas en Denver, pero aquí en Michigan no invadimos la pista como delincuentes. ¿Quieres entrenar? Programa un horario. Espero que esta sea la última vez que te encuentro aquí como un clandestino. ¿Entendido?

—¿Algo más que decir, entrenador? —pregunto, consciente de que no estoy respondiendo su pregunta. Levine frunce el ceño.

—Si comienzas tu entrenamiento en equipo ya exhausto, tu rendimiento será mediocre, y puedes creer que juegas solo, Colleman, pero el hockey es un deporte de equipo. Cuanto más rápido te comportes como parte de nosotros, mejor será para todos.

—Esas son palabras de mi padre, supongo.

Al menos la mitad de ellas, ya que Wayne Colleman nunca atribuiría su éxito a nadie más que a sí mismo. Los ojos de Paul se entrecierran de nuevo, y me sorprende que, a pesar de la

mueca, su rostro blanco no se ponga rojo.

No sabe nada de mí si cree que dos, cuatro o seis horas de entrenamiento individual serían suficientes para afectar mi rendimiento. No sabe nada sobre el tipo de padre que es Wayne Colleman si piensa eso.

—Tu padre era un atleta excepcional.

La sonrisa que aparece en mis labios no tiene nada de humor.

—¿Algo más, entrenador Levine?

¿O debería decir lamebotas? La segunda pregunta solo la hago en mi cabeza. Acepto su silencio como señal de que me dejará en paz y vuelvo a patinar, posicionando el palo frente a mi cuerpo.

Moviéndome con una agresividad controlada, una y otra vez, desde diferentes puntos del rink, disparo el puck hacia el arco.

—Si quieres estar exhausto cuando tu padre venga a ver el entrenamiento dentro de poco —grita Levine, recordándome dos cosas que había olvidado: su presencia y la visita de mi padre hoy—, que sea por una buena razón.

Vuelve a la lateral del rink y continúa hablando con voz cargada de frustración.

Empieza a gritar instrucciones, señalando mis fallas de posicionamiento o indicando jugadas para que imagine y ejecute. Las sigo, porque no me importa qué movimientos hago, mientras Levine cierre la maldita boca.

Respeto, dijo, pero ¿cuán respetuoso fue con su equipo para que me dejara entrar en el partido inaugural el viernes pasado, sin siquiera avisarles que su mayor rival hasta la última temporada era ahora su nuevo compañero de equipo?

La influencia de mi padre pudo haber forzado la situación, pero tanto como la Universidad de Michigan, Levine eligió someterse.

Paul es solo otro hombre con demasiadas palabras en la boca. Uno más que me ve como una extensión de mi padre, y probablemente como una forma de ganarse el favor de la mayor estrella del hockey de las últimas décadas.

¡Qué chiste!

El tiempo parece detenerse mientras entreno, y mi mente vuelve a enfocarse completamente en el puck, en el arco y en la sensación de libertad que solo la pista de hielo ha

sido capaz de hacerme sentir.

Demasiado pronto, suena el silbato del entrenador. Instantes después, las voces y risas rompen el silencio que había dominado durante horas, anunciando la llegada del resto del equipo.

Me mantengo de espaldas a ellos por un rato, tragándome las frustraciones. Es hora de las presentaciones oficiales. Es hora de poner en práctica una de las muchas cosas que mi padre se aseguró de enseñarme: ser odiado.

Sin embargo, antes de que me gire, las conversaciones y risas se apagan. No necesito que me digan quién acaba de llegar.

Después del partido del viernes, los chicos sabían que estaría aquí entrenando hoy lunes, y solo hay un motivo para que docenas de jugadores de hockey y todo un cuerpo técnico se queden callados de repente.

Giro sobre los patines, mirando hacia la entrada de la pista y encontrando a Wayne allí, con su sonrisa ensayada para las cámaras y admiradores. Bufo antes de sonreír yo mismo. Tal vez, al final, dejar la pista de la UMich en completo silencio sea la verdadera marca de los Colleman...

Regla número 3

La disciplina no tiene sentido, deja que la fuerza del odio te lleve a donde quieras ir.

FINNICK COLLEMAN

Bajo el celular, dejándolo con la pantalla hacia abajo, después de revisar la hora nuevamente.

Mantengo la espalda recta y la cabeza erguida, como si haber perdido la última hora esperando por un almuerzo al que no quiero ir no me estuviera poniendo de pésimo humor.

El restaurante en el centro de Detroit está lleno, y casi estoy seguro de que vi a un paparazzi cuando entré, así que fuerzo mi cara a parecer tranquila aunque lo único que quiero es largarme de aquí.

Además del retraso, todo en este ambiente pretencioso me irrita: la mesa de mármol impecablemente puesta, los cubiertos de plata, los platos de porcelana relucientes, el candelabro colgando sobre la mesa, la decoración innecesariamente sofisticada para un lugar que tiene como temática el deporte y, por supuesto, la atención incómoda y los susurros indiscretos.

No tengo dudas de que ellos, mucho más que las estrellas Michelin[4], fueron la razón por la que mi padre eligió este restaurante entre todos los de Detroit.

Entrecierro los ojos cuando la persona a la que estoy esperando aparece, no frente a mí, sino en la televisión a mi izquierda. El programa sensacionalista está transmitiendo la sección de deportes, y la pantalla está dividida en dos partes.

A la izquierda se ve una foto de Wayne Colleman mientras el título “¿Problemas en la familia modelo del hockey?” aparece y desaparece en la parte inferior de la pantalla.

Cuando la foto de mi padre es reemplazada por una nuestra, uno al lado del otro, en algún evento cualquiera, me pregunto si levantarme e irme no valdría la pena, aunque eso significara una pelea después.

Los subtítulos en la pantalla, cuando la única mujer entre los tres periodistas se vuelve hacia sus compañeros y comienza a hablar, me hacen apretar los dientes hasta sentir que están a punto de romperse.

—Entonces, John y Calvin, ¿qué opinan del cambio de equipo del chico de oro del hockey? ¿Fue una decisión o estamos por descubrir un escándalo deportivo de proporciones épicas?

El comentarista rubio es el primero en responder. Su traje gris se abre cuando se recuesta en el respaldo de la silla.

—Es la pregunta que todos se están haciendo, Joscelyn, ya que no solo cambió de equipo, sino que se transfirió al que casi arruina su carrera hace apenas unos meses.

—Me hubiera encantado ser una mosca en la pared para presenciar el momento en que Connor Parker descubrió quién lo iba a reemplazar después de su suspensión —dice el tercer hombre, mostrando una sonrisa falsa con sus dientes extremadamente blancos.

—Tranquilo, Calvin —interrumpe la mujer de piel oscura y gafas rectangulares—. Nadie ha confirmado que Colleman vaya a tomar el lugar de Parker. Acaba de llegar a los Lynx, y la formación actual del equipo de la Universidad de Michigan ha estado funcionando bien por casi dos años. Lo más probable es que termine en la banca de suplentes.

El otro hombre, al que ahora sé que es John, interrumpe a la comentarista con una risa incrédula.

—Paul Levine tendría que estar loco para desperdiciar a Colleman en la banca. En realidad, aunque estuviera loco, dudo que fuera capaz de cometer una estupidez así.

—Deja de mirar la televisión —me advierte mi padre entre dientes, mientras arrastra la silla frente a mí y se sienta.

La sonrisa permanentemente pegada en su rostro no da ninguna pista de la agresividad con la que pronunció esas palabras.

—Buenas tardes, papá.

—Tu desempeño en el entrenamiento fue ridículo —critica en voz baja, como saludo.

Despliega la servilleta de tela y la coloca sobre su regazo. Exhalo despacio, controlando incluso el movimiento de mis fosas nasales mientras el aire pasa por ellas.

—Lamento escuchar eso —respondo sin mucho esfuerzo en elegir mis palabras. Mi padre ni siquiera lo nota, demasiado ocupado con sus propias certezas.

—¡Ya no estás en el mejor equipo universitario de la NCAA, Finnick! —Wayne se inclina un poco sobre la mesa y me dice entre dientes, sin perder su expresión afable—. Si no das todo de ti, no ganarás el Frozen Four.

Me muerdo la lengua para no decir nada antes de que termine el discurso que estoy seguro apenas comienza. Wayne Colleman presenció mi primer entrenamiento con los Lynx esta mañana con una atención extrema.

Para cualquier otra persona, él habría parecido solo un padre preocupado por la situación poco común de su hijo, pero yo nunca he tenido dudas de que su objetivo era analizar cada uno de mis errores para echármelos en cara después. Ha sido así desde que aprendí a patinar.

Sus ojos, tan azules como los míos, me miran, desafiándome a contradecirlo, pero no lo hago. Aunque tampoco desvío la mirada de su imponente figura que, tanto como yo, destaca en cualquier lugar.

El talento y el esfuerzo no son las únicas razones del éxito deportivo de los Colleman. Nuestra constitución física ayuda, sobre todo en un deporte tan violento como el hockey.

Mi padre jugó profesionalmente hasta los cuarenta, y aún ahora, seis años después, se esfuerza por mantener el físico de un jugador en su mejor momento.

Se pasa la mano por el cabello oscuro, apartando un mechón corto de su frente, y se acomoda en la silla. La camisa azul con las mangas dobladas hasta los codos se arruga, y Wayne vuelve a la postura perfectamente erguida de antes.

—Después de lo que ocurrió la última temporada —baja el tono de voz hasta casi un susurro—, después de lo que pasó cuando regresaste a la Universidad de Denver, a los Pioneers[5], necesitas dedicarte más. Concéntrate en lo único que realmente importa: ser el mejor. No porque ahora juegues en un equipo inferior tienes derecho a quedarte de brazos cruzados.

—¿Podemos pedir algo? Tengo hambre —digo, en lugar de responder a sus comentarios.

Él mueve los ojos hacia un punto detrás de mí y, segundos después, un mesero aparece al lado de nuestra mesa, ofreciendo el menú, que Wayne descarta rápidamente.

Mi padre hace su pedido tradicional sin preocuparse de si el filete y los acompañamientos que prescribe su dieta perfectamente equilibrada están o no en el menú. Luego, hace mi pedido, prestando a mi voluntad la misma atención que al menú de un restaurante premiado que él mismo eligió, antes de despedir al mesero.

—Hablé con Levine después del entrenamiento —anuncia, y eso casi me hace sonreír.

Quizás sea solo mi impresión, después de todo, fue mi primer entrenamiento bajo la dirección del entrenador, pero no me pareció alguien que le guste recibir órdenes sobre cómo debe jugar su equipo. Genial. Si mi padre sigue tratando de interferir, al menos no seré el único que no quiere estar allí.

Wayne continúa hablando. Critica los planes de juego de los Lynx, la alineación y todo lo que se le ocurra por casi diez minutos enteros antes de que su teléfono suene y él lo atienda aún sentado a la mesa.

—¡Garett! —El nombre hace que mi pulso se acelere, pero mantengo la cara de poker.

No sé por qué me sorprendo. Poner los intereses de otra persona antes que los suyos nunca ha sido parte de la agenda de Wayne Colleman, y definitivamente no empezaría ahora.

Mi padre escucha lo que Garett Smith dice durante un rato antes de levantarse.

—Un minuto, Garett —pide, baja el teléfono y me mira—. Necesito irme. Paga la cuenta. Intentaré pasar por Ann Arbor la semana que viene. Te avisaré.

Sin decir una palabra más, sale del restaurante, dejándome solo en la mesa, esperando por la maldita comida que él eligió. No me quejo. La presentación no importa, solo el contenido.

Llamo al mesero y pido la cuenta, explicando que no consumiré los pedidos. Mientras espero para hacer el pago, mi propio teléfono suena.

El nombre que veo en la pantalla al girar el aparato me hace cerrar los ojos por un segundo.

¿No bloqueé a este hijo de puta?

Las imágenes de las semanas anteriores a mi transferencia a la UMich se agolpan en mi mente. La rabia inflama mis venas al recordar lo que pasó en la Universidad de Denver, y me cuesta controlarme.

—¡No sé si eres muy valiente o simplemente estúpido! —es lo que digo al contestar la llamada—. ¿Por qué carajos me estás recordando tu existencia, Jason?

—Puedes odiarme todo lo que quieras, Colleman —responde Jason Smith—, pero en este momento, mi padre está al teléfono con el tuyo, invitándolo a un fin de semana en Vermont, un evento benéfico para niños desnutridos o algo así.

—¿Y qué mierda tengo que ver con eso?

—Habrá una subasta de jugadores universitarios. ¿Adivina quiénes serán las estrellas? Entonces, a menos que quieras hacer otra escena, es mejor que empieces a acostumbrarte a la idea de que tendrás que lidiar conmigo.

—No va a pasar nada bueno si te vuelvo a ver, Jason. Lo que hagas con esa información no es mi problema.

Regla número 4

No te lleves los problemas a casa, llévate los remordimientos.

AVA HARRINGTON

¡Esto no estaba en la lista!

—¿Escuchaste que rompió una estatua súper antigua en el edificio de la rectoría?

No necesito esforzarme para oír a la desconocida. La chica habla lo suficientemente alto como para que nadie tenga que esforzarse.

—Definitivamente es la Reina del Desastre —responde otra voz, riendo—. Me gustaría saber quién le puso ese apodo, porque esa persona merece un premio.

Apreto los ojos y apoyo la frente sobre mis rodillas dobladas, encima de la tapa del inodoro. No deberían tardar mucho más en salir, no es posible. Ya han pasado diez minutos.

—Dicen que sus hermanas eran las reinas de la UMich, ¿cómo es posible que ella sea así?

—¿Habrá sido adoptada?

La segunda chica pregunta cuando el sonido de pasos finalmente resuena en el baño. Su voz se aleja hasta que es ahogada por la puerta que se abre y se cierra, y luego desaparece por completo. *Gracias a Dios.*

Exhalo irritada y espero unos segundos, repitiendo mentalmente las palabras que ya se están convirtiendo en un mantra: las clases recién han comenzado y tengo un plan. Las cosas no empezaron como quería, pero lo importante es que acaben bien.

Cuando el silencio persiste, bajo las piernas y apoyo los pies en el suelo.

Me levanto y abro una pequeña rendija en el cubículo. Espío a través de ella, confirmando que realmente estoy sola antes de tomar mi mochila, colgada en el gancho, y salir hacia el área de los lavabos.

Las últimas palabras de las chicas que no conozco no deberían molestarme, pero lo hacen. Y cuando miro mi propio reflejo, todo lo que veo es la imagen de una cobarde, en lugar de la mujer fuerte que mi madre me crió para ser.

Nuestras similitudes físicas son evidentes: el cabello rizado y voluminoso, la piel negra, los ojos marrones oscuros, los labios gruesos, la nariz respingona, la forma del rostro, la cintura delgada y las caderas anchas; en todo. En apariencia, soy tan hija de mi madre como cualquiera de mis cuatro hermanas, pero Dios sabe que ahí es donde las similitudes terminan, porque nuestras personalidades no podrían ser más diferentes, ni si lo intentaran.

La abuela Jane siempre decía que es cuestión de espíritu. Solía decir que yo tengo un espíritu diferente, siempre lo tuve.

La mayor parte de los días, logro no resentirme por eso, pero estoy segura de que ninguna de mis hermanas habría pasado los últimos diez minutos escondida en un cubículo después de escuchar a dos desconocidas hablando mal de ellas.

Maggie habría salido del cubículo en el instante en que la mencionaron y habría preguntado a las chicas si todo estaba bien. Ella pondría su sonrisa más grande e intimidante y dejaría claro, sin decir una palabra, que mientras ella estuviera presente, nadie hablaría mal de ella.

Lauren habría aclarado la garganta y luego habría caminado hacia el lavabo con toda la clase del mundo. Ni siquiera les habría dirigido la palabra. Solo las haría sentir insignificantes con su indiferencia.

Elle habría preguntado directamente si las chicas tenían algo que decirle, y su gemela no habría hecho ninguna pregunta.

Alex probablemente habría hecho que las desconocidas se sintieran avergonzadas por los rumores sobre alguien de quien no saben nada más allá de lo que leen en ese maldito perfil de chismes de la UMich en Twitter. *¡Dios, cómo odio ese perfil!*

Pero yo tengo un espíritu diferente. Por eso, en lugar de imponerme, confrontarlas o hacer que se sientan incómodas, me escondí en silencio hasta que se fueron.

Lo último que necesito es legitimar los chismes prestándoles atención. Control de daños.

Lo que necesito es hacer el maldito control de daños, pero no puedo evitar el resentimiento, ni la irritación de tener que mantener la cabeza baja y la boca cerrada, incluso cuando todo lo que quiero es gritar. Muevo la cabeza de un lado a otro y abro la llave para lavarme las manos.

Mi mente se dedica a lo que se ha convertido en su especialidad en las últimas dos semanas, desde que comenzaron las clases: trazar la ruta más segura entre donde estoy y mi dormitorio, lo que significa el camino con menos posibilidades de encontrarme con personas o cualquier cosa que pueda poner mi nombre en el @blabberbox de nuevo.

Quien no es visto no es recordado, y estamos en un campus universitario. Soy el tema del momento, pero solo hasta que alguien haga algo más notable, más estúpido o más peligroso que ser un desastre ambulante. Solo necesito esperar y eso vendrá.

Para mi frustración, me doy cuenta de que al salir de este edificio, el mejor camino es pasar por detrás del comedor. El problema es que esa es un área restringida para el personal.

Con un gruñido, mojo mi cuello, la frente y cierro la llave. Me seco, respiro hondo y salgo del baño, eligiendo el camino más largo.

—Reina del Desastre —me saluda una chica rubia con sarcasmo cuando entro al pasillo, atrayendo varias miradas hacia nosotras.

La ignoro. No es como si ella fuera la primera ni como si los susurros que comienzan de repente lo fueran tampoco.

Reina del Desastre tiene tres palabras y dieciséis letras. ¿Quién diría que un apodo tan largo se pegaría como chicle y tan rápido?

Sigo mi camino, ignorando las miradas y los comentarios, acelerando el paso, enfocada en la salida como si fuera la luz al final del túnel.

Una puerta se abre justo frente a mí, y retrocedo dos pasos, asustada, chocando con dos tipos que venían detrás.

—Disculpen —digo, mirándolos por encima del hombro y ajustando la mochila que casi se cae con el golpe.

Los murmullos aumentan y se mezclan con risitas. Nunca pensé que extrañaría la escuela, pero al menos ahí los chismes se quedaban entre los de mi clase. Aquí, gracias a la maravilla del siglo XXI llamada internet, parece que todos saben quién es Ava Harrington, sin importar si es un novato, veterano, profesor o quien sea.

Los chicos murmuran algo que no entiendo, me esquivan y siguen su camino sin prestarme mucha atención. *Gracias a Dios.*

—¿Podemos ir a almorzar tranquilos o vas en la misma dirección? —Esa pregunta me hace mirar al frente, hacia la puerta que sigue abierta.

¡Oh, no!

—Chloe…

La presidenta de la Delta Sigma Theta y reina del drama me mira con total desprecio, y

mantener los ojos abiertos se vuelve un esfuerzo titánico. Jamás me perdonará lo que pasó durante la semana de iniciación de las herederas, ni dejará que los demás lo olviden.

—¿Qué? —pregunta Whitney, una novata que también estuvo en la casa durante la semana de bienvenida, cuando la hermandad casi se incendia.

—Con permiso —digo, dándome la vuelta casi corriendo por donde vine. Dios me libre de que alguien ponga atención y cree otro rumor estúpido sobre mí. No me sorprendería si en poco tiempo dijeran que me peleé con Chloe y Whitney en medio del pasillo del edificio de matemáticas.

Miro hacia atrás después de unos pasos. Las dos están lejos ya, caminando en dirección contraria a la que yo voy y...

—¡Mierda! —La voz grave me hace voltear antes de que el golpe termine de procesarse en mi cerebro.

¡Oh, no! ¡No puede ser! ¿De todas las personas con las que podía chocar, tenía que ser justo con el único que ha aparecido más en Blabberbox que yo durante la última semana? Finnick Colleman me mira con una expresión muy poco amistosa, y yo sacudo la cabeza con incredulidad.

No creo que mi plan de control de daños sobreviva si nos ven juntos y empiezan a tuitear sobre esto.

—Perdón —le digo, agachándome rápidamente para recoger mis cosas que salieron volando por todas partes cuando chocamos, tratando de desaparecer del pasillo antes de que alguien piense que sacar una foto es buena idea.

Antes no le tenía miedo a las cámaras, pero al parecer los estudiantes de UMich las usan como armas. La cantidad de fotos mías que han aparecido en línea en los últimos días supera con creces la de cualquier paparazzi a lo largo de toda mi vida, y siendo una Harrington, paparazzis no eran exactamente raros para mí.

—¡Fíjate por dónde caminas, maldita sea! —gruñe él, claramente molesto.

—¿Y tú por qué no te fijas en cómo hablas, imbécil? —le respondo igual de enojada.

Estoy molesta con la situación, con él, conmigo misma, con todo. Odio que todo esté saliendo mal cuando esta es la primera vez en mi vida que tengo la oportunidad de ser solo una más y no la hija menor de Tessa Harrington.

Odio lo fácil que a todo el mundo le resulta tener una opinión sobre mí. La universidad

debería ser una mejora, pero los alumnos de UMich logran ser más crueles que los adolescentes de secundaria.

Dos segundos después de haber hablado, me doy cuenta de que no solo lo pensé, sino que realmente lo dije en voz alta. Abro los ojos de par en par, y cierro y abro la boca repetidamente. ¡Plan de control de daños, Ava! ¡Maldición!

Parpadeo, mirando esos ojos increíblemente azules. Finnick inclina ligeramente la cabeza, frunciendo el ceño, y aunque no dice nada, sé que está pensando que estoy loca. Tal vez lo estoy.

Miro alrededor, verificando si algún curioso ya ha sacado una cámara para grabar el momento, pero por suerte nadie parece haberlo notado aún. Recojo mi mochila del suelo y meto de vuelta todo lo que alcanzo.

El sonido inconfundible de varios pasos interrumpe mi misión de recuperar mis pertenencias. Me detengo un segundo, pero desisto de averiguar de qué puerta saldrá una estampida de estudiantes. Ser encontrada agachada en medio del pasillo, con el tema del momento justo frente a mí, solo causaría más problemas en lugar de ayudarme a solucionarlos.

La decisión es obvia.

Me levanto y, sin mirar atrás, salgo corriendo hacia la primera salida que se me viene a la mente, sin importarme a dónde conduce.

Solo necesito poner la mayor distancia posible entre la nueva estrella de hockey de UMich y yo. Y, por supuesto, rezar para que nadie haya notado que me miró más de un segundo.

Regla número 5

Ciérrale la puerta en las narices a la gente, las oportunidades te lo hacen todo el tiempo... Es lo justo.

AVA HARRINGTON

Muerdo la goma al final del lápiz, observando la lista de seis cosas anotadas en mi pequeño cuaderno de espiral.

Bien, además del cuaderno, no había nada realmente importante entre las cosas que dejé tiradas en el pasillo, a los pies de Finnick Colleman. Suelto una risa seca. Como si eso no fuera suficiente problema.

Me dejo caer hacia atrás, olvidando por un segundo que esta no es mi cama habitual, sino la de la universidad. En lugar de hundirme, mi cuerpo rebota varias veces en el colchón, y dejo escapar un profundo suspiro.

—Deberías venir a esta fiesta —dice Candice, saliendo del baño, mientras yo giro el cuerpo para ver a mi compañera de habitación.

Sus jeans ajustados y el maquillaje llamativo me dan una idea de a dónde va, aunque no lo supiera ya. No puedo evitar soltar una pequeña risita. Solo pensar en todo el esfuerzo que ha puesto me cansa.

Reducir mi círculo social de treinta y cuatro chicas a solo una ha sido lo único positivo de toda la tragedia de Delta Sigma Theta. ¿El punto número uno en la lista de Ava para la universidad era tener una foto mía en la pared de honor de la hermandad? Sí. ¿También fue lo primero en lo que fallé? Sí, pero, bueno, no todo es malo.

O, al menos, eso es lo que me repito constantemente. La lista de Ava debería centrarse en Ava. En todas esas cosas que siempre quise hacer y, por mil y un motivos, algunos válidos y otros no tanto, nunca hice. La hermandad nunca se trató realmente de mí.

Por eso es crucial que mi plan de contención de daños funcione. Ya esperé demasiado para empezar. Y que Candice me perdone por este pensamiento, pero si todo sale bien, pronto mi círculo social se reducirá a cero.

Candice está haciendo lo imposible por entrar en Alpha Phi, y de verdad espero que lo logre. Es lo que quiere. Además, por muy genial que sea Candice, siempre he pensado que sería

mucho más fácil vivir sola. La mayoría del tiempo, lidiar conmigo misma ya es agotador de por sí.

En mi defensa, no me he estado encerrando en el cuarto, aunque esa es siempre mi primera reacción. Las fiestas están en mi lista, pero, lamentablemente, gracias al incidente con la hermandad, tendrán que esperar hasta el próximo semestre... o al menos hasta que la gente se olvide de que existo y pueda pasar desapercibida.

Acepto todas las invitaciones de Candice para salir a tomar café o a almorzar, igual que las de Kira y Alice, nuestras vecinas de enfrente. Las tres son lo más cercano que tengo a amigas. A mi manera, pero definitivamente amigas.

De hecho, la recomendación de Candice para que consiguiera el puesto de repostera en la cafetería donde trabaja le ha ganado el título vitalicio de mi amiga, pase lo que pase. Aunque no necesito el dinero, tener acceso a una cocina y un horno es clave para mi cordura.

Si no fuera por las horas que paso cocinando, los eventos de estas primeras semanas de clase me habrían asegurado un boleto de ida al manicomio. Mi horario de trabajo es un poco raro, pero eso realmente no importa.

—No puedo ir.

Candice entrecierra sus ojos azules, agudos, y se estira para tomar su chaqueta roja del perchero. Arquea una ceja con una sonrisa juguetona en los labios.

—¿Por qué?

Abro la boca, pero la cierro al pensar mejor la respuesta.

—Está bien. No quiero ir —admito, y Candice se ríe.

Pasa las manos por debajo de su cabello, sacándolo del cuello de la chaqueta, y desliza los dedos por los rizos recién arreglados.

—¡No puedes encerrarte en la habitación durante los próximos cuatro años, Ava! Además, cuando entre en Alpha Phi, ¿quién te va a llevar a las fiestas?

—Actualmente no me llevas a fiestas, Candice…

—Bueno —se corrige—, ¿quién va a intentar llevarte a las fiestas?

Es mi turno de reír, y niego con la cabeza.

—Espero que nadie, con suerte.

Candice pone los ojos en blanco, pero se acerca y me da un beso en la mejilla.

—Nos vemos, Ava.

—Adiós. ¿Vuelves antes de medianoche o quieres que te espere despierta?

—Vuelvo antes. ¡Buenas noches!

—Buenas noches.

Sale, dejándome sola en el cuarto que compartimos.

Con dos camas, dos escritorios y un baño, el espacio es más que suficiente para vivir, aunque Lauren no esté de acuerdo.

Me remuevo en la cama, subo las piernas y las coloco sobre el colchón mientras sacudo la cabeza de un lado a otro. Tiro de la almohada debajo de mi cabeza y la presiono contra mi rostro para ahogar el grito de frustración.

¡No puedo creer que le grité a Finnick Colleman! ¡A ese maldito Finnick Colleman! Los sentimientos se agolpan en mi pecho hasta que ya no sé en cuál concentrarme. Es una mezcla agridulce.

No tenía que haber sido tan perra, y ahora que él hable mal de mí con los demás no me va a ayudar a pasar desapercibida, pero fue una delicia finalmente pagarle con la misma moneda y decir lo que pienso en voz alta. Extrañaba ese sentimiento.

Aprieto la almohada con más fuerza contra mi cara hasta que respirar se vuelve urgente, y la aparto. Vuelvo a tomar mi bloc de notas y lo acerco a mis ojos. Lo dejo sobre la cama y meto la mano en el bolsillo del pantalón, buscando mi celular.

Desbloqueo la pantalla y abro Twitter. Apenas toco el ícono de la lupa y ya aparece “blabberbox” como sugerencia. Así de patética soy. Ignoro la incomodidad y abro el perfil.

Un tuit venenoso sobre el nuevo uniforme de las animadoras, una foto halagando a algún estudiante random del campus, otro denunciando a alguien orinando en el jardín tras el edificio de ciencias, y luego algo que me deja con los ojos abiertos como platos.

Una foto del nuevo jugador de los Lynx saliendo de la zona restringida detrás de los comedores, acompañada de un emoji de ojos curiosos como leyenda. El mismo lugar por donde pasé.

Deslizo hacia abajo buscando alguna referencia a eso o a nuestro encontronazo de hoy, pero llego a los tuits de la noche anterior sin encontrar mención alguna sobre mí en todo el día.

Suspiro aliviada.

En lugar de cerrar la app, subo de nuevo hasta la foto de Finnick.

Tiene una cara increíblemente atractiva: ojos azules con pestañas largas, cejas gruesas, mandíbula bien marcada y una nariz en proporciones perfectas, todo enmarcado por un cabello castaño oscuro que le cae sobre la frente y le cubre parte de las orejas.

Mis ojos se permiten un escaneo rápido por su cuerpo grande: la camiseta negra ajustada que define los músculos de sus brazos, pecho y abdomen, y los jeans claros que le ciñen las piernas. Pero mi interés se esfuma cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo.

Creo que si los problemas tuvieran un rostro y un cuerpo, serían los de Finnick Colleman, y eso significa que tengo que mantenerme lo más lejos posible de él. Ya tengo suficientes líos como para necesitar sumar más.

Hago zoom en la imagen cuando noto algo rosa en sus brazos que llama mi atención.

—¡No puede ser! ¡Es mi cuaderno! ¡Está llevando mi cuaderno!

De repente, los otros sentimientos que se amontonaban en mi pecho se disipan, y solo queda el arrepentimiento. ¡Por esto no respondo a las provocaciones, mierda! ¿Y si encuentra mi lista?

¡Ay, Dios! Uno de los puntos es perder la virginidad. Y la mayoría de los otros veinte y tantos no son mucho menos embarazosos. Me siento en la cama tan rápido que hasta el entrenador personal de mi mamá estaría impresionado.

¡Que alguien me mate, por favor!

Si esto se filtra… Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. Si se filtra, jamás volveré a salir de este cuarto sin ser mencionada en el “Blabber”. Me levanto de un salto, dejando el celular sobre la cama, y voy directo hacia la puerta.

Cuando llegué y me encontré con Candy, lo último que quería en el mundo era hablar sobre mi desastroso encuentro con la estrella de hockey, pero ahora, si no hablo de esto con alguien, siento que mi cabeza va a explotar. Alice y Kira pueden quejarse de que soy su vecina después.

Con dos pasos atravieso el pasillo y levanto la mano para tocar la puerta, pero esta se abre de repente. Parpadeo, quedándome congelada con la mano en el aire, justo frente a nadie menos que Finnick Colleman.

¿Qué demonios hace él aquí? ¿En el cuarto de Alice y Kira? Mi voz interna suena

demasiado aguda, aunque esta vez estoy segura de que no hice la pregunta en voz alta.

—¿Me estás siguiendo? —suelta él, pero lo único que puedo hacer mientras lo miro es preguntarme si abrió mi cuaderno, si encontró mi lista, si se la mostró a alguien.

No la ha publicado, o Twitter ya estaría ardiendo. Cuando consigo reaccionar, retrocedo los mismos dos pasos que avancé, incapaz de lidiar con esto ahora. Si mi recién ganada libertad está a punto de colapsar, quiero disfrutar cada segundo extra.

Estiro la mano hacia atrás, alcanzando la perilla de la puerta que dejé abierta, y entro en mi cuarto sin dejar de mirar a la encarnación de mis problemas. Cierro la puerta sin decirle una palabra.

¡Puta madre!

Regla número 6

Recuerda, el odio de los demás es tan nutritivo como el tuyo.
Aliméntate también de él.

FINNICK COLLEMAN

—Está jugando bien, pero no está tan compenetrado —dice Justin Rodríguez como si necesitara su opinión para algo. Revuelvo los ojos mientras tomo la última caja de la camioneta Ranger y ajusto la bolsa deportiva sobre mi hombro.

—El capitán vuelve en unas semanas. No necesita compenetrarse —responde Dawson, haciéndome apretar los labios, incrédulo. *¿Estos hijos de puta están hablando de mí como si no estuviera aquí?*

—El capitán depende de la universidad para volver, pero tienes razón en algo: no necesitamos que se compenetre. Yo estoy más que bien cubriendo la zona central —dice, y no puedo evitar soltar una risa burlona.

Si eso es lo que él llama "buena cobertura", puede ir despidiéndose del hockey profesional. Ya es suficiente. Sostengo las dos cajas con un solo brazo y cierro la tapa de la camioneta con el otro.

—Sigue pensando así y llegarás lejos, Justin —digo mientras salgo de detrás del auto, y Rodríguez voltea el rostro, mirándome por encima del hombro.

A juzgar por su expresión, no estaba hablando de mí como si no estuviera aquí; simplemente no se había dado cuenta de mi presencia, a pesar de que Dawson le dejó bien claro que me estaba mudando, y eso sin contar las cajas apiladas en la puerta. *Imbécil*.

—¿Dónde está el cuarto? —le pregunto a Dawson, que mira de su colega a mí como si estuviera presenciando un partido de tenis, esperando algo—. Si puedes responderme hoy, te estaría absolutamente agradecido —le advierto en un tono deliberadamente lento, y Dawson se pasa la mano por el pelo rapado al ras del cuero cabelludo. Se aclara la garganta.

—Te llevaré. Kill está en la clase de teatro, y Gus también está complicado con algunas cosas —dice, señalando con la cabeza hacia la puerta principal de la fraternidad.

Paso junto a Justin, siguiendo al tipo alto de piel negra. Frunzo el ceño cuando pasa de largo las escaleras que llevan al segundo piso, pero sigo caminando en silencio detrás de él.

Dawson cruza todo el pasillo del primer piso, pasando por la cocina, el baño y dos puertas cerradas que no sé qué serán y que ni se molesta en presentarme, hasta que se detiene al final, frente a una puerta de madera vieja y algo apartada.

—Bueno... es aquí. —La expresión en su rostro y la manera en que sigue frotándose la cabeza me hacen morderme la parte interna de la mejilla—. Está sin llave, y la llave está en la cerradura, por dentro. —Esas son sus últimas palabras antes de irse prácticamente corriendo por el pasillo de donde veníamos.

Abro la puerta, y las luces automáticas se encienden, revelando una escalera. Entorno los ojos y bajo los escalones, contando veinticuatro. Palpo la pared al lado de las escaleras en busca de un interruptor para el lugar completamente oscuro, y enciendo las luces al encontrarlo.

Dejo las cajas en el suelo de madera vieja y me quito la bolsa del hombro, sin poder creer que estos hijos de puta me hayan dado un cuarto en el sótano.

Una carcajada honesta se escapa de mi boca al pensar en cuánto odiaría mi padre ver este cuchitril al que me obligó a mudarme. Después de casi tres semanas, el entrenador Levine se cansó de mi resistencia y condicionó mi permanencia en el equipo a mi traslado a la fraternidad Omega Teta.

Dice que vivir con los demás jugadores facilitará la compenetración del equipo. Supongo que olvidó avisarle al resto de los Lynx cuál era el objetivo de todo esto. Claramente, los jugadores del Lynx están tan encantados con esta convivencia forzada como yo.

La segunda carcajada es aún más fuerte que la primera. Debí sospechar algo cuando encontré la casa extrañamente silenciosa. Pasé los últimos tres años de mi vida viviendo en una fraternidad de deportistas. Si hay algo sospechoso, es el silencio.

Siempre hay alguien tirado en el sofá, jugando a algo; otro sentado en la sala común, fingiendo estudiar; y sin duda, siempre hay alguien en uno de los cuartos teniendo sexo lo suficientemente alto como para que toda la casa lo escuche.

Está claro que nadie quería estar cerca cuando descubriera el agujero en el que me metieron. Dawson probablemente perdió en un sorteo y le tocó recibirme, y por eso estaba aquí. Apostaría todo mi dinero a que el equipo espera que arme un escándalo en represalia. Será un placer decepcionarlos.

De hecho, hasta me gustan las ventajas: acceso exclusivo y nada de vecinos de puerta o pasillo compartido.

Camino por el lugar. Es grande, pero está tan sucio que parece a punto de desmoronarse. Las vigas expuestas y las tuberías visibles contribuyen a esa impresión.

Hay una cama enorme en el centro, un armario apoyado contra una pared y una cómoda en la pared opuesta. Inclino el cuello, mirando hacia arriba con cuidado.

¿Y eso...? ¿Es un... nido? Entorno los ojos para observar lo que parece ser un montón de paja o plantas secas, no sé.

Saco el celular del bolsillo y tomo una foto. La envío a Aiden, sabiendo que el desgraciado se va a reír con esto. Es una broma justa, aunque infantil. Al final, soy el chico nuevo.

Los minutos que tengo antes del entrenamiento no serán suficientes para hacer algo que haga este lugar habitable. Probablemente tendré que pasar algunas noches más en lo de Aiden antes de mudarme definitivamente.

Inclino la cabeza hacia un lado y me muerdo el labio. A menos que... Miro el teléfono en mi mano y abro la aplicación de mensajes. Desplazo la pantalla hacia abajo varias veces hasta encontrar el mensaje no solicitado de un número que no tengo guardado.

No debería hacer lo que estoy pensando. En serio no debería, pero, aunque la actitud del equipo es una provocación predecible, eso no significa que no pueda devolverles la jugada.

Abro el mensaje al que ni siquiera había respondido, aunque lo recibí hace más de una semana.

(716) 809 7654: ¡Hola, Finn! Aquí Cammeron, soy la presidenta de Zeta Phi, también conocida como la casa de las conejitas de UMich... jajaja... Quiero decir, ¡de las animadoras!
(716) 809 7654: Estamos súper emocionadas por tu llegada y esperamos poder darte la bienvenida personalmente muy pronto. ¿Qué te parece pasarte por el happy hour? Si necesitas algo, lo que sea, solo llama.

El mensaje, recibido la noche del partido inaugural, no me sorprendió para nada. No es raro que se pasen números en el ambiente universitario, ni que supiera que, en el momento en que me pusiera la camiseta de los Lynx, me convertiría en un objetivo para las animadoras.

Atletas y animadoras[6], una historia vieja que se repite desde la secundaria. En lugar de responder al mensaje, hago una llamada, y la voz irritantemente melosa que me contesta me dice todo lo que necesito saber antes de responder.

—Hola, Cammeron. Dijiste que si necesitaba algo te llamara, ¿cierto? Pues necesito un favor.

***

El vestuario me recibe tan silencioso como la fraternidad, y me río ante el vacío inusual.

Cobardes de mierda.

Me cambio con calma los jeans por el uniforme de entrenamiento y las zapatillas por los patines, antes de caminar lentamente hacia la pista ya llena. Las conversaciones se apagan poco a poco a medida que me acerco, todos claramente esperando ver cómo reacciono ante su pequeña broma.

Incluso los jugadores que no viven en la fraternidad tienen los ojos pegados en mí. Es casi cómico.

Me siento en el banco del pasillo y me coloco las cuchillas en los patines antes de entrar al hielo y tomar mi posición. El entrenador no tarda en notar que algo anda mal, pero no tiene ni idea de qué está pasando. Su expresión de sospecha es un entretenimiento aparte.

Levine, vestido con su habitual indumentaria deportiva y con el silbato colgando del cuello, mira de un extremo a otro de la pista, claramente buscando alguna explicación para el ambiente que se instaló de repente en el estadio. Después de unos minutos, se rinde.

—¡Empecemos con el calentamiento, vueltas en el hielo, chicos! ¡Vamos! —ordena.

Sonrío internamente y mantengo un ritmo constante de vueltas en la pista hasta que el técnico nos divide en dos equipos y decide que el entrenamiento será de ataque contra defensa. El objetivo de mi equipo es robar el puck y meterlo en la red, mientras que el del otro es intentar evitarlo, cueste lo que cueste.

Vuelvo al centro de la pista, pero en cuanto el juego comienza, Justin Rodriguez, el otro delantero central, me da un golpe en el hombro, aunque el muy hijo de puta está en mi equipo durante esta práctica.

—Lo siento, Colleman, por un momento olvidé que ya no eres un rival —dice, escupiendo el protector bucal lo suficiente como para que su provocación se entienda claramente, y luego se lo vuelve a poner.

Lo ignoro y avanzo por el hielo a toda velocidad hacia el puck, pero la actitud de Justin se esparce como un virus en la pista de patinaje.

Los jugadores de mi propio equipo y los del contrario comienzan a chocar contra mí y a darme golpes más fuertes de lo necesario, poniéndome a prueba física y mental. En segundos, el entrenamiento deja de ser ataque contra defensa y se convierte en los Lynx contra Colleman.

Carlton patina a mi lado, hombro a hombro, empujando con fuerza para intentar sacarme de mi posición cuando logro controlar el disco y me dirijo con él al mejor lugar en el hielo para lanzarlo contra la portería.

—Tu papi puede haber comprado tu lugar aquí, Colleman, pero no puede comprar tu éxito, ¿verdad? —provoca, y yo lo empujo con más fuerza, ajustando mi equilibrio para absorber el impacto.

En las últimas semanas, los entrenamientos no habían sido precisamente amigables, pero nadie había sido tan directo sobre su incomodidad con mi presencia. *¡Por fin, maldita sea!*

Miro al entrenador, curioso por saber si ya captó la tensión que surgió cuando llegué. Al parecer, mi traslado a la fraternidad ya está surtiendo efecto: el equipo está unido en un solo objetivo, hacerme caer. Bueno, pueden seguir intentándolo.

Sonrío tanto como el protector bucal me lo permite cuando robo el puck, a pesar de los intentos de golpes que recibo en el camino hasta el disco.

La primera anotación del juego es mía, y el equipo decide ser más directo, empezando a empujarme con las manos. Aplican suficiente fuerza para moverme, pero no para derribarme.

Mi cuerpo se tambalea, pero resisto la presión y mantengo mi rumbo hacia el otro lado del hielo, donde el puck se deslizó tras un rebote.

Levine sigue el partido completamente alerta, y algo me dice que esperaba que esto sucediera en algún momento. Yo también lo esperaba, o incluso lo deseaba.

Por la forma en que estos hijos de puta estaban actuando, ya me estaba empezando a preguntar si tendrían el valor. Solo que no imaginé que me parecería tan... divertido.

Las provocaciones continúan, tanto físicas como verbales, y aunque ninguna es capaz de hacerme perder la cabeza, algunas me tiran al suelo, pero cada vez que me levanto, es solo para perseguir el disco y esquivar las embestidas con más empeño que antes.

El entrenamiento termina con un marcador de 63 anotaciones contra 27 defensas, y hasta trataría de ocultar la sonrisa arrogante pegada en mi cara cuando me quito el casco, pero no quiero.

El entrenador nos despide, y antes de que salga de la pista, me da un gesto de aprobación que me hace rodar los ojos, aunque entiendo lo que quiere decir.

Después de quitarme el uniforme y dejar el equipo común en las mismas cajas asquerosas que usaban en Michigan y en Denver, me doy una ducha.

—Buen entrenamiento —Killian Di Angelis, el nuevo capitán del equipo tras la salida de Parker, se detiene frente a mí y me extiende la mano mientras me ato las zapatillas.

Levanto la cabeza, mirándolo con una ceja arqueada, y noto que todos los jugadores están

conteniendo la respiración, como si estuvieran esperando que pase algo importante. Estos tipos hacen una escena por cualquier cosa.

Acepto el saludo, apretando la mano de Kill al levantarme del banco.

—Sí que lo fue —asiento, de acuerdo.

—Nos vemos en la fraternidad —dice, encogiéndose de hombros—. Si es que te quedas, claro.

Mi sonrisa es grande.

—Oh, me voy a quedar. No te preocupes.

Regla número 7

Una imagen vale más que mil palabras, pero las tetas y los culos valen más que un millón.

FINNICK COLLEMAN

Cierro la puerta por tercera vez en quince minutos y humedezco mis labios, preguntándome cuánto tiempo más podrán aguantar antes de que alguien venga a descubrir lo que está pasando aquí abajo.

Bajo las escaleras y me encuentro con una escena completamente diferente a la de unas horas atrás, cuando entré por primera vez en mi nuevo cuarto. Lo que antes parecía un montón de basura y escombros, ahora casi brilla de tan limpio que está. El cambio en la atmósfera es tan grande que hasta las paredes de yeso y los tubos a la vista parecen una elección estética, en lugar de abandono. ¿Quién lo diría?

—¿Y entonces? —pregunta Cammeron, deteniéndose a mi lado y cruzando los brazos.

Giro solo la cabeza, observando la sonrisa amplia y el mentón pequeño de la mujer de piel dorada a mi lado.

Cammeron recoge su largo y lacio cabello oscuro hacia un costado, dejando al descubierto su cuello largo, mientras me lanza una mirada muy sugerente, a pesar de que dos de las chicas de su fraternidad siguen en el cuarto con nosotros.

—No esperaba tanto —admito, y eso la hace aún más feliz. Nunca voy a entender este tipo de cosas.

Otra cosa que tampoco entenderé es por qué las animadoras siempre están vestidas con su uniforme. Aunque, pensándolo bien... ese conjunto de falda y top con un lince estampado al frente es difícil de ignorar.

¿Fui un poco imbécil al pedirle a las chicas de Zeta Phi que limpiaran mi cuarto mientras yo estaba en el entrenamiento? Fui completamente imbécil. Pero ellas estaban felices de hacerlo, lo cual es algo completamente absurdo desde mi punto de vista.

—Nos esforzamos —dice Cammeron con una risita—, realmente queríamos darte la bienvenida, aunque fue un pedido inusual. —Levanta una ceja, enfatizando la última palabra, sacándome una carcajada—Nos alegra haber podido ayudar.

—Gracias, de verdad. Me habría llevado días o tendría que haber contratado a alguien.

—Reconozco mi culpa, ¿sabes? No debí haber usado las palabras “lo que sea” —comenta, sacándome otra risa.

—No debiste, de verdad —concuerdo arqueando una ceja, devolviéndole la mirada sugerente que me lanzó antes. Cammeron sonríe de lado.

—Ese era el tipo de "lo que sea" que tenía en mente —asegura, y río nuevamente.

—No eres lo que esperaba.

De repente, su sonrisa se desvanece un poco y me mira fijamente, con un destello de irritación en sus ojos.

—¿Qué querías decir con eso? —pregunta, cruzando los brazos.

Me doy cuenta de que he metido la pata, pero trato de suavizarlo.

—No me malinterpretes... es que, no sé, simplemente... no esperaba que las animadoras fueran tan, ya sabes, inteligentes y divertidas.

Cammeron entrecierra los ojos, claramente ofendida.

—¿Así que pensabas que todas somos tontas y superficiales? —replica con una sonrisa irónica—. Es un estereotipo de mierda, Finnick. Pensé que eras mejor que eso.

—Y ahora me siento fatal.

—Entonces, mi trabajo aquí está hecho.

—Pensé que tu "lo que sea" era para hacerme sentir bien —la provoco y hago un puchero cuyo efecto sé exactamente cuál es. Cammeron se humedece los labios antes de morderse el inferior.

—¿Qué estarías dispuesto a hacer para obtener el perdón?

—Hay muchas respuestas para esa pregunta.

—Acepto una, para empezar.

—Bueno... confieso que querer el cuarto limpio no fue la única razón por la que respondí a tu mensaje.

—Y yo que pensaba que ibas a empezar disculpándote por haber tardado semanas en

responder —Ella suelta una risita burlona, haciéndome reír también.

—Recibo muchos mensajes, el tuyo solo... ¿se perdió?

—Ujum, claro, vamos a fingir que eso es cierto. ¿Y entonces? ¿Cuál era la verdadera razón?

—Es muy vergonzoso.

—Me gustan las cosas vergonzosas. Más te vale que sea algo muy incómodo.

—¿Más incómodo que estar teniendo esta conversación mientras no llevo nada puesto más que una toalla?

—Eso no es vergonzoso, Finn. Es el pago por un trabajo bien hecho.

Suelto una carcajada. Ok. Estaba muy equivocado respecto a Cammeron, y haber reproducido un comportamiento ridículo del cual constantemente soy víctima, ser definido por lo que otros creen en lugar de por quien realmente soy, me hace sentir como un verdadero idiota.

—Te respondí porque quería restregar en la cara del resto del equipo que tú y tus amigas estaban conmigo.

Cammeron hace un puchero.

—Uuuuuuh...

—¿Suficientemente vergonzoso?

—Terriblemente vergonzoso —responde, chasqueando la lengua—, espero que aprendas de tus errores.

—¿Qué tal esto? —propongo—. Ahora les debo una a ti y a Zeta Phi. Si alguna vez necesitan algo, lo que sea, tienes mi número. Y te prometo que no dejo más que tus mensajes se pierdan.

La mirada que Cammeron me lanza no puede ser descrita como otra cosa que maliciosa. Lo interesante es que, a pesar de todas las señales que me ha dado, mi cuerpo sigue tan frío como cuando estaba bajo la ducha helada.

—¿Lo que sea?

—Lo que sea —contesto con una risita baja.

—Me voy a acordar de eso. —Se escuchan dos golpes en la puerta al pie de las escaleras, y mi sonrisa se amplía. Cammeron arquea una ceja—. Déjame adivinar, ¿este es el momento en que pensabas exhibirnos?

Estiro los labios en una mueca de disculpa.

—En realidad, la exhibición comenzó cuando las chicas empezaron a irse. Ahora sería solo el gran final.

—¿Tus planes no implican que terminemos desnudas, o sí?

—No —digo, levantando las manos con las palmas hacia arriba para enfatizarlo. Cammeron chasquea la lengua.

—Qué lástima —lamenta encogiéndose de hombros—, habría sido mucho más divertido si lo incluyera. ¿Qué tenemos que hacer?

—¿Quieres ayudarme? —pregunto inclinando la cabeza hacia atrás.

—¿No fue para eso que vinimos aquí? —Entrecierro los ojos ante su respuesta.

—Realmente no eres nada de lo que esperaba.

—Siempre me alegra decepcionar expectativas. Mis dos papás pueden dar fe de eso. Ellos querían que fuera una estrella de Broadway, pero obtuvieron una animadora. ¿Y entonces?

Su respuesta me hace soltar una carcajada.

—No tienen que hacer nada más de lo que ya hicieron, solo exhibir esos uniformes —señalo su atuendo—y subir las escaleras conmigo.

Cammeron se encoge de hombros, haciendo un puchero.

—¡Jane y Joy! ¿Pueden venir aquí, por favor? —ella llama a las gemelas que estaban acomodando mis almohadas después de hacer mi cama.

Las rubias se acercan rápidamente, y sacudo la cabeza, sintiendo que la realidad es aún más surrealista que mis planes de mierda. Mientras subimos los escalones, se escuchan otros dos golpes en la puerta, dejando claro que la persona del otro lado está impaciente.

¿Quién habrá sido enviado? Apuesto por Justin. Llego a la puerta, y las tres chicas se quedan en el último escalón, detrás de mí. La abro y encuentro exactamente a quien imaginaba.

—¿Hay algún problema? —pregunto.

Rodriguez desvía la mirada hacia las chicas detrás de mí, luego se enfoca en mi pecho desnudo y en la toalla envuelta en mis caderas. Abre la boca, pero no dice nada, solo la mueve como un pez. Cruzo los brazos sobre mi cintura.

—Eeeeh... —Justin carraspea—. No. Ninguno.

—Entonces, adiós —lo despido, pero no cierro la puerta. Todavía se queda parado frente a mí unos segundos antes de darse la vuelta y marcharse, murmurando algo que suena mucho a "increíble".

Me río, cierro la puerta y me giro hacia las chicas.

—Entonces, ¿qué les parece si pago la cena como agradecimiento?

—Es un buen comienzo —responde Cammeron, bajando las escaleras de vuelta al cuarto —, pero ni sueñes que va a ser suficiente.

Regla número 8

Chicos malos, chantajes y detectives son una mala combinación. No pienses en uno en presencia del otro, o acabarás mal.

AVA HARRINGTON

—*¡Jesús, ese lugar es minúsculo, Ava! No puedes seguir viviendo ahí.* —Lauren repite la misma cantaleta de siempre cada vez que hacemos una videollamada, guiñando un ojo y moviendo la cabeza de un lado a otro.

Cruzo el cuarto y me tiro en la cama, sosteniendo el celular en alto para que pueda verme con claridad a través de la cámara.

—El drama te manda saludos —respondo, y los ojos oscuros de mi hermana se estrechan cuando ella suelta un bufido.

—*Chloe Scott puede pensar que es la dueña de Delta, pero no lo es. Tú eres la heredera de una de las fundadoras, Ava. Si quieres estar allí, vas a estar allí.*

—¿De nuevo con este tema, Lauren? —refunfuño.

—*Mientras no me des una razón convincente para preferir vivir en esta caja de cerillas en lugar de en Delta, seguiré preguntando por qué.*

—¿El hecho de que Delta sea actualmente una obra en construcción no es razón suficiente?

—*Sabes que me refiero a después. Después de que terminen las reformas, que no debería tardar mucho.*

—¿Y si la razón es... es... —Cierro los ojos y suelto una larga exhalación—. ¿Y si la razón es que no quiero? —pregunto en voz baja, sin poder creer que esas palabras realmente salgan de mi boca.

Lauren inclina la cabeza, y su cabello, hoy liso y en un corte tipo Chanel a la altura de la mandíbula, cae sobre su rostro, como siempre, perfectamente maquillado. La blusa rosa de pelitos se arruga cuando se mueve en la silla en la que está sentada.

—*¿No quieres...* —enfatiza la última palabra—*volver a Delta?*

Lamo mis labios, sintiendo que el poco valor que tenía para hablar de este tema se ha agotado con la confesión y que ahora no tengo más para repetirla. A pesar de eso, fuerzo las palabras a salir.

—Nunca quise ir allí, Lauren.

—*¿Qué?* —Mi hermana parpadea, retrocede la cabeza y parece sin palabras por primera vez en su vida. Me reiría, si no estuviera sintiendo un nerviosismo extremo por esta conversación que no planeaba tener cuando contesté el teléfono—. *Pero la pared de honor era el ítem número uno de tu lista...* —dice, con la mirada distante, como si estuviera repasando cada charla que hemos tenido sobre mi llegada a la universidad en los últimos años—. *¿Por qué no lo dijiste antes?*

—Porque no quería decepcionarlas. Quiero decir —me levanto de la cama y empiezo a caminar de un lado a otro—, nuestra tatarabuela literalmente fundó la hermandad, y desde entonces, todas las mujeres de nuestra familia han sido parte de ella. ¿Cómo podría decir que no quiero? —pregunto, sintiéndome a la vez oprimida y aliviada por las palabras.

He pasado toda mi vida oyendo sobre la Universidad de Michigan y la Delta Sigma Theta. Cuando vienes de una familia como la mía, es difícil desear ser diferente del molde establecido.

No querer seguir los pasos de aquellos que vinieron antes de ti es, en el fondo, inaceptable, porque sabes que fueron pasos increíbles. Desde que tengo memoria, he estado rodeada de mujeres extraordinarias. Todo lo que tengo y conozco es gracias al esfuerzo de estas mujeres.

Desde mi tatarabuela, que inició un pequeño negocio de pan casero durante la crisis del veintinueve para ayudar con la salud de su hijo enfermo, hasta la más joven de mis hermanas, que, aunque solo tiene veinticuatro años, ya ha conquistado medio mundo y está dispuesta a conquistar el resto.

¿Cómo podría querer ser algo diferente? ¿Cómo podría decir en voz alta que estoy aterrorizada con la idea de formar parte de una historia que se me ha contado con orgullo, una y otra vez, a lo largo de los años, como si siempre hubiera sido un pedazo de ella?

En 1960, cuando Katherine Margareth Harrington llegó a la Universidad de Michigan, a pesar de que las leyes contra la segregación racial ya estaban vigentes, la realidad era muy distinta del ideal.

Hija de una mujer que construyó su fortuna con sus propias manos, en una cocina minúscula en Tennessee, mi tatarabuela decidió que construiría un lugar donde mujeres como ella y su madre pudieran elegir estar.

Un lugar donde no estarían escondidas, como si tuvieran que avergonzarse de su propia

piel, sino donde serían valoradas. Un lugar donde su color tendría protagonismo en lugar de ser segregado.

La Delta Sigma Theta fue la primera hermandad construida por y para mujeres negras en la historia educativa de Estados Unidos, y sus pilares son la acogida, la oportunidad y la identidad. ¿Cómo debería decirle a mi familia que no quiero ser parte de algo así?

—Yo solo... —Suspiro y cierro los ojos—. No es que no quisiera, simplemente tenía miedo de arruinarlo todo.

—*No arruinaste nada, Ava* —dice mi hermana con suavidad.

—¡Incendie una casa casi centenaria, Lauren!

—*La investigación aún no ha terminado, así que nadie puede afirmar que el fuego realmente comenzó por culpa del horno, y aunque así fuera, fue un accidente.*

—Un accidente aún podría haber lastimado a alguien.

—*Pero no lastimó a nadie. Como dice la abuela, se van los anillos, quedan los dedos. Y, en este caso, ella y mamá ya se han encargado de restituir todos los anillos perdidos. La renovación de la hermandad va bastante avanzada, y todos los bienes personales están siendo reembolsados por su donación.*

Aunque ya lo sé, sigue siendo raro escucharlo en voz alta. El dinero puede comprar casi todo, incluso el silencio.

Margareth Harrington probablemente se revolvería en su tumba si supiera que una parte, aunque insignificante, de la fortuna que ella comenzó a construir con tanto sacrificio, hace casi un siglo, se desperdició de esta manera.

De hecho, es probable que se levantara de su tumba para renegar de mí si supiera lo que mi naturaleza torpe hizo con la hermandad que su hija fundó.

—Solo necesité dos días en la universidad para hacer que gastáramos una fortuna —murmuro, y Lauren echa la cabeza hacia atrás, riendo a carcajadas.

—*Tienes crédito* —asegura—. *Maggie, Alex, Elle y yo ya hicimos que nuestros padres gastaran mucho más en situaciones mucho menos nobles. ¿Recuerdas cuántos autos ha chocado Maggie, verdad?*

—¿Eso debería consolarme? —pregunto, presionando la cabeza contra la almohada.

—*¡Debería! Si existiera un premio a la hija más económica, probablemente lo ganarías.*

¿Y aquella vez en que las gemelas "controlamos todo" decidieron que, como iban a aprender a pilotar helicópteros, necesitaban uno de cada nacionalidad para decidir cuál era el mejor? — Lauren levanta una ceja, y yo muevo la cabeza de un lado a otro, negando.

—Para que conste, eso no me hace sentir mejor. Además, la cámara probablemente hace que el espacio parezca más pequeño de lo que es —miento, volviendo a un tema seguro: el tamaño del cuarto—. Además, ya no tengo compañera de cuarto, así que el espacio es aún más grande.

Realmente esperaba que Candice lograra su tan ansiada aceptación en la Alpha Phi, pero desde que se mudó a la hermandad, admito que el cuarto se volvió mucho menos acogedor de lo que solía ser.

—Ah, qué bueno que en dos semanas lo veré en persona.

No sé si Lauren acepta el cambio de tema tan fácilmente porque se siente generosa o porque realmente quería que me diera un infarto a los dieciocho años.

—¿Qué? —prácticamente grito, sentándome en la cama tan rápido que me mareo.

Mi hermana me mira con una sonrisita burlona.

—¿Mamá no te dijo? Ya reservamos el vuelo para el fin de semana de los padres. Vamos todas juntas, menos papá y Elle. Él mencionó por qué llegaría solo al día siguiente, pero no lo recuerdo, y Elle volará directo desde Japón.

—¿Japón? ¿Va a la inauguración de la nueva fábrica? —pregunto, distrayéndome por un momento del problema que tengo frente a mí al recordar la cocina abierta a visitas que tendrá la tienda de la fábrica japonesa.

Cuando mi tatarabuela probó recetas exhaustivamente hasta inventar la del pan de molde integral por pura necesidad, no tenía idea de que estaba comenzando lo que sería una de las mayores empresas de la industria alimentaria en Norteamérica: la Harrington Gold.

—Como dije, señorita "controladora" —responde Lauren.

—No seas mala —la reprendo, pero termino riendo.

—No estoy siendo mala, estoy siendo realista. Elle y Alex claramente no leyeron el estatuto de los gemelos antes de aceptar el contrato. Una debería ser tranquila y la otra controladora. En cambio, tenemos a dos completamente obsesionadas con el control. Fui la primera en tener que lidiar con ellas, tengo derecho a opinar.

Me río, y el sonido de mi propia risa me da una nostalgia absurda por casa. No he reído

mucho desde que llegué a Michigan. Dios sabe que he hecho poco más que intentar ser invisible.

—Quiero que esto funcione, Lauren. Dejar a la Delta duele, pero parece lo correcto —admito después de un rato en silencio.

—Nadie te juzgará por tomar decisiones difíciles, Ava. Siempre te apoyaremos —promete —*, y te ahogaré en un abrazo familiar en dos semanas.*

Aunque sorprendente, la perspectiva me pone más ansiosa que cualquier otra cosa desde que me mudé a Michigan. Dejar Tennessee no fue fácil.

—Casi no puedo esperar.

—¿Y por eso no me contaste sobre el fin de semana de los padres?

—No quería incomodar.

—¡Deja de ser loca, Ava! Todas recibimos visitas el fin de semana de los padres, ¿por qué contigo sería diferente? —bufa Lauren—. *Mamá va a adorar escucharte hablando como si no fueras parte de la familia y como si no merecieras atención.*

—No va a oírlo porque tú no se lo vas a contar —disfrazo el pedido en una afirmación.

—Eso aún no está decidido, a menos que, por supuesto, me digas algo que me convenza de quedarme callada —dice con una sonrisa pícara.

—¿Como qué? —frunzo el ceño.

—¿Conociste a alguien? ¿Algún candidato guapo para ayudarte a tachar algunos puntos de esa lista, eh?

La imagen de Finnick Colleman invade mi mente tan rápido que no hay nada que pueda hacer para evitarlo. Sus ojos azules y extremadamente malhumorados me miran desde mi propia cabeza mientras su cuerpo esculpido parpadea, una y otra vez, en mis recuerdos.

Excepto que no debería estar ocupando mis pensamientos con él, sino porque todavía tiene mi cuaderno, aún tiene mi lista.

Muevo la cabeza, expulsándolo de mis pensamientos, y abro la boca para decirle a Lauren que la respuesta a su pregunta es obviamente no, pero la expresión en su rostro me hace abrir los ojos, levemente desesperada. ¡Oh, no!

—¡Conociste a alguien! —acusa—. *¿Quién es, Ava? ¿Es guapo? ¿Sexi? ¡Claro que es guapo y sexi! ¿Ya se han besado? ¡Dios mío! ¡Cuéntamelo todo! Las chicas se morirán de*

envidia porque fui la primera en saberlo.

Agradezco a Dios por la melanina que no me deja sonrojarme de vergüenza y cuelgo la llamada sin ni siquiera decir adiós. Después diré que internet se cayó.

Muerdo mi labio y me tiro en la cama, volviendo a acostarme. ¡Problema! Finnick Colleman es un problema, ¿no lo dije? Mi celular vibra, anunciando la llegada de un nuevo mensaje.

Hermana más astuta: ¡YO VOY A DESCUBRIRLO!

Leo el mensaje en la pantalla de notificaciones con la voz de Lauren y me ahogo con una risa nerviosa. El nombre de su contacto podría ser perfectamente “hermana detective”, porque siempre descubre todo, pero espero que esta vez falle, porque si mi hermana llega a esa información, probablemente lo que quiero ocultar ya habrá sido revelado.

Desbloqueo la pantalla del celular y abro Twitter. No miro el feed, voy directo a la lupa y toco el @ que aparece de inmediato. Deslizo el feed como ya me he acostumbrado a hacer, pero, por primera vez, no busco una imagen o mención mía. En el cuarto tuit, encuentro lo que buscaba.

Hay un video de Finnick Colleman saliendo de una clase, vistiendo jeans y una camiseta de nuevo, con la mochila negra colgada en un hombro y un iPad bajo el brazo.

La grabación tiene un ángulo extraño, el autor del video probablemente estaba filmando a escondidas, pero, cuando se acerca a la cámara, mi mandíbula casi se cae al suelo al darme cuenta de lo que lleva encima del tablet: ¡mi estuche!

Finnick Colleman estaba paseando con un estuche rosa con estampado de donas. ¿Qué le pasa a este tipo?

Regla número 9

El mejor lugar para dibujar caramelos es en un cuaderno que no sea el tuyo.

FINNICK COLLEMAN

Asiento con la cabeza al ritmo de la música que explota en mis audífonos, tarareando en silencio una canción de AC/DC.

Abro y cierro las manos para aliviar el frío. El viento helado es una molestia, pero un auto estacionado afuera del estadio, que lleva horas cerrado, llamaría demasiado la atención, así que prefiero ir y volver caminando.

Si no fuera por la mochila pesada, hasta podría aprovechar para correr un poco. A esta hora de la noche, las únicas almas vivas deambulando por las áreas no residenciales de la Universidad de Michigan somos yo y los trabajadores de mantenimiento, lo que hace de este el momento perfecto para estar solo en el hielo, sobre todo porque desde que el entrenador Levine descubrió mi entrenamiento individual hace semanas, parece haber desarrollado un gusto raro por madrugar, así que he tenido que ser más creativo.

No creo que mis escapadas clandestinas sigan siendo un secreto por mucho tiempo, pero he sido tan cuidadoso como se puede. Incluso evito tomar siempre el mismo camino por si me encuentro con ojos curiosos, aunque lo veo poco probable.

Los chismosos están en fiestas, durmiendo, teniendo sexo o estudiando, pero el campus universitario es lo suficientemente grande como para que pueda pasar días sin repetir la misma ruta al salir del estadio cerrado. Aunque el paisaje siempre parece el mismo: edificios apagados, estacionamientos vacíos, calles desiertas y tiendas oscuras y cerradas.

Como queriendo desafiar mi último pensamiento, una sombra pasa por mi visión periférica, del otro lado de la calle, al salir de una esquina. Al principio, no le doy importancia, pero la figura tropieza, resbalando casi dos metros antes de casi caer de cara al suelo, haciendo que una nube de cabello oscuro y muy voluminoso se mueva frenéticamente en todas direcciones.

Es una chica. Bajo el ritmo de mis pasos, mirando a ambos lados, buscando posibles acompañantes, pero no encuentro a nadie.

¿Por qué una chica está caminando sola, en la oscuridad, por calles desiertas, a las once de

la noche? O sea, puede andar por donde quiera, cuando quiera, pero no parece una decisión muy segura, incluso en un lugar como la UMich. Gente estúpida hay en todas partes.

¿Está borracha? ¿Se perdió volviendo de alguna fiesta? *Mierda.* Exhalo profundamente, reduciendo aún más mi ritmo, porque la chica empieza a caminar despacio después de casi estamparse contra el suelo. Me mantengo del otro lado de la calle, lo más lejos posible; ella no se ha dado cuenta de mi presencia y espero que siga así.

En cuanto llegue a su destino de forma segura, sea donde sea, seguiré mi camino. La chica gira a la izquierda, luego a la derecha, camina unos metros más y vuelve a girar a la izquierda.

El cuerpo delgado y pequeño, con jeans y un suéter color caramelo, no está tambaleante, y nada en sus movimientos sugiere que esté borracha, pero su recorrido parece demasiado aleatorio para alguien sobrio, hasta que se detiene frente a lo que parece una cafetería o librería, no estoy seguro.

¿Va a forzar la entrada? Muerdo el interior de mi mejilla y pongo las manos en la cintura, levantando las cejas mientras espero los próximos movimientos de la desconocida.

Esto no es asunto mío, y nunca me he considerado un chismoso, pero no puedo simplemente dar media vuelta y largarme.

Gira el rostro hacia un lado y, por primera vez desde que la noté, puedo ver su perfil con claridad. Ella no me ve, porque estoy detrás y casi escondido tras una pequeña pared.

Frunzo el ceño y retraigo la cabeza, luego suelto una risa baja. Es la chica loca.

El recuerdo de nuestro encuentro vuelve con fuerza. La forma en que respondió indignada a mi grosería, solo para, un segundo después, abrir los ojos como platos y salir corriendo, literalmente, sin importarle terminar de recoger sus cosas.

Ni siquiera su cuaderno... Dejó tantas cosas tiradas que ni siquiera pude meter todo en mi mochila, ya bastante llena.

Tuve que cargar algunas cosas en el brazo. La conciencia de que sus pertenencias perdidas están en la mochila sobre mi hombro hace que esta parezca más pesada. Reconozco que fui un imbécil, pero después de la tercera vez que una mujer finje tropezar contigo solo para tener una excusa para iniciar una conversación, empiezas a perder la paciencia.

Y ese tropiezo no fue ni el tercero ni el cuarto de ese día. Pero antes de que pudiera disculparme, después de darme cuenta de que realmente fue un accidente y no un encuentro planeado, la loca ya había desaparecido por el pasillo sin darme oportunidad de hacerlo.

Luego, me dejó hablando solo y me cerró la puerta en la cara en el Yakeley Hall. Ava Harrington, la vecina de cuarto de Alice en el dormitorio. Definitivamente está loca y, al parecer, también es una potencial ladrona.

Ava saca su bolso del hombro, lo abre, mete la mano y saca lo que parece un llavero en forma de una rosquilla gigante. Debe gustarle mucho las donas, su estuche también está estampado con ellas.

Después de meter una llave en la cerradura, entra a la tienda. Esto significa que no es una ladrona, lo cual no tendría sentido, de todas formas. No conocía su rostro, pero su apellido es uno que mi padre nunca me permitiría ignorar.

Los Harrington poseen una de las mayores fortunas del país, sin mencionar su influencia. De cualquier manera, la loca llegó a su destino a salvo, y ya puedo irme.

En lugar de eso, me apoyo en la pared, saliendo de su campo de visión cuando, desde adentro, Ava se voltea hacia donde estoy para cerrar la puerta de cristal. *¿No tiene esta tienda una salida trasera?*

Espero unos segundos antes de asomarme por el costado de la pared. Enciende una luz tenue y amarillenta que apenas ilumina el interior de la tienda, y sigue caminando más adentro, encendiendo otros interruptores.

Me acerco, sintiéndome como un maldito acosador, pero menos capaz de darme la vuelta ahora que antes. Cruzo la calle y me detengo bajo el toldo de la tienda contigua a la cafetería donde está Ava, que también es librería, según el cartel.

Este lugar parece encajar con ella. No es que lo sepa con certeza, ya que no sé casi nada de la fugitiva aparte de su extraña tendencia a salir corriendo.

Observo a la chica detenerse detrás del mostrador y recogerse el cabello en un moño alto. Hay una lámpara justo encima de ella, y estando mucho más cerca de lo que estaba antes, ahora puedo ver cada contorno de su rostro de piel morena. Sus ojos son oscuros y pequeños, con esquinas suaves que contrastan con sus cejas gruesas. Sus labios son grandes y llenos, su nariz es redondeada y su mandíbula definida termina en un mentón pequeño y fino.

No parece llevar ni una gota de maquillaje en el rostro. Ava es hermosa, y lo noté en cuanto la miré con algo de atención, cuando todavía estábamos agachados en medio del pasillo del edificio de matemáticas.

Ella quita el bolso que llevaba del hombro y lo coloca sobre el mostrador, luego lo abre y saca un pequeño rollo de tela. Es un delantal con estampado de donas, me doy cuenta cuando lo despliega y se lo pone.

Lo siguiente que saca son unos audífonos gigantes con almohadillas rosadas y orejas de gatito que me sacan una risa baja. La chica está loca, pero es un poco adorable también.

Me siento en un banco en la acera cuando Ava atraviesa las puertas batientes detrás del mostrador y reaparece tras la pared de vidrio que ofrece a los clientes y transeúntes una vista casi completa de la cocina del café.

Aparentemente, trabaja aquí o, de lo contrario, practica un tipo muy peculiar de invasión que incluye cocinar mientras baila. ¿Qué estará escuchando? Y, siendo quien es, ¿por qué trabaja?

No obstante, al observarla bien, Ava parece más estar disfrutando que trabajando. Es buena en lo que hace. Extremadamente organizada también. Primero, separó la larga barra de acero inoxidable en varias secciones diferentes, que después entendí que eran ingredientes para distintas recetas.

Luego, una a una, las fue preparando en una batidora gigante. Algunas las amasó con las manos, y en algún momento su cara quedó llena de harina, sacándome una risa baja.

Tal vez no esté tan loca, después de todo. ¿Solo es... tímida? Ava ya no parece nada loca, parece... feliz. Tranquila. En control.

Poco a poco, la vitrina del café, que antes estaba vacía, se va llenando. Me quito la mochila del hombro y la apoyo a mi lado, en el banco. Saco un cuaderno sin mirar cuál es, hasta que la tapa rosa llama mi atención.

Es su cuaderno, el que he estado cargando arriba y abajo con la intención de devolvérselo, aunque podría haberlo dejado simplemente en la puerta del dormitorio donde Ava me cerró en la cara. Pero no creo que quiera que cualquiera tenga acceso a sus notas. De hecho, me sorprendió que no haya intentado recuperarlo.

Saco una pluma del bolsillo exterior de la mochila y abro el cuaderno en una página al azar. Dibujo la fachada de la tienda y el interior que logro ver a través del cristal, esbozando la vitrina, ahora casi completamente llena de panes, pasteles y rollos de canela.

Miro el reloj cuando la vitrina ya está llena y descubro que son las dos de la mañana. Nunca habría imaginado que había pasado tanto tiempo. Observarla fue... interesante.

Ava empieza a limpiar todo lo que ensució y se tarda media hora más en apagar las luces y salir por la puerta principal, ya sin el delantal, pero aún con los audífonos puestos.

Cierro la mochila después de lanzar el bolígrafo dentro, me la echo al hombro y me levanto, acercándome cuando Ava está de espaldas, cerrando la puerta con llave.

—Hola —digo cuando ella se gira, y parece algo estúpido de decir, sobre todo porque, en vez de responder, grita y abre los ojos de par en par.

Una fuerte exhalación sale de su boca, y su pecho comienza a subir y bajar rápidamente. Mira a su alrededor como si la posibilidad de que alguien apareciera fuera aún más aterradora que estar sola conmigo, un desconocido.

Ok, tal vez la juzgué demasiado pronto. Definitivamente, Ava está loca. Sus ojos bajan a mi mano, donde sostengo su cuaderno extendido, y luego vuelven a mi rostro.

—¿Hay alguien más contigo? —pregunta, claramente alterada por algo, aunque no tengo ni idea de qué. Parecía en paz solo unos segundos atrás.

—¿No? —respondo, inclinando ligeramente la cabeza y frunciendo el ceño.

Ava cierra los ojos y exhala lentamente. Cuando vuelve a mirarme, tiene una expresión extrañamente decidida en el rostro.

—Mira, sé que no nos conocemos y que esto probablemente va a sonar muy raro para alguien como tú. —Su tono es tan condescendiente que me saca una risa curiosa—. Pero no puedo ser vista contigo, ni cerca de tu presencia. Necesito que tú te mantengas lejos de mí. Y sí, sé que dije "tú" muchas veces seguidas, pero realmente necesito que *tú* —enfatiza el pronombre una vez más—lo entiendas.

Definitivamente no era lo que esperaba, aunque en realidad no estaba esperando nada en primer lugar.

—¿Mantenerme lejos de ti? —repito.

—Así es. —Asiente para sí misma—. Por favor. —Su tono suplicante solo hace que la situación sea aún más absurda—. Cuanto más lejos, mejor. Si me ves de un lado de la calle, cruza al otro. Si entras a una sala donde yo esté, hazme el favor de salir. —Ava parpadea y me mira fijamente.

Me toma un momento entender que está esperando una respuesta.

—¿Te importaría al menos decirme qué fue lo tan horrible que te hice? —Cruzo los brazos.

—Nada —admite, negando con la cabeza—. No me hiciste nada, pero mi vida tiene la pésima costumbre de ser un desastre, y alguien como tú es una especie de ingrediente atómico, ¿sabes? —Habla con tanta seriedad que no puedo contener la risa.

—¿Un ingrediente atómico?

—¡Sí! —responde, pareciendo contenta de que finalmente haya entendido. O quizás no presta atención o no le importa que yo encuentre esta conversación tan divertida—. No quiero ser un cliché.

—¿Cliché?

No debería hacer preguntas. No debería alimentar la fantasía insana de esta chica, pero no puedo evitarlo.

Ella parece tan segura de lo que dice, tan decidida a mantenerse lejos de mí a toda costa. Sus absurdas justificaciones son simplemente demasiado tentadoras para que yo me resista.

—No quiero ser tu profesora, ni tu novia falsa, ni un proyecto de caridad. Y no digo que tú quieras que sea ninguna de esas cosas, pero créeme, eso es lo que la gente va a pensar. —Ava vuelve a cerrar los ojos, inhalando y exhalando lentamente otra vez—. Todo lo que quiero es pasar los próximos cuatro años siendo lo más invisible posible, ¡y ya estoy haciendo un pésimo trabajo sola! No necesito que me vean contigo, ni cerca de ti, ni que mi nombre aparezca en la misma frase que el tuyo.

Me cuesta creer lo que acabo de escuchar, aunque la apasionada defensa de Ava insiste en que sí, lo escuché bien.

La loca decide que sus palabras sin sentido son suficientes, me da la espalda y se va, sin molestarse en despedirse ni en recuperar su cuaderno.

Mi risa es estruendosa. Quizás "loca" sea una palabra demasiado sutil para describir a esta chica. ¿Será un peligro para ella misma? Espera, ¿se va caminando? ¿Casi a las tres de la mañana, y va caminando? ¡Maldita sea!

Voy tras ella, manteniendo una distancia tan grande como la que mantuve horas atrás, aunque ahora ya sabe de mi presencia.

A lo largo del camino, varias veces gira la cabeza para mirarme con desconfianza y luego empieza a caminar más rápido, como si eso fuera a ayudarla a deshacerse de mí.

Caminamos casi treinta minutos hasta Yakeley Hall, y Ava me lanza una última mirada reticente antes de entrar en uno de los dormitorios de primer año justo cuando otra chica sale.

Coloco las manos en la cintura e inclino la cabeza, tratando de confirmar que, sí, los últimos cuarenta minutos de mi vida fueron reales.

No lo imaginé. No imaginé ver a Ava cocinando. Tiene una... concentración… sí… una concentración impresionante. Podría aprovechar eso. Cualquier atleta, en realidad.

En el hielo, siempre hay tantas cosas de las que ocuparse: los otros jugadores, las posiciones, el plan de juego, la multitud, las cámaras, el entrenador, las luces... Es imposible realmente disfrutar el momento.

¿Cuándo fue la última vez que disfruté un partido oficial? ¿Alguna vez lo hice? No lo recuerdo.

Ava llenó mi cabeza con tantos pensamientos que, cuando me doy cuenta, ya estoy cruzando la puerta de la fraternidad sin siquiera haber visto el camino. Ella no es un cliché... Me río.

—¡Qué chica tan loca!

Regla número 10

Recuerda que un gato negro no da mala suerte, pero un tubo de ensayo cerca de un producto inflamable sí.

AVA HARRINGTON

El primer flash me ciega apenas abro la puerta de la enfermería. Cierro los ojos ante el caos que estalla a mi alrededor, deseando poder hacer lo mismo con mis oídos.

Todo el mundo ha tenido esa pesadilla en la que estás en un lugar y, por alguna razón, todos se voltean hacia ti, comienzan a reírse en tu cara, señalándote, susurrando, tomando fotos y grabando videos.

Habiendo vivido esa experiencia más de una vez en la vida real, puedo afirmar que la realidad es infinitamente peor que cualquier pesadilla.

La peor parte, sin duda, es esa sensación de asfixia que provoca la multitud, no importa cuán pequeña sea. El sonido de las risas es profundamente humillante, y las miradas condescendientes, como si no valieras nada más que el entretenimiento que les proporcionas, son aplastantes.

Odio que se olviden de que, detrás del blanco de sus burlas, hay un ser humano. Alguien que siente, que sufre, y que se encoge con cada humillación. Me cuesta no ponerme a llorar.

Abro los ojos y salgo corriendo por el pasillo, chocando y empujando a quien se cruce en mi camino, sin importarme los comentarios sarcásticos, los dedos que me señalan o las cámaras que graban y fotografían las consecuencias del último desastre en el que me metí.

Mi cabeza, como si la situación no fuera lo suficientemente horrible, se llena de todas las posibles portadas del periódico estudiantil y de los tuits que Blabber debe estar publicando en este preciso momento.

“La Reina del Desastre ataca de nuevo”.

“Ava Harrington parece haber decidido cambiar de profesión: esta tarde hizo una demostración de sus habilidades como esteticista, ofreciéndole a su compañera de laboratorio un nuevo corte de cabello y la depilación total de una ceja. Y no, no leíste mal. Fue una sola ceja. SÍ, SOLO UNA.”

"¡Promoción de corte de cabello ardiente! ¡Imperdible! Un ofrecimiento especial de Ava Harrington."

Y los memes. Porque, obviamente, habrá memes. Es Twitter, los memes son casi obligatorios.

Ya puedo imaginar uno de esos de "Expectativa vs. Realidad" donde la expectativa es la ceja de Angelina Jolie, y la realidad es una foto de mi compañera de laboratorio sin una ceja.

O tal vez uno donde la expectativa es una imagen de Katniss[7] de *Los Juegos del Hambre*[8], en la escena en la que está gloriosamente en llamas en el desfile de los representantes de los distritos para los juegos, y al lado, una foto mía, con el delantal y el cabello chamuscados.

Dios, ¿por qué el universo me odia? ¿Qué hice tan mal en dieciocho años de vida? Doy un paso adelante y tres hacia atrás. ¡Esto no puede estar pasando, carajo!

Finalmente logro salir del edificio. Tomo una profunda bocanada de aire al detenerme por un instante en el rellano antes de bajar los tres escalones, solo para toparme de frente con, por supuesto, Finnick Colleman. Porque, claro, mi lista de humillaciones del día aún no estaba completa.

En mi estado actual, lo último que necesitaba era encontrarme justo con el tipo que, a estas alturas, seguramente ya piensa que estoy completamente loca. Bueno, si no lo creía antes, lo pensará ahora.

Finnick sonríe, recostado contra el parterre de flores frente a la entrada del edificio, bajo el sol, como si fuera el rey de la Universidad de Michigan, mientras yo paso junto a él como un ratón asustado.

¿Por qué demonios está sonriéndome? ¿Habrá visto la lista y está esperando el momento para humillarme mencionándola?

Nuestros ojos apenas se cruzan por dos segundos, porque no puedo lidiar con más en este momento. Afortunadamente, él tampoco intenta hablar conmigo. En serio, ¿por qué lo haría, si no ha visto la lista?

No ha visto la lista, Ava.

Atraes lo que crees. Claro, porque eso me ha funcionado tan bien hasta ahora... El hecho de que ayer no me dejara caminar sola de regreso a la residencia no significa nada.

Camino lo más rápido que puedo, sin llegar a correr, hacia el edificio de la biblioteca. Los susurros me siguen, como ya imaginaba. Internet ya hizo su magia, y, obviamente, todos saben lo

que ocurrió.

Cuando abro la puerta del inmenso salón, la bibliotecaria levanta la cabeza, mirándome por encima del mostrador. La lástima que veo en sus ojos, después de darme un rápido vistazo, me mata un poco más.

—Tengo una sala de estudio privada disponible —dice antes de que pueda decir una palabra, y su compasión se siente un poco menos dolorosa, porque al menos me ahorra otra humillación.

No tenía una reserva, pero realmente necesito estar sola ahora. Asiento con la cabeza y me acerco al mostrador para tomar la llave. La mujer me entrega el llavero con el número quince, y me dirijo al cubículo.

Las cortinas de la ventana de cristal ya están cerradas, así que no me molesto en acercarme a la mesa redonda con cuatro sillas. Cierro la puerta y dejo que mi cuerpo se deslice por ella hasta que quedo sentada en el suelo.

¿Cómo pasó esto? O sea, ¡todo estaba bien! El fuego estaba controlado, la mezcla tenía las cantidades correctas de ingredientes. No debía haberse incendiado y, definitivamente, no debería haber sido una llama tan alta.

Levanto un mechón de cabello del lado derecho de mi rostro. La punta chamuscada y desigual me hace negar con la cabeza.

¿Cómo es posible que, cuando salí de la sala para ir al baño, todo estuviera bien, y al volver, todo haya salido tan terriblemente mal?

Ya odiaba esta clase. O sea, ¿para qué necesita un estudiante de administración una clase de química industrial? ¡No tiene sentido! ¿Quién decidió que esto era una buena optativa? Y ahora, ¿cómo voy a mirar al profesor a la cara? ¿Cómo voy a mirar a Paige?

Ella fue la única que se atrevió a ser mi compañera de laboratorio. ¿Y cómo le pagué? Quemándole el cabello y dejándola sin una ceja.

Dios, apenas comienza el semestre. Saber que solo tengo que aguantar esta materia por seis meses no es consuelo.

Saco mi mochila y de ella el tupper con el sándwich de mantequilla de maní. Lo abro, saco el sándwich y lo desenvuelvo. Le doy un mordisco y miro mi reloj. No hay manera de que espere hasta mañana para cocinar.

Desde que era niña, esa ha sido la única cosa que siempre funcionaba. He sido ansiosa

desde que tengo memoria, y amasar masas o decorar pasteles con una atención casi obsesiva siempre ha sido lo único que podía calmarme y distraerme de mis tormentos.

Ayer hice postres y panes para dos días de ventas en la cafetería, como siempre, pero hoy volveré y prepararé algo más, un pastel especial, tal vez. Un pastel especial será perfecto.

Doce horas. Doce horas hasta que pueda cocinar y calmarme. Solo espero no tener un colapso antes de eso.

Regla número 11

Los amigos y los chismes no van juntos. Mantenlos separados o atente a las consecuencias.

FINNICK COLLEMAN

—¿Qué onda, man? —Me dejo caer en el asiento frente a Aiden, quien tarda casi un minuto en responderme, demasiado concentrado en el celular que sostiene en la mano.

La cafetería está llena a la hora del almuerzo, pero después de semanas viviendo en Michigan, empiezo a dudar seriamente de que haya algún lugar en este campus que no esté siempre abarrotado durante el día. Tamborileo los dedos sobre la mesa de madera clara y frunzo el ceño cuando, a través de la enorme ventana a mi derecha, veo a un grupo de cinco tipos corriendo y haciendo piruetas. La gente de artes escénicas está loca. Sacudo la cabeza y vuelvo a concentrarme en Aiden.

—Están obsesionados con esa chica —dice, aún sin mirarme, recostándose en el asiento y usando el espacio libre a su lado para estirar el brazo sobre el respaldo mientras mueve la cabeza de un lado a otro.

El movimiento hace que la chaqueta del equipo de fútbol americano que lleva puesta se abra más, dejando ver casi toda la camiseta negra que tiene debajo. Extiendo la mano y agarro el vaso de agua que estaba bebiendo Aiden. De un solo trago me termino lo que quedaba, esperando que termine lo que empezó a decir, pero el idiota sigue en silencio, mirando la pantalla con los labios torcidos. Frunzo el ceño.

—¿Quién está obsesionado con quién?

—El Blabber. Hace como tres días que no publican nada que no sea sobre la Reina del Desastre y el incidente en el laboratorio.

La Reina del Desastre. Pensar en la cara enojada de esa chica loca me hace reprimir una sonrisa, aunque no me parezca gracioso el apodo cruel que le pusieron. Tengo serias dudas sobre la veracidad de los rumores que circulan sobre ella. Los chismes rara vez son honestos.

Aunque estuvieran en lo cierto y Ava fuera tan torpe como dicen, eso no debería definir la forma en que las personas la ven o la tratan. Nadie tiene el derecho de decidir si su comportamiento es bueno o malo.

Solo cuando me enteré de lo que había pasado en su clase de laboratorio, entendí la forma desesperada en que pasó junto a mí en la puerta del edificio de ciencias. En ese momento pensé que solo estaba actuando con su locura de siempre y hasta le sonreí. Si ya me odiaba antes, a estas alturas probablemente ya hizo un muñeco vudú de mí, creyendo que me burlaba de ella.

—¿El perfil de chismes en Twitter? —No necesito decir nada más para que mi amigo sepa que lo estoy juzgando.

—¿Y qué? ¡Los chismes también enseñan!

—¿Cuando son sobre ti también? —le pregunto, sabiendo muy bien la respuesta. Tanto Aiden como yo crecimos siendo carne de tabloides, casi siempre en noticias falsas inventadas solo para atraer audiencia. Él se encoge de hombros, bloquea la pantalla del celular y lo tira de cualquier manera sobre la mesa para cuatro que estamos ocupando.

—¿Entonces cómo va la vida en Michigan?

Sonríe de lado, cambiando de tema como si la chica de la que hablaba hace unos segundos no importara. Y no importa. El frío viento de las últimas madrugadas debe estar afectando mi cerebro.

Resoplo y agarro la carta de menú plastificada, echándole un vistazo, aunque sé que pediré el único plato que encaja con mi dieta y que, casualmente, se llama "La caza del lince".

—Normal.

—¿Normal? —Aiden levanta una ceja—. Define normal.

—Entrenar, entrenar, más entrenar, clases y más entrenar. —Me encojo de hombros.

—Argh —gruñe, rodando los ojos—. Todo lo que escucho es "aburrimiento, monotonía, más aburrimiento y más monotonía".

Humedezco los labios, dejo el menú y me reclino de nuevo en el asiento, cruzando los brazos frente al pecho. Aiden levanta la mano, llamando a la mesera.

La chica, de piel clara y cabello oscuro atado en una coleta, probablemente es una universitaria, a juzgar por su entusiasmo al atendernos. Se toma casi un minuto solo mirando de Aiden a mí, con los ojos brillando como si no pudiera creer su suerte.

—Hola, preciosa —dice Aiden con una sonrisa que muestra todos sus dientes blancos cuando el silencio se alarga demasiado.

—Hola, Aiden —responde la chica con las mejillas rojas, y luego se gira hacia mí—.

Hola, Finn. Soy Madeline. Estamos en la misma clase de ciencias contables —dice, y le devuelvo una sonrisa cerrada.

—Genial.

—¿Qué les traigo hoy?

—Yo quiero un lince, por favor.

—De acuerdo —asiente demasiado emocionada, como si la hubiera invitado a salir en lugar de solo pedir mi almuerzo.

—Lo mismo para mí —pide Aiden.

—¿Algo para beber?

—Un agua con gas.

—Dos.

—Perfecto. Ya se los traigo. —La mesera sigue mirándonos un momento antes de darse la vuelta y marcharse. Mi amigo mantiene los ojos pegados en ella, haciendo que yo ruede los míos.

—¿Qué? —se defiende de mi mirada—. ¡Nunca se sabe! Me gusta mantener abiertas las puertas de la diversión.

—¿Y cómo van tus notas, maestro de la diversión?

—¡También me gusta ese título! —dice, señalándome y sonriendo—. Tal vez haga que el Blabber lo oficialice. —Exhalo entre dientes, pero eso no lo afecta—. Mis notas están perfectas.

—¿En serio? ¡Nunca estudias! ¿Cómo es posible que tus notas estén bien?

—Si no te conociera de toda la vida, me sentiría ofendido —advierte, llevándose la mano dramáticamente al pecho—, pero sé que no eres tú hablando, sino el alienígena obsesionado con ser el mejor en todo lo que hace que vive dentro de ti.

—¿Alienígena obsesionado, en serio? —le pregunto, pero Aiden me ignora.

—Mi temporada apenas empieza, al menos doce horas de mi día están dedicadas a entrenar, planificar juegos y al gimnasio. Hago lo que puedo, pero no dejo que las obligaciones me sepulten. Aceptar ayuda no tiene nada de malo.

—Y por aceptar ayuda te refieres a que dejas que otros hagan tus trabajos, ¿cierto? —me burlo, y es el turno de Aiden de rodar los ojos.

—Asisto a mis clases y hago mis exámenes, pero si una compañera amable quiere poner mi nombre en su trabajo grupal, ¿quién soy yo para quejarme? Si un profesor es amablemente convencido por el entrenador de que no necesito hacer uno que otro trabajo, ¿por qué carajos diría que no?

Me río, negando con la cabeza y empujando la parte interna de mi mejilla con la lengua.

—Eres un cliché —me escucho decir, por segunda vez en menos de diez minutos, recordando la cara de Ava Harrington.

—¿Y qué tiene de malo eso? Si no fuera bueno, a la gente no le gustaría tanto. Deberías intentarlo, la verdad. Sofocar a ese alienígena que tienes dentro te haría bien, te lo aseguro. —Sus palabras, aunque positivas, son todo menos un elogio—. Por cierto, ¿cómo se está llevando tu nuevo equipo con eso?

—¿Por qué parece que esperas que la respuesta sea "mal"?

—Porque soy el maestro de la diversión, obvio.

—Vete a la mierda, Aiden.

—Ah, no. Otra cosa más en la que preferimos hacerlo diferente. A mí me gusta tener sexo, pero nunca conmigo mismo. Entonces, ¿qué tal el equipo?

—La temporada aún no ha empezado de verdad, así que el entrenador Levine ha...

—Espera, espera, espera —Aiden me interrumpe, levantando la mano justo cuando la mesera regresa con nuestros pedidos.

Espera a que la chica termine de colocar los platos y vasos en la mesa, y le pide permiso antes de seguir hablando, pero la sonrisita burlona en la esquina de su boca no necesita mucha explicación.

—¿Entrenador Levine? ¿Está escondido por aquí en algún lado? —Aiden mira por encima de su hombro, fingiendo buscar al entrenador del equipo de hockey de UMich—. ¿Desde cuándo lo llamas de otra manera que no sea Paul Levine cuando no está cerca?

—Cállate, Aiden.

Es todo lo que le respondo. Después de un poco más de un mes entrenando con los Lynx, tengo que admitir que Paul realmente hace lo mejor por su equipo, y no solo en la pista. Para

empezar, tenía razón sobre mudarme a la fraternidad.

Aunque mi relación con los chicos no pase de saludos educados de buenos días, buenas tardes y buenas noches, además de compartir de vez en cuando la cocina o la sala, al menos existe, y eso se ha reflejado en el hielo.

Los pocos partidos que hemos jugado hasta ahora lo han dejado claro. Ganamos todos. A este ritmo, cuando la temporada de hockey que realmente importa comience, después de Navidad, llegaremos a la final del campeonato con facilidad.

Es temprano para decir que el entrenador ha ganado mi respeto, pero sin duda tiene mi atención. Eso es más de lo que estaba dispuesto a darle cuando llegué.

—No dije nada —responde Aiden entre risas, tomando los cubiertos y empezando a comer.

—Como estaba diciendo, el entrenador está enfadando mucho a mi padre al negarse a cumplir sus órdenes.

—¡Oh! —Mi amigo detiene el tenedor a medio camino de su boca—. ¿De verdad?

—De verdad. —Asiento con la cabeza.

—Eso es... ¿novedoso?

—Créeme, lo sé.

Tomo mis cubiertos y empiezo a comer. Para cuando terminamos los platos, Aiden y yo permanecemos en silencio, lo cual no lleva ni cinco minutos. La nutricionista se pondría furiosa si supiera lo rápido que comimos, pero no seré yo quien le cuente.

—¿Y tu temporada? ¿Cómo va? —le pregunto.

Aiden se limpia la boca con una servilleta y toma un sorbo de su agua con gas.

—Monótona. Ninguno de los equipos a los que nos enfrentamos en las primeras rondas ha sido realmente un desafío. —Se encoge de hombros.

—¡Finn! —Levanto la cabeza al escuchar mi nombre y veo a Cammeron caminando sonriente hacia nuestra mesa. Le devuelvo la sonrisa.

Su voz también capta la atención de Aiden, quien de inmediato gira la cabeza en busca de la rubia que lleva el uniforme de animadora con los colores de UMich.

—¡Cam! —Llega a nuestra mesa, y me levanto para abrazarla—. ¿Todo bien?

—¡Todo bien! ¿Y tú?

—Todo bien. ¿Conoces a Aiden? —le pregunto mientras me siento de nuevo y señalo a mi amigo, que la está mirando como si fuera el mejor regalo de Navidad.

Ella lo mira con... ¿desprecio? Me muerdo los labios, curioso.

—Lamentablemente, sí —responde, sin apartar los ojos de él, y solo entonces me mira a mí, volviendo a sonreír—. Es bueno verte, pero hablamos mejor cuando no estés tan mal acompañado. —Hace un puchero y me lanza un beso al aire antes de irse sin decirle una sola palabra a Aiden.

—¿Cómo es que ya la conocías? —me exige saber en cuanto ella está lo suficientemente lejos.

—No, no, no, no —respondo, riéndome, negando con la cabeza—. Ni por casualidad haces tú las preguntas. ¿Qué fue eso?

—¿Qué crees que fue? —pregunta malhumorado—. Ella me odia.

—¿Por qué te odia? No parece del tipo de persona que guarda rencores sin motivo.

—Definitivamente es del tipo que guarda rencores —Aiden gira en el asiento acolchonado, mirando hacia la mesa donde Cammeron está sentada con otras tres chicas.

Deja escapar un largo suspiro que no logro descifrar si es de arrepentimiento, nostalgia o lo que sea.

—Espera —pide, volviendo a mirarme—. ¿La fraternidad que dijiste que te ayudó a limpiar tu cuarto fue la de Cammeron?

—Lo fue.

—¡Genial! Anda por ahí ofreciendo limpiar cuartos por pura bondad, pero se pasó todo el último año negándose a escucharme por un solo minuto.

—¿El último año? —le pregunto, incapaz de ocultar mi sorpresa. ¿Desde cuándo Aiden Murray mantiene su atención en el mismo lugar por tanto tiempo?

—Te dije que es rencorosa —gruñe.

—¿Qué no me estás contando, Aiden?

Se deja resbalar un poco en el asiento, como si estuviera derritiéndose. Después de varios segundos en silencio, Aiden chasquea la lengua y sacude la cabeza.

—¿Sabes qué? Déjalo. Solo... —Desvía la mirada, exhala con fuerza y vuelve a mirarme —. Solo mantente alejado de ella. —Las palabras salen en un tono bajo, casi de súplica, que me deja más intrigado que todo lo demás.

Levanto las manos en señal de rendición.

—Solo somos amigos, hombre. Nada más que eso.

Asiente, pero mi garantía no parece hacer que mi amigo luzca más generoso con sus palabras. *Mierda*. Tal vez, en ciertas circunstancias, el chisme sí sea constructivo, porque realmente quiero saber qué demonios pasó aquí.

Regla número 12

Si te topas con personas con poderes de persuasión más fuertes que las paredes de una casa centenaria, ¡huye! Si esas personas son tu familia, estás perdido.

AVA HARRINGTON

—¿Qué te parece este punto?

Giro el tazón hacia la cámara y levanto la cuchara de madera, mostrando la mezcla a la abuela Jane. Ella acerca su rostro a la cámara como si eso realmente fuera a acercar la imagen, y me echo a reír.

—*Así vas a terminar yendo a parar a Michigan* —Elle cree que es buena idea advertir, lo que me hace reír aún más.

La abuela Jane se aleja de la pantalla, chasqueando la lengua, fingiendo estar ofendida por la insolencia de sus nietas, pero ni ella se lo cree.

Es miércoles por la noche, el día de nuestra cena familiar, aunque yo nunca ceno de verdad. Es agradable tener un pedacito de casa y normalidad al menos una vez por semana, incluso si es a través de una pantalla en una videollamada.

Con la cámara posicionada como está, puedo ver a toda mi familia dispersa por la enorme cocina. Maggie, Elle y Alex están sentadas en la mesa, mirando algo en sus teléfonos.

Papá y Lauren están de pie, apoyados en las escaleras, hablando con mi mamá, y la abuela Jane está apoyada en la mesada, justo frente a la estantería donde tiene su celular con mi llamada en curso.

Ella se mueve un poco, bailando, cuando la música que suena en su casa cambia. El ambiente familiar es reconfortante, aunque yo esté a miles de kilómetros de distancia.

Si cierro los ojos y solo presto atención a los sonidos y las voces, casi puedo sentir el calor de la chimenea, que seguramente está encendida, y el olor del soufflé de chocolate que mi abuela prepara como postre todas las semanas.

Mi papá se acerca y, luego, una botella de vino que estaba en la mesada que no puedo ver aparece en su mano.

La camisa blanca de botones, con las mangas arremangadas hasta los codos, y los jeans oscuros hacen que Mark Prats luzca mucho más joven de sus cincuenta y tres años, o tal vez solo sea la genética. Saqué un tono de piel un poco más claro que el de mi mamá. Él deja un beso en la mejilla de la abuela, luego llena su copa de vino y me lanza una mirada cómplice. Solo entonces se aleja, volviendo a donde estaba. La abuela Jane se gira hacia mí otra vez.

Su cabello rizado y largo está recogido en un moño bajo y voluminoso. El vestido amarillo que lleva contrasta elegantemente con su piel oscura, y el collar dorado en su cuello es llamativo de una manera curiosamente refinada.

Yo nunca usaría algo tan extravagante. De hecho, creo que muy poca gente lo haría, y aún menos personas se verían tan sofisticadas como mi abuela mientras lo llevan puesto.

—*¿A qué sabe?* —pregunta y, aunque ya sé la respuesta, tomo una cuchara y pruebo la mezcla antes de llevarla a mi boca.

—Calabaza, jengibre y nueces.

—*Creo que necesitas un poco más de harina* —sugiere, y miro el tazón en mis manos.

Remuevo la cuchara, frunciendo el ceño.

—No sé… Creo que perderá el dulzor natural.

—*¿Cómo lo vas a hornear?*

—Quería usar la máquina de donas, pero si agrego harina, y por ende azúcar, tendré que usar el horno o freírlas.

—*Entonces prueba la mezcla.*

—De acuerdo.

Me alejo de la mesada y me acerco a la mesa donde están los equipos, llevando la masa y un dispensador conmigo. La cocina industrial de Coffee & Chapters es lo suficientemente pequeña como para ser acogedora y tiene una decoración funcional y muy bonita. Tenerla solo para mí es, sin duda, la mejor parte de este trabajo.

El diseñador claramente tenía segundas intenciones, ya que hay una pared de vidrio que la mantiene permanentemente expuesta para los clientes de la tienda e incluso para los transeúntes que miran a través de la puerta de vidrio de la cafetería.

Las paredes son de azulejos blancos y las mesadas, de acero inoxidable. Hay estantes del mismo material que cubren completamente una de las tres pequeñas paredes, y están llenos de

utensilios.

Hay una rejilla, colgada del techo en el centro de la cocina, de la que cuelgan ollas y moldes sostenidos por ganchos. Es como tener un laboratorio privado.

Siempre que no cause pérdidas ni deje de hacer lo que se espera de mí como empleada, Leonard, el dueño, no tiene problema en que juegue a ser una científica loca.

Lo único que me frena es el hecho de que el día solo tiene veinticuatro horas. Mantenerme al día con las clases, el trabajo y las tareas ya es bastante difícil sin permitirme olvidar todo y pasar todas las noches cocinando e inventando recetas nuevas.

Preparo la máquina y, mientras se calienta, vierto solo la cantidad suficiente de masa para una prueba en el dosificador.

Cuando la luz verde se enciende, abro la máquina, relleno dos de los moldes antiadherentes con mi mezcla y la cierro de nuevo. El olor se mezcla con el de otras recetas y respiro profundamente, encantada.

¿Cómo puede ser que haya gente que no le gusta el pan, los pastelitos y cosas esponjosas y comestibles? Me parece una locura. Solo el olor ya me hace la boca agua. Abro los ojos, sabiendo que la máquina trabaja rápido, y me concentro en la pantalla, que muestra una cuenta regresiva de tres minutos. Faltan dos.

Tamborileo los dedos sobre la mesada mientras espero, escuchando a mi familia discutir acaloradamente sobre Britney Spears. Me río y sacudo la cabeza, negando.

Cuando queda un minuto y medio, abro la máquina y volteo las dos donas, que ya han crecido, antes de cerrarla.

—La masa creció y se doró —le informo a la abuela.

—*¡Buena señal!* —responde.

La cuenta regresiva termina y la máquina se apaga automáticamente. Retiro las donas con cuidado, usando unas pinzas, y las coloco en una rejilla de enfriamiento.

Luego, espolvoreo un poco de azúcar glass y coloco algunas galletitas de canela en forma de murciélagos, teñidas de negro, sobre ellas.

Las capas de colores fueron el toque final. Están perfectas, así que decido pasarlas a un plato blanco.

—¡Prueba exitosa, abuela Jane! —Exhibo el plato frente a la cámara.

Ella aplaude, riendo y sacudiendo la cabeza.

—*¡Vaya, eso se ve delicioso!* —dice Maggie, y, a través de la cámara, la veo estirando el cuello desde su lugar en la mesa con una mirada de anhelo—. *Voy a extrañar tus dulces de Halloween este año, Ava.*

—¿Solo mis dulces? —gruño, y mi hermana suelta una carcajada, haciendo que sus trenzas finas y largas se muevan con ella.

—*Y hablando de Halloween…* —Lauren empieza, y mis ojos se voltean solos—. *¡Ni pienses en poner los ojos en blanco!* —exclama, apuntándome con el dedo—. *¿Ya sabes a qué fiesta vas a ir? Las de Zeta suelen ser* las *mejores del campus, por si te interesa saberlo. Incluso mejores que las de Delta.*

—Ah, sí, ya sé —respondo con una sonrisa de lado, ajustando los murciélagos de lugar. Cuando levanto la cabeza, me encuentro con seis pares de ojos desconfiados mirándome a través de la pantalla del celular.

—*¿De verdad sabes?* —pregunta Alex, claramente sospechosa.

—Sí. —Para mi desgracia, mi voz sale demasiado aguda, como suele pasar cuando me siento presionada.

—*¿Y cuál sería?*

Es Elle quien pregunta, y tal vez debería dejar de defenderla a ella y a su gemela cuando Lauren las llama controladoras. Me parecen bastante controladoras ahora mismo. ¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio?

La expectativa por mi respuesta parece vibrar a mi alrededor, aunque las personas que la esperan ni siquiera estén en la misma habitación que yo. ¡Es una locura!

—Ninguna —admito, derrotada, mirando al suelo—. Esa era la broma, ¿sabes? —pregunto y levanto la cabeza, viendo labios fruncidos y ojos que se ponen en blanco—. Sabía perfectamente cuál fiesta de Halloween iba a ir, porque no pienso ir a ninguna.

—*Muy graciosa, Ava. Ja ja ja* —me provoca Maggie, mientras mamá levanta las manos.

—*No vamos a presionarla, ¿ok?* —dice, mirando directamente a su segunda hija más joven—. *Ava siempre ha sido buena tomando sus propias decisiones, así que déjala en paz.*

—Gracias, mamá —agradezco, atreviéndome a sonreír levemente. Mis hermanas, sin embargo, me miran todas con desconfianza. Ellas saben que ir a una fiesta de Halloween está en mi lista de pendientes.

—*Pero…* —mamá vuelve a hablar, y mis hombros caen de inmediato.

—*¡Atrápala, mamá!* —Lauren echa la cabeza hacia atrás, soltando una carcajada.

—*¡Lauren!* —la reprende mamá, pero ni disimula que le hace gracia—. *En fin, como decía* —continúa, y ahora todas estamos a la expectativa de sus próximas palabras. De repente, es como si mis hermanas y yo volviéramos a ser niñas y yo hubiera hecho una gran travesura. Las cuatro me miran con sonrisas tontas, esperando lo que viene a continuación—. *Vi que la Universidad de Michigan va a organizar un concurso de cocina temático. La UMich es uno de los patrocinadores. Ni siquiera tendrías que salir del campus para participar...*

Ah, eso. De nuevo.

—¡Es hora de probar! —agarro una de las donas y me la llevo a la boca, tratando de ganar tiempo.

Cierro los ojos, disfrutando del sabor, y dejo escapar un gemido bajo. *Están muy buenas.* Cuando vuelvo a mirar la pantalla del teléfono, descubro que mi táctica no funcionó. *Maldición.* Al menos las donas están deliciosas.

—*¿Ves? Deberías inscribirte* —dice Alex, con su típica postura de "yo lo sé todo", mientras limpia un polvo inexistente de su vestido de satén rojo.

—Es solo una dona de calabaza, Lauren, ¡por el amor de Dios! No es un plato que me vaya a ganar una estrella Michelin ni nada por el estilo.

—*Nunca lo sabrás si no lo intentas* —asegura, arrancándome una carcajada.

—¡Claro que lo sé! No dan estrellas Michelin por rosquillas, Alex. Estoy segura. Son un poco más exigentes que eso —mi hermana me mira entrecerrando los ojos.

—*Sabes a lo que me refiero.*

—Sí, lo sé —respondo con desdén.

—*Tal vez no te den una estrella, pero eso no significa que no puedas ganar otros premios* —dice mamá, como siempre tratando de calmar las cosas, y no puedo culparla. Creo que esa es una característica obligatoria cuando tienes cinco hijas.

Una pequeña sonrisa aparece en sus labios mientras me lanza una mirada cómplice, apartándose el cabello oscuro que le llega a los hombros.

—*Nadie está diciendo que te inscribas en una competencia súper oficial. Solo en algo que ya conoces y haces bien. Siempre te ha encantado la cocina temática. ¿Por qué no mostrárselo a*

los demás?

—*Es cierto* —Elle está de acuerdo.

—*¿Te imaginas, Ava? Si algún día llegas a ganar el Mister Olympia*[9] *de los pasteles* —pregunta Maggie, y mi risa es tan repentina que suelto un ronquido. Todos ríen.

—*Piénsalo, amor* —pide mi papá, y yo pongo los ojos en blanco ante mi familia exageradamente amorosa.

—Lo haré —prometo, y todos celebran como si el equipo de Houston hubiera ganado el campeonato nacional de béisbol.

¡Dios! ¡Qué exagerados!

La verdad es que han estado insistiendo cada vez más en esta idea de que participe en competencias de cocina. El problema es que mi habilidad en la cocina es una de las pocas cosas que no me causa inseguridad.

Me encanta cocinar. Siempre me ha encantado. Creo que ese amor es lo que ha hecho que mis habilidades mejoren.

Es una tontería, sobre todo porque, cuando termine la universidad, pienso poner esas habilidades al servicio de la empresa familiar, pero la idea de que jueces critiquen lo que hago simplemente no me convence.

Cocino porque la comida es una de las pocas cosas que puede hacer sonreír a las personas. Poner eso bajo juicio no tiene sentido para mí.

—Los amo, pero tengo que irme ya —digo, y la cocina se llena inmediatamente de quejidos y lamentos—. Buenas noches, mamá, papá, abuela y a todas mis hermanas. Son demasiadas —Lauren pone los ojos en blanco, Maggie me saca la lengua, Alex y Elle me lanzan besos.

—*Buenas noches, amor* —se despide papá.

—*Que duermas con los ángeles* —dice mamá.

—*Sueña con corazones de chocolate* —me desea la abuela, y segundos después, la pantalla se oscurece y la cocina parece más silenciosa que nunca.

Dios, los extraño mucho.

Miro el reloj encima de la puerta vaivén y sacudo la cabeza, sabiendo que tengo que

apartar el sentimentalismo y apurarme, o me quedaré fuera del dormitorio. La puerta principal cierra a medianoche.

Normalmente, eso no es un problema. Tengo un acuerdo con una estudiante del segundo piso que sale a trabajar justo a la hora en la que suelo llegar, alrededor de las tres de la mañana, pero hoy trabajo en Coffee & Chapters, un día sí y otro no, y hoy debería haber sido un día de descanso. Leonard es un poco tacaño, pero es un buen tipo.

Frunció el ceño cuando le dije que prefería trabajar cuando la cafetería estuviera vacía, pero al final me dijo que, mientras eso no afectara la calidad de lo que llenaría las vitrinas, no le importaba y me contrató.

Después de discutirlo, llegamos a la conclusión de que, sin clientes, podría producir más durante mi turno, lo que significaba que ni siquiera tendría que venir todas las noches.

Los días alternos funcionaron perfectamente tanto para la tienda como para mi vida académica.

Leo no tiene ni idea de lo importante que este lugar se ha vuelto para mí, y aunque creo que no le interesa mucho saberlo, trato de compensarlo dando lo mejor de mí.

Esta semana he estado viniendo en mis días libres para probar algunas recetas especiales que quiero incluir en el menú de Halloween. Ya es casi mediados de octubre y mi jefe se niega a gastar dinero en decoración temática, lo que significa que la misión de rendir homenaje a las brujas está en mis manos y en los libros de terror y fantasía que ocuparán las principales estanterías de la librería de la tienda.

Eso también significa que, si me atraso, será demasiado pronto para contar con la ayuda de Ashilley y demasiado tarde para no necesitar ayuda, especialmente ahora que no tengo compañera de cuarto.

Además, tanto Kira como Alice están fuera del dormitorio esta noche, así que tampoco puedo contar con la ayuda de mis amigas.

Empiezo metiendo todos los utensilios sucios en el fregadero y limpiando la mesa de trabajo. Luego lavo, seco y guardo los platos, dejando el piso para lo último.

Cuando termino, tengo mucho menos tiempo del que me gustaría y, después de cerrar con llave la cafetería, prácticamente corro hacia los dormitorios.

La sensación me invade casi de inmediato después de pasar la puerta, como si alguien me estuviera siguiendo, y miro por encima de mi hombro.

Esto ha estado ocurriendo en los últimos tres días, y Dios sabe que me ha hecho correr, aunque no estaba retrasada en los dos anteriores. El problema es que, a pesar de la sensación, no importa cuántas veces mire atrás, nunca encuentro a nadie.

Llego al dormitorio a tiempo y, cuando finalmente entro en mi habitación, me recuesto contra la puerta, cierro los ojos y suelto un suspiro de alivio.

Lo que me faltaba. Ahora, además de todo, me estoy volviendo paranoica.

Regla número 13

Opta por las escaleras. Los ascensores son portales mágicos al infierno.

FINNICK COLLEMAN

Las puertas del ascensor se cierran, y me muerdo los labios para no reír. Ella no tiene idea de que soy yo quien está aquí, y la expectativa de que lo descubra no debería emocionarme tanto.

Carajo, Aiden debe tener razón, mi vida debe estar demasiado monótona si el punto más alto de mi día es esperar la reacción de una chica que me odia sin motivo alguno al verme aquí.

Quizás debería empezar a aceptar las invitaciones de mi amigo para salir de fiesta al menos una vez por semana. Casi me río al pensarlo, porque sé perfectamente que eso no cambiaría nada en mi cabeza.

Ava entró al ascensor con la mirada clavada en la pantalla de su celular, sin siquiera comprobar si la caja metálica estaba detenida en el piso o si se dirigía directamente al fondo del pozo.

Cruzo un brazo sobre el pecho y apoyo el otro codo en él, llevándome la mano al mentón mientras espero. Es imposible no sonreír cuando imagino la reacción que tendrá. Por ahora, su rostro está completamente concentrado en el teléfono, y sus cejas fruncidas despiertan mi curiosidad. *¿Qué estará viendo?*

Ava suspira, bloquea la pantalla y guarda el celular en el bolsillo.

—Hola —empieza, pero se detiene a la mitad de lo que supongo sería un saludo educado cuando levanta la cabeza y se da cuenta de que soy el único más en el ascensor—. ¡Ah, no!

Sus ojos oscuros parpadean, su boca carnosa se abre, y sacude la cabeza llena de rizos como si mi mera existencia la ofendiera personalmente. Mi sonrisa se ensancha.

—Fuiste tú quien entró al ascensor sin mirar —digo, y ella entrecierra los ojos antes de darse la vuelta para comenzar a apretar compulsivamente el botón del siguiente piso.

Esta vez no me aguanto la risa, y aunque no puedo ver el rostro de Ava, la rigidez en su espalda me dice que la molestó aún más.

Ella sigue apretando el botón, pero en lugar de abrirse las puertas, el visor luminoso se

queda congelado en el mismo número por mucho más tiempo del que debería. Frunzo el ceño y ladeo la cabeza. Esto no va...

Un sacudón interrumpe mis pensamientos, seguido de un chasquido, y el ascensor se detiene. Mi risa se vuelve más alta, y esta vez Ava voltea a mirarme por encima del hombro con una expresión de enojo que, en ella, resulta increíblemente adorable.

Hasta conocerla, no recuerdo la última vez que pensé en esa palabra. Pero desde que Ava Harrington apareció en mi vida, he perdido la cuenta de cuántas veces la he asociado con ella.

Tiene toda esa energía de perro chiquito enojado, sin entender que lo último que su apariencia provoca en alguien es miedo. Claro que no se lo digo. No necesita otro motivo para querer tenerme a un océano de distancia.

No es que le haya dado algún motivo más allá de existir. Y no es que le importe. La chica vuelve a apretar el botón frenéticamente, y ya ni siquiera se enciende. Presto más atención cuando noto que su respiración cambia.

—Estamos atrapados —le aviso, y se da vuelta hacia mí. Su rostro pasó de molesto a asustado en un segundo. Me acerco lo más que puedo sin tocarla—. ¿Estás bien? ¿Eres claustrofóbica?

Frunzo el ceño, sintiendo un hormigueo en las manos, deseando tocarla. Es una reacción extraña, tanto como la preocupación súbita y feroz en mi pecho.

—¡No entiendes! —No logro descifrar si me está acusando o simplemente está preocupada—. Cada minuto que paso aquí contigo, es probablemente un nuevo chisme naciendo en el campus.

—¿Siempre te importa tanto lo que piensan y dicen los demás?

No puedo evitar la pregunta, porque en ninguna de las dos veces que Ava me ha dicho qué tiene en mi contra, se ha tratado de ella, sino de lo que la gente podría decir.

En parte lo entiendo. Después de mi último almuerzo con Aiden, me rendí a la cuenta de chismes de la UMich en Twitter y, al menos una vez al día, reviso esa porquería.

Descubrí un extraño tipo de adicción: buscar los tuits sobre Ava. Son tan ridículos y absurdos que me cuesta creer que les dé tanto poder, permitiendo que dicten cómo se comporta. La chica no responde a mi pregunta, y miro mi reloj.

—Hola, aquí David Ross, del área de mantenimiento. —Una voz grave suena a través de los altavoces, y Ava levanta la cabeza como si así pudiera ver al hombre—. Estamos al tanto de

la situación del ascensor y ya estamos trabajando para resolverlo. Por favor, mantengan la calma y esperen. Si necesitan comunicarse con nosotros, solo presionen el botón de comunicación.

Ava deja escapar un suspiro derrotado cuando el hombre se calla. Los minutos pasan, y ella desliza su cuerpo por la pared de metal hasta sentarse en el suelo. Me río al verla en jeans, camiseta y chaqueta, porque definitivamente no va a asustar a nadie.

—¿Podrías dejar de reír, por favor? —Me humedezco los labios y me siento a su lado. Ava arrastra el trasero por el suelo, alejándose de mí. La sigo, acercándome. Ella se aleja. Yo me acerco. ¿Por qué es tan divertido molestarla?—. ¿Puedes parar?

—No puedo reírme, no puedo hablarte, no puedo acercarme a ti, no puedo dejar que me vean cerca de ti... ¿Qué más?

—Eres un idiota —murmura bajito, claramente sin intención de atacarme. Simplemente no tiene una respuesta para mi pregunta.

—Eso lo dejaste claro desde la primera vez que nos vimos —digo, y abre la boca para replicar, pero soy más rápido—. Lo que me recuerda... que lo siento.

Las cejas de Ava se levantan, y sus ojos se agrandan. Obviamente la tomé por sorpresa con mi disculpa, lo cual me hace reír.

—¿Por qué? —pregunta, desconfiada.

—Fui —enfatizo la palabra—un idiota contigo ese día. Estaba molesto, pero eso no me daba derecho a desquitarme contigo.

—Ok... —responde, separando las dos letras como si fueran sílabas largas.

—No te lo esperabas —bromeo, y ella se muerde el labio.

—No.

—Para alguien tan preocupada por lo que piensan los demás, eres muy rápida para sacar conclusiones... —Ava abre la boca, pero la cierra. Su rostro se contrae en una obvia expresión de incomodidad, pero ninguna parte de su piel se enrojece—. No te sonrojas —digo en voz alta.

—Bendita melanina, o viviría permanentemente como un semáforo rojo —murmura, arrancándome otra risa.

—¿Qué te parece si empezamos de nuevo?

—¿Cómo que empezar de nuevo?

Le extiendo la mano.

—Hola, soy Finnick —ahora es ella quien se ríe.

—Todo el mundo sabe quién eres.

—Todo el mundo cree que sabe quién soy.

Ava chupa su labio inferior, mordiéndolo.

—Hola, Finnick. Soy Ava.

—Es un placer conocerte —Ella ríe y pone los ojos en blanco ante mi formalidad—. Entonces, Ava. No te agrado, trabajas en una cafetería que también es librería y te encantan las donas. ¿Qué más?

—¿Cómo sabes que me encantan las donas? —pregunta, realmente sorprendida, y el hecho de que no haya negado que no le agrado me hace reír de nuevo. ¿Desde cuándo ser odiado se volvió algo divertido?

—¿Alguien que haya prestado atención a ti por más de cinco minutos puede no saberlo? —Ava ríe sin ganas.

—La gente no suele realmente prestarme atención. Ven lo que quieren y dicen lo primero que les viene a la cabeza.

—Entonces, de nuevo, ¿por qué te importa? —Una vez más, no me responde. Ava desvía la mirada. Me quito la mochila del hombro, la apoyo en mi regazo y abro el cierre más grande. Uno por uno, saco los objetos que Ava dejó abandonados la primera vez que nos encontramos y los apilo en mi pierna—. Toma. —Se los ofrezco.

Su boca se abre, y por la forma en que su pecho se infla, parece que está a punto de soltar alguna locura. Parece que le gusta decirme esas cosas tanto como a mí, extrañamente, me gusta escucharlas en su voz.

Sin embargo, Ava cambia de opinión. Su cuerpo se relaja y cierra la boca. Sus ojos pasan entre el material y yo antes de decidir hablar.

—¿Por qué andabas por ahí con mis cosas?

—Para devolvértelas.

—Para devolvérmelas… —murmura, mirando hacia abajo antes de volver a mirarme—. Pero las estabas usando. Vi fotos.

—¿Fotos?

—En Twitter —admite, ahora con una expresión avergonzada—. Estabas usando mis cosas.

—Algunas de ellas son bastante buenas. De hecho, hay un bolígrafo morado que no pienso devolverte. Considéralo como pago por haber usado mi mochila.

Ava abre la boca, claramente indignada.

—No puedes usar las cosas de los demás solo porque te gustan. ¡Y tampoco puedes quedarte con mi bolígrafo!

—Te gusta decir que no, ¿verdad? Entonces dime, ¿por qué no? Ni siquiera sabía si esas cosas seguían siendo tuyas, considerando que saliste corriendo sin preocuparte por ellas.

Ava endereza los hombros, lista para protestar, y yo levanto una ceja, desafiándola.

—Bueno, las quiero —dice, tomando la pila de cosas que aún estaba sobre mi pierna—. Y no puedes quedarte con mi bolígrafo porque... porque... ¡porque es mío!

Ella es bonita como el demonio, y ese mérito es todo suyo. Creo que nunca he pensado eso de ninguna mujer en toda mi vida. Me inclino hacia ella, como si fuera a hacer una confesión, antes de susurrar.

—No es un motivo lo suficientemente bueno.

—¡Claro que lo es! Es mío, ¿cómo podría haber un motivo mejor que ese? —Me encojo de hombros y pongo el labio inferior hacia afuera.

—Inténtalo —Ava me mira con los ojos entrecerrados.

—Puedes quedarte con el bolígrafo —dice de repente, cambiando de táctica, lo que me sorprende.

—¿En serio?

—Sí —levanta el dedo índice en el aire—, pero tienes que darme algo tuyo. Un intercambio.

—Un intercambio —repito, asintiendo con la cabeza—. ¿Qué quieres? —pregunto, y ella no logra disimular su sorpresa.

Obviamente, Ava esperaba que dijera que no. Sonrío. Ella hace un puchero, pensativa.

Sus ojos recorren mi cuerpo lentamente, desde mi rostro hasta mi cuello, pecho, cintura, piernas, y luego regresan a mis ojos. Esa atención provoca un escalofrío inesperado que recorre mi espalda.

—Tu reloj —dice finalmente, con la voz un poco temblorosa.

—¿Mi reloj? —Miro mi Apple Watch[10]—. ¿Quieres cambiar un bolígrafo por mi reloj? No me parece un trato justo.

—Lo tomas o lo dejas —declara con el mentón en alto, y yo me río. *¿Qué le pasa a esta chica?*

—Está bien —acepto, levantando las muñecas para desabrochar la correa.

—¿Qué? —Ava prácticamente grita con la voz aguda, sus ojos abiertos de par en par.

—¿No es eso lo que pediste?

—No puedes estar hablando en serio, ¿vas a cambiar tu reloj por un bolígrafo cualquiera?

—No es cualquier bolígrafo. —Me encojo de hombros—. Es un bolígrafo muy buena.

—Estás loco —me acusa, y yo me río fuerte.

—Eso es algo que poca gente sabe de mí.

Le extiendo el reloj. Ava muerde su labio y lo mira durante unos segundos antes de tomarlo.

—¡Hola! Habla David Ross. —Los altavoces del elevador vuelven a activarse, y tanto Ava como yo miramos hacia arriba—. La situación ha sido resuelta, el sistema se está reiniciando. En unos momentos estarán libres.

Asiento, cierro la mochila y me la cuelgo al hombro antes de levantarme. Me sacudo las manos y luego le extiendo una para ayudar a Ava a levantarse también.

Ella sonríe y acepta la ayuda, pero el elevador vuelve a moverse de repente, haciéndola tropezar y caer sobre mí.

Envuelvo su cintura con mis brazos, estabilizándonos a ambos y evitando que caigamos. Ava emite un gritito gracioso y, cuando se da cuenta de que todo está bien, aparta su cabeza. Le sonrío.

—¿Me podrías decir la hora, Ava? —le pido, y ella frunce el ceño pero levanta su muñeca

para mirar mi reloj.

—Las dos con cuarenta y siete.

—Bueno, sobreviviste veintiséis minutos en mi compañía. Es un récord —me burlo.

Ella pone los ojos en blanco y me da un pequeño golpe en el pecho con el puño. Cuando intenta apartarse, sin embargo, suelta un quejido de dolor que me pone en alerta.

—¿Qué pasa?

—Creo que mi cabello se quedó atrapado en el cierre de tu chaqueta —dice con ese tono de desesperación que empiezo a creer que es parte de su personalidad.

—Está bien, calma. Voy a soltarlo —le aseguro.

—Por favor, por favor. Hazlo antes de que se abran las puertas —ruega, aún más desesperada, y frunzo el ceño, empezando a entender la razón.

—¿Antes de... —Mi pregunta es interrumpida cuando las puertas del elevador se abren y un suspiro colectivo llena el lugar que, hasta segundos antes, solo nos pertenecía a Ava y a mí.

Susurros estallan junto con los flashes de las cámaras, y ella me mira horrorizada, aún enredada en mis brazos, con los ojos totalmente abiertos.

—¡Mierda!

Regla número 14

Si huyes, el chico malo te atrapa, si te quedas, el chico malo te come.
Elige sabiamente.

AVA HARRINGTON

¿Qué demonios está haciendo aquí?

Parpadeo con cara de idiota mientras Finnick entra al aula con formato de auditorio. Mis ojos recorren su cuerpo grande y asombrosamente musculoso, notando los jeans oscuros y la sudadera color vino de los Lynx que lleva puesta.

La mascota de la UMich, bordada sobre dos palos de hockey cruzados, parece diminuta en todo ese pecho, al igual que el número ocho bordado en las mangas de sus brazos.

Su cabello oscuro cae sobre la frente, refuerza la imagen de *chico malo*, pero sus ojos azules, que hasta ayer me parecían indiferentes, hoy parecen mucho más amigables.

Por supuesto, es a mí a quien busca con la mirada, a pesar de los más de cien estudiantes a nuestro alrededor, casi todos observando a Finnick. *¿Por qué demonios me sonríe? ¿Y por qué tiene que tener una sonrisa tan malditamente bonita?* Empiezo a sudar.

Finnick sube lentamente por las escaleras laterales del salón, como si tuviera todo el tiempo del mundo y estuviera seguro de que el profesor no se atrevería a regresar hasta que él se sentara. *¿Por qué sigue mirándome? ¿Por qué parece que está caminando hacia mí?*

—Hola, Ava —me saluda al sentarse a mi lado, y me doy cuenta de que, mientras yo me preocupaba por lo imposible de la situación, estaba sucediendo.

Lanzo el estuche que acababa de recuperar y el cuaderno que había colocado sobre la mesa dentro de mi mochila sin cuidado y me pongo de pie.

Las sillas a mi derecha están vacías, así que es fácil pasar entre ellas y llegar al final del pasillo. Bajo dos escalones y entro en otra fila de asientos.

Me siento entre dos personas, odiando la sensación de estar atrapada, pero no dura mucho. Mientras organizo mis cosas en la nueva mesa, el chico y la chica que estaban a mi lado se levantan.

Cierro los ojos, respirando hondo. ¿Cuál es el maldito problema de Finnick Colleman?

Una pierna roza la mía cuando alguien pasa a mi lado, pero lo ignoro, demasiado concentrada en mi corazón acelerado como para prestarle atención.

Hasta que un cuerpo pesado se sienta en la silla vacía junto a la mía, que acababa de quedar libre.

—Ah, no. ¿Vamos a volver a esto? Pensé que habíamos llegado a un acuerdo.

La voz conocida me obliga a abrir los ojos y levantar la cabeza. Me vuelvo hacia Finnick.

—¿Por qué no puedes simplemente dejarme en paz? —pregunto en un susurro casi inaudible, porque, obviamente, estamos llamando la atención.

Los murmullos probablemente comenzaron en el momento en que él me miró, y yo no me di cuenta porque estaba demasiado distraída con su sonrisa. *¡Maldita sea, Ava!*

Ayer, cuando las puertas del ascensor se abrieron, fue como si me hubieran lanzado a mi peor pesadilla. Los flashes y las voces parecían mucho más cortantes de lo que nunca habían sido, y lo peor es que no podía simplemente escapar, porque estaba pegada a Finnick Colleman. Literalmente.

Tuve que quedarme allí, posando para los videos y las fotos como si fuera una maldita modelo. ¡Dios! ¿Cómo es posible? La gente debería empezar a llamarme la Reina de la Mala Suerte. Sería mucho más apropiado.

Lo poco que me quedaba de dignidad no sobrevivió a la humillante salida del ascensor que Finnick y yo tuvimos que hacer: paso a paso, pegados el uno al otro, caminando de lado para que la maldita máquina pudiera volver a ser usada por el resto del edificio.

Tardamos casi cinco minutos en que Colleman finalmente lograra soltarme el cabello, y salí de allí sin preocuparme por averiguar en qué piso estaba o en despedirme de él. Gracias a Dios no tuve más clases ayer, o me habría visto obligada a faltar.

Pasé el resto de la tarde y el inicio de la noche en redes sociales, intentando calcular el daño. ¿Spoiler? No lo logré. Ya no era solo Twitter.

Las fotos de Finnick y yo están por todas partes, y en muchas de ellas parece que nos estamos besando, por el ángulo en que quedó mi cabeza debido al mechón de cabello atrapado. Solo de pensar en los comentarios que leí en Instagram, siento escalofríos.

"¡Ah, ya estamos perdidos! Si lo que tiene esta chica contagia a Colleman, los Lynx no vuelven a ganar un partido", fue el más amable.

No es su culpa, lo sé. Finnick se portó bastante decente ayer, lo admito, pero cualquier

respeto que pudiera haberle tenido a la estrella del hockey está desapareciendo a una velocidad alarmante en este momento.

—¿Viste Twitter? —pregunto, irritada porque aún está aquí, a mi lado, como si la gente necesitara más motivos para rumorear.

—Pensé que habíamos hablado de no darle importancia a lo que dice la gente —murmura, al menos manteniendo la conversación solo entre nosotros. Gracias a Dios. Bufé.

—Es fácil para ti decirlo. Intenta ser la Reina del Desastre por un día, y luego hablamos.

Me giro hacia el frente, decidida a simplemente ignorarlo. Tal vez así se vaya. Intenté ser educada, o tan educada como esta situación me lo permitía.

—¿Qué tal si intentas no ser la Reina del Desastre? —pregunta, acabando con mi determinación en tiempo récord. Lo miro de nuevo, indignada.

—¿Crees que lo hago a propósito? ¿Que esto es algo que elijo?

—Creo que eliges preocuparte por ello. Da lo mismo.

—¡Eres un imbécil!

—¿Un nuevo adjetivo? —pregunta con una sonrisa de lado—. Creo que estamos progresando.

Aprieto los dientes y suelto todo el aire de mis pulmones de golpe.

—¿Desde cuándo tomas esta clase? Esta es la tercera sesión y nunca te había visto.

—Las clases son cada dos semanas. Me perdí las dos primeras.

Lo miro y asiento con la cabeza, dándome cuenta de que no puedo discutir con el horario que eligió.

—Ok —digo, asintiendo de nuevo.

—Ok —repite, entrecerrando los ojos.

—Vamos a ser compañeros de clase.

—Lo seremos.

—¿Podrías hacerme un favor, como compañero de clase? —Finnick suelta una risita, luego pasa la punta de la lengua por sus dientes superiores y se encoge de hombros. Tomo eso

como un "sí"—. ¿Podrías mantenerte alejado de mí?

—Lo siento, pero no —responde sonriendo sin pensarlo, y me trago las ganas de gritar.

Una maldita hoyuelo aparece en la comisura de sus labios, y mis ganas de gritar aumentan, porque me está irritando y yo estoy notando su maldito hoyuelo. ¡La vida no es justa!

¿No era suficiente que Finnick Colleman fuera guapísimo, atlético y el alma de todas las fiestas? ¡¿El maldito también tenía que tener un hoyuelo?!

—Solo olvídame, ¿quieres? Si lo que necesitas es un amigo, estoy segura de que en esta sala no te van a faltar voluntarios —digo en un susurro gritado que, hasta ahora, no sabía que era posible.

—Lo siento, Ava. No puedo. Eres divertida. Me gustan las personas divertidas y, sinceramente, no conozco muchas.

—¡Vete a la mierda!

Por segunda vez, meto mis cosas en la mochila sin cuidado. No puede seguirme por toda el aula de la clase. En algún momento se cansará.

—Quisiste decir “joder” —dice Finnick, y mis ojos se abren de par en par. Me quedo paralizada, incapaz de apartar la vista de él. Siento como si hubiera pasado un año entero mientras intento descifrar si está hablando de alguno de los puntos de mi lista—. Creo que lo que en realidad querías decir era "vete a joder". Quisiste decir que me fuera a joder, ¿cierto?

¡Ah, eso! Suelto todo el aire que estaba reteniendo de golpe. ¡Dios! Estoy a punto de levantarme cuando la puerta de la clase se abre y entra el profesor.

—Buenas tardes —saluda—. Vamos a empezar debatiendo del artículo que les envié por correo electrónico —anuncia, con una prisa evidente, porque va directamente a la mesa del computador. En un segundo, la pantalla frente a la sala se llena con una diapositiva, iniciando la clase y haciéndome dar cuenta de que estaré atrapada al lado de Finnick Colleman hasta que termine.

Enderezo la espalda y decido volver a mi plan de ignorarlo. Si es lo que hay, es lo que haré. A lo que no tiene remedio, paciencia.

El profesor comienza a hacer comentarios sobre el texto de Filosofía Comercial, pero mi mente empieza a divagar.

¿Por qué me importa tanto lo que piensan los demás? Para él es fácil decir algo así, ya que todo lo que piensan sobre él es positivo. No todo. Una parte entrometida de mi cerebro lo

defiende, obligándome a recordar los chismes que he escuchado desde que Finnick llegó a la Universidad de Michigan.

Todavía hay muchas especulaciones sobre los verdaderos motivos de su transferencia, y no faltan comentarios maliciosos sobre cómo será su desempeño con el nuevo equipo cuando empiece la temporada de hockey sobre hielo.

Siento que un papel se desliza bajo mis dedos y lo miro. La mano de Finnick está junto a la mía, un pedazo de hoja rasgada entre las dos, con una sola frase escrita en una letra redonda y ordenada.

Miro al jugador. Habría jurado que su caligrafía sería desprolija e ilegible. Nunca hubiera imaginado algo tan... cuidado.

Sacudo la cabeza y vuelvo a mirar el papel, incapaz de resistir la curiosidad por lo que está escrito.

"¿Este profesor no te recuerda al del Pájaro Loco, el que tenía bigote?"

La pregunta es tan absurda e inesperada que me tapo la boca con las manos para no soltar una carcajada escandalosa. Toso varias veces, intentando ahogarla, pero fallo miserablemente.

Gracias a Dios, el profesor no se molesta. Tomo el papelito y lo dejo sobre la mesa de Finnick sin responder, lanzándole una mirada irritada.

Intento concentrarme en la clase, pero ahora, mientras el profesor barrigón y calvo se mueve por el estrado, lo único que puedo ver es su bigote oscilando, exactamente como en el dibujo animado.

Maldito Finnick Colleman.

Sus dedos vuelven a tocar los míos. Lo ignoro, pero él insiste, y suspiro lentamente antes de bajar la vista.

"Si un árbol cae en el bosque sin nadie alrededor, ¿todavía necesita un gerente de marketing?"

Esta vez, la risa me sorprende de otra manera, porque, a diferencia de la primera broma, esta no es tan obvia. Sus palabras de ayer, en el ascensor, invaden mi mente de repente.

"Para alguien tan preocupada por las opiniones de los demás, eres bastante rápida sacando conclusiones..." dijo, y tenía toda la razón.

En mi defensa, la mayoría de las veces solo intento prever cómo me verán los demás. Si

los entiendo antes, sabré exactamente qué esperar, pero parece que cuando se trata de Finnick, sigo equivocándome en todos mis cálculos.

Jamás, en ningún momento, hubiera pensado que sería el tipo de chico que toma un pensamiento filosófico y lo convierte en una broma.

Para ser honesta, ni siquiera habría imaginado que conociera un pensamiento filosófico, y mucho menos que estuviera prestando suficiente atención a lo que dice el profesor como para hacer las conexiones necesarias y convertirlo en una broma.

Esta vez, no resisto y suelto una risita. Miro de nuevo a Finnick. Él me lanza un guiño, y yo revuelvo los ojos.

La clase continúa, y los papelitos también. Escribe tonterías cada vez que tiene oportunidad, y otra cosa que nunca habría imaginado de Colleman: es un charlatán que no puede callarse la maldita boca, incluso cuando no está hablando, sino escribiendo notas.

Tomo el último papelito que ha escrito y garabateo mis propias palabras.

"¡Cállate, maldito! ¡Estoy tratando de prestar atención a la clase!"

"¿Y cómo es culpa mía que tu cerebro no sea multitarea?" escribe debajo, sin siquiera tomar el pedazo de papel para sí.

"¡Eres un fastidio!" garabateo en la esquina de la hoja.

"¡A tu servicio!" responde justo abajo.

"¡Eso no fue un elogio, Finnick! ¡Creo que te han dado demasiados golpes en la cabeza!"

"Los elogios están sobrevalorados. Prefiero insultos honestos."

"¡Ah, pues tengo una lista inmensa para ti!"

—Bien, chicos. Para la evaluación del semestre, los he separado en parejas para un trabajo en etapas. Serán evaluados por cada entrega y, al final, por el conjunto —al escuchar la palabra "evaluación", mi atención regresa al profesor, y le doy un codazo a Finnick para que se comporte. ¿Cómo rayos llegamos a esto, Dios mío?—. Busquen sus nombres en la lista, enviaré las instrucciones por correo —anuncia el profesor, y la diapositiva cambia por una lista de parejas organizada alfabéticamente.

Encuentro mi nombre rápido, pero lo leo una y otra vez, sin poder creer lo que veo.

—Parece que no te vas a deshacer de mí —murmura Finnick con una sonrisa.

Respiro profundo, presiono los labios y luego aprieto la mandíbula, tratando de calmarme.

—Lo admito, mis primeras impresiones sobre ti estaban equivocadas —digo cuando la gente a nuestro alrededor comienza a levantarse. El rostro de Finnick se ilumina con una sonrisa aún más grande.

—¿De verdad? —pregunta, disfrutando de mi sufrimiento.

—Sí, pero como ya te he dicho varias veces, no podemos ser vistos juntos. ¿Podrías, por favor, pedirle al profesor que te cambie de pareja? Probablemente te dirá que ni siquiera necesitas hacer el trabajo. ¿No es así como funciona con los atletas?

—Eres terrible pidiendo disculpas. Y no, no voy a pedir que me cambien de pareja. Pero claro, puedes hacer todo el trabajo tú sola y poner mi nombre —sugiere mientras se levanta.

—¡No voy a hacer eso! —respondo demasiado rápido, indignada por la propuesta.

—¡Genial! Entonces te veo mañana en tu habitación, a las seis, y empezamos —dice, y mientras proceso sus palabras, me lanza un guiño y se aleja.

Espera, ¡¿qué?!

Regla número 15

El azúcar crea adicción. Consúmelo sin moderación.

FINNICK COLLEMAN

(731) 662 9812: No vengas a mi habitación, encuéntrame en la cafetería a las 11 p.m.

(731) 662 9812: Y si ves estos mensajes demasiado tarde y terminas yendo a la habitación, ¡ni preguntes por mí ni toques a mi puerta!

(731) 662 9812: ¡Y usa ropa discreta!

(731) 662 9812: ¡Y entra por la puerta trasera!

(731) 662 9812: Ah, y soy A.

Echo la cabeza hacia atrás, con una mano apoyada en el costado metálico del casillero, la otra sosteniendo el celular, sin poder creer lo que estoy leyendo. Me río sin preocuparme por la atención que pueda atraer.

¡Está loca de remate! El último mensaje es, sin duda, el más gracioso. ¿Quién más me diría que me reuniera en una cafetería a las once de la noche, vestido discretamente?

Ava logró que pareciera que estamos a punto de robar un banco en lugar de hacer un aburrido trabajo de Filosofía Comercial. Esta chica es diferente a cualquier persona que haya conocido.

—¿Qué es tan gracioso, Colleman? —pregunta Chase, uno de los otros jugadores, saliendo del área de las duchas con nada más que una toalla envuelta en la cintura, como la mayoría de los chicos en el vestuario, incluyéndome.

—Solo una chica loca —respondo con la verdad, o al menos una parte de ella, y Killian suelta una carcajada.

—Me gustan las locas —dice con una sonrisa que deja muy claro el tipo de comentario

que está por salir de su boca—. Suelen chuparla como nadie.

El capitán de los Lynx impulsa sus caderas hacia adelante y hacia atrás, simulando una mamada en el aire, y pongo los ojos en blanco solo para ser noqueado por mis propios pensamientos un segundo después.

La imagen explota en mi mente como un terremoto. Ava desnuda, chupándome la verga, sudando, con la boca abierta y los ojos cerrados, perdida en la sensación. La vergüenza no la haría sonrojarse, pero, ¿lo haría el sexo?

¡Carajo! ¿De dónde vino eso? Sacudo la cabeza, apago la pantalla del celular y lo arrojo dentro del casillero antes de agarrar mi ropa interior. Me quito la toalla y me la pongo, tratando de lidiar con la erección que la imagen mental causó en mi miembro.

No necesito que me hagan bromas sobre estar medio excitado en un vestuario lleno de hombres. Termino de vestirme, recojo mis cosas y salgo del estadio. Paso un rato en la biblioteca y, cuando faltan poco más de dos horas para las once, decido intentar ver a Alice en el tiempo que tengo. Tal vez podamos cenar juntos y ver algún episodio de una serie, como solíamos hacer en casa.

Las cosas han estado raras desde que llegué a Michigan. En realidad, desde antes. Alice me trató diferente desde mis primeros días de vuelta en casa, en el verano.

Normalmente, habría estado a mi lado durante toda mi recuperación, haciendo chistes frikis y asegurándose de que tuviéramos una reserva ilimitada de películas malas para ver, sobre todo porque ambos estábamos recuperándonos de procedimientos médicos.

En lugar de eso, mi amiga apenas se quedó en casa. Unas semanas después, se mudó sin despedirse, pasó un mes sin responder a mis llamadas ni a mis mensajes y, cuando llegué a Michigan y le pregunté personalmente qué estaba pasando, me pidió espacio.

Un espacio que ha insistido en mantener y yo me he esforzado por respetar. Conozco a Alice. Algo la está manteniendo distante, y quiero asegurarme de que sepa que, cuando esté lista para hablar, estaré listo para escuchar. Por eso, a pesar de todas sus huidas, excusas y respuestas evasivas, sigo insistiendo.

Llego a Yakeley Hall en pocos minutos y me bajo del auto, agarrando mi mochila más por costumbre que por necesidad. El edificio de ladrillo visto, con marcos blancos en las ventanas, parece más una mansión con múltiples alas que un dormitorio para estudiantes de primer año.

Las diferencias entre la arquitectura de la UMich y la Universidad de Denver nunca dejan de sorprenderme, aunque ya llevo meses aquí. Y esta es solo una de las muchas cosas que me gustan mucho más de Ann Arbor que de Colorado.

Cruzo el estacionamiento hacia los jardines, pero me detengo cuando, bajo la potente iluminación, veo una nube de rizos oscuros del otro lado de la calle.

Los jeans ajustados resaltan cada curva, desde su cintura fina hasta su culo redondo, sus caderas anchas balanceándose de un lado a otro mientras Ava camina despreocupada, usando un suéter con capucha y cargando la misma bolsa que lleva todos los días al trabajo.

¿No puede ser que haya salido tan temprano solo para evitar encontrarse conmigo, verdad? No cuando vamos al mismo lugar. Pongo las manos en la cintura y echo la cabeza hacia atrás, riendo. Sigue tu plan, Finnick. Ve a ver a Alice y encuentra a la loca a las once de la noche.

O…

Me doy la vuelta, acelerando el paso para alcanzar a Ava, pero manteniéndome al otro lado de la acera. Cuando estamos prácticamente caminando juntos, cruzo la calle, llamando su atención. Abre los ojos como platos.

—¿Estás huyendo de mí? —la provoco, y ella pasa a mi lado, rodeándome como si no fuera más que un poste en su camino.

—¿Me estás persiguiendo?

—Pregunté primero.

—¿No viste mi mensaje? —pregunta molesta cuando me coloco a su lado y deja de caminar.

—¿Qué mensaje?

—Te dije que me encontraras en la cafetería. Y que te vistieras de manera discreta —reclama, mirando con asco mi camiseta de los Lynx.

—¿Eras tú? —finjo sorpresa—. ¡Y yo pensando que tenía una cita!

—¡Firmé el mensaje!

—¿Con una "A"? Sabes que no eres la única persona en el mundo con un nombre que empieza con esa letra, ¿no?

—¿Estás intentando volverme loca a propósito? —pregunta, entrecerrando los ojos y frunciendo los labios de una forma que me dan ganas de morder. Sonrío de lado.

—Tal vez...

—¿Por qué?

—Porque estás preciosa con esa cara de loca psicópata.

Ava resopla y vuelve a caminar, dejándome atrás como si no fuera más que una hormiga insignificante.

—Solo... Mantén distancia hasta que lleguemos.

Sin responder en voz alta, saco el celular del bolsillo mientras sigo caminando unos pasos detrás de ella.

Finnick: Ok, ¿quieres un café?

Veo que Ava mete la mano en el bolsillo trasero de su pantalón y saca el celular. Guau, qué buen culo tiene.

Compañera de clase loca: Quiero que te calles la boca.

Su respuesta llega casi de inmediato, haciéndome reír y sacando los pensamientos sobre su culo de mi cabeza.

Finnick: Pero sabes que es humanamente imposible beber café y hablar al mismo tiempo, ¿no?

Compañera de clase loca: Entonces trae tres litros de café para ti y una dosis de veneno para ratas para mí.

Finnick: Dramática.

Con la vista en el celular, es el sonido lo que me hace levantar la mirada cuando Ava choca con un tipo que caminaba en dirección contraria. Ella cae al suelo, y el imbécil, demasiado servicial, se agacha para ayudarla. Me apresuro y llego a donde están en cuestión de segundos.

—Déjalo en mis manos —le digo mientras ya me estoy agachando y poniendo las manos en la espalda de Ava. El tipo asiente en silencio, se levanta y se va—. Pensé que yo era especial, pero aparentemente chocas con cualquiera.

—Sé que crees que esto es una especie de coqueteo gracioso, pero si no paras… —empieza a amenazar justo cuando dos chicas se acercan por la acera del otro lado. Sonrío antes de ayudarla a ponerse de pie y retrocedo un par de pasos, fingiendo estar ofendido.

—Está bien —digo en voz alta para que las desconocidas escuchen, llevándome una mano dramáticamente al pecho—. Si ya no quieres nada conmigo, Ava, sufriré, pero tengo que acep…

Ella salta sobre mí y me tapa la boca con ambas manos. Mis manos se mueven automáticamente para sostener su cintura. Las chicas, al otro lado, sueltan risitas mientras siguen su camino.

—¡Te juro que si sale otra foto nuestra juntos, Finnick, te envenenaré la comida y nadie sabrá que fui yo! —advierte, alejando sus manos de mis labios, pero no mucho, como si temiera que dijera alguna otra tontería y tuviera que estar lista para actuar de nuevo.

La tenue iluminación de la calle hace que sus ojos se vean aún más oscuros, y el viento, ya algo fuerte a esta hora, agita los rizos de Ava. Su rostro es una mezcla divertida de desafío e irritación.

—Lo veo difícil, no como dulces ni nada con azúcar.

Ava abre los ojos como platos, echando la cabeza hacia atrás con una expresión tan clara como el agua, que parece gritar: "¿Cuántos defectos puede tener una persona?" y me hace reír en voz alta.

—¿Cómo que no comes dulces? —pregunta, sonando genuinamente indignada.

—Soy un atleta de alto rendimiento, Ava. El azúcar es un vicio que no me puedo permitir. Mi dieta es perfectamente equilibrada, cada caloría cuenta. Fuera de temporada, me doy algunos permitidos, pero casi nada.

—Con razón quieres hacer mi vida miserable. ¡Es la única forma de vida que conoces! —asegura, y yo echo la cabeza hacia atrás riendo.

—Deberías defenderte con la misma pasión con la que defiendes tus dulces.

Me inclino un poco hacia ella al decirlo, y Ava revuelve los ojos, su aliento condensándose ligeramente en la fría noche de octubre mientras me mira. Sus ojos bajan a mis labios, pero es tan rápido que me pregunto si lo imaginé.

—Trataré de ser más comprensiva contigo ahora que sé que tu vida es tan triste —promete, retrocediendo un paso para librarse de mis manos.

—¿Eso significa que me dejarás caminar a tu lado? —Aprovecho su tono burlón—. Tu compañía es lo único delicioso que podré probar por mucho tiempo, Dulce.

¡Ay, por Dios! —refunfuña, casi gruñe, de hecho, y se aleja pisando fuerte.

Nunca pensé que la Filosofía Comercial podría ser tan divertida.

Regla número 16

Los voluntarios no crecen en los árboles. Si cae uno en tus manos, consérvalo.

AVA HARRINGTON

—Este lugar está muy bueno —dice Finnick, mirando a nuestro alrededor, como si recién ahora se estuviera dando cuenta, aunque ya llevamos aquí por lo menos treinta minutos.

No levanto la cabeza, porque ya conozco este lugar como la palma de mi mano. Me encanta cada centímetro de él: las paredes claras, los cuadros con frases de libros, las estanterías repletas, la lámpara de cristal, el área con pufs reservada para leer y las pequeñas mesas de madera para quienes solo quieren sentarse a tomar café o comer algo.

A las casi diez de la noche, con un proyecto semestral en pareja para empezar a entender y ejecutar, admirar la belleza de Coffee & Chapters es lo último que pasa por mi mente.

—Uhum —murmuro, deslizando el bolígrafo sobre la pantalla del iPad para marcar un fragmento.

—¿Crees que la gente viene más aquí por el café o por los libros?

—Por ambas cosas. Esa es la razón de ir a una cafetería que también es librería.

—Tienes razón —asiente, y yo suspiro aliviada, esperando que eso signifique que se acabó la charla inútil—. Entonces... —Finnick vuelve a hablar, y echo la cabeza hacia atrás, pidiéndole a Dios paciencia. Simplemente, no puede dejar el silencio en paz, y estoy tratando de leer el texto que el profesor nos mandó, lo que Colleman también debería estar haciendo—. ¿Esto no te va a perjudicar? ¿No deberías estar llenando la vitrina de veneno?

Señala el mostrador vacío de la cafetería con un gesto de la cabeza, y lo miro. Sí, cerebro, sé que es tremendamente guapo. ¿Podemos concentrarnos en otra cosa ahora?

Aparentemente no, porque en lugar de darle una respuesta adecuada a mi boca, lo que mi estúpido cerebro hace es hacer que mis ojos recorran rápidamente el cuerpo grande y musculoso de Finnick, y me pregunto, inútilmente, si su cabello es tan suave como parece.

—¿Veneno? ¿De verdad crees que si yo supiera dónde conseguir una dosis fácil, a esta hora de la noche estaríamos teniendo esta conversación? Estarías tirado en el suelo y yo tendría

paz para estudiar.

—Macabra —dice con una sonrisa de admiración, y gruño—. Me gusta.

—Claro que te gusta.

—¿De qué te vas a disfrazar para Halloween? ¿Muñeca asesina? ¿Viuda negra? ¿Morticia Addams?

—No es de tu incumbencia. Lee el maldito texto, Finnick.

—Ya lo leí. Vamos, ¿ninguna pista? ¿Tal vez Gatúbela? —pregunta, inclinando ligeramente la cabeza—. Naa... Eso suena muy cliché para ti.

—¿Cómo que ya lo leíste? —pregunto, ignorando la provocación—. No te callaste ni un puto minuto desde que llegamos, es más, desde que salimos de la residencia.

—Soy multifuncional. —Se encoge de hombros—. No es mi culpa que tú no lo seas. —Finnick me guiña un ojo. —Podría enseñarte, ¿sabes?

—¡Argh! —Levanto el iPad, usándolo como escudo, y obligo a mis ojos a mantenerse enfocados en las letras de la pantalla, pero el problema es que eso no funciona tan bien con el resto de mi cuerpo.

¿Los olores pueden ser magnéticos? Porque el perfume de Finnick definitivamente lo es. Incluso en medio del caos de estar tan cerca del jugador, el aroma amaderado y refrescante quedó grabado en mi memoria.

Y, a decir verdad, no es como si estuviera acostumbrada a estar con un chico. Si lo estuviera, perder la virginidad no sería el tercer ítem en mi lista de “cosas por hacer en la universidad”.

Aparte de mi padre, Adam ha sido el único hombre constante en mi vida. Mi primo y único amigo varón incluso intentó presentarme a sus amigos y ampliar mi pequeño círculo de amigos masculinos, pero no funcionó. *Por cierto, tengo que llamar a Adam.*

—¡En serio! ¿Tu jefe no se va a enfadar porque no estás trabajando? —pregunta Finnick, sacándome de mis pensamientos.

—Hoy es mi día libre —respondo, intentando que se calle.

—¿Día libre?

—Trabajo un día sí y un día no. Hoy es día libre, Finnick.

—¿Y no es un problema que estés aquí en tu día libre?

Respiro hondo y bajo el iPad. La expresión curiosa en el rostro del jugador me hace entrecerrar los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que te acusen de intrusión?

—Que me arresten no está en mi lista de cosas por hacer en la universidad. —Su sonrisita hace que mi rostro entero se tense. ¿Qué dijo? ¿Estoy volviéndome loca?—. Pero eso explica muchas cosas. —Echo la cabeza hacia atrás, todavía desconfiada.

—¿Como qué?

—Nada. —Sacude la cabeza, mordisquea su labio inferior y toma el pequeño bloc de hojas con el texto, que dijo ya haber terminado de leer impreso, pero no me quejo. No si eso significa silencio.

Creo que no estaba hablando de mi lista. Yo no inventé el concepto. Existen listas para todo en el mundo, maldita sea. Finnick baja los papeles y comienza a mirarme en silencio. No aguanto más de un minuto.

—¿Qué, Finnick?

—Finn. Todo el mundo me llama Finn.

—¿Por qué no Nick? —Inclina el cuello, mirándome con curiosidad—. ¿O Finni? ¿O Innk?

—No hay un por qué. Todo el mundo me llama Finn y ya está, pero parece que te gusta pensar en apodos —se burla.

—Prefiero Nick —divago—. Y si tuvieras un nombre con solo tres letras, también pasarías mucho tiempo pensando en apodos.

—Me gusta tu nombre.

La afirmación me toma por sorpresa, porque no esperaba que Finnick Colleman hubiera desperdiciado un solo segundo de su vida pensando en mi nombre, y mucho menos en si le gusta o no. Me remuevo en la silla.

—A mí también me gusta mi nombre. Pero eso es todo. Ava es Ava y nunca será otra cosa.

—No es cierto, más temprano no acordamos que eres una dulce. De hecho, desde ahora te

voy a llamar Dulcecita.

—Pensé que yo era macabra. Y ni se te ocurra —lo desafío, apoyando las manos sobre la pequeña mesa cuadrada.

—Eres ambas cosas. Y bastante ácida. De hecho, Dulcecita, como la chica del dibujo animado, te queda perfecto.

—¿Qué dibujo? ¿Las chicas superpoderosas?

—Ahora solo estás siendo pretenciosa... Nunca dije nada sobre tener superpoderes —me acusa, y yo pongo los ojos en blanco.

—Idiota.

—Prefiero Nick.

—Nick, el idiota —me corrijo, y él ríe.

—Dulcecita —dice despacio, como si saboreara la palabra, entonces su sonrisa crece—. Tiene un sabor dulce.

—¡Dios mío, te odio! ¡Finnick Colleman, eres tan irritante!

—Y tú eres dulce.

—Pensé que odiabas el azúcar.

—Creo que solo no había probado el correcto aún.

—¡Ni siquiera me has probado! —gruño, lista para volver a leer, pero me doy cuenta de lo que acabo de decir y abro la boca para corregirme.

Sin embargo, la expresión en el rostro de Finnick me dice que eso no va a mejorar la situación, así que cierro la boca sin decir nada. Él lo toma como una señal para hablar.

—No me importaría cambiar eso. —Mi cuerpo reacciona de una forma completamente nueva ante su mirada maliciosa: un calor y un escalofrío me recorren al mismo tiempo, tomándome por sorpresa—. Quiero decir, si voy a pasar mis madrugadas contigo de todas formas...

Frunzo el ceño, olvidándome completamente de esas sensaciones al escuchar sus últimas palabras. ¿Pasar las madrugadas conmigo? Entonces recuerdo otra sensación. Una muy específica.

—¡Fuiste tú! —lo acuso, incrédula.

—¿Qué fui yo?

¡Argh! Él es tan irritante, maldita sea.

—¡Me estabas siguiendo! A altas horas de la madrugada, cuando salgo de aquí.

—No sé de qué estás hablando.

Su boca dice una cosa, pero la sonrisa maliciosa en su rostro comunica algo completamente distinto.

—¿Por qué harías algo así? ¿Estás loco? ¿Tienes idea del miedo que me hiciste sentir?

—Ah, entonces, ¿sientes miedo? Tal vez la solución sea no andar sola por ahí, a esas horas.

—No tenía miedo hasta que tú me hiciste sentirlo.

—No fui yo quien te puso en una situación aterradora, fue tu falta de sentido de autopreservación —confiesa, aunque parece todo menos arrepentido de lo que hizo.

—¿Y tu brillante solución fue asustarme?

Pongo las manos en la cintura e inclino ligeramente el cuerpo hacia atrás. Este tipo... ¡Es simplemente increíble!

—No. Solo estaba preocupado por ti.

—¿Preocupado por mí? —repito, incapaz de creerlo.

—Sí —responde con simplicidad, y, por primera vez en la noche, el silencio se instala entre los dos por un rato.

—¿Por qué? —Finnick se encoge de hombros.

—¿Por qué haces tantas preguntas? —Se inclina hacia atrás, adoptando una postura relajada mientras cruza los brazos.

—Yo pregunté primero.

—Exactamente eso estoy diciendo.

—Estás evitando el tema.

—No, no lo estoy. ¿Cómo va tu lista? —pregunta, y dejo de respirar porque, esta vez, no hay duda sobre a qué se refiere Nick.

—Viste mi lista… —digo, con el corazón golpeándome el pecho y la boca súbitamente seca, mientras el pánico y la vergüenza luchan por tomar el control en mis venas, tan intensamente que no sé si voy a sobrevivir a quien gane.

—Es una muy buena lista —Nick sonríe de lado, y yo sacudo la cabeza en negación.

—¿Por qué tienes que ser tan entrometido? —Suspiro, cerrando los ojos.

—Una opinión más... Si no querías que nadie la viera, no debiste dejarla tirada en el suelo. —No puedo refutar eso, pero eso no impide que la irritación se apodere de mis muñecas, espantando el miedo y la vergüenza—. Me ofrezco voluntario, ¿sabes? Para el número tres. Y para algunos otros también. El ocho, el nueve... De hecho, podrías matar tres pájaros de un tiro con una sola...

Abro la boca, entre la indignación y el asombro ante la audacia de este desgraciado.

—¿Te memorizaste mi lista? —Mi voz apenas sale, de lo sorprendida que estoy.

—Te lo dije. Es una lista muy buena.

—Eres increíble. —Sacudo la cabeza nuevamente, un claro indicio de que mi cuerpo no puede manejar el nivel de ridiculez que ha soportado en los últimos segundos.

—Y tú estás evitando el tema —me acusa, y suelto una risa nerviosa.

—Hoy parece que estás decidido a convertirte en mi maestro —le respondo con desdén, eligiendo seguirle el juego.

Hago un esfuerzo monumental para mantener mi voz en un tono neutral. Finnick no necesita saber cuánto me está afectando todo esto.

—Es una forma de verlo.

Se encoge de hombros, empujando el interior de su mejilla con la lengua.

—Sé que eres un atleta —Me inclino hacia adelante, sonriendo de lado como si fuera a contarle un secreto. Ok, tal vez las clases de teatro en la escuela sí sirvieron para algo, después de todo—, y probablemente no tienes nada en la cabeza más allá de jugadas y puntos, pero, hasta donde sé, oyes perfectamente, Nick. ¡Yo no soy un cliché!

Sus ojos se entrecierran cuando se humedece los labios.

—Me gusta mucho cuando me llamas Nick —murmura—. ¿Y lo del cliché? ¿Otra vez? ¿En serio?

—Sí, otra vez, ya que parece que no entendiste la primera: la nerd y el popular, la tutora y el atleta que no entiende nada en los estudios, el atleta y la hermana del compañero de equipo, el chico malo y la hija del rector, el hijo del rector y la becada, la apuesta de la cenicienta y...

—Para alguien tan en contra de los clichés, conoces bastantes. ¿Apuesta de la cenicienta? —me interrumpe.

—¡Sí, Colleman! —exclamo, impaciente—. Cuando el atleta idiota apuesta con sus amigos, otros atletas idiotas, que va a transformar a la chica nerd en una super sexy.

Muerde su labio, y sus ojos no tienen reparos en recorrer mi cuerpo de arriba abajo, rápidamente. Abro la boca, sorprendida y sintiéndome repentinamente acalorada, tal vez un poco húmeda, en un lugar muy específico.

—Créeme, Dulcecita, no necesitas ninguna ayuda para convertirte en una super sexy. Y te faltó uno.

—¿Cuál? —pregunto, sabiendo que esa es la única parte de su última declaración que merece atención.

—El del chico popular que enseña técnicas de seducción a la chica torpe. Podría ofrecerme voluntario para ese. Me encantaría enseñarte algunas cosas, Ava. ¿Qué te parece? ¿Te ayudaría con tu lista?

Al principio, pienso que está bromeando. Nick sonríe como si estuviera haciendo una broma, y hasta su tono es demasiado provocador para que esté hablando en serio. Pero entonces su cuerpo se inclina hacia adelante. Apoya los codos sobre la pequeña mesa entre nosotros, acercándose más. La atmósfera a nuestro alrededor cambia tan rápido que me siento perdida.

Es su mirada fija en la mía la que me ancla. Nick se concentra en mis labios, luego en mi pecho, que ya no logra recuperar su ritmo normal desde hace un rato, y una expresión de seriedad se apodera de su rostro de mandíbula marcada y nariz angulosa.

Parpadeo, escapando de la sensación que me había atrapado en los últimos segundos, y retrocedo, dándome cuenta de que mi propio cuerpo también se había inclinado hacia él. *Estábamos tan cerca. Por Dios.*

Él se humedece los labios lentamente, atrapando el inferior entre sus dientes y dejándolo deslizar hasta que queda libre.

—Sigues hablando de clichés conmigo como si yo fuera el antagonista de tu historia —susurra con un tono sorprendentemente ronco—, pero, ¿alguna vez te has puesto a pensar que tal vez solo quiero cantar “Can’t take my eyes off you”[11] para ti, mientras bajo una grada, y tú juegas fútbol con la banda de fondo?

Parpadeo, aturdida por un segundo por las palabras que acaban de salir de la boca de Finnick Colleman. ¿La estrella del hockey de UMich acaba de citar “Diez cosas que odio de ti”[12]?

No, no pudo haber hecho eso. Debo estar volviéndome loca.

—Deberíamos concentrarnos en el trabajo, o acabaremos siendo los mayores clichés universitarios de todos los tiempos —digo, aclarando mi garganta, y Nick levanta una ceja inquisitiva—. Los estudiantes que reprueban.

Regla número 17

Acechar es un delito, hazlo, ¡pero que no te descubran!

FINNICK COLLEMAN

Debería haber desinstalado la aplicación hace días, cuando le di mi reloj a Ava, pero, aunque desactivé la conexión entre mi celular y el reloj, en cuanto a lo demás, sigo repitiendo la misma rutina todos los días. Es uno de esos placeres culpables y extraños que todo el mundo tiene.

Primero, me digo a mí mismo que esto es una locura de acosador, luego debato mentalmente si realmente lo es o no, concluyo que sí, pero aun así no puedo evitar echarle un último vistazo a la aplicación antes de desinstalarla, y ahí llego a la segunda etapa de esta absurda odisea.

Miro cuántos pasos ha dado Ava hasta esa hora del día y me imagino por dónde ha caminado, o veo su frecuencia cardíaca e intento adivinar qué estará haciendo para que su corazón lata a esa velocidad. Un juego completamente inútil, ya que nunca sabré si acerté o fallé.

Entonces cierro la aplicación, no la desinstalo, y finjo que la olvidé. Es lo que hago ahora. En mi defensa, Dulcecita tampoco ayuda. ¿Quién agarra el reloj inteligente de otra persona y no se molesta en configurarlo con sus propios dispositivos? Al parecer, Ava Harrington.

Guardo el celular en el bolsillo trasero de mi pantalón, agarro la bolsa y el portatrajes de la silla. Subo las escaleras de mi habitación hacia la puerta del pasillo, diciéndome a mí mismo que saque a la chica torpe de mi cabeza.

A pesar de ser el inicio de la temporada, el partido de hoy es importante. Desde ahora hasta la final de la Frozen Four, cada partido cuenta. Hay mucho en juego. Frunzo el ceño al escuchar voces y risas. Muchas.

No esperaba encontrar a nadie aquí tan temprano, ya que estoy saliendo al menos una hora antes del horario para la concentración en el estadio y luego el viaje al aeropuerto.

Connecticut está demasiado lejos para que vayamos en autobús. Doce horas sentados serían un riesgo para nuestro rendimiento en el hielo, y la universidad no va a arriesgarse para ahorrar unos centavos.

Me detengo tan pronto llego a la sala. Todo el equipo parece estar reunido alrededor de la

chimenea, incluso los jugadores que no viven en la fraternidad de Omega Theta de alguna manera llegaron aquí y ahora se ríen a carcajadas de la historia que está contando… mi padre.

Con más de veinte jugadores de hockey, la sala de la fraternidad parece pequeña. Algunos muebles han sido apartados para hacer espacio para todos, y hay gente sentada en los sofás, en las sillas, en las alfombras, en los brazos de los sillones y otros de pie, casi formando un círculo alrededor de Wayne Colleman.

Como siempre, él está impecablemente vestido con un traje sin corbata y tiene una postura relajada, sentado en el mejor sillón de la casa, junto a la chimenea, con el cuerpo inclinado hacia adelante y los codos apoyados en las rodillas.

—¡Esto es increíble! —dice Justin Rodríguez, moviendo la cabeza de un lado a otro, agitando su cabello rubio. La expresión de admiración en su rostro me hace rodar los ojos.

—Claro que sí, idiota. Por eso es una leyenda —dice Elijah, uno de los suplentes y el bromista del equipo, dándole un manotazo en la nuca a Justin.

—Ustedes, chicos, también lo serán si siguen trabajando duro —asegura mi padre, y las sonrisas en la sala se hacen aún más grandes, como si el mismo creador del universo les hubiera dado una bendición particular.

—Gracias —dice Gus, el portero, siempre muy educado, aunque él y Kil parecen ser mucho más sensatos sobre toda esta situación que el resto del equipo.

—Señor Colleman —lo llama Darius, uno de los defensores suplentes.

Nadie imaginaría que un tipo tan grande y pelirrojo podría parecer tan intimidado cuando no hay ni la sombra de una amenaza cerca. Mi padre lo mira con una gran sonrisa.

—Solo Colleman, chico —le dice, y Darius se pone blanco como papel, luciendo como si fuera a desmayarse.

—¿P-po-podría firmar esta camiseta para mí? —pregunta, extendiendo un pedazo de tela, y yo bajo la cabeza, moviéndola de un lado a otro—. Es para mi papá. ¡Va a ser el mejor regalo de su vida!

El carraspeo en mi garganta es involuntario, y lo disfrazo con una tos. Todos se giran para mirarme al mismo tiempo y, en cuanto me ve, mi padre se pone de pie.

—Hijo. —Camina hacia mí y me da un abrazo rápido.

—Papá —digo, y su mano toca mi mejilla con unas palmaditas, aunque sabe que odio ese tipo de contacto—. ¿Qué haces aquí?

—Hablé con la directiva de la universidad esta semana. —Mi padre se gira, quedando de lado hacia mí y hacia el resto del equipo, que está muy atento a nuestra conversación—. Estuvieron de acuerdo conmigo en que un vuelo privado sería mucho mejor que uno comercial. —La sonrisa en su rostro me hace apretar los dientes, porque aunque los demás en la sala no lo conozcan lo suficiente para entender lo que aún no ha dicho, yo sí lo sé—. Y, bueno… Tenía un avión disponible. —Se encoge de hombros—. Estoy aquí para llevarlos a Connecticut.

—¿Qué? —grita alguien mientras las voces se elevan en la sala, junto con risas y celebraciones, que entiendo hasta cierto punto.

La mayoría de los jugadores de la Universidad de Michigan no provienen de familias adineradas. Muchos de ellos, incluso el ex capitán, ven en el hockey una oportunidad de cambiar sus vidas. Creo que si uno o dos de los chicos han estado alguna vez en un vuelo privado, es mucho.

Eso no hace que me sienta menos molesto por la intromisión. Principalmente porque sé que Wayne no está haciendo esto por generosidad.

—¿Qué te parece si tomamos un café juntos? —me ofrece, y asiento con la cabeza, sabiendo que, a pesar de su tono amigable, no era realmente una pregunta.

—Muy bien, chicos. Nos vemos en un rato en el estadio. Hasta entonces. —Mi padre se despide de lejos, saludando a los otros jugadores con un gesto de cabeza, sin importarme si eso me hace enojar, y yo lo sigo.

—No entiendo por qué hiciste esto —digo cuando Wayne pone en marcha el auto que estaba estacionado frente a la fraternidad.

—¿Qué quieres decir? Te ahorré el suplicio de un vuelo comercial, deberías estar agradeciéndome. —Sus ojos no se apartan del retrovisor. La simpatía y las sonrisas de hace unos minutos ya quedaron en el olvido, reemplazadas por su comportamiento habitual.

—Sí, pero tú quieres que trabaje con ellos…

—¿Y crees que darle a este grupo de pobres diablos la experiencia de un vuelo privado hará que te vean con más o menos admiración? —me interrumpe—. Y aunque los hiciera resentirse, lo que no va a pasar, no estás aquí para hacer amigos, Finnick. Estás aquí porque no pudiste controlar tu maldito temperamento en Denver, y ahora tienes que conformarte con el segundo mejor equipo de la NCAA, en lugar de terminar tu carrera universitaria donde la empezaste, en el mejor.

Él dice todo eso sin molestarse en mirarme o cambiar el tono de voz. Wayne maneja por las calles del campus como si fuera el dueño de la Universidad de Míchigan.

Exactamente de la misma manera que hace cualquier otra cosa, en realidad. No me preocupo en responderle, y mi padre lo toma como una disposición de mi parte a escuchar.

—Esos chicos —suelta aire entre los dientes, haciendo un ruido molesto—, no puedes contar con ellos para ganar el Frozen Four. Son incapaces, simple y llanamente, y no me sorprende, no bajo el mando del imbécil de Levine que no sabe escuchar consejos.

Wayne sigue hablando y hablando, quejándose, para ser exactos, sobre todo lo relacionado con el equipo de hockey de UMich, especialmente sobre la falta de disposición del entrenador para hacer lo que él quiere. En las últimas semanas, me di cuenta de que Paul tiene razón en muchas cosas.

Su discurso sobre el respeto, la primera vez que nos quedamos solos aquí en Míchigan, sigue resonando en mi cabeza de vez en cuando, sobre todo en momentos como este, en los que, sin saberlo o proponérselo, el técnico se gana un poco más del mío.

Mi padre pone la señal para indicar que va a detener el auto, y me obligo a volver al aquí y ahora.

—Aquí no —digo cuando empieza a estacionar frente al Coffee & Chapters.

—¿Por qué no? Es una cafetería, sirve —responde, maniobrando el auto.

Ava no estará aquí hasta la noche, así que no hay riesgo de que se crucen, pero aun así... insisto.

—No son flexibles con el menú —miento, aunque nunca he estado en el café mientras está abierto, y aunque, en realidad, anoche fue mi primera vez dentro del lugar.

He pasado las últimas madrugadas sentado en el banco frente al café, mirando cómo Ava cocina en sus días "sí". Sin embargo, no había entrado al café hasta ayer, después de que ella hizo todo lo posible para que nadie me viera saliendo de su dormitorio.

Al menos, ahora que sabe que he sido yo quien la ha estado acompañando estos días, ya no tendré que esperarla en el frío. Aunque, con lo impredecible que es, no me sorprendería que se negara a dejarme entrar en sus días "sí", a pesar de que acordamos que en sus días "no" pasaríamos dos horas por noche aquí, trabajando en el proyecto de Filosofía Comercial.

—¿Se negaron a atenderte? —pregunta mi padre con un tono cortante.

—No. Pero solo sirven productos veganos.

—Esas modas estúpidas —gruñe, pero vuelve a la calle con el auto.

—¿Vas a traernos de vuelta también? —pregunto, dándome cuenta de que, si la respuesta es sí, Ava no tendrá que volver sola, de madrugada, a su habitación. Podré acompañarla.

—No, vuelven en un vuelo comercial —responde mi padre antes de quedarse en silencio.

Terminamos en un bistró unas calles más adelante, pero no me importa, realmente. Mientras no fuera en la fábrica de venenos de Ava, me da igual.

—Sobre el Día de Acción de Gracias —comienza Wayne, justo cuando el mesero se aleja de nuestra mesa después de tomar los pedidos, y mantengo mis ojos fijos en los suyos, aunque mi mente esté ansiosa por divagar. Mi padre no necesita atención, en realidad. Todo lo que siempre ha querido es la sensación de que la tiene. Un año. El último año, y esto se acaba. —Vamos a Vermont. Mandaré a un chofer para llevarte al aeropuerto el día 25. Pasas la noche en casa y volamos el día 26.

—¿Volamos? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Los Smith organizarán un evento benéfico en Vermont. Los fondos recaudados serán para los huérfanos cuyos padres fueron atletas o colaboradores del deporte.

—¿Los Smith? —pregunto entre dientes, recordando una llamada de hace semanas.

Mierda, soy un completo imbécil. El silencio de Wayne desde entonces me hizo creer que, por primera vez en su vida, mi padre había puesto mis intereses primero y rechazado la invitación, pero no.

Le importa tan poco que ni se molestó en mencionarme el maldito evento hasta que faltan poco más de cuarenta días.

—Sí —responde sin mostrar ninguna molestia.

—¿Hablas en serio? —pregunto entre dientes, la rabia latiendo en mis oídos, aunque ya debería esperar este tipo de cosas.

—Baja el tono —ordena, esbozando una sonrisa para disimular—. Es tu papel como mi hijo y como futuro pilar de este deporte, y no voy a permitir que una disputa infantil se interponga en el camino.

—¿Disputa infantil? —repito las palabras, pero eso no las hace más fáciles de digerir.

—Baja el tono —esta vez no hay sonrisa, solo la advertencia y una mirada definitiva que me hace apretar los dientes. Me obligo a relajar el rostro y el cuerpo hasta que el temblor en mis fosas nasales es la única evidencia de mi humor, y solo porque no puedo evitarlo—. Mejor. Vas a ir a Vermont, Ryder —declara, usando mi segundo nombre como un arma—, vas a sonreír, vas a

bailar, vas a hacer lo que se te diga, vas a actuar como quien debes ser, no como un niño. Vas a estrechar la mano del maldito Jason Smith y tratarlo de manera amigable, como lo haría un ex compañero de equipo, porque no necesito más rumores sobre tu comportamiento. ¿Fui claro?

—Clarísimo —respondo un segundo antes de que el mesero se acerque con el desayuno.

Apreto tanto los dientes que siento que se van a partir. Eso sería una bendición a estas alturas. El mesero deja los pedidos en la mesa y se va.

—Perfecto. —Wayne vuelve a sonreír, actuando como si la conversación que acabamos de tener nunca hubiera sucedido—. Tu madre te mandó saludos. Ahora, a comer. Tienes un juego que ganar.

Regla número 18

Las apariencias engañan.

AVA HARRINGTON

—Estamos muy agradecidas con todos ustedes —dice Chloe, y la expresión en su rostro me revuelve el estómago y, al mismo tiempo, me deja un poco impresionada. Parece que realmente está agradecida. ¿Cuántas horas habrá practicado este discurso frente al espejo?—, por estar aquí para celebrar nuestra reapertura oficial y, por supuesto, para participar en los juegos familiares. Especialmente quiero agradecer a Ava Harrington y su familia, sin ellos no habríamos podido recuperarnos tan rápido del accidente al inicio del semestre.

Su mirada se cruza con la mía, y la sonrisa en sus labios se ensancha. Mando a la mierda el concepto de hermandad. *¡Puta de mierda!* Pero, por supuesto, mi rebeldía nace y muere en mis pensamientos.

En el mundo real, le devuelvo la sonrisa lo más brillante que puedo, tal como he hecho cada vez que alguien me ha saludado hoy como si fuéramos mejores amigas. Desde que los autos de mi familia llegaron al campus, he ganado muchos "mejores amigos".

—Bueno, sin más preámbulos —continúa Chloe —, ¡bienvenidos a la nueva Delta!

El césped frente a nosotros estalla en aplausos cuando Chloe finalmente termina su discurso de bienvenida para el fin de semana de los padres.

Una chica con una camiseta de la hermandad, exactamente igual a la que yo y todas las demás novatas de Delta estamos usando, sube los tres escalones hasta la puerta de la casa recién renovada y extiende un cojín con unas tijeras para que mi mamá las tome.

Ella las acepta con una pequeña sonrisa, vestida con su propio uniforme de hermandad, de otra época, y corta la cinta, reabriendo oficialmente la casa después de la remodelación. Unas manos acarician suavemente mis brazos, y yo inclino el cuello, recostando mi cabeza en el pecho de mi papá.

Su presencia, junto con la de mis hermanas, que ahora silban y aplauden como locas junto con el resto de la multitud, hace que este momento sea mucho más llevadero. Si tuviera que estar en este escenario, frente a tanta gente, sola, probablemente me habría desmayado en el primer minuto.

Suena infantil hasta en mi propia cabeza, pero sé que mientras esté rodeada de mi familia, nada puede salir mal. Y no es porque deje de ser torpe cuando están conmigo, sino porque ellos nunca me han hecho sentir menos importante por serlo.

Muy diferente de la gente que ha hecho de mi vida un infierno estas últimas semanas, pero que hoy, frente a la poderosa Tessa Harrington, también conocida como mi mamá, fingen que soy una de ellas.

Ya he hecho las paces con el hecho de que seré una Delta en lo que realmente importa, en los valores que la hermandad sostiene como principios fundamentales, pero jamás seré una de las chicas que viven aquí. Y no quiero serlo.

—¿Lista para destruir a las otras familias? —pregunta Maggie, luciendo su propia camiseta de Delta mientras observa a los grupitos en la multitud con un aire desafiante.

Me río, sin ninguna esperanza de que eso vaya a suceder. Como si pudiera leerme la mente, Alex toma mi mano.

—No te preocupes, estamos contigo —asegura.

—Hoy solo tienes que divertirte —dice Elle, también uniformada. Su camiseta y la de Alex son las únicas iguales entre nosotras, porque ellas entraron en la hermandad el mismo año —. De eso se trata el día de hoy.

—Y de cheques —añade Lauren, y todos se ríen.

El fin de semana de los padres es una iniciativa de la universidad, pero cada fraternidad y hermandad aprovecha el evento de la manera que más le conviene, lo que también significa, la que más donaciones les deje al final del día.

La mayoría de ellas organiza eventos familiares y competiciones. Muchos bolsillos presentes significan muchas donaciones. Y, según las expresidentas de Delta, que son mis hermanas, muchas de las personas que no logran ganar las actividades intentan compensar su ego herido con donaciones grandes, creando otro tipo de competencia, una muy lucrativa para la experiencia griega[13]: ver quién da el cheque más grande.

En los años en que mis hermanas eran novatas, yo era demasiado joven para participar en este fin de semana, así que todo lo que sé es lo que ellas me contaron o lo que vi en fotos. Y fue suficiente para ponerme nerviosa. Por suerte, anoche cociné.

—Eso también —coincide Elle.

—Entonces, ¿listas? —pregunta mamá al acercarse y abrazarme—. ¿Estás lista, cariño?

—Sí, lo estoy.

Asiento con la cabeza, y ella me besa la frente.

—Todo saldrá bien —asegura, arrugando la nariz cuando sonríe de esa forma tan característica suya, que hace que el lunar sobre su labio, igual al mío, parezca moverse.

—¡Hola, Ava! ¡Hola, señora y señor Harrington! ¡Hola, chicas! —saluda Whitney, parándose frente a mi familia y a mí.

Parpadeo, incapaz de creer la audacia de esta chica. Sin embargo, siendo sincera, los estudiantes de este campus son todos muy audaces. La falsedad de esta gente es algo aterrador.

Aunque, si soy honesta, prefiero esto a que se comporten como siempre, porque mis hermanas probablemente se convertirían en leonas para defenderme, y no necesitamos eso.

Es ese pensamiento el que me hace respirar hondo y responderle a Whitney con educación. Lauren, sin embargo, parece sentir que algo está mal. Mi hermana entrecierra los ojos y chasquea la lengua antes de darle la espalda sin responderle.

Alex, Elle y Maggie no lo hacen mucho mejor, y en segundos, la mayor chupamedias en la historia de Delta está corriendo lejos de nosotras.

—¿Qué fue eso? —pregunto.

—¡Huelo a una víbora desde lejos! —asegura Lauren, y no puedo evitar soltar una carcajada.

—Ok, es mejor que nos vayamos al bosque o llegaremos tarde al primer juego —digo.

—¡Voy a ser el mejor animador que hayan visto en su vida! —promete papá.

Él no competirá porque el número máximo de personas en el equipo es cinco. Sus brazos me envuelven en un abrazo por detrás, y me recuesto en su pecho sin ningún temor.

—¡Vamos a ganar esto! —dice Alex, ya caminando hacia las escaleras laterales del pequeño escenario que montaron frente a la casa.

—No se trata de la competencia, Alex. Se trata de la experiencia de Ava —recuerda Maggie.

—¡Claro que también es por ganar! —Alex, que ya estaba de espaldas, se da vuelta para mirarnos de nuevo—. También es por ganar —dice con una sonrisa traviesa, bajando las escaleras y dejándonos a todos con sonrisas y ojos en blanco.

Sacudo la cabeza, pero un par de ojos que me han resultado extrañamente familiares durante la última semana me hacen detener el movimiento a mitad de camino. *¿Pero qué carajos está haciendo aquí?* ¡Qué molesta e inoportuna manía tiene de aparecer donde no debe!

Nick me sonríe. No es cualquier sonrisa. No es esa que a veces aparece en sus fotos en las redes ni la que muestra cuando anda pavoneándose como el chico malo del campus. Me sonríe de una forma sincera, y puede que sea una locura de mi cabeza, probablemente lo es, pero solo lo he visto sonreír así para mí.

Es obvio que Chloe lo invitó, me doy cuenta. Ella invitó a todo el mundo importante, porque esta es otra de las competencias que ocurren durante el fin de semana de los padres, y de las que nadie habla: qué fraternidad logrará atraer más público y cuál tendrá a la gente más importante entre los invitados.

No tuve tiempo para revisar Twitter después de salir de la residencia, pero no tengo dudas de que esa es exactamente la clase de información que Blabber está compartiendo con sus seguidores.

Si todas las personas que vinieron para la ceremonia de la cinta también asisten a los juegos que se llevarán a cabo en diferentes puntos del campus, Chloe probablemente acabará el día en el hospital de tanta felicidad que explotará.

—¿Quién es ese? —Lauren me susurra al oído con un tono lleno de insinuaciones.

—¿Q-qué? —respondo, apartando la mirada del ser humano más irritante que ha caminado por la faz de la Tierra y mirando a mi hermana.

—El universitario guapo. ¿Es atleta? ¡Tiene toda la pinta de serlo!

—¿No estás un poco vieja para universitarios, Lauren? —Maggie la provoca, y Lauren suelta una carcajada.

—Mi amor, jamás estaré demasiado vieja para eso.

—Creo que este es mi momento para retirarme —dice papá mientras me besa en la frente —. Las veo en el bosque.

Mis hermanas y mi madre se ríen a carcajadas mientras papá se aleja.

Bajamos las escaleras detrás de él y nos reunimos con Alex.

—¿Y entonces? ¿Cuál es el plan? —pregunto, ignorando las miradas acusadoras de mis hermanas, todas queriendo saber sobre Nick.

—Lo de siempre, querida —responde mamá—. ¡Nos mantenemos unidas!

***

—¡No, no, no, Maggie! ¡Está vacío! ¡Está vacío! —grito, saltando en el lugar mientras una Maggie con los ojos vendados intenta pescar bolitas de algodón de azucar de una bandeja.

El desafío es bastante simple en realidad, pero eso no lo hace menos desesperante: cada grupo recibió un recipiente lleno de algodón de azucar y la tarea es transferir, una a una, las bolitas con una cuchara a un recipiente vacío al lado.

El problema es que la persona que sostiene la cuchara está vendada y depende de la orientación de los otros miembros del equipo para completar la tarea, porque cuanto más avanzas, más difícil se vuelve. El algodón es liviano, y sin ver, es imposible saber si tienes algo en la cuchara o no.

Estamos por delante de los otros competidores porque nuestra bandeja ya está casi vacía y Maggie ha dejado caer muy pocas bolitas en el suelo.

—¡Eso! ¡Así se hace! ¡Vamos, Maggie! ¡Vamos! —grita Lauren a mi lado.

—¡Un poco más adelante! —indica Alex.

—¡No, no! ¡Eso fue demasiado! ¡Un poco hacia atrás! —dice Elle.

En algún lugar de la cacofonía de sonidos a nuestro alrededor, la voz de mi papá grita "¡Harringtons! ¡Harringtons!" a todo pulmón.
Maggie consigue colocar otra bolita en la bandeja. Solo faltan tres. Grito y doy instrucciones, sintiendo el corazón salirse de mi pecho cada vez que ella levanta la cuchara, pero somos los primeros en terminar, y cuando la última bolita de algodón se apila sobre las demás, hago mi parte y salgo corriendo por el césped con la bandera con una H dibujada.

Del otro lado hay un soporte donde debo colgarla. Corro como si mi vida dependiera de ello, porque el tiempo también es un criterio de clasificación, y clavo la bandera.

La multitud a mi alrededor se vuelve loca, gritan, aplauden y golpean el suelo como si los Lynx acabaran de marcar el gol de la victoria en la final del campeonato. La sensación que recorre mi cuerpo es completamente nueva y electrizante.

Maggie se arranca la venda y celebra con mamá y nuestras hermanas. Me inclino hacia adelante y apoyo las manos en las rodillas, riendo y tratando de respirar al mismo tiempo. ¡Dios mío!

Mis ojos se dirigen al lugar en la multitud que ubiqué casi desde que llegué. Nick me

guiña un ojo, aparentemente atento a cada uno de mis movimientos, y el ritmo de mi corazón, ya acelerado, se vuelve frenético.

Salimos de esta prueba directamente a la siguiente, que también es en el bosque: la primera fila de árboles está toda enrollada en cintas. En los extremos de las cintas, hay chalecos atados. Hay un chaleco y una cinta para cada miembro del equipo.

La tarea es, con los chalecos puestos, desenrollar el árbol para que una almohada atada en la parte superior caiga, pero eso significa coordinar los movimientos con cada miembro del equipo para deshacer las vueltas, en lugar de crear nuevas.

Me preguntaba si no era injusto que los equipos tuvieran diferentes números de personas, pero ahora entiendo que no lo es. Algunas pruebas son más fáciles para equipos grandes, mientras que otras son mucho más complicadas. Que Dios nos ayude.

Hacemos lo mejor que podemos, yendo y viniendo, pasando por debajo de los brazos de las demás e incluso, eventualmente, casi arrastrándonos por el suelo, pero no logramos terminar en primer lugar, a pesar de haber comenzado con ventaja. Terminamos en segundo lugar y nos dirigimos a la tercera prueba, en el complejo acuático.

Durante toda la mañana, hemos corrido de un lado a otro en el campus, completando prueba tras prueba y siendo seguidos por una multitud de espectadores curiosos. Creo que incluso veo a algunos profesores.

Cuando terminamos la penúltima prueba, ni puedo creerlo, pero Lauren tenía razón, creo que realmente podemos ganar esto. La esperanza dura hasta que me doy cuenta de adónde vamos.

—Esto no va a salir bien —digo, mirando aterrorizada el suelo absurdamente blanco frente a mí después de entrar en el estadio de hockey de UMich—. No puedo creer que, después de todo, voy a hacer que perdamos porque no tengo coordinación motora —me quejo.

Las gradas ya están llenas, el sonido de voces, risas y música hace que el lugar parezca aún más abarrotado de lo que realmente está. ¿Es así como se siente Nick? ¿Con las piernas temblorosas y el corazón a mil? ¿Incapaz de respirar por culpa de la multitud?

Lo busco alrededor, pero no lo encuentro. Miro el marcador improvisado en un costado de la pista de hielo, que muestra quién está liderando la competencia. La familia Star está solo unos puntos detrás de nosotros, y me niego a perder contra gente que se llama "estrella".

¡Especialmente después de todas las pruebas! Lauren se bañó en harina durante un juego de preguntas y respuestas, yo cargué a mamá en mi espalda para cruzar un puente, Alex y Elle escalaron una pared más de diez veces para resolver un rompecabezas que estaba del otro lado.

¡Por Dios! Ganar es cuestión de honor.

La última prueba ni siquiera es la más difícil del día, solo tiene un problema: implica cruzar la pista de hielo y clavar la bandera al otro lado, esquivando obstáculos en el camino, sin que ningún miembro del equipo los toque o se suelte de los otros.

Sería fácil, muy fácil. Si supiera patinar.

Regla número 19

Cuidado con lo que ofreces, la gente puede aceptarlo.

FINNICK COLLEMAN

Ava no sabe patinar.

Aunque no hubiera leído su lista, lo descubriría ahora, por la desesperación reflejada en su rostro.

Ella mira desde la pista hacia el marcador en el costado del hielo, como si ya supiera que conseguir los puntos que la separan de la victoria es imposible, y la sensación que me invade es solo una más en la larga lista de emociones desconocidas que este día se ha convertido.

No tenía intención de aceptar ninguna de las invitaciones para los juegos de las fraternidades y hermandades hasta que vi una foto de la familia de Ava en el Instagram de Delta Sigma Theta y me sorprendió saber que la chica participaría en una de las competencias para novatos.

Quizás fue presunción de mi parte pensar que Ava se escondería en el agujero más profundo que encontrara, después de todo, quiera ser invisible o no, su familia sigue siendo quien es.

Realmente me tomó por sorpresa, especialmente el tono de orgullo en el perfil oficial de la hermandad, cuando todos en este campus saben cómo tratan a Ava día a día, sobre todo desde el incendio.

La curiosidad fue, sin duda, lo que me hizo cambiar los libros por un ir y venir interminable por el campus, siguiendo una de las muchas competencias estudiantiles que están ocurriendo, ya que entrenar no era una opción. El entrenador Levine no estaba nada contento con esto.

Se pasó la semana quejándose del estado en que queda la pista después de estas competencias, y no lo tomé en serio, al menos no hasta que llegué al césped de la Delta, más temprano hoy, y lo encontré repleto de gente.

En Denver también hay competencias para los novatos durante el fin de semana de los padres, pero definitivamente no se toman tan en serio como aquí en la UMich.

Primero pensé que la absurda concentración de personas frente a la hermandad se debía a los chismes, después de todo, durante toda la semana, el Blabber había estado hablando sobre la renovación en tiempo récord de la casa casi centenaria, pero cortaron la cinta y la gente siguió allí.

Las horas pasaron, los juegos cambiaron de lugar y, junto con ellos, una multitud que se hacía cada vez más grande, al punto de que, ahora, el público ocupa un poco más de un tercio de la capacidad total de la *Yost Ice Arena*[14], que es de seis mil personas.

Los gritos y la euforia que dominan las gradas recuerdan mucho a un partido de hockey. ¿Quién lo diría? Realmente es impresionante.

Y como la curiosidad y un tipo extraño de preocupación, lo admito, fue lo que me trajo hasta aquí, no estaba preparado para encontrarme observando con absoluta concentración cada movimiento de la familia Harrington, ni para, en cada tarea, sorprenderme más con la forma en que interactúan entre ellos.

Cerca de su familia, es casi como si Ava fuera una persona diferente, y no de un modo malo. La chica que intentaba ser invisible desapareció, y en su lugar hay una chica segura de sí misma que grita, salta, corre y, en cada tarea completada, celebra como si el mundo fuera suyo, y maldita sea, cuando sonríe de la manera en que la vi sonreír hoy, el mundo debería arrodillarse ante ella.

Pero ahora Ava no está sonriendo.

Me inclino sobre la barandilla del pasillo aéreo al costado derecho de la pista y observo desde arriba cómo las hermanas y la madre de Ava la rodean en un pequeño círculo. Lo que sea que le dicen parece calmarla un poco, y Ava asiente con la cabeza.

Este lugar debería usarse solo para el mantenimiento de las luces del estadio, pero si quieres permanecer oculto, o si, como en mi caso, buscas una vista privilegiada, aquí es la mejor opción.

Ava se sienta en el banco entre las gradas y los paneles de protección, y se pone los patines que le entregan. Se levanta insegura y, junto con su familia, camina paso a paso hasta el borde de la pista, donde se quita los protectores de las cuchillas antes de entrar al hielo.

Su postura está completamente mal, rígida y demasiado tensa, lo que hace imposible que su cuerpo encuentre un punto de equilibrio, pero también hace que cada curva de su cuerpo se resalte con los jeans y la camiseta roja ajustada.

Una vez más, mis ojos recorren a la chica torpe por completo, deleitándose con la vista. Ava está buenísima, y cuanto más la miro, más crece en mí el deseo de que la broma que hice

hace solo unos días se convierta en una propuesta, y sobre todo, de que Ava la acepte.

Cuando dije que me ofrecía para ayudarla a tachar algunos puntos muy específicos de su lista, todo lo que quería era provocarla y cambiar de tema. Funcionó para ambas cosas.

La primera reacción de Ava fue un pequeño ataque, como me imaginaba, pero tan rápido como llegó, la expresión en su rostro fue reemplazada por otra, una que atrajo mi cuerpo hacia el suyo casi como si fuéramos imanes de polos opuestos.

Su intento de mostrarse indiferente a mi conocimiento de su lista fue lindo, pero fueron las reacciones que no pudo controlar, y que creo que ni siquiera notó hasta que ya era tarde, las que me atraparon.

Ava abrió esos labios carnosos e inclinó su cuerpo hacia adelante, sus pechos subiendo y bajando lentamente a medida que perdía el control de su respiración, y sus largas pestañas temblaban con cada parpadeo.

La mirada rápida que le lanzó a mi boca fue suficiente para que mi mente se llenara de imágenes de nosotros dos tachando algunos puntos de su lista, lo que incluye perder la virginidad, antes que cualquier otro. En realidad, todavía no puedo creer que Ava realmente sea virgen.

Lo entendería si diera alguna señal de que lo hace por convicción o porque quiere guardarse para el amor de su vida, qué sé yo. Pero ponerlo en una "lista de cosas por hacer en la universidad" no encaja mucho con una personalidad de monja.

Desvío la mirada de la chica cuando la presidenta de Delta Sigma Theta toma un megáfono y anuncia que la última actividad de los juegos está por comenzar. Habla del marcador, anuncia que el tercer lugar de la competencia ya está decidido y que solo falta descubrir quién ocupará el primero y el segundo.

Desde arriba, veo a Ava morderse con fuerza el labio inferior, y me arrepiento de haber subido hasta aquí. La vista es realmente buena, y no tener que preocuparme por nadie a mi lado es una ventaja, pero si estuviera más cerca de la pista, podría provocarla con alguna tontería. Eso la distraería del nerviosismo, sin duda.

Las familias toman posición. Son cinco, y cada una se coloca en un punto en el mismo extremo de la pista, manteniendo casi un metro de distancia entre sí.

Mientras que cuatro de ellas eligen alinearse en fila, con un miembro del equipo detrás del otro, la familia de Ava se cierra en un círculo, con mi compañera de clase en el centro, sosteniendo firmemente los brazos de dos de sus hermanas.

Entrecierro los ojos e inclino la cabeza, mis labios curvándose en una sonrisa lenta mientras espero para asegurarme de que estoy entendiendo bien. Suena el timbre, y la voz de la presidenta de la hermandad retumba en el megáfono cuando grita "¡vamos!".

Los finalistas empiezan a moverse lentamente, esquivando los obstáculos con dificultad, porque todas las familias tienen al menos cuatro integrantes, y la configuración de "uno detrás del otro" no ayuda mucho en la movilidad, especialmente porque una de las reglas es que deben mantener los brazos conectados.

Desde arriba, es como ver una versión en vivo y a todo color del juego de "la serpiente". Excepto por la familia Harrington.

Ava, sus hermanas y su madre se mueven con velocidad, deslizándose sobre el hielo con elegancia. La chica es guiada por las ocho piernas que la rodean sin que las suyas necesiten hacer otro movimiento más que dejarse llevar.

Ava no necesita saber patinar, porque su familia no se mueve como un equipo, sino como una sola persona. Tienen algo de dificultad en los espacios más estrechos, pero no demasiada.

Quien distribuyó los obstáculos por la pista no imaginó que algún grupo elegiría superarlos de una manera distinta a la obvia, en fila. Bueno, parece que no ser obvios es una característica de la familia Harrington.

Me río mientras avanzan cada vez más rápido, dejando a los demás competidores atrás con una facilidad impresionante.

En los bancos que generalmente ocupan los equipos suplentes de hockey, los miembros de las familias finalistas que no están compitiendo observan todo, y Mark Prats salta y grita como si esta fuera la final del campeonato más importante de la historia.

He visto al padre de Ava en la televisión muchas veces. Nunca habría imaginado que el periodista especializado en política sería capaz de emocionarse tanto por una competencia familiar.

El hombre mide casi dos metros, tiene la piel oscura y un cuerpo lo suficientemente imponente como para haber jugado fútbol americano en su época universitaria, pero grita como un animador de porristas cuando su esposa e hijas clavan la última bandera, asegurando la victoria en los juegos de padres

La presidenta de la hermandad declara a la familia Harrington como ganadora de la competencia mucho antes de que los otros cuatro equipos siquiera hayan llegado a la mitad del recorrido, y las gradas estallan en gritos y aplausos que, hasta esta mañana, jamás habría imaginado que fueran dirigidos a la chica que todos llaman la Reina del Desastre.

Malditos hipócritas. Sacudo la cabeza y vuelvo a prestar atención a las ganadoras. Ava es aplastada por sus hermanas y su madre en un abrazo grupal antes de que empiecen a saltar y girar en la pista, haciéndola reír a carcajadas.

Sus ojos muestran una mezcla de euforia y felicidad que no se parecen en nada a la preocupación y derrota de hace apenas unos minutos. Mientras sus hermanas y su madre la guían de vuelta al otro lado de la pista, ella inclina la cabeza, buscando algo en las gradas.

La posibilidad de que sea a mí a quien está buscando me hace sonreír, sin siquiera saber por qué. Y cuando, contra todas las expectativas, nuestras miradas se cruzan, aunque desde que llegué nadie más había mirado hacia arriba, levanto ambas manos, aplaudiendo, e hice una reverencia ridícula.

Ava pone los ojos en blanco y hace lo impensable: me saca la lengua.

Suelto una carcajada. Debería tener más cuidado con lo que ofrece. Podría aceptarlo. ¡Diablos! Quiero acostarme con ella.

Regla número 20

Establece siempre normas, incluso cuando te sientas agotado.

AVA HARRINGTON

¿Qué le pusieron al agua de la Omega Theta? ¿De repente todos los titulares del equipo de hockey están fuera del mercado de solteros? ¡Menos mal que tenemos uno importado de Denver, ese tal vez dure!

¡Atención, alumnos de ética con el profesor Jefferson! ¡Al parecer, su ex esposa se quedó con la casa de Los Ángeles en el divorcio! ¡Prepárense para una semana de locura!

¿Rivalidad entre chicos malos? ¡Nos encanta! ¡Connor Parker fue visto saliendo de la biblioteca con cara de culo dos minutos después de que llegara Colleman! ¡Supéralo, Parker!

¡Los juegos del fin de semana con los padres generaron los mejores memes! ¡Sigue el hilo!

—¡Argh! —Bloqueo el celular y lo tiro sobre la mesa sin cuidado.

El ruido resuena en la cocina vacía y casi completamente oscura de la cafetería, y me estremezco, sintiéndome mal por ser tan descuidada. Pobre teléfono, no tiene la culpa de la falta de cerebro de la gente detrás de Blabber.

¡Jesús, cómo odio a esos chismosos! Y no, el hecho de estar esperando al menos una mención no invalida mi odio.

El aparato vibra sobre la mesa y revuelvo los ojos cuando mi corazón se tranquiliza un poco al ver la foto de Adam.

—¿Qué? —contesto de mal humor, y lo primero que veo en la videollamada es una ceja levantada de mi primo.

Adam dobla un brazo detrás de la cabeza, mostrando sus pectorales extremadamente marcados y mucha piel oscura. Está sin camisa, sentado en la cama, mirándome con una sonrisa enorme y una mirada curiosa.

El cuarto, que ya me sé de memoria, aparece poco en la pantalla, pero aun así alivia un poco esa sensación incómoda que tengo en el estómago. Tomo una pila de moldes de cupcakes de la mesada y los coloco sobre la mesa para apoyar el teléfono.

—*"¿Qué?"* —Adam repite, con un énfasis totalmente innecesario, y arruga la nariz de manera graciosa antes de chasquear la lengua—. *¿Así es como saludas a tu primo favorito?*

—Eres mi único primo, Adam.

—*Eso no es importante* —se desvía—. *Hola, enana* —me saluda con un tono tan dulce que disuelve lo que quedaba de mi enojo, y yo resoplo. ¡Qué débil soy! Soy una completa débil. Ni siquiera es un buen apodo.

—Hola, chico de Harvard —digo, y él se ríe, aunque para el resto de la familia esa broma ya perdió la gracia hace al menos dos años.

Adam ha sido un fanático de Harvard desde que tengo memoria. Dos años mayor que yo, es hijo de mi tía Margot, la hermana de mi madre, y es el bendito fruto entre las mujeres Harrington.

Mi abuela tuvo tres hijas, y ninguna de ellas fue modesta con su descendencia. La abuela Jane tiene dieciocho nietos, y Adam es el único hombre.

Mientras todas las mujeres de la familia querían venir a UMich, siguiendo el legado que se ha construido por generaciones, Adam siempre dijo que quería ir a Harvard, sin importar cuántas veces su madre, tías y abuela intentaran hacerle cambiar de opinión. Hace dos años lo aceptaron y desde entonces vive en Massachusetts.

—*¿Qué te tiene tan irritada, corazón peludo?*

Mi risa es amarga.

—Si tuviera el corazón peludo, no estaría tan molesta —me dejo caer en la silla de madera y suelto un largo suspiro.

Mi primo inclina la cabeza y me mira con esa atención que es solo de él. Su mandíbula marcada y nariz ancha se ponen serios por un instante, luego se pasa una mano por las trenzas *nagô* y sonríe, anunciando en silencio su diagnóstico: solo estoy siendo dramática.

—*Entonces, ¿qué le pasa a tu corazón de pudín?*

—¡Adam! —protesto, y él se ríe—. Mi corazón no es de pudín.

—*Sí lo es, pero si te hace feliz, fingiremos que no. ¿Qué te tiene irritada? ¿Y por qué estás sentada a oscuras y sola? ¿Qué haces en la cafetería, por cierto? ¿Hoy no es tu día libre?*

—Sí, lo es, pero estoy usando la Chapters para hacer mi trabajo de filosofía, ¿recuerdas? Y no estoy a oscuras. Hay una luz encendida, solo que no la ves.

—*¡Ah!* —Una sonrisa maliciosa se apodera de su rostro—. *Encuentros secretos.*

Comienza a mover la cabeza y los labios en una imitación ridícula de un beso, y tengo ganas de tirarle la batidora pesada que está a mi lado.

—¡No es eso!

Levanto el dedo acusador hacia él. Adam chasquea la lengua y revuelve los ojos.

—*Sí, claro... Estás esperando a que las estrellas se alineen para finalmente empezar a vivir.*

—No estoy espe... —comienzo a defenderme, pero me detengo al darme cuenta de que solo se está divirtiendo a mi costa—. ¡Idiota! —Adam me guiña un ojo.

—*¿Qué hizo Blabber esta vez?*

—¿Cómo sabes que fue Blabber? Y si desde el principio sabías que era sobre eso, ¿por qué preguntaste qué me tenía irritada?

—*Un hombre puede tener esperanzas...*

¿Debería tomar sus palabras y esa expresión burlona como una advertencia de que me guarde mis quejas? ¡Definitivamente! ¿Es lo que hago? No. Me recojo el cabello en lo alto de la cabeza, lo giro y lo dejo suelto.

—¿Puedes creer que esos idiotas no dijeron nada sobre nuestra victoria del fin de semana?

—*Lo creo* —dice encogiéndose de hombros. Lo ignoro.

—¡Nada! Ni un tuit. Es como si el día nunca hubiera existido, incluso para las malditas de Delta, que ya volvieron a tratarme como si fuera insignificante. No es que esperara algo diferente de ellas —me quejo, acercándome más a la mesa y a la pantalla del teléfono.

—*Si ya lo esperabas...*

—Quiero decir —lo interrumpo, porque aún no he terminado de desahogarme—, si causo un incendio, rompo una estatua vieja o tropiezo con un profesor y lo lanzo accidentalmente a una fuente, ¡listo! ¡Mi nombre circula por semanas! Pero si hago algo bueno, ¿no dicen nada?

—*Ava...*

—Y ¿puedes creer que tuvieron la audacia de mentir? —sigo hablando, todavía no llegué a la parte más ridícula—. El único tuit sobre mí, desde el sábado, fue para decir que abandoné una

de las pruebas a mitad de camino. ¡Me fui al baño! ¡Y ni siquiera estaba compitiendo en ese momento! —Me quejo, sintiendo cómo la indignación vuelve con toda su fuerza—. ¡Qué rabia!

—*¿Quieres la verdad o tener razón?*

—¡Tener razón, obvio!

—*Lo siento, no puedo ayudarte con eso, pero dicen que la verdad es liberadora, así que...* —Adam deja la frase en el aire como si estuviera a punto de hacerme un gran favor.

—No sé por qué sigo intentándolo, ¡nunca me dejas tener razón! —refunfuño.

—*Ese perfil...* —Sacude la cabeza de un lado a otro, acariciando el rastro de la barba que insiste en mantener en su cara. —*¡Es una estupidez! Las personas detrás de eso ni siquiera muestran la cara. ¿De verdad crees que les importa lo que es verdad o mentira?*

—¡Solo quiero que me olviden! ¿Es mucho pedir? —me lamento, echando el cabello hacia atrás con frustración.

—*Hace dos segundos te estabas quejando de que no hablaban de ti. No seas mentirosa.*

—Hace dos segundos me caías mejor, pero tenías que hacerte el sabiondo, ¿no? —protesto, sacándole la lengua como si todavía tuviéramos cinco y siete años. Adam se ríe, pero no deja que mi actitud lo distraiga del sermón que estaba a punto de darme.

—*Lo que realmente quieres es aprobación. Es un defecto de tu carácter, lamentablemente* —dice con desdén, y yo me enderezo en la silla.

—¿Querer aprobación?

—*Dejar que esa necesidad controle tu vida. Eso de hacer un plan para mitigar daños es una estupidez aún mayor que el concepto de @blabberbox.*

—Siempre tan amable y dulce —bufo y cruzo los brazos sobre mi pecho.

—*Siempre honesto. No voy a endulzar las cosas solo para no romperte el corazón. Prefiero que esté roto pero sano. Juntar los pedazos es fácil, pero curarlo después de que se pudre es imposible.*

—Las analogías son lo tuyo, ¿no?

—*Me conoces tan bien...* —se burla, y yo pongo los ojos en blanco—. *No saben nada sobre ti, Ava, y ni siquiera quieren saber. Podrías acabar con el hambre en el mundo y aún así no les importaría a los que están detrás de esos chismes.*

—Solo estoy cansada de que siempre parezca que estoy haciendo algo mal —admito en voz baja, apoyando las manos sobre la mesa y descansando el mentón en ellas.

—*Bueno, estás haciendo algo mal...*

—¿No era este el momento en el que me dabas apoyo? —interrumpo a Adam, y él se ríe.

—*Si me dejas terminar...*

—¡Espero que ese apoyo esté en camino! —le advierto con una mueca amenazante.

—*Hiciste algo increíble el fin de semana. Las chicas y la tía Tessa no paran de hablar de eso.*

Adam pronuncia los elogios con mucho más entusiasmo que el resto de sus palabras, y me río a carcajadas. Aún no puedo creer que todo eso realmente haya sucedido.

Tenía tantas ganas de ver a mi familia, solo verlos ya hubiera hecho que el fin de semana fuera especial, pero que hayamos ganado la competencia... Todavía parece surrealista.

—Fue maravilloso —confieso, y no necesito un espejo para saber que mi sonrisa es de tonta.

—*Ojalá hubiera podido ir.*

—Te extrañé —le digo, porque realmente lo hice.

Adam es mi único amigo de verdad, aparte de mis hermanas, y no tiene nada que ver con mi falta de habilidades sociales. O sea, tal vez un poco, pero no de mala manera.

La cuestión es que él y las chicas siempre han llenado ese vacío de lo que busco en un amigo. Esforzarme para conocer a otras personas y alcanzar ese nivel de intimidad siempre me ha parecido un esfuerzo innecesario.

Desde que él se mudó a la universidad, nuestro contacto ha disminuido drásticamente. Y desde que me mudé a Michigan, la cosa solo ha empeorado. ¡La vida adulta es una mierda!

—*Lo sé. Soy irresistible* —asegura, y yo vuelvo a poner los ojos en blanco, recostándome en la silla de nuevo.

—Retiro lo que dije.

—*No retiras nada* —chasquea la lengua—. *Y vi los videos que el tío Mark mandó al grupo de la familia. Todos. ¡Hasta patinaste!*

—Bueno... —Hago una mueca y sacudo la cabeza—. Tal vez decir que patiné es exagerar un poco, pero sí, estuve en el hielo.

Adam y yo nos reímos fuerte, porque ambos sabemos que, si una actividad requiere equilibrio, yo seguro voy a fallar. Y, siguiendo la lógica de ahorro de energía, si sé que no soy buena en algo, simplemente no lo intento.

Así que, el hecho de haberme metido al hielo, aunque solo fuera para ser arrastrada de un lado al otro de la pista por mis hermanas y mi mamá, fue un acontecimiento en sí.

—*Lo que quiero decir* —continúa Adam—, *es que, en lugar de estar contenta por lo que lograste y disfrutar tu propia victoria, te estás molestando porque nadie está hablando de lo que pasó.*

—¿Sabes? —pregunto, humedeciendo mis labios—. Al principio parecía que ibas a decir algo lindo, pero luego arruinaste todo echándome en cara que soy una idiota —lo acuso, sintiéndome más estúpida con cada palabra que sale de su boca.

¿Por qué tenía que tener esa molesta manía de siempre tener razón? Él se ríe a carcajadas y se encoge de hombros.

—*¿Quieres concentrar tu energía en algo?*

—¿Por qué tengo la sensación de que no me va a gustar tu sugerencia? —le pregunto, pero él me ignora por completo.

—*¿Cómo va tu lista? Ese sello tuyo no se va a romper solo.*

—Eres tan grosero... —Niego con la cabeza de un lado a otro, aunque la entrometida voz de Finnick Colleman empieza a resonar en mi cabeza, recordándome su propuesta indecente.

¿Cuándo fue que mi lista se convirtió en un detonante para pensar en Nick? Bufo mentalmente. ¡Como si no supiera cuándo fue!

Ofrecerse para ayudarme a perder la virginidad... ¿En serio? ¿Cuán cretino y descarado tiene que ser alguien para sugerir algo así? ¿Y cuán sinvergüenza tengo que ser yo para siquiera considerar aceptarlo? ¡Dios!

Cierro una puerta imaginaria en la cara de Finnick, expulsando violentamente cualquier pensamiento sobre él. Lo último que necesito ahora es que ese jugador de los Lynx me atormente.

No puedo decir que sea la primera vez que su recuerdo me viene a la mente, pero, gracias a la inoportuna intervención de Adam, es la primera vez que me sorprendo pensando "¿Y si...?"

—Te lo dije. Prefiero la honestidad.

—Y yo prefiero a los idiotas —murmuro, pero no puedo negar que las palabras de mi primo son dolorosamente ciertas.

Cuando llegué a Michigan, tenía tantos planes. Una lista entera, para ser precisa, pero desde el primer día todo lo que he hecho es postergarlos. ¿Por qué?

Ni yo misma lo sé. Las cosas simplemente empezaron a salir mal y, en un abrir y cerrar de ojos, esos momentos y la distancia que tanto había esperado se convirtieron en una carga mucho mayor que cualquier logro que jamás fueron.

Amo a mi familia. Con cada fibra de mi ser, realmente los amo. Pero ser parte de ellos es tan agotador... Y no porque mis padres, abuela o tías me exijan algo, sino porque son demasiado buenos en todo lo que hacen, y todo el mundo parece esperar que yo también lo sea.

La universidad debería ser el lugar donde no se esperara nada de mí, donde pudiera ser lo que quisiera. ¡Qué mierda de trabajo he estado haciendo!

Aceptar no te mataría, ¿verdad? La voz profunda vuelve a preguntar dentro de mi cabeza, y quiero estrangular a su dueño. Aparentemente, mi Nick imaginario es tan irritantemente persistente como el real.

Para empeorar las cosas, cuando busco otra puerta mental para cerrarle en la cara, esta vez no encuentro ninguna. Por lo visto, todas las puertas y ventanas han sido borradas de mi mente, y lo único que queda son imágenes, muy vívidas, de Finnick Colleman y todas las formas en que podría ayudarme a resolver mi problema.

Quiero decir, puede que deteste su actitud insoportable la mayor parte del tiempo, pero ni eso borra todo lo demás. Tiene tantos músculos... ¿Serán tan duros como parecen?

Esa boca que parece estar pintada de tan rosada... Es tan alto... Sus manos son enormes... ¿Será cierto lo que dicen de que la relación entre el tamaño de las manos y los pies se corresponde con el tamaño de la verga?

—¿P-por qué estás sonriendo? —tartamudeo, arrastrándome fuera de mis propios pensamientos y fijándome en Adam.

Gracias a Dios, él no se dio cuenta de lo lejos que había volado mi mente ni de lo obscenas que eran las imágenes que la llenaban, o nunca me dejaría en paz.

—Porque, al parecer, finalmente logré meter algo de sentido en tu cabeza.

—No lograste nada —miento y desvío la mirada.

—*Sí lo hice* —se jacta Adam, despegándose de la cabecera de la cama y acercando su rostro a la cámara del teléfono. Su cabeza de repente parece enorme—. *Veo en tus ojos irritados que finalmente te diste cuenta de que tengo razón.*

—No sé de qué hablas —desvío el tema—. ¿Cómo van las cosas con Collin?

—*No van* —responde, completamente despreocupado, y me tomo unos segundos para recoger los pedazos de mi corazón roto.

—¿Cómo que no van? ¿Qué hiciste? ¡Era un amor! —defiendo al chico, que no pudo haber hecho nada realmente grave.

Collin es el tipo de persona que ves y de inmediato quieres llevar a casa. Lo sé porque eso fue exactamente lo que me pasó a mí, y solo lo vi por videollamada.

Él y Adam llevaban saliendo un buen tiempo, considerando el estilo de vida descontrolado de mi primo. Pensé que él sería el elegido, aunque Adam nunca lo admitiría en voz alta.

—*¿Por qué tenía que ser yo quien hiciera una estupidez?*

—¡Porque siempre eres tú quien hace estupideces!

—*Bue, ¿quién está siendo grosera ahora?*

—Prefiero ser honesta —le devuelvo sus palabras, y Adam hace una mueca.

—*Sé que no todos tienen una familia como la nuestra* —dice lentamente, y su rostro pierde un poco de la ligereza que tenía—. *También sé que no es una decisión fácil, ni debería apresurarse, pero no puedo volver al armario solo porque él no está listo para salir.*

—¿Tal vez solo necesite un poco más de tiempo? —sugiero, juntando los labios en un puchero e inclinando la cabeza lentamente. ¡Qué lío!

—*Le di meses, pero por más que adoro a Collin, y lo adoro un montón, mi prioridad soy yo. No voy a volver a esconderme, enana. Nunca más.* —Adam se encoge de hombros, y yo muevo la cabeza, asintiendo—. *Pero...* —comienza de nuevo, haciéndome rodar los ojos, ya imaginando lo que viene cuando sonríe de lado—. *Conocí a una chica. Se llama Alicia. Vamos a ver...*

—¡Jesús! Tu vida sexual va demasiado rápido para que yo pueda seguirle el ritmo.

—*Despierta, Ava. La tuya es la que se arrastra lentamente.*

Muevo la cabeza, haciendo una mueca y moviendo los labios, imitando sus quejas como si

no importaran, y Adam se ríe a carcajadas.

Un suave golpe me hace mirar hacia la entrada de servicio, en la parte trasera de la cocina.

—Tengo que irme, llegó Nick.

—*Y hablando de vida sexual...*

—¡Ah, vete al diablo, Adam!

Corto la llamada sin esperar respuesta, pero, gracias a su comentario idiota, de repente estoy escuchando la voz de Finnick en mi mente, una y otra vez, diciéndome que se ofrecía a cumplir algunos de los puntos de mi lista conmigo.

Muevo la cabeza de un lado a otro, negando y tratando de alejar esa idea absurda de mi mente mientras me levanto y camino hacia la puerta.

Sin embargo, cuando la abro, todo el esfuerzo que hice se va a la mierda con una sola mirada, porque mi conciencia traviesa decide que este es un excelente momento para volver a atormentarme.

¿Tenía que lucir tan bien? ¿Nick tenía que ser tan alto y musculoso? ¿Y su boca tenía que tener esa forma perfecta y ese tono rosado? ¿Su cabello tenía realmente que tener esa longitud? ¿Tenía que parecer que imploraba ser acariciado?

¡Por favor! Nada de eso era necesario.

El paso que doy hacia él tampoco lo es. Ni el movimiento de mis brazos, enredándose en su cuello, ni el de mis pies, que se levantan hasta que estoy en puntitas para alcanzar su boca.

El primer contacto hace que mi corazón acelerado se detenga por un segundo, dándome la oportunidad de darme cuenta del tamaño de la estupidez que estoy cometiendo y retroceder.

Presiono mis labios más contra los suyos y, lentamente, paso la lengua por la apertura entre ellos antes de chupar su labio inferior y suspirar con la sensación.

—No es que me esté quejando —pregunta Nick en un tono susurrante y firme, sin moverse ni un centímetro, como si tuviera que esforzarse para hablar o mantenerse quieto—, pero, ¿qué estás haciendo?

Su mirada intensa me envuelve por completo, incluso con sus brazos sueltos, a los lados de su cuerpo. Las palabras susurradas rasguñan mi piel, haciendo que mi respiración se acelere.

—Investigación —respondo en el mismo tono, y cada segundo sin respuesta es una

descarga eléctrica en mi corazón acelerado.

—Entonces ven aquí —dice, y antes de que pueda procesar completamente sus palabras, su boca se une a la mía cuando su rostro se inclina hacia adelante y sus manos dominan mi cuerpo.

Una de ellas se desliza con firmeza hasta mi cintura, mientras la otra va a mi nuca.

El toque de Finnick es decidido. Sus labios abren los míos, y su lengua invade mi boca con una urgencia que me deja sin aliento.

El impacto inicial es como un cortocircuito en mi cerebro, paralisándome momentáneamente, solo para que, en un abrir y cerrar de ojos, me entregue por completo a la locura de la situación.

Reacciono por instinto, empujándome contra Nick mientras mi lengua se enrosca con la suya hasta que es imposible decir dónde termina su sabor y dónde comienza el mío. Pero la mezcla de ambos, ¡madre mía! Esa mezcla es intoxicante, una explosión de sensaciones que me lleva de cero a cien en una fracción de segundo.

Su lengua se mueve con una lentitud deliberada, provocando y controlando el ritmo del beso. Lo que comencé lento y explorador, Finnick responde con urgencia y algo que no puedo describir con otra palabra que no sea hambre.

Es delicioso y envía escalofríos por todo mi cuerpo. Cada toque aumenta la temperatura de mi piel, y gemidos suaves escapan por mi garganta sin que pueda hacer nada para detenerlos.

Nick hunde los dedos en mi cintura y tira de mi cabello desde la raíz, enviando punzadas sorprendentemente deliciosas por mi cuero cabelludo y haciendo que cada centímetro de mí se vuelva más sensible a sus caricias.

Deslizo las manos por su nuca, explorando la textura suave de su cabello. Son tan sedosos como imaginaba, y la sensación de los hilos entre mis dedos es increíble.

La intensidad de Finnick me consume, presiona, lame y circula. Domina mi boca hasta que no hay espacio para un pensamiento racional en mi cabeza, para un respiro en mis pulmones, para un deseo que no sea de sus labios, sus manos, su olor.

No quiero que el beso termine. No quiero que nada más que Finnick exista en este momento. Él se empuja contra mí mientras me tira hacia él, eliminando por completo cualquier espacio que pudiera haber entre nosotros.

Las sensaciones me abruman, todas viajando hacia el sur, el norte, el este y el oeste,

haciendo que mi cuerpo entero colapse, desesperado por aire, incapaz de esperar un segundo más, y es solo por eso que interrumpo el beso, pero no alejo nuestros labios.

Mi pecho sube y baja a un ritmo frenético, y mis ojos permanecen cerrados con fuerza. Cada parte de mí todavía atrapada en el sabor de Nick, incluso si nuestras bocas ya no se devoran la una a la otra.

Nuestras respiraciones entrecortadas son el único sonido a nuestro alrededor.

—Quizás estoy pensando en aceptar tu propuesta —logro murmurar.

—¿Quizás? —La palabra es una risa breve y ronca.

—Sí, quizás... Pero tendremos reglas.

Regla número 21

Cuando tu ropa interior esté ardiendo, utiliza la escalera de incendios.

FINNICK COLLEMAN

—¡¿Qué haces aquí?! ¡No puedes subir a mi cuarto por la escalera de emergencia!

La voz aguda de Ava me saca una sonrisa. No puede ser que realmente crea que va a soltar la bomba de "Voy a aceptar tu propuesta" y luego pretender no hablar del tema mientras no me dé su ridícula lista de reglas.

Han pasado veinte minutos desde que la dejé subir al dormitorio después de salir de la cafetería, donde, aunque lo intenté, no hicimos más que trabajar en el proyecto de filosofía tras ese primer beso. Ya tuvo suficiente tiempo.

Aún lleva los mismos jeans y suéter azul oscuro, y me mira con los brazos cruzados frente al cuerpo.

—¿Por qué no, Dulcecita? ¿Es una de tus reglas? —pregunto mientras entro por la ventana de su cuarto.

Ava abre y cierra la boca varias veces, como si fuera un pez, y sus manos se cierran en puños mientras su rostro se retuerce en una mueca de disgusto.

—¡Sí! —declara, y elimino la distancia entre nosotros, rodeando su cintura con mis brazos.

Maldita sea, está tan excitante, suave en todos los lugares correctos, que no puedo resistirme y acaricio la parte lateral de sus muslos, luego su culo, y subo por su espalda.

—Anotado.

—¿Q-qué estás h-haciendo? —pregunta en un susurro tembloroso mientras me inclino, acercando nuestras bocas.

—¿Qué crees que estoy haciendo, Dulcecita?

—Me estás besando —responde, con los ojos moviéndose entre mis labios y los suyos, todo su cuerpo suavizándose rápidamente bajo mi toque.

—Qué mente tan sucia la tuya… —chasqueo la lengua, negando lentamente con la cabeza y rozando sus labios en el proceso. Ava cierra los ojo—. Vine a hacerte una pregunta. Una muy importante.

—¿Muy importante, dices? —responde con un jadeo cuando muerdo suavemente su mentón antes de besarla.

—¿Todavía me odias?

—Definitivamente. —Paso mis labios suavemente por su cuello, arrastrándolos hasta la curva de su hombro, y Ava suspira, estremeciéndose bajo mi toque—. Sigues siendo el chico malo arrogante, y yo sigo siendo la Reina del Desastre —responde a mi provocación en el mismo tono absurdo, y la risita que suelta casi se transforma en un gemido bajo cuando rozo mi pulgar por el costado de su pecho.

—Entonces creo que esto no va a funcionar, Dulcecita. Voy a tener que dejar de tocarte —susurro, llevando mis labios de vuelta hasta su oreja y mordiéndola suavemente—. Jamás pondría mis manos sobre una mujer que me odia.

—Creo que ya es un poco tarde para ese tipo de decisiones —susurra, abriendo los ojos y echando su cuello hacia un lado para darme más acceso a sus labios—. Y créeme, detenerte ahora solo haría que te odiara más aún.

—Anotado también —digo, y su única respuesta es tomar aire profundamente, gracias a Dios.

El beso de antes fue suficiente para elevar mis ganas de ella a un nivel extraño de necesidad, y si antes pensaba que probarla sería placentero, ahora necesito descubrir todas las formas de volverla loca y cuán delicioso será cada una de ellas.

Ava tiene un sabor que no sé cómo describir, pero que hace que mi mente se quede en blanco, concentrando todos mis sentidos solo en su toque, su sabor, su olor, y creo que esta sensación puede volverse más adictiva que cualquier droga.

Bajo mis labios sobre los suyos, apoyando mis manos bajo su culo y usándolas para impulsarla hacia arriba, compensando un poco nuestra diferencia de altura.

Esta vez, lamo sus labios sin prisa, los muerdo y los chupo, sabiendo que no será mi única oportunidad de saborearla. Ella los entreabre para mí, dándome paso, y mi lengua entra ansiosa en su boca.

Me pierdo en su calor, en la delicadeza y la rendición casi agresiva de su lengua, en la forma en que se somete a mis movimientos solo para, en el siguiente momento, devolver el

control y obligarme a seguir su ritmo también.

No puedo mantener mis manos quietas. Una agarra su culo con firmeza, pero la otra sube y baja por sus suaves curvas, acariciando, apretando, deseando que no hubiera tanta tela entre ella y su piel suave y deliciosa.

Ava se empuja contra mí, frotando sus pequeños pechos en mi torso y suspirando mientras mete las manos bajo mi camiseta, deslizando los dedos suavemente por mi abdomen.

Ese toque explorador es suficiente para hacer que la erección con la que he estado lidiando desde que me besó antes, palpite, y un gruñido bajo sale de mi garganta, diciéndome que necesito alejarme.

La apoyo en el suelo y retrocedo dos pasos, quitándole las manos de encima y extrañando su contacto inmediatamente.

Sus ojos siguen cerrados mientras respira con dificultad, y me río, porque aunque estoy seguro de que no debo parecer mejor que un animal en celo, Ava logra ser sexy y adorable como el demonio al mismo tiempo.

—Eres bueno besando —elogia después de abrir los ojos, sacándome una carcajada mientras mis pies se mueven sin mi control, regresando hacia ella.

Enredo mis manos en su nuca, entrelazando mis dedos en sus rizos.

—¿Sí, Dulcecita?

Rozo la punta de mi nariz por la línea de su mandíbula hasta llegar a su oreja, plantando un beso detrás de ella, moviendo su cabeza a mi voluntad.

Ava solo suspira, deliciosa, y me obligo a detenerme de nuevo. Me mira con ojos nublados por un momento antes de darse cuenta de que ya no voy a tocarla.

—Ajá... ¿Y por qué paramos? —pregunta, frotándose contra mí, y mi risa es amarga. ¡Maldita sea!

—Porque dijiste que habría reglas —le recuerdo—. Y vine aquí para saber cuáles son, a menos que hayas cambiado de opinión y podamos saltarnos directo a la parte divertida.

Ava parpadea de una manera graciosa antes de dar un paso atrás, alejándose. Aparentemente, mis palabras rompieron el hechizo llamado calentura en el que estaba atrapada.

Inclina la cabeza hacia atrás y, cuando vuelve a mirarme, está mordiendo su labio inferior con una expresión divertida.

—No puedo creer que realmente voy a hacer esto.

Se cubre el rostro con las manos y niega con la cabeza, soltando un silbido antes de reírse de sí misma.

—Pensé que querías hacer esto. Literalmente escribiste una lista.

Entrecierro los ojos, un poco confundido por su reacción. Ava se ríe más fuerte.

—No esa parte, idiota. Quiero hacer cada cosa que escribí. ¡Estoy hablando del acuerdo contigo!

—¿Y qué tiene de tan absurdo? —me siento en su cama y me quito los zapatos antes de arrastrarme hasta quedar recostado en la cabecera.

—¿En serio? —pregunta como si no pudiera creer lo que acabo de decir—. Tengo una lista de cosas absurdas y moralmente cuestionables por hacer, tú vas a ayudarme con ella, ¡y tendremos reglas! —Ava ríe otra vez y coloca las manos en su cintura—. ¿Qué podría ser más cliché que eso?

—Podrías enamorarte de mí —me encojo de hombros.

—¡En tus sueños, Colleman! —responde con un bufido—. Por cierto, esa será la regla número 1: ¡No te atrevas a enamorarte!

Regla número 22

En caso de duda, date la vuelta.

FINNICK COLLEMAN

—Ok, entonces ninguno de los dos se va a enamorar; no puedo venir a tu cuarto, ni por la puerta principal ni por la ventana; no vamos a dormir juntos bajo ninguna circunstancia; no nos van a ver juntos en público; no le vamos a contar a nadie sobre este acuerdo; ¿y qué más? —pregunto casi media hora después de haber llegado al cuarto de Ava.

Discutir su preciada lista de reglas está resultando un poco más complicado de lo que esperaba, estoy seguro. Es gracioso ver cómo lucha con sus propias ideas cuando se da cuenta de que no van a funcionar.

—Y no puedes desparramarte en mi cama así, como si fuera tuya —advierte, y yo aparto los ojos del cuaderno que tengo en el regazo.

Miro la unión de las dos camas que forman una sorprendentemente grande en el dormitorio que Ava ocupa sola, luego la miro a ella. Sonreír es inevitable.

—Solo para estar seguro, sabes que el número tres en tu lista es perder la virginidad, ¿verdad?

—¡Claro que lo sé! —responde bufando.

—Y que para que eso pase vamos a tener que tener sexo, ¿no?

—Después de esta conversación, empiezo a tener dudas de si realmente quiero hacer esto —gruñe, malhumorada, y levanto las manos en señal de rendición.

—Solo estoy comprobando, porque si no puedo venir a tu cuarto ni acostarme en tu cama, y no podemos encontrarnos en público, ¿cómo exactamente quieres que lo hagamos? —Alzo una ceja interrogante, y Ava se humedece los labios. Dejo el cuaderno a mi lado y extiendo el brazo hacia ella—. Ven acá.

Ava mira mi mano extendida como si fuera una serpiente lista para atacarla. Bueno, tengo una serpiente que está deseando atacarla, pero no es precisamente mi mano.

—No voy a hacer nada que no quieras —prometo y, después de una breve vacilación, ella avanza, arrastrando las rodillas por el colchón hasta sentarse sobre mi regazo, dejándome

encajado entre sus piernas. Aparto un mechón de su cabello detrás de su oreja—. ¿Por qué estás haciendo esto?

Ava ríe, pero sin mucho humor.

—Creo que yo debería hacerte esa pregunta a ti.

—Mi motivo es obvio, me encantas.

Ella pone los ojos en blanco como si acabara de decir una tontería, y no intento convencerla. Hay una manera mucho más fácil de hacerla entender.

Deslizo mi mano por su cuello hasta alcanzar su nuca, fijo mis ojos en su boca y me despego de la cabecera de la cama, acercando nuestros cuerpos tanto como es posible.

La respiración de Ava cambia de ritmo inmediatamente. Rozo nuestros labios, hundiendo los dedos en su cintura, manteniéndola quieta en su lugar mientras me inclino y la beso con ganas.

Mi boca devora la suya sin dudar, saboreando su sabor con más intensidad que las dos veces anteriores, y solo interrumpo el beso cuando respirar se vuelve indispensable. Arrastro mi boca hasta su oído.

—Mueve las caderas —susurro, y el tono imperativo es suficiente para que Ava obedezca sin cuestionar. Su gemido, al sentir mi erección, me hace desearla aún más. —Créeme, Dulcecita, en este preciso momento, no hay nada que quiera más que estar dentro de ti.

—Nick...

La palabra es un suspiro que me recorre la espalda como un escalofrío. Si antes me había gustado oírla llamarme así, no tenía idea de cuánto me encantaría escuchar ese apodo gemido de forma tan sensual.

Ella jadea cuando mi lengua toca su piel, lamiendo su cuello, pasando por la curva de su mandíbula hasta llegar a su boca, y me apropio de ella por completo, sin pedir permiso.

Nuestras lenguas se encuentran, ansiosas y hambrientas, como si tuvieran vida propia. Cuando se rozan, se entrelazan con urgencia, desesperadas por descubrir secretos que solo la otra puede revelar.

Besar a Ava es como una tormenta, violenta, pero al mismo tiempo me hace sentir más vivo que nunca. La forma en que encajan nuestros labios es jodidamente perfecta, y la suavidad de la chica es casi pecaminosa ante la intensidad del momento.

Mi piel se eriza, mis pantalones se sienten cada vez más ajustados, y eso solo es un estímulo para que mis manos avancen.

Una de ellas empuja la cabeza de Ava hacia mí, profundizando el beso más y más, mientras la otra recorre su muslo, apretándolo con fuerza para mantener el contacto de nuestras caderas. Increíble...

El deseo que recorre mis venas es alucinante, mil veces más embriagador que cualquier otra sensación que haya experimentado antes, incluso más que la sensación de victoria, y en toda mi vida nunca hubo nada que me electrizara más que ganar.

Deslizo la mano bajo su camiseta, necesitando sentir su piel desnuda, conocer su calor sin barreras, y Ava mueve las caderas sobre mí, esta vez sin necesitar indicaciones. El movimiento arranca un gemido de mi garganta y me hace apretar más fuerte su nuca y su cintura.

Ella aparta la boca de la mía, tomando una gran bocanada de aire, casi desesperada, como si hubiera aguantado hasta el último segundo solo para no interrumpir el beso.

Mi celular empieza a vibrar en mi bolsillo segundos antes de que suene una canción de AC/DC, obligándome a apartar la mirada de las pupilas dilatadas de Ava.

Sé que es solo el despertador, avisándome que, si no me voy a la cama ahora, no voy a dormir lo que debería, y la temporada ya comenzó.

El problema es que ya estoy en una cama, no quiero salir de ella, y la última cosa que tengo en mente ahora es dormir. Saco el teléfono del bolsillo, apago la alarma y lo dejo caer sobre el colchón.

—No puedo creer que voy a decir esto, pero tengo que irme —aviso, acariciando la mejilla de Ava con el pulgar, y ella asiente, pero no se mueve. No debería...

Con un movimiento fácil, invierto nuestras posiciones. Ava queda debajo de mí, con los brazos abiertos y los dedos entrelazados con los míos. Fijo mi mirada en la suya por unos segundos antes de empezar a bajar por su cuerpo.

Muerdo su mentón y dejo pequeños besos y mordiscos en su cuello y pecho, hasta que mis labios alcanzan el borde de su escote. Entonces muevo las caderas, frotando mi erección entre sus piernas abiertas, arrancando gemidos tanto de ella como de mí antes de volver a sus labios y susurrarle.

—Yo también tengo una regla.

—¿Cuál? —jadea.

—No puedes echarte atrás en este acuerdo, Dulcecita. Bajo ninguna circunstancia. —Le guiño un ojo y me obligo a agarrar mi celular y levantarme, sintiendo inmediatamente la falta de su olor y de todo su cuerpo. Ya he sacrificado muchos deseos en nombre de la disciplina, pero nunca antes fue tan difícil como lo es ahora dar los pasos necesarios para alejarme de ella—. Te voy a mandar un mensaje.

Ava asiente, y yo me quedo parado, diciéndole a mis músculos que el camino que deben seguir es el contrario al que ellos quieren tomar. Me rasco una ceja y suelto una risa baja, sin poder creer la conversación interna que estoy teniendo conmigo mismo.

—Adiós, Dulcecita —me despido al poner la mano en la manija de la puerta.

—Adiós, Nick.

Salgo sin mirar atrás antes de que pierda la batalla contra el deseo, y me sobresalto cuando, al cerrar la puerta, escucho la del otro lado del pasillo abrirse.

—¿Finn?

Regla número 23

Si tu techo es de cristal, no te alejes pensando en abdominales marcados, besos sabrosos y olores inolvidables.

AVA HARRINGTON

—Ok, gente. Nos vemos la próxima semana —la profesora Stelle despide al grupo de estudios, y yo cierro la funda de mi iPad.

—¿Vas a la cafetería ahora? —le pregunto en voz baja a Kira.

Ella sacude la cabeza, negando, mientras recoge su oscuro cabello en una cola de caballo. Siempre me impresiona su habilidad para hacer que cada detalle de su look combine a la perfección, desde el maquillaje hasta los zapatos.

Hoy lleva puesta una camisa larga y blanca con un chaleco encima, medias y unas botas. El tema de la colorimetría no es nuevo para mí, pero Kira es una de las personas que mejor aplica el concepto. Todo lo que usa parece hacer que su piel dorada brille de una manera increíble.

—No. Después tengo clase de ética.

—¿Clases, eh? —pregunto con una sonrisa maliciosa, y Kira pone los ojos en blanco, sin responder.

Dudo mucho que salir con Gus Miller, el portero del equipo de hockey de la UMich, quien casualmente también es su tutor de ética, esté ayudando a su éxito académico, pero ¿quién soy yo para juzgarla?

Forzar mi mente a pensar en Filosofía Comercial anoche, después de que Nick invadiera mi boca, fue una de las cosas más difíciles que he hecho, y una vez Maggie me obligó a escalar una montaña.

Mantener mi boca y mis pensamientos alejados de Finnick Colleman ha resultado ser mil veces más difícil que subir una maldita montaña. Solo recordarlo hace que mi cuerpo se caliente. Dios, no sabía que los besos podían ser tan buenos.

Ya he besado antes. De hecho, he besado bastante, pero nunca de esa manera, como si fuegos artificiales estallaran en mi estómago y explotaran sobre cada centímetro de mi piel.

Fue como si las manos de Nick derramaran aceite caliente por mi cuerpo mientras lo

masajeaban. Como si su boca hubiera sido hecha para besar la mía. Desde el primer toque, todo fue perfecto, sin torpeza ni nada fuera de lugar.

Y sus palabras... Solo hicieron que todo fuera aún mejor. Como para probar mi punto, me doy cuenta de que, sin pensarlo, Nick ha vuelto a ocupar mis pensamientos.

De hecho, creo que la boca de Finnick me ha infectado con algún tipo raro de veneno, cuyo efecto es hacer que todos mis pensamientos terminen en el mismo lugar: sexo.

Sexo con Nick.

Mucho sexo con Nick.

Pasé la noche entera preguntándome: si besarlo es así, ¿cómo será acostarme con él?

Dios, no puedo esperar…

Dijo que no puedo echarme atrás en el acuerdo, pero juro por Dios que si ese hombre siquiera insinúa arrepentirse, lo castro. Sin discusión, lo castro.

Si no voy a saber lo que se siente montarlo, ¡nadie más lo hará! Y lo digo en serio. De hecho, se lo diré, solo para estar segura.

—¿Tierra llamando a Ava? —Kira dice, agitando la mano frente a mis ojos, y parpadeo, dándome cuenta de que me fui por un momento.

O, quizás, por un poco más de tiempo, ya que la sala a nuestro alrededor está completamente vacía.

El grupo de estudios de raza y género no tiene ni una docena de integrantes, pero llena el pequeño salón que ocupamos. Es una de las pocas cosas buenas que la fraternidad Delta me ha traído hasta ahora.

El proyecto de la profesora Ophelia Stelle estaba en la lista de “Actividades que una Delta debe conocer” que colgaba en el tablón de la fraternidad. Solo la miré una vez antes del incendio, pero decidí en ese momento que buscaría más información.

Descubrir que a Kira también le interesaba, y que no tendría que empezar sola, fue lo que me decidió, y no me arrepiento. Crecí escuchando lo privilegiada que soy, y que eso no cambia la realidad en la que millones de personas vulnerables y de minorías viven.

Leer, escuchar, aprender y compartir este conocimiento es lo mínimo que puedo hacer.

—Hola, yo...

—Toc-toc. —Una voz masculina me interrumpe con un tono divertido, al golpear la puerta. Kira y yo nos giramos para encontrar nada menos que a Gus Miller parado ahí, con una camiseta de Star Wars y jeans.

¿Siempre han sido tan atractivos los jugadores de hockey? Gus es como una versión culturista[15] del Spiderman de Tom Holand. Alto y fornido, los lentes y la camisa de franela a cuadros sobre su camiseta geek solo le añaden más encanto.

Si hicieran una fusión de atleta sexy con nerd gracioso en un laboratorio, él sería el resultado. Hasta que puse mis ojos en el portero de los Lynx por primera vez, semanas atrás, jamás habría pensado que eso podría funcionar, pero ahora... Jesús, definitivamente besar a Finnick rompió algo en mi cabeza.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Kira, con los ojos ligeramente abiertos.

—Tenemos una cita —responde con naturalidad, y yo me muerdo los labios para contener la risa.

Levanto una ceja hacia Kira, y ella abre la boca, pero abandona lo que sea que iba a decir. Termina de guardar sus cosas y me da un beso en la mejilla.

—Adiós, Ava.

—Adiós, Kira. Buena sesión de estudios... —la provoco con una sonrisa pícara, y ella pone los ojos en blanco, pero ríe.

Sacudo la cabeza de un lado a otro y termino de guardar mis cosas en la mochila. Enciendo la pantalla del celular para ver la hora y entonces recuerdo que ahora tengo un reloj. Siempre me pasa lo mismo.

Y como la boca de Finnick solo ha activado las partes buenas de mi cerebro, pero no las malas, desbloqueo el teléfono y abro Twitter. Deslizo el dedo por el feed de Blabber solo una vez antes de detenerme.

"¿Será que los chicos malos de la UMich están compitiendo por la misma posición, no solo en la pista? Fuentes capturaron a Finnick despidiéndose de una novata de forma sospechosa antes de escabullirse de uno de los cuartos de Yekelley Hall."

La foto adjunta al tuit me hace tragar en seco. Nick está parado en el vestíbulo del edificio de dormitorios, cerca de las máquinas de comida y bebida, sosteniendo la mano de Alice mientras ambos se miran fijamente, y entiendo por qué el redactor del Blabber consideró apropiado decir que se despedía de ella de forma "sospechosa".

La forma en que se están mirando… Alice nunca ha dicho con claridad lo que hay entre ella y Finnick. Ha sido lo más reservada posible, limitándose a decir que sus padres trabajaban para los Colleman y que por eso ella y Nick se criaron en la misma casa.

Mi amiga nunca entró en detalles sobre el tipo de relación que tiene con mi... "voluntario"... Nunca explicó por qué lo encontré saliendo de su cuarto hace unas semanas, ni por qué de vez en cuando corre un chisme sobre ellos dos por el campus.

Antes nunca me importó, porque, bueno... no era asunto mío, y todavía no lo es… Nunca lo será. Aun así…

El celular vibra en mi mano, y me hace preguntarme si Adam desarrolló algún tipo de radar extraño para los momentos en los que estoy hundida en chismes. Dos días seguidos ya es mucha coincidencia.

—Hola, Adam.

—En serio, tenemos que trabajar en tus saludos. Cuando te llamo, espero un poco de entusiasmo, enana, no esa cara de culo —dice, y yo ruedo los ojos, pero termino riéndome.

Miro hacia la puerta del salón, verifico que sigue cerrada y pongo la llamada en altavoz. Luego regreso a Twitter y miro la foto, tratando de encontrar lo que sea, solo Dios sabe qué.

—Ayer me colgaste sin dejarme decir lo que quería.

—Ajá.

—No sé si podré regresar a casa para Acción de Gracias.

—Ajá…

¿Es raro cómo están entrelazados sus dedos? No sé. ¿Habrá algún manual que explique qué significa cada forma de agarrar la mano de alguien?

—Pero quiero verte, así que pensé en ir a visitarte. ¿Qué te parece?

—Ok —respondo sin prestar mucha atención a lo que Adam dice, apenas dándome cuenta ahora de lo que Alice está usando. Un pijamas.

¿La encontró cuando ya estaba en el vestíbulo o bajaron juntos? ¿Y por qué me importa eso?

—Estaba pensando en ir a esa churrasquería brasileña que vimos en Instagram.

—Ajá.

El timbre de mi celular suena de repente, sobresaltándome, y entonces me doy cuenta de que la llamada de Adam terminó. Ahora me está llamando por videollamada. ¡Mierda!

—¿Sí? —contesto, haciéndome la tonta, y mi primo sacude la cabeza de un lado a otro, con los ojos entrecerrados, como si no pudiera creer mi audacia.

—*¿Qué estás haciendo?* —pregunta sin rodeos, y yo humedezco mis labios para no responder demasiado rápido.

—Nada.

—*¿Entonces por qué te tardas cinco años en darme respuestas monosilábicas sin razón?*

—¡No me tardé cinco años! —protesto.

—*Pero sí me estás dando respuestas monosilábicas* —asegura con una sonrisa burlona, y yo sacudo la cabeza, negándolo, porque, aunque conozco a Adam de toda la vida, sigo cayendo en sus trucos más tontos.

—Ok. —Exhalo con fuerza y sacudo la cabeza, incrédula por lo que estoy a punto de decir —. Estoy intentando decidir si estoy loca, porque creo que estoy celosa de una persona con la que solo estuve una vez y besé tres veces.

Regla número 24

Toda historia tiene al menos dos caras.

FINNICK COLLEMAN

Dulcecita: No voy a poder verte esta noche. Perdón.

Dejo caer mi cuerpo contra el respaldo de la silla, leyendo de nuevo el mensaje que acaba de llegar. Me muerdo los labios, aguantando la risa.

Con la orientación correcta, Ava Harrington sería una verdadera tonta de primera categoría. La frialdad del mensaje, después de haberse prácticamente derretido sobre mí hace dos días, es impresionante.

Finnick: ¿Ah, sí? ¿Y por qué no?

Dulcecita: No es asunto tuyo, pero tengo que ayudar a las chicas con unas cosas.

Dulcecita: Nos veremos pasado mañana. No te preocupes, aún faltan tres semanas para la fecha de entrega de la primera parte del proyecto, no vamos a retrasarnos.

Finnick: ¿A las nueve?

Dulcecita: A las siete, pero a las nueve probablemente aún no hayamos terminado.

Finnick: Mmm... ¿Y tienes algo que hacer por la tarde? Tipo a las cinco o seis.

Dulcecita: De nuevo, no es asunto tuyo, pero nada importante. Tal vez estudiar.

Finnick: Entonces, ¿por qué no adelantamos nuestra sesión de estudio?

Dulcecita: Porque la cafetería está llena.

Finnick: Claro, claro... La cafetería está llena, por supuesto... Es una

pena que no tengamos ningún edificio en todo el campus destinado para estudiar... ¿No?

Finnick: ¡Oh, espera! ¡Sí tenemos! ¡Se llama BIBLIOTECA!

Dulcecita: No nos vamos a encontrar en lugares públicos.

Finnick: No sabía que teníamos una lista de reglas para estudiar también.

Dulcecita: Con lo desastre que eres, no vendría mal, ¿eh? Pero no es por eso, y lo sabes.

Finnick: ¿En serio lo sé? Creo que lo olvidé. ¿Me refrescas la memoria?

Dulcecita: Adiós, Nick.

Finnick: ¡Dale, Dulcecita! Es solo una sesión de estudio, no una orgía.

Finnick: Tampoco es en el chafariz del campus, es en un cubículo en la biblioteca, de día.

Finnick: Si tienes valor, claro...

Ava me hace esperar casi dos minutos completos después de que la aplicación indica que mi mensaje fue recibido y leído. Su estado sigue como “En línea”, y me muerdo el labio, esperando y preguntándome si cederá al desafío, sabiendo lo que estoy haciendo, porque no tengo dudas, ella lo sabe.

Dulcecita: ¡Vas a tener que comportarte!

Finnick: Eres tú la que tiene las manos sueltas, yo seré un monje tibetano.

Recibo un sticker como respuesta. Una mano con una manivela. Conforme la manivela se gira, se levanta el dedo medio, y guardo el sticker, riéndome, olvidándome por un momento de dónde estoy. Eso es suficiente.

—¡Vaya, miren eso! Él sabe reír, señores —dice Kill, obligándome a volver a prestar atención al lugar donde estoy, y pongo los ojos en blanco, como si mi mente hubiera estado aquí todo el tiempo.

Las risas y provocaciones vuelven a llenar mis oídos como si alguien hubiera desactivado el silencio de la escena que se desarrolla a mi alrededor, y miro la televisión, viendo "Victoria" escrito allí. El partido terminó, y no tengo idea de cómo fue.

Las luces están casi todas apagadas. Las ventanas abiertas y la televisión enorme son las únicas fuentes de iluminación de la sala, ocupada por otros cuatro jugadores además de mí.

Hay suficientes asientos para que todos puedan estar a al menos un metro de distancia, pero Gus, Kill, Dawson y Elijah están todos apretados en el sofá frente a la pantalla gigante de la TV.

—Él sabe sonreír, Kill, pero guarda las sonrisas para las novatas desavisadas —provoca Dawson, y sé exactamente de quién habla, porque desde una foto publicada ayer por la mañana, es de lo que todos están hablando.

(...)

Cuando salí del cuarto de Ava la noche anterior, concentrando cada gota de mi fuerza de voluntad en realmente irme, ni siquiera pasó por mi mente la posibilidad de encontrar a Alice en los pasillos de Yekeley Hall, pero ahí estaba.

—¿Finn? —La voz que reconocería en cualquier lugar me llamó, y me giré.

Alice miraba entre la puerta detrás de mí y yo, con el ceño fruncido. Su cabello oscuro estaba recogido en la parte superior de la cabeza, y llevaba un viejo pijama de franela y pantuflas, claramente sin planear ir muy lejos.

—Mira a quién encontré —dije sonriendo y la abracé. Alice no respondió de inmediato, pero, después de unos segundos, me abrazó de vuelta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó cuando me separé.

—Ven, tómate un café conmigo y te cuento —propuse, porque sabía exactamente cuál sería su respuesta: no.

Ha sido así últimamente. Si Alice tiene opción, se mantiene tan lejos de mí como le sea posible.

Ella abrió y cerró la boca sin decir nada, como si recordara algo. Luego, desvió la mirada y respondió sin mirarme.

—No puedo. Tengo que volver pronto para planificar las clases de mis alumnos de mañana. Solo voy a las máquinas a buscar un refresco.

—¿Puedo acompañarte?

—Realmente solo voy a bajar y regresar.

Metí las manos en los bolsillos y balanceé mi cuerpo de puntillas, de un lado a otro, juntando los labios en un puchero y asintiendo.

—Eso pensé. Podemos bajar juntos o ¿también tienes una razón para hacerlo sola? —bromeé, y, de nuevo, Alice abrió la boca, pero no dijo nada. Luego, señaló hacia adelante y caminamos hasta la puerta de las escaleras—. ¿Planes para Halloween? —pregunté para llenar el silencio, después de bajar algunos escalones.

—No, las chicas quieren ir a una fiesta, pero aún no han decidido cuál.

—¿Ava también? —pregunté impulsivamente, y mi amiga dudó por un momento antes de que la curiosidad la venciera.

—¿Qué hay entre tú y ella? Siempre estás preguntando. El otro día me pidió tu teléfono y ahora... —Alice se interrumpe en medio de la frase. Llegamos al primer piso y atravesamos la puerta hacia el vestíbulo—. ¿Quieres saber? No es mi asunto.

Me reí, aunque no me hizo gracia.

—Hace unos meses, sí lo era. —Alcanzamos la máquina de refrescos en la planta baja, y Alice presionó los botones, eligiendo su Coca-Cola. Acercé mi celular al dispositivo de cobro antes de que ella pudiera hacerlo, pagué por el refresco y recibí una mirada de reproche como respuesta. Sonreí de lado y parpadeé, sosteniendo su mano y entrelazando nuestros dedos—. ¿En algún momento vas a hablar conmigo de verdad, Alice? ¿O así va a ser siempre de ahora en adelante?

Ella mordió su labio y miró hacia abajo durante unos segundos.

—Tengo que regresar.

Asentí en silencio, y ella soltó mi mano, tomó el refresco y volvió por el camino que habíamos hecho. La observé hasta que la puerta de las escaleras se cerró y, mientras me dirigía a Omega Teta, no pude evitar preguntarme, por millonésima vez: ¿qué carajos está pasando con mi amiga?

(...)

A la mañana siguiente, había una foto de ese momento en Twitter, y desde entonces, el último chisme sobre mí es que estoy saliendo con una novata de ingeniería.

—¿Cómo se llama la chica? —pregunta Elijah—. Alice, ¿no? —La sonrisita maliciosa en su rostro es más que suficiente para darme una buena idea del tipo de cosas que está a punto de soltar.

—Escoge bien tus próximas palabras, Moralez, o no será el único lugar donde te van a dar una paliza hoy —le advierto mientras Gus me pasa el control del Playstation 5, y Elijah se ríe, levantando las manos en señal de rendición antes de aceptar el control que Kill le está ofreciendo.

—¡Colleman es celoso, gente! ¡Anotado! Alguien debería avisarle a Parker... —dice y, como atraído por el comentario, el ex-capitán de los Lynx pasa por la puerta y se detiene al darse cuenta de la conmoción en la sala, en cuanto sus ojos se encuentran con los míos, en realidad. Es suficiente para que las conversaciones y risas se apaguen.

Aunque ya han pasado semanas desde que estamos viviendo bajo el mismo techo, nunca encuentro a Connor en casa. Era de esperarse que un jugador alejado tuviera mucho tiempo libre.

Sin embargo, por lo que escuché, Parker tiene muchas cosas pendientes por resolver en su vida académica, lo que lo llevó a Alice y la convirtió en su tutora. Por eso el comentario idiota de Moralez.

Parker no aparta los ojos de mí, parece incapaz de ver a los otros chicos en la sala o la TV encendida, que muestra un juego de disparos. No sé cuánto escuchó de la conversación, ni si escuchó algo, pero, por su expresión, parece listo para matarme, lo que no es una gran novedad.

Las provocaciones son comunes en cualquier deporte, la rivalidad también, pero la actitud de Parker conmigo siempre ha sido exagerada y sin motivo.

—¿Quieres una cerveza? —ofrezco, extendiendo la mano hacia el balde en la mesa de centro y alcanzando una botellita cerrada, por el bien del ambiente en la casa.

Él la rechaza con un gesto y atraviesa la sala, dirigiéndose a las escaleras, sin preocuparse en decir más que un “hola” apresurado a los demás. El silencio continúa por algunos minutos, hasta que Gus lo rompe.

—No jugar está siendo... difícil... para él —dice el portero de los Lynx, siempre conciliador, y yo sacudo la cabeza, como si entendiera, aunque no estoy seguro de si realmente lo hago.

Desde hace años, el hockey se ha convertido en un medio para un fin en mi vida. El medio más rápido y fácil, y por eso, desde entonces, he hecho todo lo necesario para ser el mejor sin cuestionarlo.

No importa lo que tenga que sacrificar. No importa lo que deba ignorar. No importa lo que tenga que tragar. Lo hago, porque es cuestión de tiempo. Si por alguna razón, ya no pudiera jugar, si me prohibieran hacerlo, como le pasó a Connor, ¿sufriría?

Quizás, porque tendría que encontrar otro camino hacia mi objetivo final, pero ¿y por el juego?

Durante el verano, si no fuera por mi padre volviéndose loco, el equipo de Denver también volviéndose loco y la prensa fastidiando, creo que hubiera estado bien, incluso incapaz de entrar en hielo después de que Connor Parker me hirió gravemente la mano con sus patines en la semifinal del Frozen Four de la temporada pasada.

Había tanta adrenalina corriendo por mis venas esa noche, por el juego, por estar más cerca que nunca de mi objetivo, por la victoria inminente y, luego, por la pelea generalizada que se desató entre los Lynx y los Pioneers, que ni siquiera sentí dolor.

Incluso viendo el hielo teñido de rojo, tardé un tiempo en darme cuenta de que era mi sangre manchando la pista después de que Parker pasara las cuchillas de sus patines por encima de mis dedos mientras yo estaba caído en el suelo.

Sobre todo lo demás, tampoco sentí nada. No odié a Parker, no lamenté ser sacado del hielo cuando estábamos tan cerca de la victoria, ni siquiera me molestó que mi equipo perdiera el siguiente juego y la Frozen Four. La posibilidad de no volver a jugar duró menos de un día, pero ni eso me hizo sentir algo.

¿Cuándo fue la última vez que realmente disfruté jugar? Ahora puedo decir que fue en el entrenamiento del día en que me mudé a Omega Theta, pero ¿y antes de eso? ¿Cuándo me arriesgué de verdad a hacer algo fuera del plan?

El rostro de Ava aparece en mi cabeza de inmediato, y muerdo mi labio. No han pasado ni diez minutos desde que le estaba tomando el pelo con lo de salir del armario, desafiándola a que hiciéramos algo en público, pero al final, creo que me he estado escondiendo tanto como ella, solo que tengo una fachada diferente.

—¿Qué pasa, Colleman? ¿Vamos a jugar, o todo eso era solo palabrerío?

Suelto el aire entre los dientes y pongo una sonrisa burlona en mi rostro.

—Dímelo en diez minutos —le aviso y aprieto el botón para iniciar la partida.

Regla número 25

La filosofía puede ser una maldita, pero la que es una hija de puta es la erección.

AVA HARRINGTON

—Si vas a seguir arrancándome la ropa con los ojos, tal vez no deberíamos vernos en lugares públicos. Podría terminar arrestado por exhibicionismo.

Chasqueo la lengua, fingiendo indiferencia, y aparto la mirada de Nick, fijándola en mi cuaderno sobre la mesa, de manera casi obsesiva. Maldita sea, ¿tenía que ser tan… él?

La última hora fue tan difícil como imaginé, pero por razones completamente distintas. Después de preguntarme: *"¿Será que estoy celosa de un tipo al que solo he besado tres veces?"*, ahora me pregunto: *"¿Es posible extrañar una boca que solo he besado tres veces?"*.

Anteayer, después de que Nick salió de mi cuarto, me quedé mirando al vacío, como una idiota, repasando una y otra vez la hora anterior en mi cabeza, solo para asegurarme de que realmente había pasado.

Desde entonces, he estado esperando que nuestro próximo encuentro nos dejara unos cuantos besos y caricias más. La verdad es que ansiaba eso y… definitivamente un orgasmo.

Realmente quiero saber cómo se siente llegar al clímax sin ser yo quien me esté tocando para estimularme. Y sí, sé que no podemos hacerlo en la cocina de la cafetería, nuestro lugar oficial de estudio, pero… ¿tal vez podríamos usar el baño? Así tacharía "tener un orgasmo en un lugar público" de mi lista.

Aunque estoy casi segura de que Nick diría que eso es hacer trampa, porque la cafetería estaría cerrada y el baño sería privado mientras lo usamos. Aún así, esperaba convencerlo de que me diera un orgasmo. ¡Él fue quien se ofreció, maldita sea!

Pero luego Kira convocó una reunión de emergencia con las chicas porque necesita ayuda con algo del periódico, y mis planes se arruinaron.

Sin orgasmos para mí, pero sí con un montón de trabajo de Filosofía Comercial, porque soy una idiota. Caí en la provocación de Nick aun sabiendo que sus palabras no eran más que eso: una provocación cuyo único objetivo era hacerme querer probarle algo.

El problema es que mi cuerpo, aparentemente, no recibió el mensaje, porque sigue reaccionando como si ver a Nick fuera igual a un orgasmo.

Es jodidamente irritante, porque mis ojos han estado volviendo a él desde que entró en la sala y se sentó a mi lado. La camiseta blanca ajustada y los jeans que decidió ponerse hoy no ayudan, porque resaltan cada línea y músculo que solo tuve la oportunidad de tocar una vez.

Nada en él es un aliado, en realidad, pero su mirada maliciosa es, sin duda, mi peor enemigo. Nick mantiene esa expresión todo el tiempo, como si supiera exactamente lo que estoy pensando cada vez que lo miro. A juzgar por su último comentario, probablemente lo sabe.

—Vamos a necesitar el libro que no trajiste —le aviso, después de hacer una última anotación en mi cuaderno.

—¿El libro que no encontré, querrás decir?

Golpea con los dedos las dos pilas de libros que sacó de las estanterías y que dejó sobre la mesa de nuestro cubículo. Bufo, pero miro nerviosa hacia la pequeña ventana cubierta por cortinas cuando veo pasar sombras del otro lado.

—¿Y buscaste bien?

—Me pediste doce libros, maniática. No traje uno, ¿en serio vas a cuestionar mi esfuerzo?

Frunzo los labios.

—Ok, tal vez solo no lo viste. Está en la sección de filosofía contemporánea, cuarta estantería y… —Giro la cabeza hacia la tableta de la biblioteca, fijada al lado de la mesa—. Está junto al libro *Filosofía Bastarda*. Es un nombre bastante memorable.

—No está ahí —insiste Nick, haciéndome rodar los ojos, porque el sistema dice que sí está.

—Está bien, voy a buscarlo.

Me levanto de la silla y solo doy dos pasos antes de darme cuenta de que no puedo llegar a la puerta. Finnick también se levantó y ahora está bloqueando el camino. La sonrisita en el borde de sus labios me dice que no tiene intención de hacerlo fácil.

—¿Algún problema?

—Necesito pasar.

—Adelante.

Se encoge de hombros, y yo ruedo los ojos. ¡Qué irritante! Presiono el interior de mi labio inferior con la lengua antes de humedecerlo. ¿Sabes qué? Está bien.

Doy dos pasos más y me esfuerzo por pasar por el pequeño espacio que queda entre Finnick y la pared, pero en el instante en que mi cuerpo roza el suyo, Nick se gira, atrapándome entre el concreto y él, apoyando las manos en la pared a los lados de mi cabeza.

—Dijiste que te portarías bien —me quejo, ya sintiendo como cada parte de mi cuerpo se eriza.

La tentación de ceder a la sensación es una tortura cuando mi mente está dividida entre disfrutarla y las alarmas que suenan en mi cabeza: "¡Peligro! ¡Alguien puede aparecer y encontrarlos así!".

Sí, creo que voy a tener que tachar lo del lugar público de la lista. Probablemente tendría un colapso antes de llegar al orgasmo y disfrutarlo. ¡Maldita sea, Ava!

—Me estoy portando bien —dice, inclinándose lo suficiente para que su aliento tibio acaricie mi rostro y mi respiración se descontrole—. No te estoy tocando.

Y, como si lo desafiara, mis tetas rozan su torso cuando inhalo profundamente, tratando de recuperar el control del aire que entra y sale de mis pulmones. Nick sonríe.

—¿Ves? Te dije que tú eras la que no podía mantener las manos quietas y, al parecer… otras partes de tu cuerpo tampoco.

—¡Eres un idiota, Finnick Colleman! —lo acuso, y él chasquea la lengua.

Mi cuerpo parece a punto de entrar en ebullición por el calor que ha inundado cada rincón en los breves segundos desde que me acorraló contra la pared, literalmente.

El olor de Nick, su cuerpo grande, sus labios increíblemente perfectos y, sobre todo, sus ojos provocadores hacen que sea muy difícil mantener las manos apoyadas contra la pared detrás de mí.

—Ahora son dos.

—¿Dos qué?

—Ofensas. Primero, me llamaste flojo, diciendo que no busqué el libro, y ahora, idiota... —Finnick chasquea la lengua de nuevo mientras mueve la cabeza de un lado a otro, lentamente.

El movimiento hace que la punta de su nariz roce mi mejilla, y trago un gemido ridículo que sube rápidamente por mi garganta.

—Ya decidí cómo quiero que me compenses —dice, todavía sonriendo.

—¿Por qué tendría que compensarte si estoy en lo correcto?

Finnick inclina la cabeza y hace un puchero, indicándome que ya sé muy bien la respuesta a esa pregunta.

—No está. En cuanto vayas a la sección de filosofía contemporánea, busques en la cuarta repisa y revises junto al libro *Filosofía Bastarda*, lo descubrirás. Deberías agradecerme por no pedir pago por adelantado, Dulcecita.

—¿Cómo? —pregunto, sabiendo que me voy a arrepentir—. ¿Cómo quieres que te pague?

—Con besos —susurra, acercándose más y más hasta detenerse cuando nuestras bocas están a milímetros de distancia.

—¿Un beso por cada vez que te llamé idiota?

Encuentro fuerzas para sonar despectiva, pero no logro engañarme ni a mí misma, mucho menos a Finnick.

—Creo que no será suficiente.

—Te he llamado idiota muchas veces —admito, sintiendo cómo el control se me escapa entre los dedos mientras estoy contra la pared.

—Aun así no sería suficiente. —Ahora su voz es un susurro, mostrando que no tiene tanto control sobre la situación como yo pensaba—. ¿Qué tal un beso por cada vez que pensaste en mí? —sugiere, acariciando mi rostro con el suyo.

—¡Arrogante! —La palabra debería ser una acusación, pero no es más que un murmullo —. Nick... —Dejo de resistirme, y su nombre sale como un suspiro de mi boca. ¡Mierda! ¿Cómo sucedió todo tan rápido?

—Mierda —dice él con la voz ronca, pero un poco más alta—. Me encanta cómo dices mi nombre. Eres preciosa, Dulcecita. Preciosa como el infierno.

Mi corazón, que ya latía rápido, da una voltereta tonta. Finnick me preguntó una vez por qué me importa tanto lo que la gente dice, pero cuanto más me acerco a él, más me pregunto cómo es que a él no le importa.

Es tan diferente al tipo malo que todos pintan... Es... otra cosa. Él es el que se ríe de mí, me fastidia con el simple sonido de su respiración, pero me excita solo con estar cerca y me hace sentir viva cuando me toca, cuando me mira.

—¿Y cuántos besos serían justos en total?

—Vamos a averiguarlo.

—¡Qué cretino! —lo acuso, y él se ríe.

—Siempre es un halago que me dejes claro cuánto me quieres cerca, pero una ofensa no puede equivaler a un solo beso. No sería justo.

Es mi turno de hacer chasquear la lengua. Apoyo mis manos en su pecho, tomándome dos segundos para disfrutar del increíble calor y la firmeza, y otros dos para lamentarme por no poder aprovecharlos.

Quizás Nick tenga razón. Quizás mi habitación deba dejar de ser territorio prohibido. Meterlo de manera discreta debería ser menos peligroso que perder el control en un lugar como la biblioteca.

¡Pero entonces nunca más vamos a estudiar, Dios! ¿Cuándo se volvió tan complicada mi vida sexual? ¡Soy virgen! Finnick acepta cuando presiono mis palmas contra su piel y se aleja dos pasos, dándome el suficiente espacio para pasar.

Me enderezo y aliso mi camiseta, estirándola. Luego, suelto mi cabello para que se vea lo más normal posible antes de poner la mano en el picaporte de la puerta. Nick se mueve, como si pretendiera seguirme.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, mirándolo por encima del hombro.

—¿Cómo que qué estoy haciendo? Voy contigo a buscar el libro.

—¿Y si alguien nos ve juntos? ¿Estás loco?

Finnick pone los ojos en blanco y, sin siquiera medir la distancia, se deja caer en la silla detrás de él, estirando sus largas piernas.

—Está bien —concede, levantando las manos como si estuviera resignado.

Abro la puerta con cuidado y miro a ambos lados del pasillo para asegurarme de que nadie me vea escondiendo a Finnick Colleman aquí dentro.

Salgo, paso directo frente al mostrador de la bibliotecaria y me dirijo a las estanterías de la izquierda. Sigo las señales hasta encontrar la sección de filosofía, luego la subsección de contemporánea, que es pequeña.

Solo hay una estantería, en realidad, y busco en la cuarta repisa solo para descubrir que el

libro realmente no está ahí. ¡Mierda!

Paso un buen rato mirando la estantería, como si eso fuera a hacer aparecer el libro mágicamente. Tanto tiempo que doy un pequeño grito cuando una voz me sorprende.

—¿Ves? Te lo dije.

Durante los primeros diez segundos, me mantengo callada mientras me aseguro de que mi corazón esté bien asegurado en mi pecho y no vaya a salirse por mi garganta. Luego, me doy la vuelta.

—¿Qué haces aquí? —susurro.

—Vine a ver tu cara cuando comprobaras que tenía razón —responde en el mismo tono, frunciendo el ceño—. Espera, ¿por qué estamos susurrando?

—Porque nadie puede escucharnos juntos —digo, manteniendo mi voz en un murmullo.

—Pensé que no podían vernos juntos —se burla, pero al menos sigue susurrando.

—¡Eso tampoco!

Finnick se ríe.

—Eres graciosa, Dulcecita. Ven, vamos a preguntarle a la bibliotecaria dónde está el libro. La biblioteca está vacía, pero si alguien nos ve, puedes fingir que te desmayas.

—¡Idiota! —gruño, pero lo sigo cuando Finnick empieza a caminar.

—Tu deuda acaba de aumentar —me dice, como cantado melódicamente la frase.

Regla número 26

El que busca encuentra... Y no solo libros.

AVA HARRINGTON

—No está ahí —digo por cuarta vez a la bibliotecaria detrás del mostrador, y solo entonces la mujer levanta la vista del libro que tiene frente a ella, finalmente prestándome atención.

Los pequeños anteojos rectangulares, sujetos a su cuello con una cadenita de perlas, resbalan hasta la punta de su nariz mientras parpadea lentamente con sus largas pestañas casi rojizas. La señorita Tate -si es correcto lo que dice el letrero en su escritorio- frunce los labios, claramente molesta por la interrupción, sea lo que sea que estaba haciendo.

La sonrisa burlona de Finnick, apoyado casualmente en el mostrador como si no nos conociéramos, solo me irrita más. Aunque se está comportando, sé exactamente lo que pasa por esa cabeza fastidiosa: “Está bueno, ¿no?”.

¡Argh! ¡Vete al diablo, Finnick Colleman!

La mujer ajusta el cuello de su camisa blanca de seda y empuja sus anteojos de vuelta a su lugar. Su moño apretado hace que su rostro parezca aún más severo cuando las gafas están bien acomodadas.

—Lamentablemente, este es el último ejemplar disponible para préstamo en este momento. Tengo uno en el archivo, pero estoy sola y no puedo dejar la atención por ahora. Si puedes esperar, cuando llegue Beth lo busco para ti, pero tendrías que usarlo aquí en la biblioteca —dice, ajustando su tono con desgana.

Abro la boca para responder, pero Nick se adelanta.

—Hola, señorita Tate. ¿Cómo le va esta tarde? Lamentamos mucho interrumpirla, pero lo que mi compañera no ha dicho es que estamos muy atrasados —empieza con un largo suspiro, mientras sus labios se curvan en una expresión triste, moviendo la cabeza lentamente de un lado a otro—. Tenemos muy poco tiempo para hacer este trabajo, ¿sabe? Este reporte vale nuestra calificación del semestre, y tanto ella como yo tenemos que ir a trabajar en dos horas. El tiempo que estamos aquí es crucial, y sin ese libro —Finnick frunce los labios y vuelve a negar con la cabeza, mientras una expresión desolada se apodera de su rostro—no vamos a poder terminar el proyecto. ¿Le mencioné que lo tenemos que entregar mañana?

Es una actuación ridículamente obvia. La bibliotecaria frunce el ceño, mirándonos de uno al otro, probablemente preguntándose por qué estamos tan alejados si somos compañeros.

Abre la boca, y estoy segura de que es para echarnos por la pobre actuación de Nick. Quizás debería hablar con Candice para que le dé unas clases de teatro.

—Está bien —dice la mujer, y parpadeo, incrédula. *¿Qué? ¿En serio?*—No puedo salir, pero puedo llevarlos hasta el archivo. Cierren la puerta cuando encuentren lo que necesitan y la cerraré al hacer el cambio de turno, ¿de acuerdo? —le pregunta a Finnick, quien sonríe, supuestamente agradecido. Miro de uno a otro sin creer que realmente haya funcionado—. Vamos, rápido.

La mujer sale de detrás del mostrador y nos apura, caminando hacia unas puertas dobles de madera a un costado de la biblioteca.

Cruzamos un pasillo corto y luego otras puertas hasta llegar a una pequeña entrada blanca de madera maciza. La bibliotecaria la abre, haciendo que la madera rechine de una manera escandalosa para una biblioteca, y nos hace un gesto para que entremos.

El cuarto es todo un mundo.

Tiene techos altísimos, estantes que llegan hasta el techo llenos de libros de lomos coloridos, y varias de esas escaleras acopladas para alcanzar las estanterías más altas. También hay un entrepiso y un panel de vidrio que muestra otra ala, igualmente repleta de estantes, aunque esos parecen albergar libros más antiguos.

—El libro de filosofía está por allá —dice la bibliotecaria, señalando a nuestra derecha, donde parece haber una fila interminable de estantes—, entre el pasillo veinte y el treinta y siete. Sigan las señales. Si necesitan coordenadas más precisas, usen las computadoras allí.

Ahora señala unas mesas a nuestra izquierda, todas equipadas con laptops.

—Gracias —consigo decir, aunque mis ojos aún están perdidos en la inmensidad a nuestro alrededor.

—Nos vemos luego —la señorita Tate se despide y sale por la puerta como si no hubiera dejado a dos estudiantes solos en una sala así.

—¿Está loca? —murmuro.

—¿Por qué? ¿Por llevarnos al archivo? —pregunta Nick, caminando ya hacia los estantes indicados.

—¡Sí! Y por dejarnos aquí solos solo porque sabes poner cara de cachorrito abandonado.

—Mi cara de cachorrito abandonado es muy buena —me guiña el ojo y yo resoplo.

—Me pareció patética.

Finnick se ríe, y lo sigo mientras avanza entre las estanterías, mirando las placas laterales que identifican el contenido por tema, año de publicación y número de registro en el sistema de la biblioteca.

Con él al frente, no me molesto en contar los estantes, asumiendo que él lo está haciendo. Me siento tonta por ello, pero no puedo evitar sorprenderme de que Nick realmente sepa cómo usar una biblioteca.

Pensé que los atletas nunca ponían un pie en ellas, a menos que fuera para fiestas clandestinas después de apagar las luces del campus, pero creo que esta es otra de las suposiciones equivocadas que hice sobre él. Que todos hacen, de hecho.

—El archivo no es una zona prohibida, Dulcecita, pero como guarda copias canónicas y algunas raras, necesitas autorización para acceder. ¿La señorita nerd no sabía eso? —bromea, mirándome por encima del hombro, y yo pongo los ojos en blanco.

—Soy una nerd, pero también soy de primer año. ¡Dame un respiro!

Él se ríe más fuerte, y seguimos caminando más adentro, hasta que Nick se detiene de repente y coloca su dedo sobre el lomo de uno de los libros en el estante frente a él.

—¿Lo encontraste? —pregunto, casi pegándome a su espalda, tratando de mirar por encima de su hombro sin éxito, obviamente, porque es mucho más alto que yo.

—Lo encontré.

Todo sucede demasiado rápido.

En un segundo, estoy estirando el cuello para ver el libro, y al siguiente, las manos de Finnick están en mi cintura, levantándome y colocándome sentada sobre una mesa que ni siquiera había visto, al fondo del pasillo, entre dos estantes.

—¿Qué estás haciendo? —mi voz es casi inaudible mientras todo mi cuerpo reacciona al contacto inesperado.

Nick se coloca entre mis piernas con una sonrisa descarada en su rostro.

—Cobrándote la deuda.

—¿Aquí? —miro de un lado a otro, como si la señorita Tate pudiera aparecer de una de las

estanterías en cualquier momento, aunque la sala sigue tan silenciosa como un segundo atrás.

—¿Por qué no aquí?

Sus manos suben por mi cintura, apretando los costados de mi cuerpo, que instintivamente se inclina hacia él. Finnick y yo nos miramos por lo que parecen horas, aunque estoy segura de que solo han pasado segundos.

Debería protestar. Debería decirle todos los motivos por los cuales definitivamente no puede estar entre mis piernas aquí: es un lugar público; cualquiera puede entrar; probablemente haya cámaras en algún rincón o en varios; si nos descubren, los chismes sobre esto serán el menor de nuestros problemas, entre tantas otras cosas...

Además, este lugar es tan grande que es posible que haya alguien extremadamente silencioso en el pasillo detrás de nosotros, y simplemente no lo sepamos. ¡Y por el amor de Dios! ¡Hay libros raros aquí! ¡Deberíamos respetar los libros raros, ¿no?!

Sin embargo, no abro la boca para decir ninguna de esas cosas obvias.

Mis manos, que estaban relajadas a los lados de mi cuerpo, se levantan y recorren los brazos de Finnick, disfrutando la sensación de sus músculos y venas bajo mis dedos, hasta que alcanzan su cuello y se entrelazan con su suave cabello.

La mesa alta coloca nuestros rostros a la misma altura y, en este punto, cada centímetro de mi piel ya está erizado.

Mi respiración entrecortada sopla cálida sobre sus labios mientras mi pecho se acerca más al suyo con cada exhalación. El silencio a nuestro alrededor solo hace que todo parezca aún más inevitable.

Lo beso. Empujo mi cuerpo hacia adelante y alcanzo sus labios con los míos, dejando que devore el gemido bajo que sale de mi garganta en el momento en que nuestras lenguas se encuentran. Es tan delicioso... Tan... Tan delicioso.

Sus manos me sujetan con más fuerza, bajando hasta mis muslos y levantándolos hasta que mis tobillos se cruzan sobre sus caderas, y el centro de mis piernas palpita, pidiendo tanta atención como mi boca.

¡Dios! No sabía que esto podía suceder tan rápido.

Los dientes de Nick rozan mis labios, mi mentón, la línea de mi mandíbula, y sus labios descienden por mi cuello, chupando mi garganta y dejando un rastro húmedo a su paso. Con cada segundo, toque y suspiro, me doy más cuenta de que mantenerme en silencio será un reto que

voy a perder.

Tiro de su cabello cuando sus labios llegan al borde de mi escote y él lame debajo del tejido, su lengua deslizándose dentro de mi ropa hasta alcanzar mi sostén, haciéndome estremecer de excitación.

Tira de mi blusa hacia abajo, bajando las tiras sobre mis hombros y exponiendo un poco más de piel y parte de mi lencería.

—Qué buena que estás, Dulcecita... —Ríe con sus labios calientes rozando mi piel, su voz suena extremadamente ronca, haciendo vibrar mi cuerpo sensible—. Encaje negro, eso es jugar sucio.

Finnick sube sus manos hasta mis pechos, deslizando los pulgares dentro de mi sostén, alcanzando mis pezones y haciéndome echar la cabeza hacia atrás, arrebatada por la sensación eléctrica que me invade.

Con los ojos cerrados y la mente completamente nublada, me toma por sorpresa la humedad y el calor de su boca cerrándose alrededor de mi pezón, apenas un segundo después de que la brisa cálida del calefactor lo había tocado.

Impulso mis caderas hacia arriba, frotando mis piernas abiertas contra el bulto duro que se acomoda entre ellas. Si esto es el infierno, al menos me voy a llevar mi orgasmo.

Los gemidos y suspiros que no puedo tragar caen de mi boca, ahogados por la respiración contenida en mis pulmones, mientras soy consumida por sus manos, su boca y ese maldito bulto duro aún cubierto, haciéndome pedazos.

Chupa un pezón hasta que siento que voy a deshacerme entre sus labios y luego se mueve hacia el otro. Sus caderas se encuentran con las mías con cada embestida, y cuando estoy segura de que no voy a aguantar más, su boca regresa a la mía, devorándome con más voracidad de la que usó en mis tetas.

Gimo con temblores que sacuden todo mi cuerpo mientras Finnick bebe mis gemidos y me envuelve en sus brazos, arrastrándome hacia él sin dejar de frotarse contra mí, en un orgasmo descomunal.

Cuando me separo del beso, mis pulmones están desesperados por oxígeno, y mis hombros y abdomen siguen espasmando, haciéndome temblar entre los brazos de Finnick. Él baja la cabeza y deja besos suaves en mis hombros, y siento su sonrisa en mi piel.

Yo también me río y, cuando me doy cuenta, estoy soltando carcajadas escandalosas. Bajo la cabeza, con el pecho agitado, y me obligo a abrir los ojos.

Miro a Nick, sorprendida de que la sonrisa descarada en su rostro no me cause ningún tipo de vergüenza ahora que el frenesí ha pasado, o casi... Aún hay algo que quiero hacer.

Sin apartar mis ojos de los suyos, deslizo mi mano desde su nuca hasta su hombro, bajando por su brazo, desviándome hacia el costado de su torso y llegando hasta su muslo. Finnick la detiene antes de que pueda tocar su erección y suelta una risa seca.

—Si me tocas ahora, voy a acabar, Dulcecita.

—¿Y eso no es algo bueno? Parece justo.

Pongo cara de inocencia e intento mover mi mano otra vez, pero él la sujeta con más firmeza, sin hacerme daño, soltando otra risa.

—Es difícil ocultar una erección, pero no imposible. Ahora, ¿cómo ocultas el semen de los pantalones? Eso no se puede. Así que, a menos que estés dispuesta a tragártelo, esto va a quedar en tu lista de pendientes.

Finnick me guiña un ojo, pero sus palabras llenan mi mente con imágenes que me despiertan mucha curiosidad.

—¿Y si estoy lista?

—¿Lista para qué? —pregunta, frunciendo el ceño.

—Para tragar.

Parpadea y echa la cabeza hacia atrás levemente, como si mi pregunta lo hubiera impactado físicamente.

—¡Mierda, Ava!

Sus labios se pegan a los míos con tanta rapidez e intensidad que no tengo tiempo para prepararme. Finnick mete su lengua en mi boca de una manera tan violenta que solo hace que me encienda de nuevo, como si no hubiera tenido un orgasmo explosivo hace solo unos segundos.

—Cuando me la chupes, Dulcecita —murmura contra mi boca, con las manos apoyadas en mi cuello y los pulgares subiendo y bajando por mi garganta—, vas a estar completamente desnuda, arrodillada frente a mí, con las piernas abiertas y esos pechos deliciosos bien empinados. Quiero verlo todo, cada pedacito de ti, y ahí sí, te vas a tragar toda mi leche. Cada gota.

Mi clítoris se contrae con esas palabras, tan excitada por ellas como por sus caricias y besos. Él sonríe y ajusta las tiras de mi camiseta, acomodándola en su lugar, luego, con cuidado,

vuelve a cubrir mi sostén, manejando mi cuerpo como si fuera suyo.

Mi mente, inundada por las imágenes que acaba de plantar, tarda varios segundos en darse cuenta de que el calor de su cuerpo ya no está entre mis piernas.

—¿Vamos? —pregunta, extendiéndome la mano mientras sostiene un libro con la otra.

¿Cuándo agarró ese libro? ¿De dónde lo sacó?

Parpadeo, humedezco mis labios. Cierro los ojos con fuerza y exhalo lentamente, tratando de calmar los latidos acelerados de mi corazón. Cuando ya no lo siento en mi garganta, acepto su ayuda para bajar de la mesa. Nick besa mi sien.

—Punto número veintiuno completado con éxito —susurra en mi oído y se aleja, sonriendo.

Mi pecho se expande al saber que él conoce exactamente en qué parte de mi lista estaba tener un orgasmo en un lugar público y, en lugar de querer salir de aquí, solo quiero besarlo más, una y otra vez.

—Eres un voluntario muy comprometido —logro decirle, y su sonrisa se ensancha.

—No tienes idea de cuánto.

Sus labios rozan mi sien otra vez y, tomándome de la mano, nos conduce fuera de la sala.

No es hasta que cruzamos las puertas dobles hacia el vestíbulo de la biblioteca y la señorita Tate nos lanza una mirada horrorizada que me doy cuenta de que seguimos tomados de la mano y de lo impactante que debe ser nuestra imagen ahora mismo.

Suelto su mano.

No necesito un espejo para saber que mi cabello debe estar hecho un desastre después de que Finnick lo jaló y de que yo lo froté contra la pared detrás de mí.

¡Dios! Ni siquiera me molesté en arreglar mi ropa más allá de lo que Nick hizo, y que esté sosteniendo un libro justo frente a su erección es prácticamente como una señal luminosa roja, atrayendo todas las miradas hacia ella. ¡Maldición!

—Lo encontramos. Gracias —balbuceo y salgo prácticamente corriendo de vuelta al cubículo, sin preocuparme por mirar atrás para ver si Nick me sigue.

Regla número 27

Las máscaras son buenas para carnaval, Halloween y los problemas de confianza.

FINNICK COLLEMAN

El tercer tono del teléfono me hace apretar los dientes por la demora en ser atendido. Esto nunca es una buena señal. ¡Mierda, mierda, mierda!

Sigo caminando hacia el edificio de filosofía y sociología, cargando en mis pasos cada gramo de la ansiedad que me provoca no obtener respuesta.

El campus está lleno de personas yendo y viniendo, cambiando de edificios y clases, como siempre después del almuerzo. No me molesto en responder a los "¿Qué tal?", "¿Qué onda?", ni a los "¡Colleman!" que escucho ni en tratar de ser simpático.

Al séptimo timbre, justo cuando estoy a punto de colgar y volver a intentar la llamada, finalmente contestan.

—*¿Finn?* —La voz suena somnolienta y lejana, y suelto el aire aliviado.

Probablemente estaba durmiendo.

—Hola, mamá.

—*Hola, querido* —responde suavemente—. *¿Cómo estás? Me preocupé por ti esta mañana.*

—Estoy bien, perdón por no llamar a la hora de siempre. Me desmayé anoche y olvidé cargar el celular, me quedé sin batería.

—*Está bien, cariño. Me alegra que no haya sido nada grave, pero tienes que cuidarte más. Desmayarse de agotamiento no es saludable.*

Si tuviera energías, me reiría de la tremenda ironía de que ella me diga eso.

—Estoy bien, mamá. Es solo cansancio normal. ¿Y tú, cómo estás?

—*Todo bien, querido. Todo normal por aquí.*

—¿Estabas dormida? —pregunto, sospechando que tengo razón. Dormir a media tarde no es un buen signo, pero es la mejor opción en este caso.

—*Sí* —admite, y oigo un ruido de sábanas al fondo, como si se estuviera levantando de la cama—. *Estoy muy cansada. Pasé todo el día de ayer y la mañana de hoy organizando el evento de Acción de Gracias con Claire Smith…*

—Mamá, no tienes que hacer eso —la interrumpo, usando toda mi fuerza de voluntad para controlar el tono—. Los Smith pueden arreglárselas solos.

Lo que realmente quiero decir es que los Smith pueden irse a la mierda, pero sé que si lo digo, la conversación no irá a ningún lado. Mi madre solo se molestaría porque estoy siendo grosero, y el tema cambiaría.

—*No seas tonto, Finn. Claro que tengo que hacerlo.* —Suelta una risita baja y, por los sonidos, sé que realmente se levantó y comenzó a moverse por su habitación—. *Estoy ansiosa por verte en el feriado. Solo falta un poco más de un mes.*

Cierro los ojos brevemente y sacudo la cabeza, sabiendo que no puede ver el gesto. Me la imagino caminando por su habitación, probablemente vestida con una de sus largas batas de seda.

Si acaba de levantarse, ahora probablemente esté frente al espejo de su baño, soltándose el cabello rubio y largo, preparándose para verse como Dora Wayne debe lucir siempre, cueste lo que cueste. O al menos, eso es lo que ella cree.

Exhalo lentamente cuando la culpa por haberme ido de Denver vuelve a golpear mi cabeza. Por dejarla allí, sola… Un año. Solo necesito un año más. Quedarme no habría cambiado nada.

Aunque hubiera tenido el autocontrol necesario para no perder la compostura aquella noche, cuando volví a la universidad unas semanas antes del inicio del semestre, quedarme en Denver no habría cambiado nada. Me aferro a ese pensamiento.

—Yo también estoy ansioso por verte, mamá.

Es lo único que me calma cuando pienso en el día de Acción de Gracias.

—*Ya encargué tu traje. Vas a estar impecable, como siempre.* —El adjetivo me provoca un escalofrío de repulsión que sube por mi espalda, pero sacudo la cabeza de nuevo, sabiendo que es un precio pequeño a pagar—. *¿No deberías estar en clase, cariño?*

—Estoy camino a ella. Llegando al edificio ahora.

—*Ah, entonces no te molesto más.*

—No me molestas, mamá. Nunca.

—*Ojalá eso fuera verdad. Te amo, querido. Hasta mañana.*

—Hasta mañana.

Espero que cuelgue primero, como siempre, y solo entonces bloqueo la pantalla del celular y lo guardo en el bolsillo.

Mientras camino por los pasillos hacia la clase de filosofía, mi mente es un torbellino de pensamientos, y ninguno de ellos es bueno. Ninguno me provoca otra cosa que irritación.

Empujo la puerta del salón y solo cuando veo una melena de cabello oscuro, en lo alto del aula en forma de auditorio, recuerdo que esta es la clase que tomo con Ava. Maldita sea.

Lo sabía. Le estuve molestando esta mañana por mensaje sobre esto, y aun así los últimos minutos lograron hacerme olvidar. ¡Qué mierda!

Ava está envuelta en un cárdigan negro que parece demasiado grande, encima de una camiseta color crema, y aunque no puedo verla bien desde aquí, imagino que lleva jeans y zapatillas, como siempre.

También, como siempre, su rostro casi no lleva maquillaje y, como cada vez que la miro, me impresiona lo poco que se esfuerza para ser absolutamente hermosa.

Subo las escaleras despacio, sabiendo que ya me vio, pero elige ignorarme, lo que me hace olvidar momentáneamente mis problemas y soltar una risa baja. Ava es muy graciosa.

Pido permiso a los otros estudiantes, sentados al inicio de la fila donde Ava eligió un lugar en el medio, y avanzo hasta ella, ignorando los murmullos que comienzan inmediatamente. Tiro la mochila en el asiento vacío a la derecha de Ava y me siento.

Ella me mira como si acabara de patear a su perro. ¿Tendrá un perro en su casa? Por lo que vi de su familia el fin de semana de padres, son del tipo que tendría un Golden Retriever gordo y mimado.

Si Ava tuviera un perro, probablemente se llamaría Galleta, y no habría manera de que, después de dos semanas viéndola todos los días, excepto los fines de semana, y enviándonos mensajes incluso esos días, no lo supiera ya.

Inclino la cabeza cuando su mera presencia, su aroma y todas las preguntas sin respuesta que tengo sobre ella logran vaciar mi mente, como si fuera una especie de brujería muy

característica de Ava.

Mientras la observo, todo lo que puedo pensar es en cuánto me encanta su cabello voluminoso, su piel morena y su boca llena. Mierda, me encantaría besarla ahora mismo y olvidarme completamente del resto del mundo.

Ella cierra los ojos y suelta un largo suspiro, como si pidiera paciencia al cielo, y yo entrecierro los míos, tragándome la risa que quiero soltar en respuesta a todo su drama. Si los últimos días me han enseñado algo sobre Ava, es que puede ser muy dramática.

Es hermosa. Hermosa como la puta madre. Tan hermosa que probablemente tengo uno de los peores casos de "testículos llenos de leche" en la historia, porque no quiero acostarme con nadie que no sea ella.

Gracias a su naturaleza dramática hasta el extremo, acostarse con Ava no es exactamente la cosa más fácil de hacer en el mundo, al menos desde un punto de vista logístico. Porque desde un punto de vista práctico, no tengo dudas de que va a ser increíblemente fácil y delicioso.

Así que, aunque fue él el motivo de nuestro acuerdo, el tercer punto en la lista de “cosas por hacer en la universidad” de Ava sigue ahí, esperando a ser tachado. Eso no significa que no hayamos tachado otras cosas de la lista.

Mierda. Hacerla acabar en el archivo de la biblioteca fue, sin duda, lo mejor de mi semana, de mi mes. ¡Carajo! ¿De mi trimestre?

Robarle besos se ha vuelto una especie de deporte para mí. Si eso y mi mano son todo lo que voy a tener por sabe Dios cuánto tiempo, entonces voy a besar esos labios adictivos y tocar cada maldito centímetro del cuerpo delicioso de Ava en cada oportunidad, porque no soy de piedra.

Mi verga late, anunciando la erección dolorosa que solo pensar en el cuerpo de Ava a mi disposición me ha dado, y resoplo. Al menos, esta es una clase de dos horas. Tan pronto como el profesor empiece a hablar, mi verga se calmará.

Necesito encontrar una forma de hacer, sin ropa, todo lo que Ava y yo ya hemos hecho vestidos. Necesito hacerlo pronto, o probablemente mis bolas van a explotar.

Qué buen epitafio sería: *Finnick Colleman, hijo, amigo, atleta, promesa incumplida del hockey, murió de calentura*.

Abro la mochila y saco mi iPad y un bolígrafo. Los acomodo en la mesa y jalo el cuaderno de Ava de la mesa a mi lado.

Ella me lanza una mirada de odio, y yo pongo los ojos en blanco. Creo que, tarde o temprano, tendré que darle a Ava la noticia de que no importa cuánto lo intente, nunca va a ser realmente amenazante.

El cuaderno no es el mismo que pasó días viviendo en mi mochila, con la lista. Al parecer, Dulcecita aprendió la lección y ahora lo deja a salvo en su dormitorio.

Abro en una hoja en blanco al azar y escribo:

"El número quince en tu lista es ir a una fiesta de disfraces en pareja…".

Sus ojos oscuros leen las palabras rápidamente, y Ava se humedece los labios antes de sonreír de lado. Me arrebata el bolígrafo de la mano.

"¿Me estás invitando a una fiesta de Halloween, Finnick Colleman?".

Entrecierro los ojos, extrañado por lo fácil que parece todo.

"Sí, te estoy invitando.".

"Entonces, la respuesta es sí.".

Levanto la vista del cuaderno para mirarla y recibo un pellizco como respuesta. Ava vuelve a escribir.

"¡Deja de mirarme! ¡Vas a llamar la atención! ¡Ya es suficiente que no pueda deshacerme de ti sentado a mi lado!".

"¿Me ayudas con esto, Dulcecita? Normalmente, saber que estás loca es suficiente para entenderte, pero hoy no estoy logrando seguirte. ¿Sentarme a tu lado es un problema, pero ir a una fiesta juntos está bien?".

Ava pone los ojos en blanco antes de escribir debajo.

"¡Podemos usar máscaras! Después de darme cuenta de eso, si hay una fiesta a la que estoy emocionada por ir, es a esa. Y si voy contigo, tacho dos cosas de mi lista de una sola vez: ir a una fiesta y hacerlo con disfraz de pareja.".

No sé si Ava se da cuenta de la sonrisa que ha tomado control de su rostro ni de la energía caótica que, de repente, está dominando cada uno de sus movimientos.

En cuestión de segundos, ha pasado de retraída e irritada, sin querer verme ni en pintura, a estar tan emocionada que todo su cuerpo reacciona.

Sus hombros están más erguidos, sus piernas se mueven de arriba a abajo, ansiosas, y hasta levanta la vista para mirarme, sonriendo.

Mis ojos permanecen fijos en su rostro durante casi un minuto completo, y esta vez, cuando hablo con ella, no es escribiendo en su cuaderno.

Me acerco lentamente, dándole tiempo para retroceder, pero no lo hace. En lugar de eso, sus pupilas se dilatan y su respiración se corta. Está asustada por mi acercamiento, pero no huye, y considero eso un gran avance.

—Quisiera besarte aquí mismo, Dulcecita. Frente a todos. Quisiera sentarte en una de estas mesas pequeñas y ruidosas, acostarte encima de ella y devorar tu boca, que nos saquen de la clase con justa causa.

Mi confesión es hecha en un tono tan bajo que solo Ava puede escucharme, y ella suelta el aire lentamente.

Su cuerpo se inclina hacia mí tan despacio que me hace preguntarme si no es solo producto de mi imaginación. Tal vez, una invención provocada por las ganas que tengo de hacer lo que le dije que quiero hacer.

Sin embargo, el calor de su respiración, cada vez más cerca de mi piel, me dice que no, no es una invención. Ava realmente se está moviendo como si mis palabras la hubieran hechizado y, ¡carajo! No podría haber imaginado un resultado mejor que este.

—Buenas tardes, señores.

El profesor entra, abriendo la puerta de golpe, lo que hace que Ava se sobresalte y parpadee, como si recién ahora se diera cuenta de lo que estaba a punto de hacer, y en el instante en que desvía la mirada al frente de la clase, sé que la perdí.

Ella hasta vuelve a mirarme, con el ceño fruncido, buscando algo en mis ojos, pero luego se acomoda en su asiento y empieza a prestar una atención casi obsesiva a la clase.

Una clase que el profesor aún no ha comenzado a dar.

Regla número 28

Las ventanas son chismosas. Usa cortinas.

AVA HARRINGTON

¡Voy a matar a Adam!

Es lo único en lo que puedo pensar mientras miro las caras furiosas de mis hermanas, la sonrisa satisfecha de mi madre, el rostro divertido de mi padre y la mirada curiosa de la abuela Jane.

El cuarto vacío a mi alrededor parece achicarse más con cada segundo, como si las paredes blancas se estuvieran acercando, empujando los muebles hasta aplastarme junto con todo el maldito fastidio que siento. ¡No puedo creerlo!

—No sé de qué están hablando. —Niego, sin otra razón más que esa parece ser la única estrategia cuando tu familia te embosca en una videollamada para confrontarte sobre el tipo con el que supuestamente estás saliendo.

Solo que no estoy saliendo con nadie, en realidad. O sea, la regla número dos de mi acuerdo con Finnick es: "¡No salimos en público!".

Sí, me invitó a la fiesta de Halloween, y sí, acepté, pero eso no cuenta, ¡vamos a estar disfrazados, maldita sea!

¡Dios, voy a matar a Adam! Le voy a arrancar esa lengua chismosa de su boca sonriente y se la daré a los perros.

—*¿Llamo a Adam? Porque él me dijo algo muy diferente* —replica Maggie, indignada, igual que mis otras tres hermanas, y yo casi bufo. Sé muy bien cuál es su problema.

Maggie, Lauren, Elle y Alex no están molestas porque supuestamente esté saliendo con alguien, están molestas porque Adam se enteró antes que ellas. Eso hace que todo sea peor para ese idiota, porque las conoce tan bien como yo. ¡Adam sabía lo que pasaría si abría esa boca grande y aún así lo hizo!

¡Por Dios! ¡Voy a hacer picadillo a ese bendito y servirlo de comida para los caballos de la tía Margot!

—*Dejen en paz a Ava* —pide mi mamá, y yo exhalo aliviada.

—¡Gracias, mamá! ¿Vieron? —Señalo a las cuatro chismosas—. ¡Están haciendo un escándalo por nada! ¿Cuál era la necesidad de convocar una reunión familiar extraordinaria? ¡No está pasando nada aquí! —aseguro, y mi madre me lanza una mirada que dice "No me trates de tonta, Ava".

—*Me alegra que tengas un nuevo amigo* —dice con palabras, mientras mi papá se ríe tanto que casi se sacude de la silla, encontrando todo esto tan exagerado como yo.

Respiro hondo y cierro los ojos. Cuando los vuelvo a abrir, estoy lista para negarlo de nuevo, porque, ¿qué se supone que diga?

"¡Miren, tranquilos! En realidad no estoy saliendo con nadie. Solo hice un acuerdo con el chico malo de la universidad, y él me ha dado besos y orgasmos para ayudarme a tachar cosas de mi lista de cosas por hacer, ahora que soy una mujer adulta."

¡Dios santo! ¡No! ¡Ni pensarlo! ¡Eso sería demasiado humillante! Definitivamente, demasiado humillante, incluso aunque todos los que me miran a través de la pantalla sepan de la existencia de mi lista. Solo cuatro de ellos conocen el contenido completo.

Unos golpes en la puerta de mi cuarto me dan tiempo extra. Gracias a Dios.

—Esperen un momento, ya vuelvo.

Estoy tan agradecida por quien sea que esté tocando, que abro la puerta de golpe, un error de novata completamente injustificable, lo admito. A estas alturas de mi vida, ya debería haber aprendido que siempre las cosas pueden empeorar, y mucho.

Por eso es que me encuentro cara a cara con un sonriente Finnick Colleman, listo para abrir esa boca sexy y anunciarle a toda la familia Harrington que hay un hombre en mi puerta. Y no cualquier hombre, sino uno con el que soy lo suficientemente cercana como para recibirlo en casa un sábado por la noche.

Salto hacia adelante, tapando la boca de Finnick justo cuando la abre, sin saber si estoy más preocupada porque alguna puerta del pasillo se abra y nos vean en esta ridícula posición o porque Nick diga algo y me delate ante los chismosos en la pantalla de mi computadora.

¡Dios mío! ¿Qué demonios está haciendo aquí? ¿Y por la puerta principal? ¿Justo hoy no podía usar la maldita escalera de emergencia? ¡Qué noche de mierda!

Todo el cuerpo de Finnick se tensa con mi reacción, y le hago el gesto universal de silencio llevándome un dedo a los labios. Nick examina mi cuarto con una atención y preocupación obvias, y me gustaría decirle que no es para tanto, pero no puedo. Le suelto la boca.

—*¿Ava? ¿Dónde estás? ¿Quién está ahí?* —pregunta Maggie, sin tener ni una pizca de sentido común, y yo aprieto los dientes y los puños antes de responder con mi mejor tono indiferente.

—¡Nadie! ¡Ya voy! —grito.

Los ojos de Nick brillan.

¡Oh no! ¡Mierda, mierda, mierda!

Él sonríe ampliamente mientras empiezo a negar con la cabeza frenéticamente.

Desesperada, trato de empujarlo para que salga de mi cuarto, pero no es como si tuviera alguna oportunidad. Finnick es mucho más alto y debe pesar al menos unos cuarenta kilos más que yo.

Mi esfuerzo no lo mueve ni un milímetro, y cada segundo que pasamos aquí, expuestos en la puerta de mi cuarto, son millones de tragedias potenciales esperando publicarse en Twitter mañana. ¡No me merezco esto, Dios! ¡No me lo merezco!

—¡Vete! —le digo sin pronunciar una palabra, solo moviendo los labios en silencio.

—Ni loco —responde de la misma forma, menea la cabeza y luego dobla el labio inferior hacia afuera—. Tal vez si me fuera a acostar contigo me iría. Pero como no va a pasar, no me voy.

Nick se mete en mi cuarto y cierra la puerta detrás de él. Cierro los ojos otra vez, respiro profundo y llevo la mano al puente de mi nariz. *¿Pero qué hice para merecer esto, eh, Dios?*

¿Acaso le tiré piedras a la cruz? ¿Profané un templo? ¿Le di una patada a Jesús cuando andaba por la tierra disfrazado de mendigo? ¡Esto no es justo, maldita sea!

Conteniendo toda la frustración que siento, la concentro en mis piernas inquietas y le hago una vez más el gesto de silencio a Finnick antes de volver frente a la pantalla de la computadora.

—Listo.

Me siento en la cama y gasto toda mi energía mental para mantener mis ojos fijos en mi familia en lugar de en el hombre que está estirándose contra mi puerta, todo sexy con esos jeans oscuros y una de sus muchas camisetas que abrazan cada uno de sus músculos firmes.

¿Y esas venas? Jesús, me encantan esas venas. Quiero lamerlas de nuevo. Una vez no fue suficiente. Quiero lamer algo más. ¡Maldita sea, Ava! ¡Concéntrate!

—*¿No te da vergüenza, Ava?* —pregunta Lauren, y por un segundo, me asusto. ¿Acaso era tan obvio el tipo de obscenidad que estaba pensando?—. *¿Mentir así, en nuestra cara?* —continúa, y bajo la cabeza, soltando un gemido.

Finnick suelta una risita, y yo quisiera fulminarlo con la mirada, pero ni siquiera puedo hacer eso, o mi familia se daría cuenta de que ya no estoy sola.

—¿Y por qué, en nombre de Dios, yo tendría que ser la mentirosa? ¿No se les ha ocurrido que Adam podría estar solo tratando de fastidiarlas?

—*¡Claro que sí!* —responde Elle—. *Pero aunque sea un imbécil, nunca ha sido mentiroso.*

—¿Y yo sí? —cuestiono, fingiendo estar indignada, aunque no es tan fingido.

Nunca había mentido antes, y solo lo estoy haciendo ahora porque ellas me están presionando absurdamente. Debería tener más crédito.

—*Aparentemente, siempre hay una primera vez para todo* —refunfuña Alex, y yo bufo.

—*Chicas, creo que ya es suficiente por hoy* —empieza mi madre, y ahora mismo sería capaz de besarle los pies. Siento las sienes palpitar—. *Si de verdad algo está pasando y...*

—*Espera* —Lauren interrumpe a nuestra madre y se levanta de la silla en la que está sentada. ¡Oh, no! ¡Conozco esa mirada! ¡Conozco esa maldita mirada! Se acerca a la pantalla hasta que puedo ver cada uno de sus poros. Luego, abre la boca de par en par, y una expresión de absoluta victoria aparece en su rostro—. *¡Ava Margareth Harrington! Presenta al hombre que tienes en tu cuarto o, te juro por Dios, que mando un correo al Blabberbox con una lista completa de hechos vergonzosos sobre ti. ¡Hasta mando fotos!*

—Y-yo n-no... —No tengo la oportunidad de terminar mi mentira tartamudeando, porque Lauren me señala con el dedo, interrumpiéndome.

—*¡Lo estoy viendo en el reflejo de la ventana!*

Me doy la vuelta tan rápido que, aunque hubiera sido un engaño, mi mentira habría quedado al descubierto. Pero no lo es. ¡El reflejo de un Finnick sonriente realmente está en la ventana detrás de mí, visible para quien quiera verlo! ¡Maldito!

Bueno, podría ser peor. Si de verdad hubiera entrado por la escalera de incendios, como deseé cuando abrí la puerta, habría sido mucho peor, ya que la cámara está enfocada hacia la ventana. Ni siquiera me había dado cuenta, maldita sea.

De repente, toda mi familia se amontona frente a la pantalla de la computadora, todos

queriendo confirmar la acusación de Lauren, y yo gimo de nuevo, frotándome las manos en el rostro.

—*¿No es el mismo que le sonreía en el cesped del Delta?* —pregunta Maggie como si yo no estuviera justo aquí, delante de ella.

—*¡Sí! Definitivamente es él* —asegura Alex, aumentando mi miseria.

—*Misterioso hombre en el cuarto de Ava* —canta Lauren—, *ven aquí a presentarte. Queremos conocerte.*

Finnick me mira con una ceja arqueada, exhalo fuerte y luego hago un gesto de rendición.

Voy a matar a Adam, luego me voy a sentar sobre Nick, y solo entonces lo mataré también. No el mismo día, claro. No soy ningún tipo de pervertida. Solo soy una chica que trata de no morir virgen.

Después de hacer todo eso, por último, voy a internar a todas mis hermanas en un manicomio y vivir en paz. Decidido.

Finnick camina hacia la cama con calma, sentándose a mi lado con toda la confianza del mundo. Me reiría de su ingenuidad respecto a lo que está por suceder, pero su inminente masacre también significa el fin de mi dignidad, así que no tiene ni pizca de gracia para mí.

Por lo que parece una eternidad, nadie dice nada mientras siete pares de ojos examinan a Nick sin ninguna discreción. Incluso la abuela Jane saca el labio inferior y asiente con la cabeza en señal de aprobación.

¡Dios mío! Debo haber sido una persona horrible en otra vida. ¡No hay otra explicación!

—*¡Ava! ¡Caramba!* —exclama Maggie—. *¿Tiene hermanos mayores?*

—No, soy hijo único. Lo siento —responde Nick a la pregunta que era para mí, y no puedo ni quejarme, porque ahora mismo no puedo decir ni una palabra.

—*Y, ¿cómo te llamas, joven?* —pregunta la abuela Jane, y yo sacudo la cabeza lentamente en señal de negación, rogándole en silencio que no forme parte de esto.

—Finnick. Y usted debe ser la abuela Jane, ¿verdad? —No puedo evitar voltear a mirarlo. —Un placer conocerla. Ava habla mucho de usted. De todos ustedes, en realidad. Aunque debo admitir, nunca hubiera imaginado que usted fuera abuela.

Tiene la audacia de intentar encantar a mi abuela, y sinceramente no sé qué me sorprende más: si el intento o el hecho de que funcione.

La abuela Jane sabe de sobra que no es lo que la gente se imagina cuando escucha "abuela Jane", y aun así se infla como si acabara de recibir el mayor cumplido de su vida.

—*Galante* —reconoce ella con una expresión admirada—. *Me gusta.*

—*Entonces, Finnick, ¿qué eres? ¿Nuestro cuñado? ¿El amante de nuestra hermana? ¿Un oportunista barato?* —suelta Lauren, y yo solo quiero morirme. ¡Por favor, que alguien me mate ya!

—Creo que la categoría "amigovio" me queda bien. Tu hermana no quiere hacerme un hombre honesto, ¿sabes? —El hijo de puta me acusa falsamente, y eso es suficiente para mí.

Cierro la laptop de golpe, terminando la videollamada de una vez y fulminando a Nick con la mirada.

Él sigue con la misma sonrisa burlona que ha tenido en los labios desde que entró a este cuarto, y yo quiero arrancársela de la cara con las uñas.

—¡Eres un imbécil! ¡Y está prohibido que hables de esta noche por el resto de nuestras vidas!

Puntualizo cada una de las últimas palabras para dar énfasis a mi exigencia, y todo lo que hace Finnick es reírse más en mi cara.

—¿Es una regla?

—¡Con toda la certeza del mundo!

Él se ríe aún más, y agarro una almohada, lista para lanzársela, pero el movimiento hace que un tirante de mi baby doll se deslice por mi hombro, y recién me doy cuenta de lo que llevo puesto: un conjunto diminuto de dormir con estampado de dulces coloridos.

Finnick parece percatarse de eso al mismo tiempo que yo, y su mirada pasa de divertida a depredadora en un segundo. Incluso el aire a nuestro alrededor parece haberse dado cuenta de mi falta de ropa, porque también cambia, volviéndose pesado y caliente de repente.

Mi celular empieza a sonar en algún lugar del cuarto, pero el sonido no es suficiente para sacarme del trance en el que la mirada de Nick me ha dejado paralizada.

¿Esto es normal para todas las personas con vida sexual activa? ¿Esta intensidad? ¿Esta desesperación por tocar y ser tocado? ¿Esta necesidad de pasar cada segundo con el otro, besando, sintiendo y deseando a un nivel tan abrumador?

Si lo es, ¿qué será de mí cuando finalmente tenga sexo? Aún ni siquiera tengo una vida

sexual real, y estar bajo la mirada incendiaria de Finnick ya es suficiente para hacerme sentir que mi cuerpo está a punto de estallar. ¿Alguien habrá explotado de deseo alguna vez?

—¿Q-qu-qué? —consigo preguntar, porque aunque sus labios no dicen nada, su mirada está diciendo demasiado.

Quiero hacerle otras preguntas, como por ejemplo, por qué desobedeció deliberadamente la regla de no venir a mi cuarto, pero no sale ni una sola palabra de mi boca, porque mi cerebro es incapaz de procesarlas.

Está demasiado ocupado devorando la imagen de Finnick, una y otra vez, como si fuera el mejor banquete y, mierda, ¿a quién quiero engañar? ¡Lo es!

—¿Estás segura de que la llamada está colgada, Dulcecita? —pregunta Nick lentamente, con un tono tan depredador como la expresión en su rostro.

—Sí —respondo, aunque en realidad no tengo idea.

La palabra apenas ha salido de mi boca, y él avanza como la bestia en la que se ha convertido en el último minuto. En una fracción de segundo, mi cuerpo está jadeando, atrapado bajo el suyo en el colchón, y el contacto de su ropa con mi piel desnuda es suficiente para dejarme sensible y erizada.

—Puede que te niegues a hacerme un hombre honesto —se burla—, pero me vas a pagar un poco de lo que me debes.

Y, sin darme oportunidad de responder, Finnick me roba la boca.

Regla número 29

Nunca te fíes de los dulces que te ofrezcan algunos imbéciles. A menos que estés dispuesto a arriesgarlo todo.

FINNICK COLLEMAN

El mensaje en mi reloj casi me hace caer de la maldita cinta de correr cuando me distraigo con el aparato funcionando a la máxima velocidad.

El monitoreo de mi pulso se dispara en un abrir y cerrar de ojos, y aprieto el botón de parada de emergencia, demasiado nervioso para disminuir el ritmo poco a poco. Salto al suelo mientras saco el celular del bolsillo, necesitando ver el mensaje en una pantalla más grande que los cinco centímetros del reloj inteligente.

Dulcecita: ¡Necesito ayuda! ¡Es urgente!

Escribo una respuesta de inmediato, cada célula de mi cuerpo sudoroso está en alerta, y mi respiración acelerada no tiene nada que ver con las casi dos horas que pasé en el gimnasio.

Finnick: ¿Qué pasó? ¿Dónde estás?

Dulcecita: En la cafetería. ¡Ven rápido, es urgente!

La respuesta es completamente insuficiente, así que la llamo, pero la loca me ignora. Es domingo. La cafetería está cerrada y Ava no trabaja los fines de semana. ¿Qué carajos podría estar haciendo ahí que la llevara a una situación tan urgente?

Le agradezco al universo por haber decidido venir en coche, porque hacía demasiado frío para correr hasta el gimnasio hoy. Recojo mis cosas con prisa, pero no tan rápido como conduzco por las calles del campus.

Mi manejo roza lo peligroso, pero como las calles están vacías, llego a *Chapters & Books* en cinco minutos. Me dirijo directamente al acceso para empleados.

—¿Ava? —llamo, entrando a la cocina sin tocar la puerta y mirando a mi alrededor, buscándola.

Encontrarla ahí de pie, perfectamente bien, envuelta en un suéter color vino frente a una mesa llena de dulces es un escenario mucho mejor que lo que había imaginado. Siento alivio, aunque no tiene ningún sentido.

—Ah, qué bueno que llegaste. Ven acá.

Me hace una señal para que me acerque, pero sus ojos están clavados en algo sobre el mostrador que no alcanzo a ver.

—¿Estás bien? —pregunto con el ceño fruncido.

—Claro, ¿por qué no lo estaría? ¿Y por qué estás en camiseta con este frío?

—¡Dijiste que era urgente! Yo estaba en el gimnasio.

—¡Y lo es! —responde poniendo las manos en la cintura—. El nuevo menú debuta mañana y todavía tengo dudas si esto es lo que quiero exhibir en las vitrinas.

Me toma unos segundos procesar lo que Ava acaba de decir, así que me humedezco los labios y me paso la mano por el cabello.

—¿Tu emergencia es el menú de Halloween? —pregunto para confirmar, y Ava pone los ojos en blanco.

Se aleja del mostrador y da la vuelta hasta alcanzarme. Luego, agarra mis manos y me empuja hasta que estoy sentado en la mesa que señaló antes, volviendo al mismo lugar donde estaba.

—Toma. —Me da un cupcake—. Pruébalo, por favor.

Abro la boca, pero la cierro sin decir nada. Aprieto los labios y exhalo despacio antes de intentar de nuevo.

—Necesitamos hablar sobre lo que significa una emergencia, Dulcecita —murmuro molesto. ¡Carajo! Casi me da un infarto—. Y no como dulces, ¿recuerdas? Fuera de temporada, tal vez, pero durante la temporada, ni pensarlo.

Ava suspira y vuelve a poner los ojos en blanco.

—Esta semana tengo la lavada de autos con los atletas, necesito verme bien. Tengo que estar en mi mejor forma —la bromeo, imaginando que, siendo amiga de Alice, Ava ya está enterada del evento que tendremos para recaudar dinero.

Considero una victoria que mi amiga no haya rechazado mi ayuda. Si esto sirve para reducir la distancia que hay entre nosotros, con gusto me quitaré la camisa y lavaré algunos autos para ayudar a los nerds a recaudar dinero para sus regionales.

Tengo la impresión de que Ava se tensa por un instante, pero pronto vuelve a rodear la

barra hasta estar a mi lado, haciendo un puchero que acumula en la comisura de su boca.
Su mirada no me da ninguna pista de cuáles son sus intenciones, hasta que la loca saca un billete del bolsillo y, sin ningún pudor, lo desliza en la cintura de mis pantalones de chándal. ¿Quién diría que la chica que quería ser invisible podría ser tan descarada?

—Seré la primera en contribuir a esa causa tan noble.

Descarada. La agarro por la cintura, atrapándola entre mis piernas y jalándola hacia mí. Ella se deja atrapar, pero cuando avanzo para besar su boca, gira la cabeza, pegando sus labios a mi oído.

—Si quieres besarme, tendrás que probar mi menú —susurra y, enseguida, muerde el lóbulo de mi oreja, pasa la lengua por detrás y sopla. Puta madre. El problema con las chicas buenas...

—¿Estás usando mis trucos contra mí, Ava Margareth Harrington? —pregunto, y aunque no puedo ver su rostro en este momento, estoy seguro de que puso los ojos en blanco ante la provocación.

Todavía no puedo creer que todas las mujeres de su familia tengan Margareth como segundo nombre. Es gracioso, pero también es feo como la mierda.

—Depende, ¿está funcionando? —vuelve a susurrar, haciendo que todo mi cuerpo se estremezca y mi verga pase de estar medio dormida a estar dura como una roca.

Me deslizo hacia el borde de la mesa y empujo el cuerpo de Ava contra el mío, dejándola sentir por sí misma los efectos de su pequeña provocación.

—¿Qué crees? —murmuro, agarrando su nuca y obligándola a mirarme al mover su cabeza.

Entiendo por qué tiene el cabello atado, ya que ha estado cocinando, pero extraño hundir mis manos entre él. Ava me da la mirada más sensual que he visto en toda mi vida y muerde su labio.

—Que te vas a comer los dulces.

La maldita me empuja y se aleja, volviendo detrás de la barra y enderezándose como si no estuviera afectada por nuestro breve momento, aunque su cuerpo está dando todas las señales de que sí lo está. Y mucho.

Su respiración está entrecortada, sus pezones son visibles a través del grueso suéter, y sus pupilas están dilatadas. Cada centímetro de ella está ansioso por más, y yo empujo mi mejilla con

la lengua antes de sacudir la cabeza, riendo.

—Está bien. Me comeré los dulces —cedo, y ella aplaude y salta como una niña emocionada, haciéndome reír más—. ¿Por cuál quieres que empiece?

—El cupcake de dulce de calabaza con coco —dice, empujando el mismo cupcake de antes hacia mí.

Observo el cupcake colorido con un glaseado morado encima y una mini calabaza.

—¿Esto también se come? —pregunto, girando la miniatura entre mis dedos, porque parece de papel, de lo fina que es.

—Sí. Es una galleta —responde Ava, pareciendo muy orgullosa de sí misma, y respiro hondo antes de llevármela a la boca.

El sabor es sorprendentemente bueno, y frunzo el ceño. El azúcar es tan adictivo como una droga, y no consumirlo me ha hecho desarrollar una aversión hacia él. La mayoría de las veces que he comido algo dulce, por algún motivo, solo me ha provocado náuseas.

Del biscochito de Ava, sin embargo, podría comer más. Contengo la risa cuando mi lado inmaduro me dice que no es el único "biscocho" de Ava que me encantaría probar. Llevo el cupcake a mi boca, recordándome que no debo fruncir el ceño cuando sienta el sabor de la crema.

—¡Increíble! —exclamo cuando un sabor completamente distinto inunda mis papilas gustativas, haciéndome parpadear y dar otra mordida al pastelito. Ava suelta una carcajada.

—¿Eso significa que te gustó? —pregunta, y cuando tardo unos segundos en responder, ella pone los ojos en blanco—. No tiene azúcar, Nick. Ninguna de estas opciones tiene azúcar ni gluten.

—Eso no es posible —digo, mientras me como el resto del cupcake de un solo mordisco, observando las quince variedades diferentes de mini postres sobre la vitrina.

—¿Me estás llamando mentirosa?

Ava cruza los brazos frente a su pecho.

—No —digo, pero no puedo evitar entrecerrar los ojos hacia ella. Tomo una mini dona con una costra naranja encima—. ¿De qué está hecha esta cobertura?

—Pasta de maní teñida. Pruébala —me desafía.

—¡Carajo! —Suelto otra exclamación al darle una mordida pequeña a la rosquilla y luego meto el resto de un golpe en la boca—. ¡Eres buena! —la elogio con la boca llena, y Ava suelta una risita—. ¡Oye! —digo después de tragar, dándome cuenta de algo—. Acabas de tachar el número veinticinco de la lista. —Ava frunce el ceño, como si no supiera de qué hablo—. ¿No te sabes tu propia lista de memoria? —le pregunto incrédulo.

—Solo los puntos más importantes.

—¿Cuáles son?

—Todos los que incluyen orgasmos.

Echo la cabeza hacia atrás y suelto una carcajada.

—Sí, no puedo negar la importancia de los orgasmos —sacudo la cabeza de un lado a otro, todavía riéndome.

—¿Cuál es el punto veinticinco? —pregunta.

—Seducir a alguien para conseguir algo—. Ava se encoge de hombros, sonríe y mira hacia arriba, luciendo orgullosa, preciosa como el demonio. —Creo que también tachaste el número veintiuno.

—¿Y cuál es el número veintiuno?

—Seducir a alguien en una situación inusual.

Ella inclina la cabeza, pensativa.

—Creo que convencer a alguien de que coma dulces definitivamente es una situación inusual.

—Me convenciste por completo. ¿Eso es todo lo que tienes o hay algo más para llevarme?

Ava sonríe de lado, extremadamente satisfecha consigo misma.

—Al final no eres un caso perdido, ¿eh? —me provoca.

***

—¿Qué vas a hacer el próximo fin de semana? —pregunto, entregándole a Ava un molde para pasteles, el penúltimo plato limpio que quedaba en el lavavajillas.

La muy descarada se ha encariñado demasiado con su recién descubierta habilidad para

seducir para conseguir algo. Después de probar todos los dulces, la agarré antes de que pudiera protestar, pero cuando la invité a almorzar fuera del campus, me sedujo para que la ayudara con los platos.

Ava toma el molde de mi mano y lo seca con el paño, guardándolo con los otros. Le entrego el último bowl y cierro la máquina.

Inclina la cabeza y mira hacia arriba mientras piensa.

—Creo que nada —responde encogiéndose de hombros.

—Los Lynx juegan en Wisconsin. Vamos el viernes y el equipo vuelve el sábado por la noche, después del partido, pero pensé en quedarme todo el fin de semana. Hay una ruta hacia el lago que he querido hacer desde hace tiempo. Si quieres, podríamos encontrarnos y hacerlo juntos.

—¿Un viaje? —pregunta, echando la cabeza hacia atrás y dejando caer los brazos a los lados—. ¿No crees que nos estamos viendo demasiado? —Ava desvía la mirada, frunciendo el ceño—. No quiero que esto se ponga raro.

Me río, porque, aunque la conozco desde hace poco tiempo, sé lo suficiente como para entender que Ava no está lista para perder su virginidad como quien se arranca una curita.

Durante las últimas dos semanas, la he besado y provocado todo lo que he podido en cada oportunidad, fácil o difícil. Aun así, nunca ha dado el primer paso para quitarse ninguna prenda de ropa. Ni la mía ni la suya.

Ella necesita tiempo, y aunque me sorprende hasta a mí mismo, estoy bien con eso. Mis huevos llenos de semen, no tanto, pero en general...

Me acerco a ella y rodeo su cintura con mis brazos. Ava inmediatamente coloca sus manos en mi pecho, inclinando la cabeza hacia atrás para poder verme la cara. Beso su mandíbula.

—Si quieres tachar el número tres de tu lista, tendremos que seguir viéndonos.

—¡No voy a acostarme contigo en un campamento en las montañas, Finnick! —establece de inmediato, haciéndome soltar una carcajada.

—Es bueno saber que, a pesar de pasar tanto tiempo conmigo, todavía piensas que soy un bruto idiota. —Paso mi pulgar por su mejilla, encantado con el suspiro que deja escapar en respuesta—. Sin presión. Solo es una invitación. Puedes decidir hasta el viernes.

—¿Por qué? ¿Para que, si digo que no, tengas tiempo de encontrar a otra compañía?

Pongo los ojos en blanco por lo poco que confía en mí.

—¿En serio? —Finjo estar ofendido, aunque podría haberme ofendido de verdad.

—Lo siento —se disculpa, bajando la mirada—. No quise decirlo de esa manera.

—No, no, no. —Chasqueo la lengua, sacudiendo la cabeza de lado a lado, y Ava vuelve a mirarme—. No te vas a salir con la tuya tan fácilmente. Estás condenada a compensarme con 89,432 besos por la ofensa.

—¡Ah, claro! Si es así, cuando haga algo realmente malo, voy a estar condenada a besarte por el resto de mi vida. ¡Tendremos dentaduras postizas y bastones, y esa deuda aún no habrá sido saldada, Nick!

Me encojo de hombros, y Ava abre los ojos como platos. Acerco mi rostro al suyo hasta que nuestros labios están casi tocándose.

—Será mejor que empieces ya, Dulcecita.

Regla número 30

Las fiestas en pijama son una excelente oportunidad para espiar a tu pareja. No olvides las gafas de sol.

AVA HARRINGTON

—¡Perdón! ¡Llegué, llegué, llegué, llegué! —Kira entra por la puerta, cargada de bolsas y quitándose los zapatos antes de entrar de verdad a su cuarto—. Perdón, no quería llegar tarde a la noche de chicas, pero me quedé atrapada.

Candice, Alice y yo nos miramos, porque tenemos una buena idea de dónde, exactamente, quedó atrapada Kira: montada sobre la verga de Gus Miller.

Desde que Candy se mudó y comenzó el semestre de verdad, ya no logramos reunirnos las cuatro, como solíamos hacerlo casi todas las noches durante el curso de verano, antes de que los profesores decidieran que freír nuestros cerebros sería su deporte favorito.

Mi horario del primer semestre es sencillo. Nada comparado con la Matemática Avanzada de Alice o la Ética 101 de Kira. Por más emocionada que estaba por la universidad, seguí los consejos de mis hermanas y decidí empezar con calma.

Las únicas materias que se me van de las manos son la maldita Química Industrial y la Filosofía Comercial.

La primera, porque quiero deshacerme de ella cuanto antes. Y la segunda, porque uno de los puntos de mi lista es elegir una asignatura por semestre al azar. Así fue como terminé en una clase del último período.

La Ava del pasado no tenía ni idea de en qué se estaba metiendo cuando hizo trampa para que la música no terminara en Actuación 1. Creo que ella hubiera preferido participar en treinta musicales antes que tener que lidiar con Finnick Colleman.

La Ava del presente ya no está tan segura de qué preferiría.

—¿Por qué nos miras así? —pregunta Kira.

—Porque sabemos muy bien por qué llegaste tarde, ¡zorra! —acusa Alice, recogiendo su cabello oscuro en un moño alto.

—No vamos a hablar de eso —decreta Candice en su pijama rosado, pero rápidamente su

tono vuelve a ser el habitual, dulce—. ¿Por favor?

Nos reímos todas, y nadie se opone. Yo tampoco quiero pensar en la vida sexual de mis amigas. No de esa manera.

Una cosa es escuchar sus perspectivas, pero algo totalmente diferente sería sentarse mientras sus parejas cuentan cómo fue cogerse a alguna de nosotras cuatro.

Kira chasquea la lengua mientras acomoda los snacks que trajo en varios recipientes.

—¿Hablar de qué, eh? —finge que no pasó nada, y Candice suelta una risita aliviada.

Kira es como el rayo de sol del grupo. Siempre llena de energía, moda y anécdotas divertidas. Aunque no podríamos ser más diferentes entre nosotras ni intentándolo, la adoro.

—¿Qué tenemos planeado para esta noche? —pregunta emocionada.

Termina de preparar los aperitivos y entra al baño.

—Yo voto por una noche de películas y empacharnos de azúcar. La noche de chicas no es lo único que he pospuesto estas semanas. En realidad, cualquier tipo de descanso ha estado fuera de mi agenda —grita Alice para que Kira pueda oírla, aunque esté en otro cuarto. El único otro cuarto de la residencia.

—Pensé que habías ido a esa fiesta la semana pasada —comento, recordando que dijo que iría, y Alice se encoge de hombros.

—Las fiestas son divertidas, pero también cansan —murmura, y Candy asiente de acuerdo.

Kira elige ese momento para salir del baño, ahora con un pijama de cuadros y su cabello liso y oscuro recogido.

—Si salieras de tu caparazón... —canta en mi dirección, sacándome una risa.

—¿Y quemaría otra barra de bebidas? —pregunto, mirando a Candy, recordando la primera y única fiesta a la que fui desde que me mudé a Michigan.

Candice y yo aún compartíamos cuarto, y ella estaba en medio del proceso de selección para Alpha Phi. Una de las tareas era llevar a amigas a una fiesta para que pudieran participar en una competencia. Por supuesto, jamás diría que no a los ojitos de gato con botas de Candice, así que fui.

Terminé provocando un pequeño incendio cuando tiré una vela decorativa sobre una mesa

llena de shots de tequila. Al menos pasó después de que ya me habían obligado a tomarme varios de esos shots y tachar de mi lista un objetivo: emborracharme.

Todas nos reímos, y esa es una de las cosas que me hacen sentir tan cómoda con las chicas. Ellas nunca me juzgan, jamás. Al contrario de todos en el campus. Y de Finnick Colleman, por supuesto. Él tampoco me juzga nunca.

Nick me provoca, me fastidia a propósito, se ríe en mi cara, me excita y me besa hasta que mis pulmones imploran por aire, pero jamás, ni una sola vez, me ha juzgado. Parpadeo al darme cuenta de que, mientras estaba perdida en mis pensamientos, el cuarto de Kira y Alice quedó en silencio.

—¿Por qué me están mirando con esa cara?

Las tres tienen sonrisas maliciosas colgando de los labios, y eso me pone muy, muy nerviosa.

—¿Qué tal si nos dices en qué estabas pensando, Ava? —sugiere Kira, extendiéndome un bowl lleno de snacks que acepto.

Me llevo un puñado a la boca solo para ganar tiempo, mientras la observo repartir un bowl a Alice y otro a Candice antes de empezar a distribuir los chocolates y los dulces, y solo después se sienta.

Para mi frustración, las tres son pacientes y no inician otro tema mientras mastico. Esperan a que trague.

—En el proyecto de Filosofía Comercial —digo una media verdad.

Bueno, no es exactamente una verdad a medias, es solo un pedacito de la verdad. La mayoría de los encuentros en los que he estado pensando solo sucedieron por culpa del proyecto del semestre, después de todo.

—¿Ese que estás haciendo con Finn? —pregunta Alice frunciendo el ceño, y mi lengua me pica. Tengo tantas preguntas.

Desde la foto de ellos dos tomados de la mano, en el pasillo de abajo, su relación nunca ha salido realmente de mi cabeza. Y hoy por la tarde, él me dijo que va a ayudar en el lavado de autos de los jugadores para apoyarla.

Nadie se ofrece a pasar horas limpiando autos bajo el sol por alguien que no le importa, ¿no? Pero Alice sigue tan indiferente a hablar de Finnick como lo estaba antes de que él llegara aquí.

Lo cual, en realidad, es bastante normal, pero también está haciendo que mi curiosidad explote.

—Sí, ese. Creo que vamos a necesitar unos libros que están en los archivos —doy la primera excusa que se me ocurre, y gracias a Dios no soy de las que se ruborizan. Alice asiente con la cabeza—. Me dijo que va a ayudar en el lavado de autos —comento como si no fuera gran cosa, porque mi ansiedad me ha desconectado el freno de la lengua.

Alice vuelve a fruncir el ceño, acomodándose en la posición de mariposa y subiendo un poco los pantalones de su pijama negro.

—Sí, se lo mencioné esta mañana, y él se ofreció, pero eso fue temprano —dice con una mueca, y hago todo lo posible para que mi rostro no revele el pequeño ataque de pánico que estoy sintiendo.

Esta mañana. Domingo por la mañana. Cuando no debería haberme encontrado con Finnick. ¡Maldita sea, Ava!

—Me mandó un mensaje esta tarde —miento otra vez. Dios mío, quizás mis hermanas tenían razón y de verdad me estoy volviendo una mentirosa. Necesitamos cambiar de tema—. El lavado de autos cae en mi día libre. Solo quería avisarme que quizá no podríamos estudiar juntos.

Me meto otra porción de snacks en la boca antes de decir algo aún más comprometedor. Alice solo asiente, Candice ya está concentrada en su celular, pero Kira me observa con los ojos entrecerrados. Trago con dificultad.

—¿Qué les parece una maratón de películas de terror? Para entrar en ambiente de Halloween —sugiere Candy, y odio las películas de terror, pero ¡Jesús! Ahora mismo podría abrazarla.

—Me parece bien, pero si apagamos las luces, no garantizo que aguante más de media hora —avisa Alice, y nos reímos, porque incluso con las luces encendidas, nunca aguanta.

—Y hablando de Halloween, ¿dónde está la mercancía, Ava? —pregunta Kira, todavía de pie, apoyando un brazo en su cintura.

—Encima de la mesita —señalo la caja blanca que dejé cuando llegué, y mi amiga prácticamente salta hasta ella.

Kira no se conforma con tomar solo uno de los dulces del nuevo menú que traje al dormitorio, se lleva la caja entera y finalmente se sienta con nosotras en el nido de sábanas, edredones y almohadas que hicimos en medio del cuarto.

—Hablando de Halloween, ¿piensan ir a alguna fiesta? —pregunta mientras elige una mini dona de la caja—. Gus dijo que el entrenador prohibió las fiestas en la fraternidad hasta que termine la temporada. ¿Quién hubiera pensado que un exjugador sería tan amargado?

—Los Delta van a hacer una fiesta increíble —comento.

—¿Y tú vas a ir? —pregunta Kira, y las tres me miran demasiado emocionadas. Reviro los ojos, pero no oculto la sonrisita.

—No sé, pero puedo conseguirles invitaciones si quieren. Chloe está tratando de convencerme de ir como sea. Me ignora en los pasillos, pero parece que soy lo suficientemente fotogénica como para que quiera que salga en las fotos de los eventos oficiales.

—Ah, las maravillas de la vida en la fraternidad... —se burla Kira, llevándose una rosca en la boca.

—No todas las chicas de las hermandades son unas brujas —defiende Candice su clase—. Ava solo ha tenido mala suerte, creo.

—Tienes razón. Todas mis hermanas fueron presidentas de los Delta y, aunque estoy segura de que no eran fáciles, también estoy segura de que no eran idiotas como Chloe.

—Bueno, con presidenta idiota o no, todo el mundo dice que la fiesta de Halloween de los Delta es de las mejores. Yo no rechazaría una invitación —comenta Kira, sorprendiendo a exactamente nadie. Su nombre completo debería ser Kira Fiestera Mori.

Alice se encoge de hombros.

—Yo tampoco.

—Aún no deciden si las Alpha Phi van a hacer fiesta, pero si no lo hacen, también quiero una invitación —dice Candice.

—¡Azúcar, comida chatarra, chocolate y mis chicas! Ahora sí, estoy lista para enfrentar el mundo —declara Kira después de devorar una rosca, lamiéndose los dedos, y todas reímos, pero, en el fondo, yo también me siento igual.

Hacer amigas no estaba en mi lista de cosas por hacer, pero ha sido una de las mejores cosas que me han pasado desde que llegué a la Universidad de Michigan.

Regla número 31

En un lavadero de autos, el calor no viene solo del agua.

FINNICK COLLEMAN

—¿Entiendes que arruinas toda la satisfacción de ver a Parker haciendo algo ridículo si te sometes a la misma humillación sin razón alguna, cierto?

Aiden estaciona al otro lado de la calle, donde sorprendentemente ya hay una fila enorme de autos esperando ser lavados en el evento de los nerds. Supongo que un jugador de hockey semi desnudo y mojado, apartado o no, siempre va a causar ese efecto en la gente. Resoplo.

—No necesito venganza, Aiden —le respondo, lanzando mi mochila al asiento trasero mientras observo al curioso grupo de atletas de matemáticas.

Dos chicas en trajes de baño, Alice con un vestido ligero y el cabello trenzado, un hombre mayor que supongo es el profesor a cargo del equipo, un tipo que, aunque esté lejos, apesta a novato con su polo y tirantes, y Connor Parker.

Y, por cierto, parece ser el único del grupo raro que entiende el concepto de una lavada de autos. Ya está sin camisa y con shorts deportivos negros como su cabello.

—Mierda que eres un aguafiestas, Finn. ¡No importa! Igual voy a subir el hashtag *Colleman X Parker* en Twitter —anuncia Aiden.

—¿Por qué está haciendo esto? —me pregunto en voz alta.

Parker no es exactamente conocido por su bondad. Nunca presta atención a lo que no le interesa. Aunque necesite mejorar sus notas, no creo que el club de matemáticas sea parte de su estrategia. Y seguro que convertirse en un “atleta matemático” no es algo que le interese a un tipo que sabe lo que es un deporte de verdad.

Yo tengo un motivo para estar aquí. ¿Cuál es el suyo?

—¿De verdad necesitas preguntar? —El tono de Aiden me hace voltear hacia él, y veo sus cejas arqueadas—. Mira otra vez —señala hacia la lavada, y ahora, en lugar de concentrarme en el grupo, me enfoco en Connor específicamente.

Está enjabonando un coche, girando alrededor con una sonrisa mientras conversa con el conductor, pero lo que recién noto es hacia dónde va su mirada cuando su atención se desvía de

la lavada: Alice.

—Ah —es todo lo que digo.

—Ah —Aiden repite burlón—. La santita está tirándose al imbécil que casi te destroza los dedos.

—Aiden —le advierto, y él suspira exageradamente.

—Me da igual, para mí está clarísimo, pero si no me crees, pregúntale a ella, carajo.

—Como están las cosas, no me va a contestar. Y no es mi decisión con quién Alice puede o no salir. ¿Esperaba que fuera el tipo de Parker? No, pero si él la está cuidando…

Aiden suelta una carcajada sarcástica.

—Llevo tres años aquí, hermano. Connor es conocido por lo contrario de cuidar. Tiene sexo y no se apega. No cuentes con que eso cambie.

—Si no la lastima, no me voy a meter —es todo lo que digo antes de salir del auto.

Cruzo la calle, rodeando el segundo coche de la fila, hasta donde está Alice sosteniendo un cartel que dice “Ayuda a los nerds a ir a las regionales”, mientras el novato a su lado sostiene otro que dice “Lava tu coche aquí”.

—Vine a ayudar —le digo, y Parker se voltea, mirándome mientras me quito la camiseta y se la entrego a Alice.

Aprieto los labios, conteniendo una sonrisa, recordando la audacia de Ava cuando metió un billete en el elástico de mis pantalones. Mis ojos la buscan por reflejo, pero obviamente no la encuentro.

—Prepárate, profe, vamos a tener dinero para un mejor cuarto —dice el novato en voz alta, pero no le presto atención. Solo me doy la vuelta y agarro uno de los baldes vacíos—. ¡Finn Colleman y Connor Parker lavando autos para los nerds! ¡Esto debería salir en las noticias de UMich!

—Tranquilízate, Clay —gruñe Parker, volviendo a trabajar.

Le doy un beso en la mejilla a Alice y agarro una segunda manguera. Abro el grifo y me dirijo al coche detrás del que está trabajando Connor, empezando a organizar una segunda fila.

No había visto al ex capitán de los Lynx desde aquel encuentro raro en la sala, pero la expresión en su rostro es suficiente para que decida mantener mi distancia. No es asunto mío,

pero realmente espero que Alice elija mejor que él.

Mientras comienzo a trabajar en el primer auto, me doy cuenta de que Parker nunca ha hecho esto antes. Está limpiando como si los “clientes” hubieran venido por la mejor lavada de sus vidas, cuando el objetivo real es solo mostrar algo de músculo mojado y que nos paguen por eso.

En Denver, las animadoras organizaban lavadas todo el tiempo, porque era la forma más rápida de ganar dinero cuando necesitaban viajar para sus competencias. Eran inteligentes, reclutaban a cualquier atleta que estuviera con una de ellas, así complacían todos los gustos y resolvían el problema de presupuesto en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando termino mi tercer auto y Parker sigue lavando el mismo en el que estaba cuando llegué, empiezo a contar. Puede que no quiera venganza ni meterme en su relación con mi amiga, sea lo que sea lo que esté pasando entre ellos, pero competir es tan natural como respirar.

Parker tarda tres autos más en darse cuenta de que ahora no solo tenemos dos filas, también hay dos grupos de gente animando y un marcador improvisado de cartón con mi apellido y el suyo, y marcas que cuentan cada coche que hemos lavado.

—Profesor, usted y Clay podrían hacer una tercera fila en lugar de ayudarme con la mía —dice Parker, rechazando el apoyo que había recibido hace unos minutos, porque hasta su equipo se dio cuenta de que necesita acelerar—. Vamos a hacer esto bien —dice, y sonrío al escuchar su petición, aunque sigo concentrado en mi trabajo.

—¡Pero nuestro evento no es para eso! —responde el profesor.

—Pues ahora lo es, profesor. ¿No ve que todo el campus vino a ver a estos dos? —corrige Clay, llevándose al profesor hacia el final de la fila de autos.

Miro a Connor por encima del hombro, y él frota con más fuerza la carrocería del coche que tiene delante.

El espacio a nuestro alrededor está lleno de gritos, risas y música de fondo mientras el conteo de puntos sube en ambos lados, después de que Parker finalmente se espabiló.

Todo el equipo, titulares y suplentes, pasa por mi fila y por la suya, y Parker me lanza miradas fulminantes cuando los jugadores me tratan con tanta familiaridad como a él. Este tipo es un envidioso de mierda, y eso es algo que nunca me ha gustado de él.

Después de tres horas, cuando el marcador indica quince autos para cada uno de nosotros, Alice se acerca a Connor, y yo observo la interacción por el rabillo del ojo.

—Connor, tienes clase ahora —le dice en voz baja.

—Pero necesito terminar…

—No puedes faltar a clase. Es el acuerdo.

Él se queda en silencio y me mira, porque no pude evitar dejar de enjuagar el Tesla que tengo delante. Connor sacude la cabeza, obviamente molesto.

—Voy a terminar este y…

—Nosotros terminamos —sugiere Gus desde la cerca, donde él y buena parte de los Lynx se han reunido después de lavar sus autos. Parker mira al equipo.

—¿Nosotros?! —gruñe Kill, y Connor se ríe—. ¡Si se enteran que el equipo de hockey está lavando autos, vendrá más gente!

—Los nerds necesitan dinero —grita Parker, y Kill pone una cara de fastidio—. Ya está, Colleman. Ganaste.

—Como siempre, Parker —me burlo, porque siempre es un idiota.

Alice me lanza una mirada molesta y se cruza de brazos. Le guiño y vuelvo a concentrarme en el coche que estoy terminando, pero sigo escuchando la conversación.

—¿Ya acabaron con la competencia de ver quién la tiene más grande?

—Eh… fue divertido —se defiende Connor.

—Él vino a ayudarme, no a competir contigo.

—Pues deberías habérselo dicho, porque no fui yo quien empezó. Tengo que irme.

Me río y sacudo la cabeza, rodeando el coche para enjuagar el otro lado, perdiendo una parte de la conversación. Cuando los dos vuelven a mi campo de visión, el ex capitán de los Lynx está mirándome por encima del hombro.

¿Qué estás haciendo, Alice?

Regla número 32

En caso de duda, cocina. Si las ollas hierven más que tus emociones, al menos terminarás con una buena cena.

AVA HARRINGTON

Necesito desinstalar Twitter.

Hago una mueca al pensarlo. Es ridículo que no me haya deshecho de la aplicación cuando eran publicaciones sobre mí las que me incomodaban, pero ahora que son sobre Nick, realmente he considerado hacerlo. *Demonios.*

Molesta, lanzo el celular sobre la cama y me empujo el cabello hacia atrás, evitando tirarlo. Soy mejor que esto.

La resistencia, obviamente, no ayuda a que las palabras pegadas en las paredes de mi cerebro desaparezcan. No puedo estar celosa de Finnick, ¡carajo!

Esto es tan contradictorio con todo lo que significa mi lista que ni siquiera sé qué pensar. Aun así, los malditos tuits siguen danzando en mi cabeza como si mi cráneo fuera una especie muy especial de tapete de zapateo.

"¡Actualización sobre la rivalidad de los chicos malos de UMich! Parker y Colleman se enfrentaron durante la fatídica lavada de autos de los nerds. ¿Quién diría que un evento tan ridículo podría generar chismes tan buenos?"

"¿Quieres decir que dos jugadores de hockey están compitiendo por la atención de una nerd? ¡Suena como fanfic!"

"Pero, atención, UMichianos! Un pajarito le contó al chismoso que les habla que Alice Banks, la novata de matemáticas, no es el único interés de Colleman, pero es el único con el que se deja ver sin esconderse."

Si estar celosa es ridículo, recordar lo que leí con tanta precisión es patético. *En serio, Ava, ¿cuál es tu maldita problema?*

Creo que la culpa es de lo seguido que veo a Finnick, porque, si no fuera suficiente encontrarlo varias veces a la semana para el proyecto de filosofía, sigue apareciendo en la cafetería incluso los días en que estoy trabajando.

Nick siempre llega entre las once y la medianoche, se sienta en una silla en la esquina de la cocina y me molesta con preguntas y temas aleatorios tanto como puede sin interrumpirme.

Después de que Finnick entra, mis auriculares se vuelven inútiles, porque no para de hablar ni un minuto.

Y aunque me queje un día sí y otro también sobre lo innecesaria que es su síndrome de "guardaespaldas", que no me deja volver al dormitorio sola solo porque es tarde, él sigue apareciendo.

O sea, el fin de semana es el único tiempo libre que tengo de Nick. O lo era, hasta que apareció en mi cuarto el sábado pasado y decidí, al día siguiente, que era una buena idea pedirle ayuda con el menú de Halloween.

Pero fue él quien me dio la idea de hacer un menú completo sin azúcar, aunque fue sin querer, ¡carajo! No parecía justo que fuera otra persona la que lo aprobara.

Siendo honesta, incluso en los fines de semana en que Nick se mantuvo físicamente alejado, desde que comenzamos a besarnos y tocarnos, no podría haber estado más metido en mis pensamientos, aunque lo intentara.

Murmuro para mí misma, frustrada. Luego, sacudo la cabeza, tratando de desordenar las palabras hasta olvidarlas y decido que esta es una pésima noche para no trabajar.

Tomo el celular de la cama y escribo la primera excusa que se me ocurre y que mantendrá a Finnick a más de un brazo de distancia por el resto de la noche.

Ava: No puedo verte hoy, olvidé que tengo un trabajo de Estadística 1 que hacer. Mi compañero solo puede hoy.

Para mi agonía, la respuesta llega casi de inmediato. ¿Responde así de rápido a Alice también? ¡Jesús, Ava! ¡Deja de estar loca!

Nick: ¡No lo puedo creer!

Nick: ¿Ya me estás cambiando, Dulcecita?

Suelto un suspiro al escuchar ese apodo irritante y muerdo mi labio.

Empiezo a escribir una respuesta, pero la borro, pensando que el tono era demasiado serio y Nick podría notar algo extraño. Lo que está fuera de discusión, porque la única cosa fuera de lugar aquí es mi cabeza.

Si ni yo me estoy entendiendo, no tengo la menor idea de cómo explicarle a alguien más, y

mucho menos al causante de mi confusión.

Escribo otro mensaje, uno un poco más divertido, pero también me rindo. Eso es todo. Sin respuesta. Hice mi parte, que era avisar. Lo demás es lujo, y no estoy obligada.

Meto el celular en el bolsillo, tomo la mochila que ya tenía lista y cierro la puerta al salir del cuarto. No voy a usar nada del material de estudio que hay dentro, pero no quiero el trabajo de buscar otra mochila.

Necesito limpiar mi mente, y solo hay una forma de hacerlo.

Regla número 33

Los celos solo están permitidos los miércoles. Así está escrito.

FINNICK COLLEMAN

Me tomó quince minutos darme cuenta del camino que elegí para volver a la fraternidad. Creo que cuando haces la misma ruta todos los días, en algún momento, tu mente empieza a llevarte automáticamente a donde necesitas llegar.

No me sorprende estar a dos calles de distancia de Coffee & Chapters, a pesar de saber que no voy a encontrar a Ava allí. La cafetería se ha vuelto una parada obligatoria, y mi cerebro no entendió que hoy podía cambiar de rumbo.

Ava sigue quejándose de mi insistencia en caminar con ella hasta su dormitorio, sin importar cuánto le diga que no voy a dejarla andar sola a esa hora de la noche si ya estoy en la calle.

Después de todo este tiempo entrando clandestinamente al estadio, era de esperar que alguien ya me hubiera descubierto, pero o no ha sucedido, o no les importó denunciarme al entrenador, y no soy yo quien se quejará de eso.

Esa es la parte de mi rutina que sigue prácticamente igual que en Denver. Al menos tres horas de mis noches todavía están dedicadas al entrenamiento individual, pero allá no tenía una compañera atractiva que me obligara a seguir un esquema de días alternos.

Después de que Ava canceló nuestra cita de hoy, decidí que esta noche era tan buena como cualquier otra para entrenar. El entrenador ha estado hablando mucho sobre mis pases laterales.

Aunque la falta de respuesta de Dulcecita me ha robado gran parte de la concentración en las últimas horas, logré hacer algo decente.

Saco el celular del bolsillo y abro la aplicación de mensajes otra vez, revisando si finalmente me respondió, pero no hay nada nuevo, solo mi broma sobre ser dejado de lado.

Miro la fachada de la cafetería cuando llego a su calle, solo por costumbre, pero frunzo el ceño ante la luz amarillenta a la que ya me he acostumbrado, encendida dentro, en la cocina.

Nunca, ni una sola vez, en todas las noches que estuve aquí, apareció otra persona que no fuera Ava o yo. ¿Acaso el ángel de la guarda de Dulcecita ha estado haciendo horas extras y le

susurró al oído que se mantuviera alejada hoy? ¿Justo el día en que íbamos a ser descubiertos? Me río con el pensamiento.

Ava, entrando en mi campo de visión con su delantal de volantes atado a la cintura y un gran tazón en las manos, hace que la sonrisa en mi rostro sea reemplazada por confusión.

Respiro hondo y me acerco a la puerta principal, observando para asegurarme de que estoy entendiendo bien lo que veo. Ava no me nota, concentrada en amasar lo que sacó del tazón, sin darse cuenta de que hay una figura extraña en la entrada principal de la cafetería.

Cuando queda claro que, sí, está dentro, cocinando, a pesar de decirme que estaría en otro lugar, contorneo la tienda, curioso.

Reprendo a Dulcecita en silencio al girar la manija de la puerta trasera y encontrarla abierta. Ava está sola y con la maldita puerta abierta. El sentido de autopreservación de esta chica simplemente no existe.

Entro y abro la boca para preguntarle si sus planes para la noche cambiaron, pero los enormes auriculares con orejas de gato no le permitirán escucharme, y su sesión de boxeo con la masa aún no ha terminado, así que creo que es mejor no interrumpirla.

Me apoyo en la barra y cruzo los brazos. La forma en que está golpeando la masa deja claro que Ava está furiosa, muy furiosa. ¿Pero de qué?

Después de semanas, ya soy casi un experto en observar la rutina de cocina de Ava, y toda esta violencia definitivamente no forma parte de ella. Mucho antes de que pueda pensar en cualquier culpable de su estado de ánimo, ella se da la vuelta.

—¡Madre mía! —grita con los ojos desorbitados y lleva la mano al pecho—. ¡Jesús! ¿Qué mierda haces aquí, Finnick? —Ava aprieta los puños, cierra los ojos y suelta un largo suspiro.

—Vine a preguntarte exactamente lo mismo, ¿no dijiste que tenías un trabajo que hacer? —Ava hace un puchero y gira el rostro hacia un lado.

—No es tu asunto —dice, relajando las manos que estaban apretadas y señalando hacia la puerta—. Ahora, ¿puedes dejarme en paz?

Retrocedo un poco y entrecierro los ojos. *¿Cómo?*

—¿Me estás echando? —pregunto, moviendo la cabeza. A ver… ¿Es conmigo con quien está enfadada?

—¡Sí! Estoy ocupada y no tengo tiempo para tus tonterías hoy. ¿Te puedes ir? —Toco el centro de mi labio superior con la punta de la lengua, todavía sin moverme—. ¡Es en serio,

Finnick!

—Estás molesta... —empiezo por lo obvio.

—¡Oh! ¡Parece que tenemos a Sherlock Holmes aquí! —se burla, dándose golpecitos en los costados de los muslos.

—¿Y puedo saber qué hice para molestarte?

Ella expulsa el aire de sus pulmones con fuerza, pareciendo más enojada con cada segundo que no me hago a un lado y simplemente desaparezco de su vista.

—¿Y quién dijo que es contigo con quien estoy molesta? —pregunta con la voz entrecortada.

—Nadie, pero...

—¡Pero nada! —me interrumpe, en un arrebato que no debería parecer tan adorable como lo es. Creo que los celos están empezando a afectar mi cabeza. —¡No te debo explicaciones! No tenemos nada el uno con el otro. ¡Puedo hacer lo que quiera, incluso no hablar contigo! De hecho, ¿no tienes otras cosas que hacer? ¿Otra persona a la que ver? ¡Tú también eres libre de hacer lo que quieras, no me importa!

Inclino la cabeza, entrecerrando los ojos cuando su última frase me da un golpe de realidad. Enfrento a Ava y humedezco mis labios. *No puede ser, ¿verdad?*

—¿Ver a otras personas? —pregunto, y la reacción de su cuerpo a eso es suficiente para confirmar mis sospechas.

Ava aprieta los dientes, sus fosas nasales se ensanchan, y vuelve a apretar los puños antes de responderme.

—¡Sí!

La respuesta seca es la guinda del pastel, y la simple idea de que Ava está haciendo todo este escándalo porque tiene celos me hace estallar en una carcajada estruendosa. No me lo esperaba.

En el fondo de mi mente, bajo toda la gracia que encuentro en esta situación ridícula, sé que pensar que es adorable es exactamente lo contrario de cómo debería sentirme al respecto, pero no puedo evitarlo. Ella es demasiado adorable. Muy sexy, incluso cuando está enojada.

Ava me mira como si estuviera dispuesta a envenenar mi comida por todo el tiempo que me río a su costa, y cuando consigo controlarme, finalmente me despego de la barra y elimino la

distancia entre nosotros, extendiendo mis brazos a los lados de su cuerpo y atrapándola entre la barra y yo.

—¿Ya terminaste?

—Si eso significa que te vas, entonces sí, ya terminé —dice haciendo un puchero. Muy seductora.

—No me voy a ningún lado, Dulcecita, pero, como soy educado, estaba esperando mi turno.

—Finn...

—Para empezar —la interrumpo—. Soy Nick para ti. Nada de Finnick por aquí, Finnick por allá. —Ava hace un gesto y revuelve los ojos—. Y creo que necesitamos una nueva regla.

—¿Qué regla? —pregunta entre dientes, y no puedo evitarlo, me río más mientras ella me fulmina con la mirada.

—Solo podrás tener ataques de celos los miércoles —sugiero—. Para mantener las cosas organizadas, ¿sabes?

—¡No estoy celosa! —protesta con voz aguda.

—Alice es mi amiga. Eso es todo —Ava abre los ojos como platos y retrocede un poco.

—¿Y quién habló de Alice?

—Tengo dos suposiciones: la primera es que viste la última invención del chismoso de las redes, y la segunda es que te has vuelto loca —la provoco, y ella entrecierra los ojos, haciéndose la ofendida, pero sus hombros se relajan. Bingo.

—Solo estoy tratando de aclarar las cosas.

—¿De verdad? ¿Qué cosas? —pregunto, acercando nuestros rostros, y Ava duda por un instante, parpadeando sus grandes ojos marrones hacia mi boca antes de conseguir controlar su mirada y enfocarse en mis ojos.

—Todo lo que ya te he dicho, ¡carajo! Que no tenemos un compromiso el uno con el otro...

—Ajá —Rozo mis labios contra los suyos despacio—. ¿Y qué más?

—¡Y que puedes ver y hacer lo que quieras!

Beso la línea de su mandíbula.

—Lo que quiera, ¿eh?

—¡Eso! —Confirma con la voz temblorosa, y muerdo su oreja.

—¿Incluso ver a otras personas? —Lamo detrás de su lóbulo.

—No me importa —asegura con la voz quebrada por el contacto con su piel húmeda.

—Anotado, Dulcecita.

Encojo mi nariz en la curva de su cuello y respiro hondo. Vuelvo a mirarla, disfrutando ver que sus ojos ya están medio embriagados de deseo. Mis manos se aferran a los costados de su cuerpo, y Ava no protesta.

Si la beso ahora mismo, no se opondría, a pesar de todo el drama anterior. Decido hacerlo, pero antes, necesitamos aclarar algunas cosas.

—Solo para que sepas —murmuro, eliminando los milímetros entre nuestros labios de forma tortuosa. Ava mueve el cuello, con los ojos cerrados, sin saber si huye de mí o se entrega —. Solo estoy contigo. Solo estoy viéndote a ti. Y no pienso cambiar eso.

Esto la hace abrir los ojos para mirarme, pero no espero que me dé una respuesta. Suplanto mi deseo, pegando mis labios a los suyos y gruñendo bajo cuando su sabor inunda mi boca.

¿Cómo demonios voy a ver a otra persona si esto es todo lo que quiero? Esto y todo lo que esa chica pueda darme. Ella. Ella es todo lo que quiero.

Ava puede pensar que es torpe en todo lo que no sea cocinar, pero la verdad es que, cuando se trata de encantarme, podría ganar un premio de excelencia.

—Tal vez deberíamos programar también el momento en que tus ataques de celos se conviertan en gemidos y manos traviesas recorriéndome. ¿Crees que de diez y media a once de la noche estaría bien? —provoco con una sonrisita cuando el beso termina porque necesitamos aire.

Ava intenta empujarme y alejarse, pero mantengo mis brazos firmes alrededor de su cintura mientras me río y roce nuestros rostros.

—¡No estoy celosa! —prácticamente gruñe—. De hecho, esa es una nueva regla. ¡Está prohibido sentir celos!

Me río más.

—Ajá... Y podría jugar con eso toda la noche, Dulcecita. No me canso de tus versiones tiernas y molestas, porque la irritada también es un poco encantadora, pero, si ya terminaste de torturar esa masa, deberíamos irnos. Necesitas descansar para aguantar el turno de mañana, y yo tengo entrenamiento temprano.

—No estaba torturando la masa —murmura bajito cuando la suelto, pero me da un beso rápido después de mirar el reloj para confirmar que tengo razón y antes de empezar a organizar la cocina.

La ayudo. Ava guarda la masa en la nevera y deja para mañana por la noche lo que quiera hacer con ella.

Por primera vez, no se queja de que la acompañe hasta su dormitorio y, porque no soy tonto, intento seguir a su lado incluso después del punto donde normalmente me obliga a dejarla ir sola.

Llegamos a la entrada del edificio y Ava se gira hacia mí, pareciendo insegura, aunque hayamos hablado con normalidad todo el camino hasta aquí.

—¿Tú... no quieres entrar?

Mis cejas se levantan de sorpresa, y esa es una oferta tentadora. Tentadora de verdad. Y mi mente se apresura a imaginar todas las cosas que podría hacer con Ava si dijera que sí.

¡Demonios! Me muevo, tratando de lidiar con mi erección repentina, a medianoche de un día cualquiera, maldiciéndome mentalmente por lo que estoy a punto de hacer. Si hay un cielo para los jugadores de hockey comprometidos, ¡carajo! Debería ir allí.

—No puedo, el entrenamiento de mañana es realmente temprano.

Ava me da la espalda y entra al edificio, cerrando la puerta en mi cara; me echo a reír. Me acaricio el labio inferior con el pulgar, sacudo la cabeza de un lado a otro y me doy la vuelta para regresar a la Omega Theta.

Solo di dos pasos cuando la puerta vuelve a abrirse. Miro por encima del hombro para ver a Ava corriendo hacia mí. Ella une sus labios a los míos. Sonrío contra sus labios y muerdo el inferior.

—Si yo fuera un prestamista, estarías en problemas, Dulcecita... Tu cuenta crece cada día más.

Regla número 34

El cielo estrellado, los gestos románticos y los cadáveres no son lo único que puede albergar una reserva forestal.

AVA HARRINGTON

¿Será que ya es demasiado tarde para volver?

Me lamo los labios, observando el paisaje prácticamente desconocido que me rodea. He estado en Connecticut unas cuantas veces, siempre para algún evento familiar. Esta es la primera vez que estoy sola. La primera vez que hago algo en medio del bosque. Y espero que también sea mi primera vez en otras cosas, porque si Finnick Colleman me ha arrastrado a otro estado para nada, juro que esta vez lo castro. Maldición, olvidé amenazarlo con eso antes.

Dios mío, un favor de última hora: que Finnick Colleman no sea un psicópata que ha estado fingiendo todo este tiempo solo para llevarme al bosque y matarme, amén. Una risa inesperada escapa de mi garganta después de esa oración tan ridícula.

Si Nick supiera de esto, probablemente se haría el ofendido porque, a estas alturas, aún me atrevo a pensar que podría ser un psicópata, y seguro añadiría más besos a su ridícula lista de los que le debo.

—Llegamos —me avisa el conductor de Uber, sacándome de mis pensamientos.

Miro a mi alrededor a través de las ventanas del auto, sin ver nada más que rocas y árboles. Es el último punto del parque nacional al que los autos pueden llegar.

A partir de aquí, solo se puede seguir caminando, y eso es todo lo que sé. No tengo idea de cómo regresar, si hay bifurcaciones o cualquier otra cosa entre la ciudad y yo ahora.

Debería haber prestado atención después de pasar la entrada, pero mi cabeza estaba demasiado ocupada en mil cosas. Más atrás aún había algunas personas, pero aquí no hay nadie más que el conductor, yo, y Finnick, si el auto estacionado unos metros más adelante es de él. Ya está oscureciendo, y mi estómago da una vuelta.

¿En qué demonios estaba pensando Nick para decidir que acampar aquí esta noche y hacer la caminata mañana era una buena idea? ¿Y en qué estaba yo pensando al tomar un Uber hasta aquí?

¡Dios! Este conductor podría matarme y deshacerse de mi cuerpo entre estos árboles. Suelto un largo suspiro.

¿Cuánto me odiaría Nick si desisto ahora, vuelvo al hotel, tomo mis maletas y agarro el primer vuelo a Michigan?

¡No seas cobarde, Ava! La voz en mi cabeza es mía, pero la que me habla con ese tono es la de Finnick, y no puedo evitar rodar los ojos.

—Gracias.

Le doy una pequeña sonrisa al conductor, agarro mi mochila y salgo del auto. Meto las manos en los bolsillos de la sudadera de la Universidad de Michigan que llevo puesta, cuando el viento frío congela mis dedos. No quise ponerme guantes porque es otoño.

Supongo que fue una buena elección. Si las cosas se ponen raras, siempre puedo decirle a Finnick que me estoy congelando y que por eso deberíamos volver. Igualmente, nunca ha sido raro antes, porque nunca habíamos estado solos en público.

Inhalo profundamente, como si junto con ese aire fuera a encontrar la valentía que necesito. Saco mi celular del bolsillo y abro la conversación con Nick para seguir su ubicación en tiempo real, que me envió hace unos minutos.

Sí, debí haber hecho esto antes de salir del Uber. Si ese carro de allá adelante no es de Nick, estoy complicadísima. El GPS me dice que sí lo es, y camino rápido hacia una 4x4 que se parece mucho a la que Finnick conduce en Ann Arbor, solo que de otro color.

Esto me arranca una pequeña sonrisa y otro suspiro. ¿Para qué rentar un auto tan grande si solo va a estar en la ciudad un día y dos noches? Mi celular vibra.

—¿Dónde estás? —Nick pregunta apenas atiendo la llamada, y mi estómago vibra de ansiedad. Esto es nuevo.

Es obvio que, en algún momento de las últimas semanas, comencé a emocionarme por nuestros encuentros. ¿Quién no se emocionaría sabiendo que está a punto de ser besada hasta que el cerebro se le derrita o, al menos, tener un par de orgasmos?

Pero la expectativa por ver a Nick nunca se había manifestado de forma física, hasta ahora.

—Ya casi llego. Estoy viendo la parte delantera de tu carro. O bueno, espero que sea el tuyo y no el de un psicópata que usa este parque para deshacerse de cuerpos.

La segunda parte sale de golpe, y Finnick se ríe. Está bien, quizá estoy demasiado preocupada por los psicópatas.

Escucho su risa tanto por los altavoces del teléfono como en vivo, y, un segundo después, aparece frente a mí, rodeando el carro, solo para probar que Finnick Colleman sigue siendo una maldita hermosura incluso en Connecticut. ¡Dios mío!

Cuelgo el teléfono mientras termino de caminar los últimos metros hasta él. Ese cuerpo es una locura. Tal vez empiezo a pensar que una vida triste y sin azúcar tiene algún beneficio después de todo...

Estoy tan concentrada en devorar a Finnick con la mirada que no me doy cuenta del resto del lugar hasta que estoy a solo un paso de él. Me rodea la cintura con sus brazos, sonriéndome con esa sonrisa.

—¿Qué es todo esto? —pregunto sin poder evitar mirar a mi alrededor en el claro, notando cada detalle del cine improvisado.

Hay pequeñas luces colgando entre los árboles que rodean el espacio vacío en medio del bosque, y entre dos de ellos cuelga una tela blanca gigante. El carro grande y alto frente a mí no me deja ver mucho, pero mi imaginación llena los huecos.

—Hola —me dice con una risita y deja un beso en mi mejilla—. Estamos tachando un ítem más de tu lista.

Me toma un momento responder, aún procesando la escena. Claro que sé que un cine al aire libre estaba en mi lista. Solo que... Miro a Finnick. Sigue sonriendo y, lentamente, suelto el aire que estaba reteniendo.

Cuando dijo que se ofrecía a ayudarme a tachar algunos puntos de mi lista, especialmente el número tres, pensé que Nick se refería específicamente a los relacionados con el sexo.

No esperaba esto, y tal vez debería preguntarle ahora mismo a qué ítems exactamente se refería cuando se ofreció. Así evitaría sorpresas en el futuro.

Tal vez, además de la lista de reglas, deberíamos tener una lista de cosas que vamos a hacer juntos. Sería todo mucho más fácil y menos peligroso, porque no tengo dudas: la sensación que está revolviendo mi estómago y acelerando mi corazón ahora es peligrosa. Muy peligrosa, aunque me esté encantando.

—Ven acá —dice, soltándome y tomando mi mano.

Nick me guía hasta la parte trasera del carro, que está justo frente a la pantalla improvisada, y entonces entiendo por qué rentó una 4x4.

La parte trasera de la camioneta está llena de cobijas y almohadas, pareciendo un lugar

extremadamente cómodo para ver una película. Me quedo boquiabierta.

—Creo que eso significa que te gustó —dice con tono presumido, y no puedo culparlo.

Yo también estaría presumiendo como loca si hubiera hecho algo así. La gran pregunta es: ¿por qué? ¿Por qué Nick haría tanto esfuerzo para algo así por mí?

—Sabes que me iba a acostar contigo sin que necesitaras hacer todo esto, ¿verdad? Digo, más o menos para eso tomé un avión...

Me escucho decir, y Finnick chasquea la lengua, negando con la cabeza antes de inclinarse y susurrar cerca de mi oído.

—Acabas de hacer tu cuenta un poco más cara.

Nick me agarra por la cintura y me levanta del suelo, sentándome en el borde de la camioneta como si fuera una muñeca y no pesara nada. Luego extiende los brazos hacia mí, señalando mi mochila.

Se la entrego, y él se dirige a la inmensa tienda de campaña, montada a unos metros a nuestra izquierda, para guardarla. La deja allí y regresa. Con un impulso, se sienta a mi lado.

Se quita los zapatos y los guarda en una bolsa vacía, y no veo otra cosa que hacer, así que hago lo mismo. Me quito las zapatillas y se las paso.

Nos acomodamos hasta que nuestras espaldas descansan sobre los cojines, contra la pared trasera de la camioneta, y descubro que el sofá improvisado es tan cómodo como parece.

—¿Cómo va a funcionar esto? —pregunto, curiosa.

Nick toca con el dedo un pequeño proyector, apoyado en el techo del auto, que no había notado.

—El proyector está conectado a mi teléfono. Reproduzco aquí y se proyecta allá —explica, señalando la pantalla en blanco.

Asiento con la cabeza mientras él desliza los dedos por la pantalla.

—¿Qué quieres ver? Puede ser cualquier cosa, en cualquier plataforma de streaming.

—Eh... —comienzo a decir, pero me detengo, demasiado aturdida por todo para responder rápido—. Elige tú. Solo que no sea nada de terror o suspenso, porque no quiero tentar a la mala suerte en medio de la nada.

Nick suelta una carcajada, y yo muerdo mi labio.

—Entonces veremos mi película favorita.

La página de "Men of Honour" en Netflix llena la improvisada pantalla.

—¿En serio? —pregunto, mordiendo el labio.

—¿No te gusta? —Nick se gira hacia mí con una expresión realmente preocupada, lo que aligera un poco la tensión en mi cabeza porque es tan gracioso que no puedo evitar relajarme. No tiene por qué ser raro. Nada de esto tiene que ser raro—. Ava Margareth Harrington, presta mucha atención, porque esta es una pregunta que define carácter: ¿No te gusta *Men of Honour*?

Pongo los ojos en blanco.

—Es la historia del primer buzo afroamericano de la historia de Estados Unidos, claro que me gusta *Men of Honour* —bufé—, solo que es...

—¿Es...? —insiste cuando hago una pausa demasiado larga.

—Parece muy seria —digo de una vez, y una enorme sonrisa aparece en el rostro de Finnick.

—¿Demasiado seria para qué? —pregunta con una ceja arqueada y una sonrisa pícara. Aparto la mirada—. ¿Para qué, Dulcecita?

—Nada. Olvídalo.

Me cubro las piernas con una manta. Sin los zapatos, las medias no me calientan lo suficiente.

—No, no, no —se niega, chasqueando la lengua—. Quiero saber, Dulcecita. ¿Demasiado seria para qué?

Lo miro y respiro profundo.

—¡Para que podamos besarnos, idiota! —Agito la mano hacia la pantalla—. ¡Él fue el primer buzo afroamericano en la historia de los EE. UU.! No puedo ignorar la biografía solo porque me muero de ganas de besarte, ¿sabes?

Finnick suelta una carcajada fuerte, y yo cruzo los brazos frente al pecho. No por mucho tiempo, porque él inclina la cabeza hacia adelante, apoyando su frente en mi hombro mientras todo su cuerpo tiembla por la risa. Dejo caer los brazos.

—Te dije que eras tú la que tenía las manos traviesas, ¿verdad? —bromea, y le saco la lengua.

Nick es demasiado rápido. Un segundo estoy reaccionando a su provocación, y al siguiente, mi lengua está dentro de su boca, entrelazada con la suya, mientras mi cuerpo se arquea hacia él, intoxicada por su perfume.

Sus manos se enredan en mi cabello suelto, manteniendo mi cabeza en su lugar mientras profundiza el beso, como si quisiera devorarme de una sola vez. Estoy sin aliento y un poco mareada cuando finalmente se aleja.

—Quería hacer eso desde la primera vez que me sacaste la lengua. Cuidado con lo que ofreces. —Me río—. Ok —dice Nick, sonriendo de nuevo—. Ya sé lo que quieres.

—¿Ah, sí? —No puedo evitar preguntar, porque ni yo misma sé qué quiero en este momento.

—Ajá... Quieres una sesión de "Sexflix".

Es mi turno de reír a carcajadas.

—¿Sexflix? No estoy lista para perder mi virginidad en medio del bosque, no importa cuán cómoda sea esta camioneta.

Finnick me arquea una ceja, desafiándome, y es suficiente para que mi cuerpo reaccione a su deseo. Mierda. Se inclina hacia mí lentamente, demasiado lentamente. De una manera criminalmente lenta.

—Voy a penetrarte en una cama, Ava, lo prometo —susurra—. Al menos, la primera vez. —El calor recorre todo mi cuerpo, asentándose en los lugares más inesperados: mis pezones y entre mis piernas. Dijo... la primera vez. ¿Eso significa que habrá más de una? Mi vulva late ante esa posibilidad. ¡Dios!—. Te voy a dar todo lo que quieras, Dulcecita. Cada puta cosa.

Sus labios finalmente rozan los míos, pero es un toque suave, demasiado sutil para el fuego que sus palabras han encendido en mí. Le tomo del cuello, obligándolo a acercarse más, y cuando abre la boca para mí, meto mi lengua de nuevo en su boca.

Sus manos agarran mi cintura y me atrae hacia él. Impulso mi cuerpo hacia arriba y me muevo hasta quedar montada sobre su regazo, frotando mi torso contra el suyo. Cuando empiezo a moverme más, Finnick aprieta mis caderas, deteniéndome, y separa su boca de la mía.

—Soy un hombre de palabra, Ava. Así que, si quieres ver la película al aire libre, será mejor que no te muevas sobre mi verga, o me veré obligado a llevarte al hotel para penetrarte

como ambos queremos.

—¡Jesús! ¿Por qué la palabra "penetrar" suena tan bien cuando la dices tú? —murmuro, apoyando la frente en su hombro mientras el cuerpo de Nick tiembla con una risa suave y me besa el cabello.

—¿Y entonces?

Suspiro.

—Película. Vamos a ver la película.

—Entonces date la vuelta —me pide, y obedezco, girando hasta quedar sentada entre sus piernas, mi espalda contra su pecho, y ambos cubiertos por la manta.

Reclino la cabeza en su pecho, y me estremezco cuando sus labios rozan mi cuello.

—Listo. Tengo la película perfecta para no ver.

Río, observando con desconfianza cómo la pantalla frente a nosotros cobra vida.

—El sonido es bueno —comento en voz alta cuando la música de apertura explota a nuestro alrededor.

—Ajá. —Nick sigue dejando una serie de besos por toda la piel que encuentra entre mi hombro, cuello y rostro. Me retuerzo.

—Dijiste que no podía moverme.

—Lo dije.

—¿Pero tú puedes torturarme?

—Tú pediste "Sexflix", Dulcecita, y soy muy bueno en todo lo que hago.

Las manos de Nick empiezan a moverse por mi cuerpo, provocándome tanto como sus labios, dejándome claro que su único objetivo es torturarme hasta que no pueda más.

Mis ojos se cierran, pero se abren de golpe cuando un sonido familiar llega a mis oídos, y mi risa es tan fuerte que seguro se escucha hasta la entrada del parque.

Marvel.

Finnick eligió una película de superhéroes para no ver.

Regla número 35

Sexflix no es un error de redacción.

FINNICK COLLEMAN

—No aguanto más —susurra Ava después de poco más de una hora de película.

Gracias a Dios, por fin.

Deja a un lado las palomitas que tenía en las manos, se arrodilla, quitando las mantas que nos cubrían las piernas, y se sube a mi regazo de nuevo. Sus dedos se cuelan bajo mi chaqueta. Sus manos están calientes gracias a las mantas, y el suave contacto me pone la piel de gallina.

—Quiero la otra parte de Sexflix —admite, haciéndome sonreír.

Esa palabra tonta suena deliciosa cuando sale de su boca. Enlaza sus brazos alrededor de mi cuello y besa la punta de mi barbilla. Sus labios cálidos siguen acariciándome suavemente hasta llegar al lóbulo de mi oreja.

Ava lo lame, lo chupa, y luego mordisquea la parte superior de la oreja, haciendo que apriete los dientes. Siento cómo el bulto entre mis piernas se vuelve dolorosamente más grande, tensando el tejido de mis pantalones al punto de sentir una punzada.

La erección que me provocó la primera vez que se sentó en mi regazo esta noche no ha desaparecido. No con Ava encajada entre mis piernas y su redondo culo frotándose contra mi verga dura.

Comienza a besar desde una punta de mi mandíbula hasta la otra, dejando un rastro de calor sobre mi piel antes de mirarme de nuevo.

Toco suavemente su mejilla, acariciándola con mi pulgar hacia arriba y hacia abajo, siguiendo la línea de su mandíbula.

—Dijiste que querías una cama, y te prometí que te daría eso —murmuro con voz ronca, rozando mis labios contra su mejilla, aferrándome a la suavidad de su piel como si mi vida dependiera de ello.

—Pero podemos... —dice lentamente, con ansiedad—. Podemos hacer otras cosas.

—¿Qué tipo de cosas? —pregunto en su oído, y Ava gime—. Dime, preciosa, ¿qué es lo

que quieres?

Aparto la cabeza, necesitando verla mientras me cuenta cada uno de esos pensamientos sucios que ha tenido sobre nosotros dos. Mi mirada ya está completamente despojada de cualquier provocación o ironía.

Miro a Ava con tal intensidad que sabe que cada deseo que salga de su boca se va a cumplir. Nos tomará tiempo, porque yo también tengo mis propios deseos que quiero realizar con ella.

Todas las imágenes que mi cerebro ha reproducido en un bucle infinito en los momentos más inapropiados, y en todos los demás también, sobre todo lo que quiero hacer con esta chica. Ava se humedece los labios, sus pupilas completamente dilatadas.

—Yo... —Traga con dificultad y parpadea varias veces—. No lo sé... Solo... Solo te necesito.

—¿Me necesitas, amor?

Ella asiente, con esa expresión que he aprendido a adorar, desbordando de excitación: sus labios rojos entreabiertos y sus ojos fijos en los míos, completamente libres de cualquier duda, llenos de puro deseo.

—Te necesito.

—¿Quieres ir a la cabaña?

—Te quiero a ti.

Sin perder más tiempo, rozo mis labios con los suyos, provocando un suave suspiro de placer. Mis manos se deslizan bajo su sudadera, sintiendo su piel suave y cálida antes de acercarla más, deseando tenerla lo más cerca posible.

Mi lengua encuentra la suya de inmediato, masajeándola, lamiéndola, disfrutando de su sabor dulce y adictivo.

Exploro su boca con hambre, y Ava se agarra a mí, clavando sus uñas en mi piel, levantando un poco mi ropa y dejándome expuesto al frío viento. Pero no importa, porque estoy en llamas.

Una de las manos de Ava baja, acariciando mi verga por encima de los pantalones, de esa manera que ha aprendido en las últimas semanas, llevándome al borde de la locura. No necesita hacer mucho para ponerme al límite.

La beso una y otra vez, acariciando su cuerpo cubierto con dedicación, adorando cada curva que tengo a mi alcance, sintiendo mi piel sudar bajo las capas de ropa.

Cada toque, cada beso es solo un paso más hacia una obsesión en la que me hundo más profundamente cada día. Ava se derrite en mis brazos, completamente entregada, jadeante y deliciosamente excitante.

Desciendo mis labios por su barbilla, chupando y mordisqueando suavemente antes de seguir bajando por su cuello. Mis manos se deslizan hacia abajo, agarrando su culo y empujando sus piernas abiertas contra mi erección.

—Nick... —gime, moviendo sus caderas y frotándose contra mi verga, ignorando completamente lo que le pedí antes.

Maldita sea, quiero que lo ignore.

Me despego del auto, juntando aún más nuestros cuerpos. Levanto la parte delantera de su camiseta y chaqueta.

Su piel, erizada por el deseo y el frío, es deliciosa, y acaricio su vientre plano lentamente antes de extender mis dedos por los costados de su cuerpo, subiendo y empujando el sostén hacia arriba.

Sus pequeñas tetas quedan atrapadas bajo el elástico, sus pezones duros y marrones, rogando por mi boca. Soy generoso, así que abro la boca y chupo uno mientras aprieto el otro con mi mano.

Ava gime, con los ojos fijos en los movimientos de mis labios, excitándose aún más al ver su pezón en mi boca. Lamo el pezón rígido, dejándola ver cómo mi lengua lo rodea lentamente antes de succionarlo, haciendo que ruede los ojos.

Paso al otro pecho, no queriendo dejarlo de lado, y mis manos descienden, una agarrando su culo con fuerza mientras la otra alcanza el botón de sus pantalones y lo desabrocha.

Mis dedos se cuelan dentro, por debajo de su ropa interior, sintiendo sus cortos vellos y deslizándose hasta hundirse en un calor húmedo tan delicioso que me hace perder la cabeza.

—¿Qué fue lo que te puso tan mojada, amor? —Soplo sobre su pecho, sensible por la intensidad de mis labios.

Había evitado tocarla sin barreras antes, porque sabía lo que eso me haría, lo irracionalmente desesperado que me haría sentir por estar dentro de ella. Pero ya no puedo resistir más. Es imposible.

Arrastro mis dientes por su piel, y el temblor que Ava me provoca en respuesta me empuja más allá de mi autocontrol. Cada vello de mi cuerpo se eriza, y siento como si mi corazón estuviera bombeando puro deseo por mis venas.

Mi lengua sube y baja por el redondeado montículo, viciada en el delicioso sabor de Ava. Ella sube las manos por mis brazos hasta enredarlas en mi cabello, tirando de él, perdiendo la voz cuando chupo su pezón con la fuerza suficiente para dejar una marca.

—¡Tú! ¡Fuiste tú!

La respuesta llega sofocada por jadeos, y finalmente muevo dos dedos hacia arriba y abajo por su húmeda entrepierna. Ava tiembla en mi regazo, jadeando, comenzando a mover sus caderas, subiendo cuando mi mano baja y bajando cuando ella sube.

Sus suspiros y murmullos se transforman en gemidos altos y descarados, tragados por la noche. La sensación es tan embriagante que solo pasan unos minutos antes de que me sienta completamente intoxicado por ella.

La fina capa de sudor en su piel, su pecho jadeante, los sonidos que escapan de su boca, la expresión de abandono en su rostro, todo me empuja al borde del descontrol, listo para devorarla como un animal hambriento.

—Así, amor, muévete bien delicioso sobre mis dedos, déjalos bien empapados, como lo vas a hacer con mi verga —murmuro, alternando la atención de mi boca entre sus pechos, con mi mirada fija en la suya, sintiendo cómo mis testículos se tensan con cada movimiento.

—¡Nick!

Ava repite, esta vez más agudo, más cerca de colapsar con cada embestida, sin dejar de moverse, encontrando mis dedos en cada impulso, restregándose, gimiendo y volviéndome loco hasta el punto de que siento que podría acabar y eyacular solo con el placer de sentir su humedad en mi mano y ver su rostro consumido por el placer.

Vuelvo a besar su boca, devorando cada sonido delicioso que sale de ella, apretando sus pechos maltratados entre nosotros hasta que Ava grita y se estremece completamente en mi regazo.

Detengo mis dedos sobre su clítoris, aplicando presión, prolongando su orgasmo, mientras siento gotas de sudor deslizarse por mi espalda, a pesar de que la temperatura ronda los catorce grados.

—Dijiste que —comienza, jadeando—, para ponerte la boca encima, tendría que estar completamente desnuda y de rodillas. Dime que estás dispuesto a negociar eso, porque realmente

quiero chupártela, pero no hay forma de que me quede desnuda en medio del bosque.

La mezcla de súplica con exigencia tiene un tono que es parte capricho, parte orden y parte desesperación, haciéndome reír contra sus labios.

—Vamos a la tienda, amor, y te muestro lo dispuesto que estoy a negociar cualquier cosa contigo.

Regla número 36

Alvin y las ardillas es un engaño de Hollywood. Ten cuidado con los roedores.

AVA HARRINGTON

—No abre.

Dice Nick, cuando estoy a punto de burlarme, ofreciéndole ayuda para abrir la enorme tienda de campaña, azul y blanca. Parpadeo, echando la cabeza hacia atrás.

—¿Cómo que "no abre"?

Ni siquiera puedo contener la risa en mi voz, pero mis cejas se fruncen cuando él intenta forzar el cierre de la tienda una vez más, sin éxito. *No es posible.*

—Déjame intentarlo —pido, y Nick se aparta. Bajo el cierre, pero no pasa nada. Intento subirlo, aunque no hay espacio para que corra, solo intentando destrabarlo, pero tampoco funciona—. ¿Tienes unas tijeras?

—¿Tijeras?

—Sí, voy a hacer un corte, sacar el cierre y volver a colocarlo.

—¿Y eso funcionará? —pregunta, desconfiado, y yo ruedo los ojos.

—Claro que va a funcionar. La otra opción es dormir afuera, y eso no va a pasar. Está haciendo más frío cada segundo.

—Espera, voy a buscarlas en la camioneta.

Se va y abre la puerta detrás del asiento del conductor. Yo golpeo el suelo con el pie mientras espero que vuelva, demasiado ansiosa por entrar ya en la maldita tienda y hacer realidad al menos algunas de las muchas imágenes que recorren mi mente.

Nick vuelve, extendiéndome las tijeras. Gracias a las luces que colgó entre los árboles, el claro está bastante iluminado, así que puedo ver la barra con claridad.

Aun así, agarro las tijeras con todo el cuidado del mundo después de agacharme, mientras las dirijo hacia el cierre. Si me equivoco, voy a rasgar toda la tienda, y entonces de nada servirá

que el cierre funcione.

Junto las partes entre mis dedos pulgar e índice y hago un pequeño corte. La pieza de metal se suelta en mi mano cuando la jalo, y sonrío. Aprovecho la abertura que hice para abrir la puerta de la tienda, deshaciendo, a pura fuerza, el trabajo que el cierre cerrado había hecho.

—Ok, ya la abriste, pero ahora, ¿cómo vamos a cerrarla? —pregunta Nick, y me río.

—Con la fuerza de la mente —me burlo, inclinando la cabeza para mirarlo. Sus ojos se entrecierran hacia mí, pero hay una pequeña sonrisa en la esquina de su boca.

—¿Me pasas la solapa? —le pido, extendiendo la mano, esperando que me alcance la parte de la tienda que se separó cuando abrí la "puerta".

—Toma.

Nick la agarra y me la acerca, pero me congelo con la mano extendida cuando escucho un ruido entre los árboles.

—¿Escuchaste eso?

—¿Eso qué?

El ruido suena de nuevo.

—¡Eso!

—Debe ser solo un animalito.

—¿Un animalito? —pregunto con la voz chillona, poniéndome de pie. Nick se ríe.

—Estamos en una reserva forestal, Dulcecita. Hay animales aquí. Por eso necesitamos que la tienda se cierre: para mantenerlos afuera.

La simple idea de un bicho arrastrándose dentro de la tienda mientras dormimos me hace estremecer, y distraída con las imágenes horripilantes que de repente llenan mi mente, no lo noto hasta que es demasiado tarde.

Algo oscuro y peludo sale de entre los árboles y corre hacia nosotros a una velocidad aterradora. Grito, y cuando esa cosa pasa por encima de mi pie, levanto las manos, sacudiéndolas en desesperación mientras cierro los ojos, sin querer ver mi propia muerte.

—¡Ava! —La voz de Nick suena distante, aunque sé que estaba a solo un par de pasos. Sus manos se posan en mis mejillas, sintiendo la temperatura de mi piel, que cayó drásticamente

en un segundo—. ¡Dios mío, estás helada! Solo fue una ardilla. Ya se fue.

Una ardilla. ¡Una maldita ardilla! ¡Dios santo! ¡Puta madre!

Suelto el aliento que tenía atrapado y mantengo los ojos cerrados por un momento más. Cuando los abro, encuentro una sonrisa descarada en el rostro de Nick.

—¡No vamos a hablar de esto! —le advierto, y él suelta una carcajada nada discreta.

—Déjame adivinar: ¿es una de tus reglas?

—¡Definitivamente es una de mis reglas! —gruño, lista para agacharme y volver a lo que estaba haciendo, pero de repente me doy cuenta de lo imposible—. ¡Mierda!

—¿Qué pasó? —pregunta Nick, de repente serio, mirándome como si buscara alguna herida.

—Yo... —Trago en seco, ¡no lo puedo creer! ¡Maldita ardilla!—. Perdí el cierre.

***

Cierro los ojos cuando el sonido del motor se apaga nuevamente. Desmontar el cine al aire libre y el campamento fue relativamente rápido, pero no lo suficiente.

Todo mi cuerpo está encendido y sensible, mi piel parece estar demasiado ajustada, y mi respiración, aunque se ha calmado, está lista para descontrolarse en cualquier momento.

Es como si la adrenalina hubiera exigido tanta atención de mi cuerpo que, cuando bajó, simplemente hizo que volviera a enfocarse en las sensaciones con las que estaba lidiando antes y las multiplicara por diez.

El orgasmo debería haber aliviado los efectos de la lenta y larga tortura de los labios y manos de Nick antes de que abandonara por completo la película, pero parece que estallar en mil pedazos solo empeoró todo.

El clímax solo sirvió para convertir en urgente una necesidad que antes estaba latente y para hacerme extremadamente consciente de cada mínimo movimiento que hacía el hombre a mi lado.

¡Por el amor de Dios! El miedo que sentí debería haber sido suficiente para borrar todo de mi mente.

En cambio, de repente, es como si Nick se moviera en cámara lenta, y hasta un simple gesto suyo o el abrir y cerrar de sus labios mientras habla parecen provocaciones descaradas a mi

mente, loca de deseo.

Necesito, desesperadamente, más de él, pero el maldito auto no quiere colaborar para sacarnos de aquí. Nick gira la llave una vez más, y la camioneta hace un ruido como si fuera a arrancar solo para apagarse al instante. Me muerdo el labio y siento su mirada sobre mí. Abro los ojos.

El cielo oscuro y con pocas estrellas sobre nosotros hace que todo sea aún más tortuoso.

—¿Estás bien?

—Todo bien —miento, pero la risita que suelta me deja claro que no.

Su mano alcanza la mía y la lleva a sus labios, dejando un beso antes de lamerme de forma provocativa.

—¡Nick!

—Perdón, no me pude resistir... ¡Es que estás tan buena!

—Estoy volviéndome loca aquí... —gimoteo, y él se ríe de nuevo.

—Lo sé, yo también... Si no hago una broma, te voy a agarrar aquí mismo, y el vehículo es uno de los lugares donde quiero cogerte, pero no la primera vez, y definitivamente no en uno alquilado.

Otra vez con lo de la "primera vez". Eso significa que habrá más, ¿verdad? Me estoy volviendo loca, pero todavía puedo entender el contexto.

Finnick exhala fuerte y gira la llave otra vez. El motor hace un sonido sordo, pero no dura nada. La camioneta se apaga de nuevo.

—No hay caso. No va a arrancar. —Cierro los ojos de nuevo—. Y, desafortunadamente, cuando se trata de mecánica, soy un cero a la izquierda.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunto, moviéndome en el asiento hasta quedar de frente a él.

—Llamar a una grúa.

—¿Y cuánto tiempo va a tardar eso?

—No tengo idea, Dulcecita, pero creo que al menos una hora.

Gimo frustrada, y él estira la mano, esta vez colocándola en mi cuello y masajeando

suavemente, intentando que me relaje, pero, aunque suene salvaje, sé que solo hay una cosa capaz de calmarme ahora.

—Está bien. —Me encojo de hombros, tratando de ser racional. Pasé toda mi vida hasta ahora sin sexo. Hace tres meses ni siquiera sabía lo que era llegar al orgasmo sin usar mi mano o un vibrador. Puedo esperar unas horas más hasta llegar al hotel—. Qué más da.

Finnick se inclina y sus labios rozan los míos en un beso suave y cariñoso. Luego toma el celular del compartimento del auto, pero frunce el ceño.

—¿Qué pasó?

—Se quedó sin batería.

Pongo los ojos en blanco. Claro que se quedó sin batería. Porque el universo me odia. Me odia con todas sus fuerzas.

—Usa el reloj —le recuerdo, y Nick se sube la manga del suéter para mostrarme que no lo trae puesto.

—Me lo quité y olvidé ponérmelo antes de salir del hotel.

Saco mi celular del bolsillo y se lo paso a Nick después de desbloquearlo. Él toma la tarjeta del seguro del parasol y marca el número, pero de repente se detiene.

—¿Qué pasó? —pregunto, ya sabiendo que no puede ser nada bueno.

Debí haber sospechado que las últimas semanas sin grandes desastres no eran un signo de que mi eterna mala racha había terminado. Solo estaba acumulando tranquilidad a crédito, y algo me dice que la factura finalmente ha llegado.

—No tienes señal.

—¿Cómo que no tengo señal? —Le quito el celular de las manos.

No tiene sentido. Las barras de señal estaban llenas cuando llegamos aquí, y eso fue hace, ¿qué? ¿Dos, tres horas? Pero la pantalla no miente: la batería está llena, pero no hay señal.

Miro el reloj en mi muñeca, y también está sin señal.

—Debe ser por el auto —digo, soltando el cinturón de seguridad. Abro la puerta y salto fuera, aunque, ahora, sin las luces instaladas por Finnick, estamos prácticamente sumidos en una oscuridad que me da escalofríos.

Salir no cambia nada. Levanto el teléfono, camino hacia adelante, hacia atrás y en todas direcciones intentando encontrar algún punto específico donde el celular funcione, pero no pasa nada.

Reinicio el teléfono, y se apaga. Mi estómago empieza a revolverse. Mi piel sigue estirada de la tensión, pero ahora por una razón completamente diferente.

El aparato se enciende de nuevo, pero sigue sin señal. Finnick abre la puerta de la camioneta y se acerca a mí. El pánico debe estar escrito en mi cara.

—¿Nada?

Niego con la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer?

Él pone las manos en la cintura y mira alrededor, frunciendo los labios.

—Podemos esperar aquí. Alguna patrulla debería pasar antes de que cierren el parque —sugiere.

Esa alternativa hace que mi corazón se acelere, y no de una buena manera.

—¿Y si no pasa ninguna patrulla?

—Podemos pasar la noche. Tenemos mantas, algo de comida, agua. Estaremos bien.

—¿Toda la noche? ¿Sin calefacción? —Mi voz se quiebra, delatando lo mucho que no me gusta esa idea. Nick se acerca y pone sus manos en mis mejillas.

—Oye, oye... Todo va a estar bien. Solo es un contratiempo. No tenemos que quedarnos, podemos caminar hasta la entrada.

—Pero la entrada está a diez minutos en auto.

—Lo dice la chica que vino aquí para hacer senderismo.

—Eso fue antes de que una ardilla me dejara sin techo y de que sintiera que mi cuerpo está a punto de entrar en combustión.

Sus ojos se entrecierran mientras acaricia mi mejilla.

Mi corazón no debería detenerse de forma voluntaria en medio de la ansiedad creciente solo para emocionarse con el cuidado que veo en sus ojos, ¿cierto? No, pero lo hace de todos

modos.

Aprieto ligeramente los dientes, intentando mantener mis emociones lejos de mi cara e ignorar el pánico que crece ante la idea de caminar por el bosque, de noche, en la oscuridad. La idea está llena de tragedias potenciales, y me estremezco.

—Vi un puesto de comunicación a unos quinientos metros de aquí cuando llegamos. Podemos pedir ayuda allí. ¿Te parece? —Asiento con la cabeza. Él besa mi frente—. Genial. Tengo una linterna. Voy a buscarla y a cerrar el auto. ¿Quieres algo? ¿Unas galletas? ¿Agua? ¿Llevar una manta?

Esta vez niego con la cabeza. Finnick besa mi frente de nuevo y se aleja. Me gustaría hacer algo más que ser completamente inútil, pero, en cuanto pierdo su contacto, el pánico invade mis venas, haciéndolo imposible.

Consigo forzarme a encender la linterna de mi celular.

—Vamos —dice él, sujetando mi mano. La mínima sensación de seguridad que había desaparecido vuelve a mí. Caminamos en silencio por unos minutos antes de que él vuelva a hablar—. Vas a poder decir por ahí que ya has explorado un bosque, de noche.

—Preferiría no tener esa experiencia en mi currículum —murmuro, y él se ríe.

—¿Qué pasa? Un poco de aventura nunca mató a nadie.

—Y solo puede decir eso quien está vivo.

Finnick se ríe más, acercándome a su lado y rodeando mis hombros con su brazo. El calor de su cuerpo llega al mío en olas, y yo suspiro, sintiendo que la sensación burbujeante bajo mi piel crece un poco más, expulsando un poco de la seguridad que me brinda el entorno.

—Nunca me dijiste cómo aprendiste a cocinar.

—¿En serio? ¿Quieres hablar de cómo aprendí a cocinar ahora?

—Sí, quiero.

—Si estás tratando de distraerme de nuestra muerte inminente, ¡te juro que te voy a atormentar en el infierno, Finnick!

—Ya hablamos de eso, soy Nick para ti. No te preocupes, si yo predigo nuestra muerte, te lo diré. Quiero un último beso antes.

Me río, aunque no quiero. *Maldita sea.*

—Mi abuela me enseñó. Fui una niña ansiosa. Mis padres intentaron todo tipo de actividades que puedas imaginar. Deportes, música, pintura...

—Espera —me interrumpe—. ¿Fuiste atleta?

Sueno como un resoplido.

—Eso lo dices tú. Soy completamente torpe...

—Si no me lo dijeras, ni lo notaría —me interrumpe para burlarse, y yo le lanzo una mirada desafiante.

—¡Físicamente, idiota! No tengo el equilibrio que tienes tú. Ojalá pudiera tener esa habilidad. No entiendo cómo hay deportes que no requieren equilibrio, porque para mí, parece que todos lo exigen de alguna manera.

—¿Y la música? ¿Por qué no funcionó?

—No tengo paciencia...

Él me interrumpe otra vez, ahora con una risa escandalosa.

—Otra cosa que no hubiera notado si no me lo hubieras dicho... Ay, ay, estoy aprendiendo tanto sobre ti esta noche, Dulcecita...

—Pues, para mí, nada nuevo. Estás siendo el mismo idiota de siempre —murmuro.

—Entonces cuéntale a este idiota cómo tu impaciencia arruinó tu carrera musical.

—No podía interesarme en algo tan abstracto. El progreso era lento, y sentía que no estaba aprendiendo, así que solo me ponía más ansiosa.

—¿Y ahí descubriste la cocina?

—Fue por casualidad. Una mañana, mi abuela Jane estaba probando una receta. La molesté para que me dejara ayudar. Me dejó, y me sentí más tranquila que nunca. Fue como si, por primera vez, mi mente tomara un descanso, ¿sabes? Claro que no entendía nada de eso, solo tenía ocho años, pero los adultos a mi alrededor también lo notaron y nunca más me dejaron parar.

—Hemos llegado —avisa, y parpadeo, avistando una pequeña cabaña con una luz amarillenta afuera.

¿Cómo que hemos llegado? Finnick besa mi cabeza, como si pudiera ver la incredulidad

escrita en mi rostro. Tal vez sí, ya que ahora tenemos luz.

Nick levanta el teléfono del gancho y marca el número pegado en la pared. Leo el resto de la información allí, tratando de lidiar con mi ansiedad.

El parque cierra a las nueve y veinte y tiene patrullas cada hora. No pueden alcanzar todas las áreas todo el tiempo, pero todas las casetas son revisadas.

La entrada está a dos kilómetros de aquí, y el centro de la ciudad, a ocho. El parque fue fundado hace sesenta y dos años y se extiende por más de cincuenta kilómetros de áreas verdes y rocosas alrededor de una montaña.

Cuando pienso que ya ha pasado suficiente tiempo para que Finnick haya conseguido una respuesta, vuelvo a mirarlo, y él sacude la cabeza de un lado a otro, negando. Nadie responde. Genial. ¿Acaso si grito atraeré bichos venenosos o asesinos enmascarados?

Nick presiona el botón, cancelando la llamada, y marca el número otra vez. Seguimos sin ser atendidos.

—Creo que vamos a tener que esperar a la patrulla. ¿Qué hora tienes?

Enciendo la pantalla del celular y aprovecho para verificar si la señal ha vuelto, pero las barras siguen en cero.

—Ocho y veinte.

—Allí dice que la última patrulla se hace después del cierre del parque. Solo necesitamos esperar. ¿Qué prefieres? ¿Bajar o esperar?

Trago en seco, tratando de controlar el caos dentro de mí y fallando miserablemente. Me encojo de hombros, resignada.

—Pues, ya que estamos aquí, avancemos, no creo que se largue a llover...

Nick toma mi mano y comenzamos a bajar, pero, como si hubiera sido invocada por mis palabras, apenas hemos dado cincuenta pasos, y la lluvia cae torrencialmente.

Nos empapamos en menos de cinco minutos, caminando por un sendero que se vuelve más fangoso con cada paso, en la oscuridad, iluminando el camino con nada más que dos linternas, y una de ellas es un celular.

Porque, por supuesto, para mí, no hay nada tan... Corto el pensamiento de golpe. Dios me libre de atraer más caos.

La frustración va llenando mis venas poco a poco, y, mucho antes de llegar a la entrada del parque, ya ha reemplazado todos los otros sentimientos que ocupaban mi pecho de manera tan caótica.

Mi cuerpo y mente se enfrían y se vuelven tan fríos como mi piel con cada paso empapado que doy.

Finnick me mantiene lo más pegada a él posible mientras caminamos, ignorando el agua fría que nos golpea y el viento helado de la noche de otoño, como ha hecho con todos los desastres que han ocurrido desde que decidimos entrar a la tienda de campaña.

Desearía poder hacer lo mismo, pero no puedo. Él sigue hablando sobre todo tema que se le ocurra, y yo respondo, pero, con cada minuto, me siento más miserable.

No era esto lo que tenía en mente cuando subí a un avión, y, a pesar de que Finnick esté disfrazando la situación de la mejor manera, estoy segura de que sus expectativas también eran muy diferentes.

Desearía estar sorprendida y no solo frustrada, pero la verdad es que este es solo otro día en mi vida. Uno en el que, como siempre, todo sale mal. Parece que mi suerte finalmente se ha agotado.

Desearía que hubiera durado un poco más.

Regla número 37

Cuando sube la temperatura, las prioridades cambian, a menos que aparezcan visitas inesperadas.

FINNICK COLLEMAN

—¿Qué haces aquí? —pregunta Ava, molesta, y parece agotada, aunque no físicamente, cuando abre la puerta del dormitorio y me ve frente a ella.

Entro en su habitación, obligándola a retroceder unos pasos, y cierro la puerta. Extiendo mi mano hacia ella. Dulcecita no hace ningún movimiento, así que agarro su mano y la jalo hacia mí.

—Hice las cuentas, y todavía me debes una noche. Se suponía que íbamos a regresar a Ann Arbor mañana.

Ava carraspea, claramente fastidiada.

—Si hubiera pasado un minuto más en Connecticut, probablemente hubieran declarado el estado de emergencia en la ciudad.

Aprieto los labios para no reír, porque está exagerando como siempre.

Obviamente, el campamento no salió como habíamos planeado. Y claro, llegar al hotel y descubrir que esa parte de la ciudad estaba sin luz y que no la restablecerían hasta la mañana siguiente tampoco fue lo más divertido.

Pasar la noche en el aeropuerto, porque adelantamos nuestro vuelo que se retrasó siete horas, tampoco fue lo ideal. Pero no es como si nos hubiéramos quedado atrapados en una tormenta o algo peor.

Ava está tan acostumbrada a que todos le digan lo exagerada que es con los desastres, que empezó a creérselo.

—No seas dramática —bromeo—. Ven acá.

Ella suelta un largo suspiro, pero no se resiste. Apoya la cabeza en mi pecho y envuelve mis caderas con sus brazos.

Aspiro profundamente el aroma de su cabello y la aprieto contra mí. Cuando se separa,

hay una mirada insegura en su rostro.

—Yo... —Exhala con fuerza y cierra los ojos por un segundo—. Sé que teníamos planes para el fin de semana, pero no estoy de humor, Nick.

Resoplo y revuelvo los ojos.

—Si sigues con esas ideas tontas, de verdad me vas a deber besos por el resto de nuestras vidas. Y acabas de aumentar tu deuda en doscientos mil más. —Ava tuerce los labios, pero se acerca de nuevo a mí—. ¿Pudiste descansar? —pregunto, acariciando su mejilla con el pulgar.

—No mucho. —Hace una pausa e inclina la cabeza—. ¿Sabes? Dormir juntos está contra las reglas, y venir aquí también.

La protesta es tan débil que sé que Ava solo lo dice por pura formalidad. Y su fragilidad debería inspirarme a ser un mejor hombre, pero también puedo jugar ese juego.

—Pero teníamos un permiso especial, otorgado por nosotros mismos, para el fin de semana —bromeo, y Ava entrecierra los ojos hacia mí.

—Ese permiso solo era válido fuera de Michigan.

Asiento con la cabeza, soltando un largo suspiro.

—Tienes razón. —Dejo caer mis brazos a los costados, y las cejas de Ava se levantan. Está claro que no esperaba que le diera la razón—. ¿Quieres que me vaya? —pregunto, y sus labios se abren en una “O”, pero se quedan así solo hasta que le sonrío.

—¡Imbécil!

Mi sonrisa se amplía.

—En mi defensa, nunca hubo la más mínima posibilidad de que me fuera —murmuro, rozando nuestros labios lentamente. —Me voy a quedar aquí, Dulcecita, y voy a cuidarte.

—Es una extensión del permiso especial —decide.

—Lo que tú quieras... ¿Ya comiste?

—Sí. Pedí algo por delivery.

—Perfecto. ¿Qué quieres hacer? ¿Ver una película? Hoy puede ser una película seria. —Ríe por lo que estoy insinuando—. ¿O prefieres dormir?

—Dormir. Creo que no aguanto una película.

—Entonces vamos a la cama, Dulcecita —digo con una voz deliberadamente maliciosa, y Ava revuelve los ojos, pero me guía hacia su colchón.

***

Me está mirando.

Mis ojos aún están cerrados, y ni siquiera estoy seguro de si puedo decir que estoy completamente despierto, pero sé que me está mirando y necesito concentrarme para no reírme.

¿Quién lo diría? ¿Que Dulcecita era de esas personas?

—Para alguien que le tiene tanto miedo a los psicópatas, deberías saber que es muy típico de ellos quedarse mirando a la gente mientras duerme.

Mi voz sale ronca después de tantas horas sin hablar. Nos quedamos dormidos rápidamente la noche anterior, ambos exhaustos por todo lo que había pasado.

—Te despertaste, qué bueno.

Sus palabras son un ronroneo que hace que mi ya dura erección palpite aún más. Carajo. No sé si me gusta esta tortura, o si la odio, porque probablemente Ava no tiene intenciones de hacer nada para ayudarme con esta erección matutina.

Seguramente, pasó los últimos minutos pensando en cómo sacarme de su cuarto sin que nadie lo note, ahora que todo el edificio está despierto y en pleno movimiento en esta mañana de lunes.

Ava se mueve en la cama, haciendo que las sábanas y el edredón crujan.

—Creo que vas a querer abrir los ojos para ver esto —advierte. Aunque no me lo hubiera pedido, el tono jodidamente sexy que usa me habría hecho abrir los ojos de inmediato.

Y ¡mierda!

Ava está desnuda. Completamente desnuda. Desnuda para morirse. Creo que acabo de tener un infarto a los veintidós años.

Está de rodillas en la cama, mostrando su piel morena y esas curvas deliciosas frente a mí, haciendo que mi respiración se quede atrapada en la garganta. No puedo concentrarme en nada a nuestro alrededor que no sea ella.

Tiene una mirada traviesa y una sonrisa de lado mientras baja los labios para besar mi pecho desnudo, y continúa deslizando su boca por mi torso. Su lengua recorre cada uno de mis abdominales y luego sube otra vez.

—Tuve un sueño —murmura, y su aliento caliente sobre mi piel fría por el aire acondicionado hace que se me ericen todos los pelos del cuerpo.

—¿Un sueño? —repetir lo que acaba de decir es lo único que mi cerebro aturdido logra hacer.

—En él, nada salió mal anoche... —Ava habla lentamente, marcando cada palabra con un beso en mi piel—. Logramos meternos en la tienda de campaña, y me mostraste hasta qué punto estabas dispuesto a negociar cualquier cosa conmigo.

Chupa uno de mis pezones, y no puedo contener el gemido. Ava sigue bajando, y cuando llega al elástico de mi bóxer, la única prenda que tengo puesta, su lengua roza el límite entre la tela y mi piel, sin apartar los ojos de los míos.

—Carajo, amor. Esto es pura maldad.

Mi comentario torturado hace que su sonrisa se ensanche y que en sus ojos brille ese destello travieso. Ella es quien está de rodillas, pero soy yo quien está rendido. Ava lo sabe y disfruta cada segundo. Carajo, yo también disfruto cada segundo.

—Pero entonces, me di cuenta de que anoche pudo haber sido un desastre —dice, jugando con la lengua en el elástico, probando su resistencia y logrando levantarlo de vez en cuando—, pero esta mañana puede ser lo que queramos que sea. Eso de las segundas oportunidades y bla bla bla, ¿sabes? —Sopla sobre el rastro húmedo que deja su lengua y yo me estremezco—. Así que dime, Nick. ¿Me vas a mostrar qué tan dispuesto estás a negociar?

Exhalo todo el aire que estaba reteniendo, pero no logro normalizar mi respiración. Mi pecho sube y baja rápido mientras mi mente, nublada, procesa lo que acaba de decir.

No sé qué exactamente me paraliza, si es la imagen de una Ava completamente desnuda, si es su voz arrastrada y melódica como nunca antes la había escuchado, o si son todas las cosas que veo en sus ojos, pero la provocación tan descarada me devuelve el control de mis movimientos.

Mi mano va directo a su culo redondeado, apretándolo mientras mis ojos recorren su piel morena, porque Ava desnuda sería un espectáculo de puta madre en cualquier circunstancia, pero de lado, en la posición en la que está ahora, puedo verlo todo.

Su culo en el aire, sus pechos apuntando hacia mi cuerpo, rozando mi abdomen y mis

muslos, sus piernas deliciosas... todo. Puedo ver cada centímetro de mi chica.

Su cabello sigue recogido en un moño alto, igual que cuando nos acostamos anoche, así que puedo ver cada línea y expresión de su rostro, cada matiz en su mirada.

—Quítame los bóxers, y te muestro cuánto, Dulcecita.

Ella muerde su labio, la pose que había adoptado esta mañana se tambalea por un segundo, antes de que Ava recupere el control. *Buena chica.*

Sus dedos se infiltran por los costados de mi bóxer, y yo levanto las caderas para ayudarla, pero la dejo llevar todo el control de la situación. Ava jadea y muerde sus labios cuando mi verga salta, dura e hinchada, con la cabeza roja y brillante.

La expresión en su rostro casi me hace perder la paciencia y querer arrebatarle el control. Tengo ganas de tomar su cabello, jalar su boca hacia la mía y besarla hasta que se derrita debajo de mí, pero no hago nada de eso.

Sigo deslizando mi mano por su cuerpo, bajando cada vez más, amenazando con tocar su entrepierna, que estoy seguro ya está chorreando por mí, y subiendo, arrancando pequeños gemidos y suspiros de protesta de los labios de Ava mientras ella me tortura con su mera existencia.

Ella lanza mis bóxers lejos, luego apoya una mano en el colchón, entre mis piernas, y la otra finalmente me toca. Su mano pequeña no alcanza a rodear por completo mi erección, pero Ava la acaricia con suavidad, mucha suavidad, y se inclina hacia adelante.

Es como si la escena ocurriera en cámara lenta, y cada movimiento suyo está conectado a mis nervios. Cada centímetro que avanza es como si me noqueara, y cuando su lengua caliente y húmeda finalmente me toca, podría avergonzarme y acabar ahora mismo. ¡Carajo!

Su boca es como terciopelo derretido, envolviéndome en la caricia más deliciosa que he sentido en toda mi vida. Mientras lucho por mantener los ojos abiertos y no derramarme en sus manos de inmediato, casi me pierdo la súplica silenciosa en los ojos de Ava, porque aún no ha terminado de destruirme.

—Todo lo que quiero es sentirte, amor. Nada más —logro decir con firmeza, aunque mi cuerpo entero está invadido por escalofríos.

Quito la mano de su cuerpo y apoyo ambos brazos detrás de mi cabeza, alejándolos de ella para que se sienta completamente libre de explorar. Ella puede hacerme lo que quiera, aunque me mate en el proceso.

Su respuesta es rodear el glande con su lengua cálida, mirándome fijamente en cada movimiento, y yo aprieto los dientes, sintiendo cómo mis testículos se tensan.

Repite el movimiento, cubriendo la cabeza con sus labios, rodando la lengua con mi verga ya dentro de su boca. La visión, junto con la sensación, me vuelven loco. Ava saca mi verga de su boca con un "pop" y respira profundamente.

—Respira por la nariz, amor. No tienes que aguantar la respiración —le explico, y ella asiente antes de lamer todo mi largo como si fuera un dulce, sin detenerse al llegar a mis testículos.

Ella los lame, y el gemido que recibe a cambio la anima. Los mete en su boca y los chupa lentamente, probando mi reacción, que no es más que una serie de maldiciones que la hacen sonreír.

Ava se acomoda entre mis piernas, quedando de frente a mí. Sus pechos pequeños rebotan con cada movimiento de su torso, su culo alzado, sus ojos fijos en los míos. Mierda, si esto no es el paraíso, no sé qué lo es.

Sus labios vuelven a cerrar alrededor de la cabeza de mi verga, y ella empieza a moverse, bajando y subiendo, tragándome cada vez más, probando hasta dónde puede llegar y enloqueciéndome en el proceso. Sus manos se aferran a mis muslos, y yo gimo profundamente.

El placer recorre todo mi cuerpo, subiendo y bajando por mi columna y extendiéndose por cada uno de mis huesos. Mis gemidos se vuelven más constantes y altos, y mis huevos se tensan más y más con cada lamida y succión de Ava.

Ella se vuelve más ansiosa, deslizando su boca hasta que siento el fondo de su garganta, y sé que no voy a aguantar más. No sé si por su mirada excitada provocándome, por la saliva que gotea de las comisuras de su boca mientras me traga, o por el aire que respira esta mujer sirviéndome de provocación.

—Si no paras, voy a acabar en tu boca.

La advertencia me cuesta lo poco de cordura que me queda, pero Ava lo entiende como aprobación y repite el movimiento varias veces, hundiendo mi verga en su garganta como una profesional, aunque su boca no pueda tragarme por completo.

Grito mientras eyaculo, disparando fuerte, y el sonido de su arcada rápidamente me hace agarrar su cabello y jalarla. Mi semen escurre por su mentón y sus tetas, cubriéndola por completo, haciéndola aún más hermosa, más irresistible.

Tiro de Ava hacia mí y tomo su boca, saboreando mi propio sabor en su lengua y sin

importarme nada más que devorarla hasta que ambos nos fundamos en uno solo. No tengo ninguna duda de que mi verga estará lista de nuevo en poco tiempo.

Chupo su lengua, dominando su boca y presionando su cuerpo desnudo contra el mío, frotando sus pezones duros contra mi pecho y apretando su culo firme mientras empujo su cabeza contra la mía, profundizando el beso.

Ava gime en mi boca y rasguña los costados de mi cuerpo con sus uñas cortas, haciendo que mi piel arda deliciosamente mientras baja hasta tomar mi cabello, suspirando y jadeando.

—¡Ava! —La voz que invade la habitación, a través de la puerta principal, tiene un tono de desesperación que solo rivaliza con el mío.

¡La puta madre, no! ¡No puede ser, carajo! Nos congelamos, manos y bocas detenidas en medio de los movimientos como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa.

Nuestros pechos suben y bajan agitados, y nuestras respiraciones son los únicos sonidos constantes.

—¡Ava! —La voz llama otra vez, y ahora, golpea la puerta inmediatamente después.

—Es Kira —susurra Ava, y en algún lugar de mi mente nublada por el deseo, sé que es su amiga, la que vive al otro lado del pasillo y que comparte cuarto con Alice.

—¡Ava! ¡Por el amor de Dios, despierta y sálvame la vida!

Regla número 38

Las caídas dan miedo, pero ser golpeado por un pastel, aún más. En ambos casos, grita.

AVA HARRINGTON

La multitud enloquecida a mi alrededor hace temblar las gradas con cada movimiento, como si entendieran todos los detalles del juego, que se mueve tan rápido que apenas puedo seguirlo con la vista.

¡Ni siquiera puedo ver el maldito puck!

¡Dios! ¡Esto es rapidísimo!

Los jugadores se deslizan sobre el hielo con una agilidad increíble, mientras el puck va de un lado al otro. Intento, a toda costa, entender las reglas, pero la mayor parte del tiempo mis ojos se clavan en el número ocho en acción.

Se mueve con naturalidad, sus patines cortan el hielo con facilidad y siempre lo mantienen en el centro del juego, donde ocurre todo. Nunca pensé que los uniformes pudieran ser interesantes, pero Nick hace que incluso eso se vea sexy.

Con padres nacidos y criados en Tennessee, mi familia siempre ha sido de béisbol, definitivamente no de hockey. Hasta llegar a UMich, nunca había tenido contacto con el deporte y, salvo por cierto jugador, sigo tan desinteresada como siempre.

Aun así, mi curiosidad me trajo hasta la Yost Ice Arena, un jueves por la noche, porque estaba demasiado intrigada por cómo sería ver a Finnick sobre el hielo.

Hablar fue una de las pocas cosas del fin de semana pasado que no fue un desastre completo. Nick y yo conversamos de muchas cosas, y me contó que aprendió a patinar casi al mismo tiempo que a caminar.

Entendí que su relación con el hockey es similar a la que yo tengo con la cocina, aunque también muy diferente.

Además, hoy es mi día libre y deberíamos habernos encontrado, pero gracias al juego contra el equipo de la Universidad de Pensilvania, no lo veré hasta mañana, cuando Nick venga a buscarme a la cafetería después de su entrenamiento, como siempre.

¿Y qué otra cosa cambió después de nuestra aventura en el bosque? Desde que Kira nos interrumpió el lunes por la mañana y Finnick tuvo que escabullirse por la escalera de incendios.

Solo... estoy desesperada por él. Eso es todo. No hay una mejor manera de describirlo.

Ya estaba obsesionada con su cuerpo, su olor y sus caricias, pero desde que estuve tan cerca de tenerlo dentro de mí, no puedo pensar en otra cosa.

Esta semana, quemé una tanda de muffins. Nunca había quemado una tanda en toda mi vida.

Muerdo mi labio, moviendo la cabeza de un lado a otro en la pista, siguiendo los movimientos de un solo par de patines en lugar del puck.

Mi cabeza, ignorante en hockey, decidió que la victoria del número ocho es lo único que realmente importa en este juego. Si eso significa que el resto de los Lynx también ganen, bien por ellos.

Intenté pasar desapercibida en mi camino hasta aquí, pero algunas miradas curiosas aún queman mi piel de vez en cuando, y casi puedo oír los pensamientos de la gente a mi alrededor, preguntándose qué demonios hace la Reina del Desastre aquí.

Tal vez incluso lo estén diciendo en voz alta, pero gracias al caos de las animadoras dentro, no puedo oír. Trato de disimular mi nerviosismo, sintiéndome como si estuviera en una montaña rusa emocional.

Quiero que Finnick juegue bien, quiero verlo, pero al mismo tiempo, quiero salir corriendo de aquí.

El número ocho roba el disco del equipo contrario, dominándolo con maestría, y contengo la respiración, con el corazón acelerado.

Regatea a algunos jugadores, deslizándose entre ellos con una agilidad que me deja boquiabierta, acercándose cada vez más al arco.

Aprieto las manos en puños, pegando los codos a mi cuerpo, atenta a sus movimientos, por rápidos que sean, sintiendo mi corazón latir en la garganta, esperando el gol.

Y entonces sucede. Un grandulón del equipo contrario avanza hacia Finnick con toda su fuerza.

Lo veo en cámara lenta, cuando el jugador golpea a Nick con tanta fuerza que mi corazón salta un latido y me olvido de mi intención de pasar desapercibida.

Finnick pierde el equilibrio, sus patines vuelan por los aires y cae de espaldas al hielo. La multitud a mi alrededor suelta un suspiro colectivo, y yo expulso el aire de mis pulmones con toda la fuerza que puedo reunir.

Levanto las manos y grito, maldiciendo al hijo de puta que derribó a Finnick, y soy acompañada por toda la hinchada de los Lynx. La caída fue tan inesperada y brutal que cuesta creer lo que está pasando.

Finnick permanece tendido en el hielo por un momento, aparentemente aturdido, y mi estómago se revuelve con más intensidad cada segundo que no se levanta.

Los árbitros se acercan para evaluar su condición, y la tensión en el estadio es casi palpable. Se puede sentir el miedo y la preocupación de la multitud.

El juego sigue detenido y, en algún lugar de la arena, una pelea comienza entre los jugadores de los Lynx y los de Penn, pero no aparto los ojos de Nick.

Se sienta y luego se levanta. El árbitro le dice algo, imposible de saber qué, luego Nick se desliza hacia su entrenador en el borde de la pista para tener otra conversación rápida.

El juego reanuda y los jugadores suplentes de los Lynx golpean sus sticks contra la pared interna del estadio, haciendo un ruido ensordecedor, mientras Nick pasa junto a ellos, volviendo al centro del hielo, decidido a seguir jugando. La multitud aplaude como loca.

¡Mierda! Creo que no tengo corazón para esto. Suspiro aliviada, aunque mi pecho sigue vibrando con un ritmo frenético. La caída fue aterradora.

Sabía de las expectativas del deporte sobre Finnick y de cómo lo llaman "la promesa de la década". Verlo levantarse y volver a jugar como si nada hubiera pasado me hizo entender un poco por qué.

El primer gol después de la caída es suyo y, a medida que el juego avanza y Nick sigue buscando la victoria incansablemente, decido que es un jugador de puta madre, aunque no tenga ni idea de las reglas del juego.

Anota otro gol y gira, listo para volver al centro de la pista, entonces su mirada se cruza con la mía y parpadea por un instante, como si dudara de lo que ve.

Muerdo mi labio, nerviosa, sin saber cómo se sentirá al verme invadiendo su espacio, porque hasta ahora, siempre ha sido él el que invade el mío, lo cual parece justo, ya que la lista es mía.

Pero él me sonríe con esa sonrisa que es solo mía, disolviendo cualquier preocupación que

pudiera tener y haciendo que mi pecho vibre de una manera completamente diferente a antes.

Quizás le envíe un mensaje diciéndole que deberíamos celebrar su victoria juntos, porque no tengo dudas de que va a ganar.

Aunque parece durar una eternidad, todo esto sucede en un abrir y cerrar de ojos. Nick vuelve a concentrarse en el juego, y noto las miradas curiosas de las personas a mi alrededor. ¡Mierda!

Me quedo hasta el final del tercer tiempo, cuando los Lynx ya están ganando seis a dos, y salgo del estadio antes de que el caos del final del juego me devore junto con la multitud.

Es tonto, pero sonrío todo el camino de regreso al dormitorio, y al llegar y recibir un mensaje, mi sonrisa se convierte en una risita. Tuvimos la misma idea.

Nick: ¿Las victorias son razón suficiente para que me den un permiso especial?

Ava: ¿Cuántas derrotas has tenido esta temporada?

Nick: Ninguna.

Ava: No sé... No suena como un buen trato.

Nick: Si me dejas, te demuestro que es un excelente trato...

Nick: Muchas veces...

Nick: En muchas posiciones diferentes...

Ava: ¡Maldita sea, Nick!

Nick: ¿Eso es un sí?

Ava: ¡Sí!

Nick: Entonces espérame despierta. Es mi turno de descubrir a qué sabes...

Ava: ¡Esa es una muy buena forma de empezar a demostrarme que tenías razón!

***

—*¡Me encanta esta! Pero todavía prefiero la de mujer maravilla* —dice Lauren mientras

doy una vuelta.

Me miro en el espejo y al mismo tiempo me muestro frente a la cámara para que mi hermana pueda ver otros ángulos del disfraz. Chasqueo la lengua, alisando la falda a cuadros del uniforme de colegiala traviesa. Definitivamente, este no.

—No voy a salir por ahí embalada en una fantasía de vinilo, Lauren.

—*¿Y por qué no?*

—¡Porque es ridículo!

Me quito la corbata y desabrocho la camisa, arrancándola de mi cuerpo. La falda y las medias salen justo después.

—*¡Es Halloween! ¡Se trata de ser ridículo!*

—No, no lo es. Se supone que debe ser aterrador, y si no me voy a vestir de algo aterrador, tampoco me voy a vestir de algo ridículo. Estamos buscando algo divertido.

Lauren bufa y pone los ojos en blanco.

—*Pruébate la de caperucita roja* —sugiere, y agarro el vestidito con volantes y la capa. Me pongo el disfraz—. *Ese no va, no me gusta.*

Tengo que estar de acuerdo con ella, y me quito otro disfraz. Gracias a Dios, la pila se está acabando. Mis hermanas exageraron y me enviaron veinte modelos diferentes. Cada una eligió cinco, y ahora podría montar un mercadito de disfraces de Halloween. Según ellas, no debería repetir disfraz en las fiestas.

Lo que me gustaría saber es: ¿qué les dije para que creyeran que voy a más de una fiesta?

En realidad, quiero ir a algunas fiestas como parte de la experiencia universitaria y todo eso, pero definitivamente no tengo la energía para ser una de esas chicas que saltan de fiesta en fiesta y luego apenas sobreviven a las clases básicas.

Me pruebo el disfraz de ninja.

—Me gusta este —digo, girando la cabeza de un lado a otro, mirando mi reflejo enmascarado.

La verdad es que me gusta bastante. Tomo una foto en el espejo.

—*¡A mí también me gusta! Es mi segundo favorito, el primero es la de enfermera asesina.*

—También me gustó esa, y creo que puedo hacer un maquillaje genial.

Lauren frunce los labios y asiente con la cabeza en señal de aprobación.

—*¡Me encanta ver esto, Ava! Esforzándote en verte bonita, ¡aunque sea para lucir fea! ¡Qué orgullo!*

Chasqueo la lengua y pongo los ojos en blanco.

—¡Vete a la mierda, Lauren!

Mi hermana se ríe a carcajadas y sigo probándome disfraces, separándolos en montones de "no" y "tal vez" hasta terminar con la pila. Cuando lo consigo, elijo mis tres favoritos del montón de "tal vez".

—Listo, voy a dejar que Nick elija cuál quiere que use.

Agarro el celular y selecciono las fotos de mis tres favoritos para enviárselas a Nick, porque sí, ellas también le enviaron disfraces a él. El momento en que tuve que pedirle sus medidas fue tan incómodo...

Hace poco más de una hora que terminó el partido. Debería llegar en cualquier momento, pero soy impaciente. Como siempre, responde a mis mensajes casi de inmediato.

Nick: Te ves sexy en todos, pero lo que quiero es verte sin ninguno de ellos.

Me río a carcajadas, decidiendo que ese comentario es una promesa y sintiendo que se me eriza la piel ante la expectativa de que la cumpla.

—*¿Y esa sonrisita?* —pregunta Lauren. ¡Jesús! Por un segundo, me olvidé por completo de ella—. *¿Es bueno en la cama?* —interroga con tono chismoso, y yo me río de nuevo, porque sé perfectamente lo que mi hermana está haciendo: intentando averiguar algo para después presumirle a las demás que lo supo primero.

—Todavía no lo sé, pero planeo averiguarlo pronto.

—*¿Qué tan pronto?*

—¿Esta noche? ¿Mañana en la mañana? Si mi ángel de la guarda coopera, mañana por la noche como máximo, porque ya estoy a punto de subir por las paredes. ¡Estoy ansiosa, Lauren! —admito, tirándome en la cama y girando la computadora para que mi hermana pueda verme desde mi nueva posición.

—Va a ser el primero, pero no va a ser el último, Ava. Relájate y disfruta. La primera vez suele ser una mierda, no importa lo que hagas.

—¡Qué buena onda, gracias! —Me quejo, y Lauren se ríe.

—¡Es verdad! Te lo digo para que no te frustres. Es incómodo al principio, pero luego mejora. Mejora mucho... mucho...

—¡Ok, ok, ok! ¡Lo entendí y estoy contando con eso! —Y con todas las veces que Nick sugirió que tendríamos más que solo mi primera vez, pero no le digo eso a Lauren.

Estoy de acuerdo con ella, aunque en realidad no puedo ni imaginar cómo el sexo con Finnick podría ser malo. Solo sentirlo desnudo el otro día fue suficiente para llevarme al cielo.

Chupársela fue una experiencia increíblemente excitante, y estoy segura de que, si no hubiera sido por la interrupción abrupta de Kira, que llegó desesperada a usar el baño cuando Alice estaba usando el del dormitorio de ellas, probablemente hubiera tenido sexo con Finnick.

En ese momento, mientras sus manos y boca estaban sobre mí, con su semen embarrándonos a ambos, simplemente parecía inevitable. Él parecía tan desesperado como yo, y fue imposible no sentirme poderosa al saber que yo era la razón por la que estaba así.

—Bueno, mi trabajo aquí está hecho, y no es como si estuvieras prestando atención a lo que digo de todos modos...

—Perdón, ¿qué?

Perdí el hilo de lo que Lauren estaba diciendo. Sus palabras fueron suficientes para sacarme de mis pensamientos, pero no para hacerme enfocar antes de que terminara.

—Nada. Buenas noches, Ava. ¡Beso!

—Chau, Lauren. Saluda a todas de mi parte.

Ella cuelga la llamada, y yo me dejo caer sobre el colchón con un suspiro. Sonrío como una tonta mientras espero, pero pasa una hora, y mi sonrisa se desvanece cuando sigo esperando.

Me siento y me levanto, guardo los disfraces que no elegí, organizo un poco el cuarto, como, me cambio de ropa y sigo esperando...

Estoy a punto de enviarle un mensaje a Nick, preocupada por él, cuando mi celular vibra y la notificación me hace respirar aliviada al ver que es un mensaje suyo. De nuevo, tuvimos la misma idea.

Nick: Lo siento, Dulcecita. No voy a poder ir. Uno de los chicos del equipo bebió demasiado y causó problemas en el bar donde fuimos a celebrar la victoria. Estoy tratando de evitar que llamen a la policía, pero no sé cómo van a terminar las cosas ni a qué hora saldré de aquí.

Nick: Lo siento mucho.

Muerdo mi labio y bloqueo la pantalla sin responder después de leer el mensaje. Me desinflo como si fuera un globo que se desata y vuela por los aires hasta quedar vacío.

Al menos avisó, ¿verdad? Y no hizo nada malo... Solo fue a celebrar con el equipo antes de venir aquí, lo cual es más que justo.

Es exactamente lo que quiero. Es exactamente lo que pedí. Y es exactamente por eso que tenemos una lista de reglas, para que nada cambie, bajo ninguna circunstancia.

Entonces, ¿por qué, de repente, tragar se me hace más difícil? ¿Por qué una verdad que ya sé -obviamente no soy la prioridad de Nick- parece tan desconocida?

Lo que tenemos es un acuerdo, no importa cuánto deseo sienta cuando estamos juntos, porque al final, es solo eso: deseo.

Él piensa que estoy buena, y yo necesitaba a alguien con quien perder la virginidad. Me lo repito una y otra vez en mi cabeza para no olvidarlo.

Regla número 39

Los calderos están aún más calientes cuando hay brujas alrededor.

AVA HARRINGTON

—¡Ey! —Nick me aprieta suavemente la mano, obligándome a detenerme en la acera antes de entrar a la Delta.

—¿Qué pasa?

Me giro hacia él, y sus ojos recorren mi cuerpo lentamente, acariciando mi piel y haciéndome estremecer en una fracción de segundo. ¡Ok! Definitivamente, hoy tiene que desaparecer la virginidad. No creo que pueda aguantar mucho más.

Mis ojos tampoco fingen timidez. Pagan la admiración descarada con la misma moneda, devorando a Nick de pies a cabeza.

A juzgar por la manera en que está vestido, parece que viene de un evento de gala: camisa blanca con las mangas arremangadas hasta los codos, los tres primeros botones desabrochados, una corbata de moño colgando sin nudo en el cuello, y pantalones negros.

Son los detalles los que hacen toda la diferencia. Finnick disfrazado del Joker es impresionante. La sonrisa siniestra y el maquillaje elaborado lo hacen parecer aún más misterioso.

Increíblemente sexy y, al mismo tiempo, un poco aterrador. Hasta el cabello teñido de verde contribuye al conjunto arrollador.

Me pregunto si mi obsesión con los psicópatas, de alguna manera, me hizo simpatizar con ellos, porque no debería encontrar a Nick tan atractivo cuando está disfrazado de loco y asesino.

Tal vez sea mi propio disfraz de Harley Quinn el que me esté afectando. ¡Dios! Necesitamos tener sexo.

—Iba a decirte que tomáramos una foto, pero si sigues mirándome así, te juro que te voy a arrastrar al auto y meterte en una habitación, amor. Podrás elegir si en la mía o en la tuya, pero no vamos a salir de ahí en toda la semana.

Me río, ignorando el calor que me provoca esa palabrita de cuatro letras cuando no estamos envueltos en la niebla del deseo. *No significa nada. Es solo un apodo tonto.*

—¿Una semana, eh?

—Mierda, con lo loco que estoy por ti, podría secuestrarte por un mes y tal vez ni eso sería suficiente.

Me acerco a él y levanto la cabeza en una petición silenciosa. Él inclina el rostro y me besa con ganas, justo en medio de la acera, donde cualquiera que pase puede vernos.

Sé que solo lo permito por el anonimato, pero es tan bueno no tener que preocuparme por esconderme. Podría, realmente podría acostumbrarme a esto.

—Me gusta esta versión tuya —murmura contra mi boca, su mano sosteniendo mi nuca de la manera que adoro.

—¿Sociopata?

—Desinhibida —corrige, dándome otro beso rápido.

—Después de la fiesta me encierras en el cuarto y no me dejas salir hasta que hayamos tachado al menos tres cosas de mi lista.

—Varias veces —añade, y me río, poniéndome de puntillas para robarle un último beso cuando él se aparta.

—¿Otra foto?

Nick saca su celular del bolsillo. Me ha estado fotografiando desde que me recogió en la puerta del edificio de matemáticas. Me arreglé allí para que nadie supiera de qué dormitorio estaba saliendo.

¿Obsesivamente precavida? Un poco, pero más vale prevenir que lamentar. Preferí que me llamara loca, pero tener la oportunidad de disfrutar nuestra noche sin preocuparme por escuchar las palabras "Reina del Desastre" hoy.

La alternativa era salir de mi propio cuarto y pasar toda la noche preocupada de que alguien se diera cuenta de que, debajo de la peluca, los shorts de lentejuelas y la máscara azul y roja, soy yo.

Me dio pena no ver a las chicas en sus disfraces. Candice y Kira finalmente hicieron público que están en pareja, y iban a salir con disfraces combinados con sus novios, pero eligieron otras fiestas, y aunque hubieran venido a la Delta, no quería que me reconocieran.

—No todos los días puedo presumirte en público, ¿verdad? —me pregunta con una ceja levantada, y yo revuelvo los ojos.

—Como si quisieras hacerlo.

Chasqueo la lengua, y los ojos de Nick se entrecierran.

—¿Y si quiero?

—¿Y si quieres qué?

—Presumirte.

—Sí, claro. —Desecho la broma y me acerco a él para la foto.

Abre la boca, pero se retracta de lo que fuera a decir y se coloca casi detrás de mí. Apoyo mi bate en el suelo y sonrío, Nick cubre mi boca con su mano, mostrando para la cámara la sonrisa pintada en ella, y toma la selfie.

—¡Hola! —Me asusta al llamar a dos desconocidos que pasan frente a nosotros. La pareja está vestida de novia y novio cadáver—. ¿Podrías tomarnos una foto? Por favor.

La pareja se mira entre sí, obviamente reconociendo a Finnick y extrañando su comportamiento. Nunca habla con nadie a menos que sea necesario. Lo sé por los chismes y porque lo he visto en acción durante las clases de Filosofía Comercial.

El novio asiente y toma el celular de la mano de Nick. Mantenemos la pose de la selfie, y el flash dispara.

En un movimiento rápido, mi cuerpo es girado, y cuando me doy cuenta, estoy inclinada en los brazos de Nick como una doncella en brazos de su príncipe. La única advertencia que recibo sobre lo que está por suceder es la sonrisa enorme en su rostro, mucho más grande que la pintada en el dorso de su mano.

Finnick me besa obscenamente, y tal vez sea culpa de la libertad que me da el anonimato, pero no me importa ni un poco el hecho de que tengamos audiencia, ni los flashes que el novio cadáver sigue disparando en nuestra dirección, ni los aplausos y silbidos que resuenan a nuestro alrededor.

En una calle llena de universitarios, era claro que este espectáculo no pasaría desapercibido.

Cuando me pone de pie, estoy sin aliento, y mi cuerpo está más caliente que nunca, aunque mi única protección contra el frío de la noche de otoño es una media color piel bajo la red de malla.

Mis brazos están totalmente expuestos al viento, al igual que una franja de piel en mi

abdomen, que queda al descubierto por la blusa corta. Sin embargo, el calor que siento no tiene nada que ver con el clima.

—Gracias —Nick agradece y recupera su celular, ignorando por completo los comentarios idiotas y los ruidos a nuestro alrededor.

Vuelve a mirarme, sonriendo aún más maliciosamente que antes.

—No vas a poder escapar de esta conversación para siempre. —Las palabras son un aviso susurrado en mi oído, y parpadeo ante ellas. *¿Qué conversación?*—. ¿Vamos? —pregunta en un tono de voz normal, retrocediendo para que su rostro vuelva a estar frente a mí.

Asiento con la cabeza, ajustando mis hombros y levantando mi bate, aunque todavía sienta como si me hubieran golpeado con él. Tomando mi mano, Nick abre camino entre los grupos de personas hasta la puerta de la casa.

Tan pronto como entramos, la iluminación azul y morada nos envuelve, haciéndonos sentir como si hubiéramos atravesado un portal a otro mundo, misterioso y seductor, que nos sumerge en una atmósfera casi mágica.

Telarañas cubren las paredes de la casa, y hay arañas terroríficamente realistas por todos lados. Las velas encendidas, esparcidas por el lugar, proyectan sombras danzantes sobre las superficies, y hasta los muebles de Delta parecen haber sido reemplazados para esta noche.

En lugar de piezas firmadas y contemporáneas, hay mesas y sillas antiguas, deterioradas, junto con alfombras viejas. Algunos de los muebles incluso están cubiertos con sábanas blancas, dándonos la sensación de que la fiesta ha invadido una casa abandonada, probablemente embrujada.

Hay una multitud dentro, esparcida por las varias salas de la planta baja. La música retumba a nuestro alrededor.

El DJ, vestido de zombi, hace vibrar las paredes y provoca un zumbido como si hasta el suelo temblara. Aun así, hay un sonido que es casi una sensación a lo largo de la fiesta: susurros y lamentos, un llanto bajo y desesperado que me pone la piel de gallina. *¡Vaya, Chloe realmente se esforzó!*

A pesar de los escalofríos que la decoración provoca en mi espalda, con la mano firme en la de Nick, me adentro más en la fiesta.

Una sala está decorada como un cementerio, con lápidas falsas y esqueletos colgando. Otra sala es un laboratorio de alquimia, con frascos de pociones e ingredientes misteriosos. Hay juegos en ambas, y es en la segunda donde nos detenemos.

—¡Colleman! —Un tipo alto, de piel oscura, grita por encima de la música altísima, y Nick gira la cabeza.

Pienso que lo va a ignorar, pero en lugar de eso, abre una gran sonrisa. No es la sonrisa que me dedica a mí, pero parece sincera.

—¡Aiden!

Los dos chocan las manos en un apretón firme, y Finnick se vuelve hacia mí, rodeando mi cintura con su brazo, lo que de inmediato capta la atención de su amigo.

—¿Y quién es ella? —pregunta, con una mirada curiosa pero sin malas intenciones.

—¿Quién eres? —Nick susurra en mi oído, y no debería estremecerme frente a un tipo que ni siquiera conozco, pero, ¡Dios! Me estremezco.

—Quinn —digo, obligando a mi voz a salir firme y ofreciendo una sonrisa rápida.

El tipo asiente con una expresión desconfiada, alternando la mirada entre Nick y yo. Está vestido como prisionero, con pantalones y camisa a rayas blanco y negro. Su cuerpo es enorme, y admito que es algo atractivo, porque no soy ciega.

—Cuando quieras, hermosa —dice, como si pudiera leer mis pensamientos, y retrocedo un poco, chocando mi cabeza contra el pecho fuerte de Finn.

—Ignóralo —Nick me susurra al oído, riendo.

—No sabía que vendrías —Aiden le dice a Nick—. ¿Fuiste tú quien obró este milagro, Quinn?

—Él fue quien me invitó.

Me encojo de hombros, y la desconfianza en el rostro de Aiden crece.

—¿En serio? —pregunta, mirando directamente a Nick.

—Fue bueno verte, Aiden. Te llamo.

Nick avisa, y su amigo suelta una carcajada, luego levanta las manos en señal de rendición, derramando un poco de su bebida sobre una chica rubia que pasaba justo en ese momento.

—¡Tenías que ser tú! —gruñe ella a Aiden, lo que no alcanzo a oír, pero leo en sus labios.

No me quedo a ver qué sucede después, porque Nick aprieta ligeramente mi mano y seguimos explorando la siguiente sala. Es como entrar en un caldero de luces fluorescentes.

Aquí no hay más que gente bailando, y Nick me jala, pegando nuestros cuerpos. No me resisto.

Me muevo al ritmo de la música, y al principio es un poco ridículo, mientras bailamos de forma juguetona, yo sosteniendo el bate, pero lo que empieza con risas evoluciona a otra cosa cuando la melodía animada se transforma en algo más sensual.

Nuestros movimientos se vuelven más lentos, y nuestras respiraciones, más rápidas. Me froto contra Nick, el ritmo de mi corazón sincronizándose con el de la música, y mi cuerpo rápidamente se cubre de una capa de sudor.

Mi disfraz me hace sentir no solo anónima, sino increíblemente sexy, y actuar así se vuelve fácil. El baile no ayuda en nada a la tensión sexual que ya nos consume.

Me giro de espaldas, y el brazo de Finnick inmediatamente envuelve mi cintura, impidiéndome alejarme, aunque ya no tenía la menor intención de hacerlo.

Muevo mis caderas, inclinándome hacia adelante y empinando mi culo justo contra la verga de Finnick, usando el bate como apoyo. Darme cuenta de que ya está duro me hace jadear en medio del baile, pero no me detiene. Es su mano, apretando mi cuello y levantándome, lo que me pega nuevamente a su pecho.

—¡Provocadora! —susurra en mi oído, apretando suavemente mi garganta y empujando su erección contra mi culo de una manera inmoral, pero no es como si fuéramos los únicos.

Hay docenas de cuerpos a nuestro alrededor, sudorosos, bailando juntos o separados, parejas besándose sin preocuparse por estar en público, y yo simplemente los olvido.

Bailamos lo que parecen horas, hasta que la sed nos obliga a hacer una pausa. Encontramos un rincón más tranquilo en la fiesta, y me quedo allí mientras él va a buscar algo de beber.

Regresa en menos de cinco minutos, con los famosos vasos desechables rojos que aparecen en todas las películas universitarias.

—Pensé que tendrías que pelear por una bebida —le digo cerca de su oído cuando me pasa el vaso, para que pueda escucharme por encima de la música.

—Ser deportista tiene sus ventajas —dice, lanzándome una sonrisa antes de prácticamente terminar su bebida de un solo trago.

Bebo la mía lentamente. La cerveza está fría y, aunque no es mi bebida favorita, la sed que tengo la hace deliciosa.

El sudor corre por mi espalda, empapando la parte trasera de mi camiseta, y me distraigo con la sensación.

Cuando vuelvo a concentrarme en Nick, me está mirando de una manera casi depredadora. Termino los últimos tragos de mi cerveza y dejo el vaso vacío en los escalones detrás de mí.

Como si eso fuera lo único que estaba esperando para moverse, Finnick agarra mi rostro con ambas manos. Acariciando mis mejillas, me besa de una manera aún más indecente que como estábamos bailando.

El sabor de la cerveza se mezcla en nuestras lenguas, intensificando todo, y hasta los olores a nuestro alrededor, de repente, parecen más fuertes.

Me entrego, me dejo llevar por la presencia de Nick mientras sus manos descienden de mi rostro y exploran mi cuerpo, deslizándose hasta agarrar mi culo. Cada caricia es una promesa que estoy desesperada por que cumpla.

Me empujo contra él, y comenzamos a movernos en una danza completamente diferente. Su cuerpo presiona el mío, arrinconándome contra la pared, y nuestro beso se vuelve más feroz, prácticamente desbordante de deseo reprimido.

—¿Qué más quieres hacer en la fiesta, amor? Dime… —Finnick prácticamente suplica en mi boca, y aprovecho para tomar una gran bocanada de aire antes de responder.

—Nada. No quiero hacer nada más. Sácame de aquí, Nick —mi tono es aún más desesperado que el suyo, y él se aparta, conectando nuestras miradas, y la urgencia está en todas partes: en cada respiración, tacto y palabra.

—¡Tu pedido es una orden!

Regla número 40

Nunca se olvida la primera vez.

AVA HARRINGTON

No me enorgullezco de ello, pero, cuando la lámpara cae al suelo después de que tropiezo con la mesita, no me importa. Creo que si el mundo acabara ahora, tampoco me importaría nada que no fueran las manos de Finnick, arrancando mi ropa al mismo tiempo que yo arranco la suya, después de que la puerta de mi cuarto se cierra.

Chocamos contra todos los muebles que encontramos en el camino hacia la cama, demasiado borrachos de deseo como para abrir los ojos y simplemente esquivarlos.

Cuando mi cuerpo finalmente cae sobre el colchón, mis tetas están libres, el botón de mis shorts ya está desabrochado y mi peluca se ha perdido en algún lugar que ni siquiera sé decir dónde está.

Respiro entrecortadamente, con los ojos pegados al torso desnudo de Nick mientras me mira, y levanta una de mis piernas.

Se olvida de la prisa mientras deshace los cordones de mis botas y me las quita una por una, dejando besos en mis pantorrillas cada vez que termina con una.

Sus manos se dirigen a mis shorts y me los quita. Su propio pantalón aún está puesto, con el botón desabrochado y el cierre abierto, dejando ver unos bóxers negros. Unos que estoy loca por arrancarle.

Las medias de red son lo siguiente en salir, y cuando Nick se da cuenta de que todavía llevo más ropa, suelta un bufido.

—¿Cuánta maldita ropa traes puesta, amor?

—Es lo último —gimo, y él mete los dedos en los lados de las medias, quitándomelas junto con la tanga, dejándome completamente desnuda.

Finnick me observa como si estuviera intentando memorizar cada detalle. Hay tanto deseo en sus ojos que sé que no hay ni la menor posibilidad de que termine esta noche de otra manera que no sea completamente consumida por él.

—Perfecta… Perfecta para hacerte de todo.

Me levanto de la cama cuando él se quita los zapatos, enganchando mis dedos en los lados de su pantalón, y me mira con ojos interrogantes.

—Quiero hacerlo yo —murmuro, sintiéndome sin fuerzas, pero él asiente, observando mientras le quito el pantalón y los bóxers, uno tras otro, dejándolo tan desnudo como yo.

No me levanto cuando termino, sigo agachada en el suelo y rozo mis labios por su erección, ansiosa por saborearlo otra vez, pero Finnick tiene otros planes. Mete las manos bajo mis brazos, me levanta y chasquea la lengua.

—No, amor —Lame mi boca y sigue deslizando la lengua por mi piel, hasta alcanzar mi oreja—. Te debo algo, y a diferencia de ti, yo no acumulo deudas.

Me empuja a la cama, y lo siguiente que veo es a Finnick arrodillarse, abrir mis piernas y sumergirse entre ellas.

Espero que el hecho de nunca haber escuchado a nadie teniendo sexo en este edificio signifique que el aislamiento acústico es excelente, porque grito cuando siento su boca cálida y húmeda en mi clítoris, sin importarme nada más que el placer que recorre cada centímetro de mi cuerpo. Es alucinante.

Mis ojos se agrandan, y mi cuerpo se arquea, mis caderas empujándose hacia su boca mientras Nick besa mi entrepierna como si estuviera besando mi boca.

Su lengua está en todas partes, y sus manos alcanzan mis pechos, apretándolos, intensificando las sensaciones, haciéndolas aún más abrumadoras cuando mis pezones duros se suman al tormento.

Me retuerzo en el colchón y, tan sensible como estoy, el primer orgasmo atraviesa mi cuerpo en cuestión de minutos, pero Nick no se detiene.

Su lengua perversa sigue torturándome, subiendo, bajando, girando y metiéndose dentro de mí, rodando por el borde de mi entrada, ignorando mi sensibilidad post-orgasmo, haciendo que mis ojos se pongan en blanco y llevándome increíblemente hacia otro orgasmo.

Nick me devora con la ferocidad que cada una de sus palabras y caricias me han prometido durante días, y yo me entrego, porque no hay nada en el mundo que desee más ahora que ser completamente devorada por él.

Un grito se escapa de mi garganta cuando el segundo orgasmo me sacude, y solo entonces Finnick se levanta.

Quiero sentarme, devolverle el favor, chupársela. Quiero que vuelva a acabar en mi boca,

pero no puedo hacer nada más que respirar entrecortadamente.

Mi mente está completamente tomada por una niebla que ha ocupado todo y no ha dejado espacio para nada más.

Una de mis piernas es levantada, y besos suaves son depositados desde mi pie hasta mi pantorrilla, haciéndome suspirar. Un pequeño alivio después de tanta intensidad, uno que no dura casi nada.

Dedos rozan lentamente la parte trasera de mi rodilla, y descubro que eso hace que todo mi cuerpo hormiguee. Gimo bajito cuando mi pierna vuelve a ser acariciada con besos, ahora de arriba hacia abajo.

Los labios y los dedos de Finnick repiten las mismas caricias en mi otra pierna, y entonces se pone de pie, inclina el torso y me besa en la boca mientras mi cuerpo aún está completamente flojo.

—Nick... —digo su nombre, parpadeando mientras lucho por recuperar el control sobre mi propio cuerpo, y él lame la línea de mi mandíbula antes de que su rostro aparezca frente a mí, sonriendo.

—Hola, amor.

Mi mentón es besado, chupado y mordisqueado antes de que logre levantar los brazos y envolver el cuello de Finnick. Él agarra mis muslos y los envuelve alrededor de su cintura.

Cruzo mis pies en su espalda, y él se pone de rodillas en la cama, arrastrándonos hasta el cabecero y sentándose conmigo en su regazo.

Su boca se pega a la mía, de esa forma que he decidido que es nuestra, y su lengua envuelve la mía, chupando y lamiendo. Siento los movimientos como si estuvieran sucediendo entre mis piernas, otra vez.

Mi clítoris late, envidioso, como si no acabara de ser devorado de la misma manera en que ahora lo está siendo mi boca.

Muevo las caderas, impulsándolas hacia arriba y hacia abajo, tratando de frotar el centro de mis piernas contra la verga dura de Finnick. Él gime en mi boca, el agarre de sus manos en mis caderas se vuelve más fuerte con cada contacto.

—Necesito estar dentro de ti —murmura en un tono que es pura desesperación, y lo entiendo. Lo entiendo perfectamente, porque es exactamente como yo me siento.

Muevo la cabeza, sin confiar en que mi cerebro pueda decir algo coherente en este

momento, y Nick extiende la mano hacia la mesa de noche, tomando un preservativo que ni siquiera vi que colocó allí.

Lo abre, y yo me echo hacia atrás, dándole espacio para ponerse el condón. Gracias a Dios, Finnick no me pide que haga eso. Quiero aprender en algún momento, pero definitivamente no ahora.

Él nos gira, acostándonos de lado. Uno de sus brazos queda debajo de mi cuerpo, empujándome hasta que estamos pegados. El otro levanta mi pierna y la apoya sobre su costado, con la rodilla flexionada.

Nick hace todo esto mientras nuestros miradas están fijas. Luego empieza a acariciar mi vulva. La sensación recorre todo mi cuerpo y aumenta, de manera imposible, el tamaño del desasosiego que ya me consume. Cierro los ojos.

Nick me besa, intenso, hambriento, pero despacio esta vez. Su brazo se pliega sobre mi espalda, abrazándome por completo, inmovilizando mis movimientos y evitando que me aleje de su cuerpo un milímetro.

Mi pierna doblada se contrae, apretando su cuerpo tanto como su brazo aprieta el mío.

—Eso debe doler, amor —susurra, lamiendo mi cuello mientras gimo, atormentada por las caricias que él me hace con su verga—. Pero vamos a ir despacio.

Sus palabras son un susurro junto con su respiración entrecortada, y agarro su cabello, tirando de él hasta que nuestros rostros están frente a frente y puedo besar sus labios.

—No quiero ir despacio —murmuro en su boca, haciendo un lío de labios, saliva, lengua y palabras.

La risa que me responde es ronca y deliciosa.

—Yo tampoco quiero, amor. De hecho, creo que ir despacio me mataría, pero vamos a hacerlo bien y luego... —Nick hace una pausa, y la expresión en su rostro es una promesa silenciosa tan sucia que me hace gemir—. Después, hablaremos de esa semana encerrados en este cuarto.

Finalmente siento la presión en mi entrada y gimo de nuevo, ahora más fuerte. Nick empuja sus caderas despacio, como prometió, avanzando centímetro a centímetro, deslizándose de una manera deliciosa.

Arde, sin duda arde, pero la necesidad de mi cuerpo de sentirse lleno de él es tan grande que simplemente no me importa. El beso se congela cuando otro gemido largo escapa de mis

labios.

—¡Carajo, Ava! ¡Puta madre!

Él prácticamente gruñe, retrocediendo las caderas y avanzando de nuevo, yendo más profundo esta vez y repitiendo el movimiento una y otra vez. Mi cabeza se siente ligera, y desde la planta de mis pies hasta las raíces de mi cabello, mi cuerpo hormiguea, hasta que Finnick se detiene.

Me concentro en respirar y en mantener mis ojos abiertos, mirándolo mientras él permanece completamente inmóvil dentro de mí, sus dientes apretados como si le costara todo su autocontrol estar parado, y sé lo que eso significa.

Muerdo su labio como una señal silenciosa, y Nick empuja con fuerza. Esta vez, grito de dolor.

Mis ojos se abren de par en par, y mi cabeza da vueltas. Creo que veo estrellas. Cierro los ojos con fuerza, sintiendo la verga de Nick palpitar dentro de mí.

Mis músculos la aprietan, se moldean a ella, mientras trago con dificultad, intentando acostumbrarme a la sensación de estar completamente llena.

Después del choque inmediato, la sensación es más como un latido constante que como un verdadero dolor, y vuelvo a buscar los labios de Finnick.

Introduzco mi lengua en su boca, ocupándola por completo, lamiendo, chupando su lengua. No necesito usar palabras para que Nick entienda que ya puede moverse.

Él comienza despacio, apenas saliendo de verdad de dentro de mí antes de volver a entrar. El ardor se intensifica, y su brazo se mueve.

Él está acariciando mi vulva, frotando despacio, deslizándose en mi excitación y haciendo que la vibración que dominaba mi piel antes del dolor regresara. Mi respiración se acelera, y mi boca se abre, el vaivén de su miembro se vuelve menos incómodo y más placentero con cada segundo.

Mis pezones duelen, implorando atención también, y me empujo hacia adelante, frotándome contra Nick. Cuando mi piel es completamente abrumada por todas las sensaciones, los músculos de mi vagina se contraen.

Nick suelta un gruñido en mi boca.

—Necesito más —pido, aunque no sé qué más—. Necesito más.

Mi cuello es lamido, la curva entre él y mi hombro es mordida, y mi clítoris se convierte en el centro de atención de su mano entre mis piernas antes de que sus caderas cambien de ritmo.

Tiro la cabeza hacia atrás cuando Nick me da exactamente lo que necesitaba, y mi cuerpo responde, erizándose por completo. La sensación en mi bajo vientre se expande por mis venas como sangre, fluyendo hacia cada extremo y dominándome hasta que siento que me rompo en un millón de pedacitos y nada más importa.

El tercer orgasmo es completamente diferente a los dos anteriores, es completamente distinto a cualquier otro, principalmente porque mi mente está completamente sumergida en los sonidos que Finnick hace mientras también llega a su orgasmo.

Mis músculos se contorsionan alrededor del cuerpo de Finnick mientras el placer me invade, ola tras ola. Estamos tan cerca que podríamos fusionarnos en una sola cosa.

El mundo ha desaparecido, y ahora todo lo que existe somos nosotros, el éxtasis y los espasmos. Finnick no deja de besarme, sus labios son hambrientos, como si la destrucción que ya causaron aún no fuera suficiente, y lo peor es que lo entiendo.

A pesar de estar exhausta, sudorosa y sintiéndome completamente inútil para cualquier cosa que no sea permanecer aquí, jadeando y pegada a su cuerpo, aún quiero más.

—Entonces —dice con dificultad, haciendo una pausa para recuperar el aliento—, creo que vamos a necesitar más de una semana.

Regla número 41

Evita las presiones familiares, pueden ser tan amargas como el café.

FINNICK COLLEMAN

Cierro la puerta del cuarto con todo el cuidado del mundo, tratando de no despertar a Ava innecesariamente. Levantarme temprano no es algo que pueda evitar, ni siquiera los domingos, pero ella puede seguir durmiendo mientras yo voy por nuestro desayuno, porque realmente no pienso dejar que salga de esta habitación hoy.

Bajo por la escalera de emergencia, aunque me parece una tontería. A ninguno de los dos nos importó anoche entrar juntos al edificio, pero no necesito que Ava se ponga nerviosa por eso.

Vamos a hablar sobre su pánico a ser vista en público, pero no hoy. Hoy, si depende de mí, todo lo que va a hacer cuando abra los ojos es sonreír, gemir y acabar.

Rodeo el costado de los dormitorios, pero me detengo en seco al ver a mi padre bajándose de su auto frente al edificio.

—¿Papá? —lo llamo desde donde estoy, y él se gira, caminando como si pretendiera entrar a Yekelley Hall. Solo se detiene cuando me ve—. ¿Qué haces aquí?

Tarda un momento en responder.

—Buscándote, ¿no es obvio? Te necesito en Denver. Fui a la fraternidad Omega, pero no estabas, así que supuse que estabas con Alice. ¿No te dije ya que no puedes tener distracciones durante la temporada?

Aprieto los dientes para no poner los ojos en blanco, decidiendo concentrarme en lo que realmente importa de todo lo que dijo.

—¿Cómo que me necesitas en Denver?

—Es tu madre. Tuvo una nueva crisis y se niega a ver a cualquiera que no seas tú.

—Pero hablé con ella ayer por la mañana —digo, frunciendo el ceño mientras repaso cada palabra que intercambiamos en nuestra llamada rutinaria.

—Todo pasó en la tarde. No sé qué lo desencadenó, pero necesito que se recupere. Tenemos una cena de la liga esta noche...

Dejo de prestarle atención en cuanto me cae la ficha, como si me hubieran dado un golpe en el estómago, aunque ya debería estar acostumbrado.

Claro que no voló hasta aquí solo porque mi madre lo pidió. Vino porque quiere algo de ella, algo que claramente no puede darle en este momento, y espera que yo lo solucione.

Lo que realmente quiero es decirle que no, pero el costo de esa negativa sería demasiado alto. Mierda, hacía meses que no tenía una crisis como esta. La última fue cuando le conté que me transferirían a Michigan. Respiro hondo.

—Está bien. Solo necesito avisar a...

—Ya hablé con Levine, nos vamos ahora. —Su tono deja claro que no acepta discusiones. Levanto la vista hacia donde sé que está la ventana de Ava, en el lateral del edificio—. ¡Ella te necesita!

Wayne dice la única cosa contra la que no puedo discutir, y suspiro, sabiendo que Ava va a despertar sola en la cama, y la única explicación que recibirá será en un mensaje de texto. ¡Maldita sea!

Regla número 42

Los que no asisten dan oportunidad a la competencia.

FINNICK COLLEMAN

—¿Crees que esto es demasiado para una clínica? —Mi madre levanta una bufanda de seda, pero no espera mi respuesta y la tira a la pila de ropa que Jane, su asistente, tiene que empacar.

La irritación de que Wayne haya mentido tan descaradamente está cocinándose lentamente en mi cabeza, pero claro, mil veces preferiría ver a mi madre de pie y bien, aunque eso signifique que mi padre me haya manipulado. Resulta que mi madre no tuvo ninguna crisis, ni parece estar cerca de tener una. Gracias a Dios.

Ella lleva años lidiando con la depresión y la ansiedad, y aunque reconoce los episodios graves porque es imposible no hacerlo, sigue resistiéndose a aceptar que sus trastornos son enfermedades. Y mi padre no ayuda en nada al ignorar completamente su salud mental.

Respiro profundo, viéndola caminar de un lado a otro. Va al armario y saca un vestido azul oscuro. Se lo pone frente al cuerpo, encima del traje blanco que lleva puesto, y sacude su cabello rubio, cortado a la altura de los hombros, para ver mejor su reflejo.

Me acomodo en su cama, cruzo los brazos y aprovecho su distracción para observarla detenidamente. No tiene ojeras, está bien vestida, maquillada, y parece hasta emocionada por el nuevo tratamiento.

Hace tres días, cuando llegué, también se veía fantástica. Después del maldito evento, tuvimos días tranquilos, con mi padre desapareciendo por horas y regresando solo de noche, lo que me hizo sentir molesto y aliviado a la vez.

Cuanto menos tenga que lidiar con él, mejor. Pero esas ausencias solo prueban lo que ya sé: no le importa un carajo mi madre.

No ha mostrado signos de debilidad estos últimos días, pero sé bien cómo todo puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos. Wayne también lo sabe, y creo que por eso mintió tan descaradamente para convencerme de venir de inmediato.

Además de su obsesión por exhibir a su familia perfecta en la cena de la NCAA, según lo que mi madre me dijo, ya había dejado claro que no saldría de Denver hasta despedirse de mí.

Wayne podría haber ido solo con mi madre al evento, pero dudo que permitiera que mi negativa a venir a Denver arruinara sus planes de internarla en una clínica por las próximas semanas. Estoy seguro de que cuenta los segundos para hacer eso.

—Jane, llévate este también —dice mi madre, extendiéndole el vestido a su asistente, quien ya debe estar exhausta.

Si conozco bien a Dora Colleman, esta debe ser su quinta o sexta maleta. Aunque esté yendo a un hospital aquí en Estados Unidos para un tratamiento médico, mi madre sigue comportándose como si se fuera de vacaciones a París.

Me río y me levanto. Me paro detrás de ella frente al espejo y la abrazo por la espalda. Con sus tacones altos, puede apoyar la cabeza en mi hombro. Me gustaría que las cosas fueran más sencillas para nosotros.

Me gustaría que viera las cosas como son. Eso definitivamente haría todo más fácil. Sus ojos azules sonríen junto con sus labios.

—Extraño estos abrazos.

Beso su cabello.

—Yo también los extraño —admito.

—¿Ya decidiste qué vas a hacer el próximo año?

Muerdo mi labio, sacudiendo la cabeza de un lado a otro, negando. Todo el mundo parece estar seguro de que la próxima temporada voy a vestir la camiseta número ocho de los Montreal Canadiens, el mismo número que Wayne, en el mismo equipo donde debutó, ya que mi precontrato con el equipo está firmado.

Perdí la cuenta de cuántas veces escuché la frase “Estoy ansioso por verte en Montreal” en esa cena, pero la verdad es que todo está hecho un caos en mi cabeza, como siempre lo ha estado.

—Con permiso —Tiffany golpea la puerta, alisando su uniforme impecable, como siempre. No tengo nada en contra de ella, pero si nunca entendí la necesidad de tener una ama de llaves cuando yo vivía aquí, ahora que solo son Wayne y mi madre, lo entiendo aún menos—. El señor Wayne quiere verte en la sala de televisión, Finnick.

Respiro profundo y asiento con la cabeza. Mi madre me da una pequeña sonrisa y le dejo un beso en la mejilla antes de salir de la habitación.

Encuentro a mi padre sentado en un sillón, con el control remoto en la mano y los ojos fijos en un programa que habla sobre el draft del próximo año.

—Siéntate —dice en el tono imperativo de siempre. Aprieto los dientes, pero obedezco—. Estaré ausente las próximas semanas, acompañando a tu madre. Necesito que mantengas tu cabeza en lo que importa, Finnick. No me vas a joder porque te quedes sin supervisión por un tiempo. Te vas hoy. —Su tono es cortante mientras me señala con el dedo.

Miro su rostro familiar preguntándome, por lo que debe ser la millonésima vez, cómo es posible que alguien sea tan egocéntrico como para hacer que todo gire en torno a sí mismo.

No vine aquí por él, ni me quedé aquí por él. Necesitaba asegurarme de qué tratamiento era este al que iba mi madre y dónde, porque no confío en mi padre para dejarla fuera de mi vista sin tener ni idea de lo que está pasando.

No hay nada que pueda hacer que afecte de alguna manera la imagen de Wayne, pero aun así seguimos teniendo esta conversación, una y otra vez. Si es que a escupir esas mierdas y yo escucharlas en silencio se le puede llamar conversación.

Respiro profundo una vez más, tragándome todas las respuestas que cruzan por mi mente. Solo tengo que aguantar seis meses más. En lugar de eso, hablo sobre lo evidente que él está deliberadamente ignorando.

—¿De verdad vas a fingir que no me mentiste en la cara para traerme hasta aquí?

—Solo fue una cuestión de semántica, Finnick. No seas dramático.

—¿Dramático? —repito la palabra absurda que no tiene nada que ver con esto—. ¿Me hiciste tomar un avión pensando que mi madre estaba en crisis, y yo soy el dramático?

Wayne exhala con fuerza, claramente molesto.

—¡Eres débil! —Su rostro se retuerce en una mueca de desprecio—. Siempre preocupado por lo que no importa, en lugar de enfocarte en lo que realmente hace la diferencia.

Y ahí está: "lo que no importa".

Así es como ve a mi madre. Así es como la presiona y la manipula, sabiendo que me mantendrá haciendo exactamente lo que él quiere. Porque sin ella, no iré a ninguna parte, y con su salud tan frágil, no hay mucho que se pueda hacer sin recursos. Solo seis meses. Seis meses y esto dejará de ser un problema.

—¡Estoy hablando en serio, Finnick! —Eleva la voz, y aprieto los dientes de nuevo, cada vez con más dificultad para tragarme sus tonterías. Cada día se vuelve más difícil—. Ya me basta con que seas una decepción en todo lo demás, ¡ni se te ocurra arruinar mi carrera! ¡No te crié para ser un perdedor! Enfócate en lo que debes, de tu madre me encargo yo.

—¿Qué carrera? —La pregunta se me escapa antes de poder detenerla, y Wayne se levanta, como si lo hubiera golpeado físicamente. Sus ojos se abren, y aprieta los puños.

—¿Qué dijiste?

—Pregunté: ¿qué carrera? Porque si hablas de la de padre, lamento decirlo, pero no estás teniendo mucho éxito cuando acusas a tu único hijo de ser un perdedor. —Pierdo la paciencia, y mi tono también sube.

Algo que no reconozco cruza por el rostro de Wayne, pero antes de que pueda responderme, mi madre aparece en la puerta de la sala.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta, alarmada, con las manos en la cintura, mirando entre su esposo y yo.

Wayne se aclara la garganta con desdén y se sienta de nuevo en el sofá.

—Tu hijo... Actuando como un irresponsable, como siempre, pero ya se va, y espero que haya entendido lo que le dije.

Dice las últimas palabras mirándome fijamente a los ojos.

—Yo no me voy...

—Hijo —mi madre me interrumpe, acercándose y colocando sus manos en mi rostro—, deberías regresar. Quería despedirme, pero no quiero que te quedes atrapado aquí, y estoy bien. Ya perdiste clases y entrenamiento. —Sonríe, asintiendo con la cabeza, pidiéndomelo tanto con los ojos como con los labios para que me vaya de verdad. *¿Hasta cuándo va a seguir ciega?*—. Todo está bien.

—Mamá...

—¡Lo escuchaste, chico! —Wayne me interrumpe, y cierro los ojos—. ¡El avión ya te está esperando!

—Anda, cariño, es lo mejor.

Desvío la mirada, pero termino asintiendo. Lo último que necesita mi madre es que una discusión con Wayne sea el detonante de una de sus crisis. No sería la primera vez, y ella está tan bien... De verdad no necesita esto.

—Está bien.

Ella asiente.

—¿Vas a almorzar en el avión o quieres que le pida a Tiffany que te prepare algo?

—No tengo hambre, gracias.

—Come en el avión —se mete Wayne—. ¡Acabo de decirte que te enfoques en lo que importa, carajo! La dieta es parte de eso.

Exhalo con fuerza, y mi madre me hace un gesto casi imperceptible con la cabeza, rogándome que no le responda.

—Te acompaño hasta la puerta.

Camina a mi lado y se queda mirando hasta que subo al auto. Mi mente está tan revuelta que apenas me doy cuenta de que salgo del coche, subo a un avión y, luego, a otro coche, hasta que llego a Yekelley Hall.

Venir directo al dormitorio de Ava no fue una decisión consciente. Solo... vine. Mi cuerpo está hecho mierda después de noches mal dormidas y días llenos de vuelos no planeados.

Es el inicio de la noche y, aunque sé que necesito descansar porque mañana tengo que estar temprano en el entrenamiento para recuperar el tiempo perdido, solo necesito verla.

Maldita sea. Necesito disculparme por haberme ido así, sentir su olor. Apenas hemos hablado desde el domingo. Necesito estar con Ava, aunque sea una hora, antes de que me desplome, porque no tengo dudas, eso va a pasar. Pero llego demasiado tarde.

Apenas bajo del auto que me trajo hasta el campus, con el ceño fruncido, veo a Ava, a lo lejos, dándole un beso casi en la comisura de la boca a un hijo de puta que nunca había visto antes, subiendo a un coche que tampoco reconozco, y está riéndose.

¿Qué carajo es esto?

Regla número 43

Si pierde su preferencia, asuma las consecuencias.

FINNICK COLLEMAN

Horas. Horas, y ella aún no responde a ninguno de mis mensajes ni contesta mis llamadas.

Golpeo con los puños el banco de madera en el que estoy sentado, justo frente a los dormitorios de las estudiantes nuevas, de donde no me he movido, esperando a que Ava vuelva, ya que se niega a hablar conmigo por el maldito celular.

La atención que esto está llamando probablemente será la razón de algún escándalo. Genial. Cruzo los brazos y estiro las piernas, pero la postura no dura mucho. Ninguna ha durado, no con la energía nerviosa que me consume.

El sueño y el cansancio han sido completamente reemplazados por la ansiedad y una docena de preguntas sin respuesta. Pasa otra media hora, y el primer indicio de Ava que reconozco es el sonido de su risa. ¿Todavía está con ese tipo? ¿Y está riendo con él de nuevo?

Finalmente la veo, a varios metros de distancia, siendo cargada, Dios sabe de dónde, en la espalda de ese imbécil al que no conozco. Su cuerpo está inclinado y su culo está perfecto en unos jeans ajustados. El resto de sus curvas tampoco están ocultas bajo su chaqueta abierta.

Ella está presionando sus tetas contra la espalda del idiota, y la mano de él está tan cerca de su culo que siento que la sangre me hierve. Me levanto, apretando los puños y los dientes hasta oír el rechinar.

Camino hacia ellos, incapaz de esperar a que los pasos de tortuga de ese infeliz que carga a Ava la traigan hasta mí.

—¿Qué haces aquí?

Es lo primero que me pregunta Ava cuando me ve, y no puedo creerlo. Me mira, todavía colgada del idiota alto, y mis ojos vuelven a fijarse en sus manos, que siguen en el mismo lugar de antes.

—Obviamente, interrumpiendo algo.

Ava frunce el ceño, echando la cabeza hacia atrás, como si estuviera confundida. Y solo cuando parece que ha pasado una eternidad en silencio, baja de un salto, pero no se acerca a mí;

se queda al lado de él.

—¡Ay, por favor, Ava! —se queja el tipo, con un tono de impaciencia que revela lo mucho que se conocen: bastante—. Tu novio está a punto de tener un ataque de celos —comenta, y ella se sobresalta, dando un pequeño brinco hacia atrás.

—¡Él no es mi novio! —Sus palabras salen apresuradas, pero eso no evita que me golpeen como un balde de agua fría.

Humedezco mis labios, contando hasta diez antes de decir alguna estupidez, y el tipo aprovecha mi momentánea parálisis por la ira para agarrar la cintura de Ava y besarle la mejilla.

—Te llamo luego, mocosa. Anda, habla con tu "no-novio" antes de que explote.

***

—¡Es mi primo! —Ava golpea sus manos contra sus muslos, hablando fuerte, antes de que pueda terminar de soltar la versión de los hechos que tengo en la cabeza, donde ella ni siquiera se molestó en saber si estaba bien antes de salir con otro.

Ella realmente confía en el aislamiento de su dormitorio.

—¡Y ni siquiera estaría aquí si tú no hubieras desaparecido por días y apenas hablaras conmigo durante ese tiempo! ¡Maldita sea!

Espera, ¿primo? ¡Ah, claro! Ese debe ser "el primo" del que Ava ya me había hablado.

—¿Adam? —pregunto, inclinando la cabeza.

—¡Sí! —grita. Ok, está molesta—. ¡Te fuiste sin decir nada, Finnick! ¡Tuvimos sexo y luego desapareciste! —Molesta de verdad. Está muy enojada, y cruza los brazos frente a su pecho—. Adam vino a distraerme de todas las ideas apocalípticas que me bombardeaban la cabeza.

No me defiendo, porque no tengo cómo hacerlo. En lugar de eso, doy un paso hacia ella, tanteando. Ava entrecierra los ojos, pero no retrocede. Parece una buena señal. Elimino el resto de la distancia entre nosotros con un solo paso largo y rodeo su cintura antes de que pueda mandarme a la mierda.

—Acabo de perder quinientos sesenta y un mil besos de mi tesoro —le digo en voz baja, acercando nuestros rostros, aunque ella está intentando usar sus ojos como si fueran armas en este momento. Aun así, se deja, aunque con el ceño fruncido—. Fui un imbécil, Dulcecita. Ahora es mi turno de pedirte disculpas.

Ella resopla y pone los ojos en blanco.

—¡Ni lo sueñes! Acabas de perder todos los besos de tu "Dulcecita", Finnick. —Enfatiza mi nombre con rabia, y tengo que controlarme para no besarla. Estoy seguro de que eso no ayudaría a mi causa, no importa cuánto lo desee. Me encanta esta versión de ella, tan enfurecida —. Ya no te debo nada, y para serte sincera, tendrás suerte si algún día vuelvo a besarte. ¡No solo fuiste un idiota, fuiste un completo hijo de puta!

—Lo sé —admito, haciendo el mayor esfuerzo posible por poner mi mejor cara de arrepentido—. ¿Me dejas arreglarlo?

—¿Y cómo piensas hacer eso?

—Primero… —Pauso y le doy un beso en la punta de la nariz, luego rozo nuestros labios lentamente, aunque sé que, en el estado en el que está, esto podría costarme la vida. Pero lo permite, aunque esté enfadada—, corrigiendo un error imperdonable.

—¿Tu existencia? ¿Descubriste una máquina del tiempo, Finnick? —pregunta, arqueando una ceja, y esta vez no puedo evitar reír.

—No, amor. Todavía no puedo arreglar el pasado, pero puedo prometer no cometer los mismos errores en el futuro. ¿Quieres ser mi novia, Dulcecita?

Lo pregunto porque no quiero volver a sentir el infarto que casi tuve cuando Ava me escupió en la cara diciendo que no era su novio.

—No —responde sin dudarlo, y me doy cuenta de que, al parecer, Ava disfruta torturando mi corazón, y no en sentido figurado.

Regla número 44

Déjate convencer por un intento de promoción que se presenta como una paráfrasis del lobo feroz.

AVA HARRINGTON

—¿Cómo que no? —protesta Finnick, y echo la cabeza hacia atrás, asegurándome de que nuestras miradas están bien fijas.

—No puedo aprovecharme de ti si eres mi novio. Tendría que respetarte —admito sin vergüenza, y por la cara que pone Finnick, no sabe si mi audacia lo divierte o lo deja en shock.

No esperaba la propuesta de noviazgo, y sin duda alguna, no esperaba tener que esforzarme tanto para evitar que el "sí" saltara de mi boca sin mi permiso. ¡Qué locura! ¿Cuándo pasó esto?

Sí, acostarme con él fue increíble. Sí, los últimos días fueron complicados de una forma completamente nueva. Sí, entiendo que voy a necesitar acostarme con Finnick algunas veces más antes de que esta desesperación en mi bajo vientre desaparezca.

Y sí, definitivamente, me pareció justicia poética verlo retorcerse de celos por Adam una vez que entendí lo que estaba pasando, ¡pero eso no significa que tengamos que ser novios, carajo!

—Ava. —Él lame mi labio superior, esta vez en una caricia lenta y atrevida—. Margareth. —Lame también el inferior, y yo suspiro. ¡Maldita sea! Se merece que lo eche de aquí, pero tal vez lo haga más tarde, después de obtener lo que quiero de él—. Harrington. —Nick pega nuestros rostros hasta que nuestras bocas se unen también, luego planta las manos en mi culo, levantándome un poco del suelo y empujando su cuerpo contra el mío. Sentir que ya está duro me hace gemir bajito—. ¿Me estás diciendo que no quieres una relación seria conmigo para poder seguir usándome?

Rozo mi nariz contra su barbilla e inhalo profundo. Extrañé tanto su olor. Jesús, han sido tres días, pero parecieron muchos más. Apenas hablar con él definitivamente ayudó a esa percepción.

Despertar sola el domingo fue un golpe para el que no estaba preparada. Sí, sabía que Nick no tenía ninguna obligación de quedarse, pero no soy tonta.

Nunca me ha dado motivos para desconfiar, y sus acciones jamás indicaron que haría algo así. No salté de alegría al leer su mensaje, explicando que tuvo que hacer un viaje de emergencia a su casa, pero me sentí bien.

El problema fue lo que vino después. Las horas que pasé preguntándome si hice algo mal, porque no volvía y, cada vez que hablábamos, era frío, o rápido, o algo que no era su forma habitual de ser. Al menos, no la que yo conocía.

—"Usar" es una palabra muy fuerte —digo, metiendo las manos debajo de su sudadera y comenzando a levantarla.

No tenía idea de que acostarnos una vez haría insoportable la idea de estar cerca de Finnick sin querer arrancarle la ropa, incluso cuando también quiero arrancarle la cabeza.

Pero debería haberlo sabido, ¿no? La semana pasada ya era imposible no querer verlo desnudo, ¡y eso que ni siquiera habíamos tenido sexo! Él carraspea, burlándose de mi respuesta.

—Porque eres mi voluntario —le recuerdo—. Y para que quede claro... —Pauso mientras le quito la sudadera—. ¡Todavía estoy enojada contigo!

Dicho esto, le arranco la sudadera, y su camiseta sigue el mismo camino. Finnick se estremece y eriza cuando mis manos se aplastan contra su abdomen caliente.

—¿Vas a tener sexo enojada, amor? —provoca, mordiendo mi labio y tirando de él. Nick me quita el abrigo y la camiseta de una sola vez—. ¿Y sabes qué es mejor que un voluntario?

—¿Qué?

—¡Un novio!

—¿De verdad? —me burlo, y él chasquea la lengua, sacudiendo la cabeza.

—Parece que voy a tener que esforzarme más, ¿no?

—Buena suerte... —le deseo, desabrochando su pantalón.

—Ah, amor... —Solo el tono susurrante, lleno de promesas, ya me eriza cada vello del cuerpo—. No soy yo quien va a necesitar suerte. —Con la ayuda de las puntas de los pies, se quita los zapatos y los patea lejos. Hago lo mismo—. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué? —pregunto temblorosa cuando él se agacha para quitarme los pantalones.

Finnick lo hace despacio, rozando sus dedos en cada centímetro de piel revelado por los jeans mientras lo baja.

—Porque lo haré besándote mejor —promete y planta un beso en la parte alta de mi muslo.

Mis labios se entreabren, dejando escapar un suspiro. Él levanta el rostro hasta que su boca alcanza mi ingle, su nariz rozando la tela de mi ropa interior en el proceso.

—¿Besar? —La única palabra que consigo decir se corta con una exhalación cuando mueve la cabeza, frotando la punta de la nariz contra la tela ya húmeda entre mis piernas, provocando pequeños espasmos en mi abdomen.

—Lamiéndote mejor. —Su lengua se infiltra bajo el elástico de mi ropa interior y empuja hasta encontrar la apertura entre mis labios vaginales.

—Hmmm —murmuro y muerdo mi labio, mi mente ya completamente perdida en la expectativa. ¿De qué estábamos hablando?

—Chupándote mejor, amor.

Nick mete su lengua en el espacio que conquistó, y yo gimo alto, empujando mis caderas hacia su boca, sintiendo cómo su lengua se desliza por todo mi cuerpo.

Sus manos suben y apartan mi tanga a un lado, dejando mi vulva completamente a merced de su boca, que lame y chupa hasta dejarme blanda bajo sus caricias.

Solo entonces termina de quitarme los pantalones, calcetines y tanga. Mientras se levanta, recorre cada centímetro de mi piel desnuda con la mirada.

—Penetrándote mejor. —Son sus últimas palabras antes de que nuestras bocas se unan.

Regla número 45

Hazte voluntario y recibe recompensas intangibles de valor incalculable.

FINNICK COLLEMAN

Mis espaldas chocan contra la pared del baño del edificio de artes dramáticas, y sonrío. Mi pecho sube y baja, jadeante, y, mierda, no tenía ni idea de que esto era lo que me esperaba cuando me ofrecí a ayudar a Ava con su lista.

Si lo hubiera sabido, me habría apuntado dos veces. ¡Carajo!

—Futura novia, cuando seamos novios, no quiero que me arrastres a los baños en medio del día, entre clases, solo porque no puedes aguantar dos horas sin tener un orgasmo —me burlo, mientras ella se va agachando hasta el suelo, desabrochando mi pantalón en el camino, hasta quedar de rodillas en el cubículo.

Ella exhala por entre los dientes, haciendo un ruido sibilante.

—Cada vez me cuesta más creer que haya alguna ventaja en salir contigo, Nick. Eres un voluntario muy, muy, muy dedicado...

Ella baja mis pantalones hasta la mitad de las piernas, llevándose la ropa interior también. La forma en que mira mi verga hace que mis bolas palpiten de deseo, desesperadas por sentir el calor de su boca.

¿Cómo tuve tanta suerte?

Paso mi mano por su cabello, rozando mi pulgar sobre su labio, y ella inclina la cabeza hacia arriba, mirando mi rostro mientras se lame la boca como si acabara de ver la cosa más deliciosa del mundo.

—Siempre supe que tenías las manos traviesas, amor, pero hoy estoy descubriendo que eres una pervertida.

Ava me regala la sonrisa más sexy y descarada que he visto en toda mi vida.

—Disfruta la vista —dice, antes de tragársela entera.

***

La puerta se abre casi inmediatamente después de que toco, y doy un paso hacia atrás, evitando las manos de Ava cuando intenta agarrar mi chaqueta y jalarme hacia dentro del cuarto.

—Solo vine a darte un beso —digo, y ella abre la boca, pero prefiero aclararlo—. Solo un beso, Dulcecita.

Es mediodía, la vi esta mañana, le eché un polvo esta mañana, dos veces, y, aun así, aquí estoy, viniendo a besarla como un adicto que necesita su próxima dosis. *¿Qué demonios me está pasando?*

Sabiendo que no hay nadie más en el pasillo, Ava asiente y pone un pie fuera. Junto nuestros labios, y su lengua provoca la mía.

Mi futura novia aprovechadora usa ese momento para arrastrarme al cuarto. Gruñendo y agarrando su culo, me dejo llevar.

—Va a ser rápido, te lo prometo.

Antes de que pueda responder, ella ya está cerrando la puerta y empujándome hacia la cama, con su lengua entrelazada con la mía. Ava me empuja hacia atrás.

No tengo tiempo para protestar, porque en un abrir y cerrar de ojos, desabrocha y baja sus pantalones y tanga con una velocidad increíble. La visión de tanta piel expuesta, de su vulva depilada que he decidido que es mi lugar favorito en la vida... El movimiento de sus caderas mientras camina hacia mí... No tengo la menor oportunidad.

—Caramba, amor, así me complicas... ¿Cómo voy a decir que no a esto? Estás demasiado buena...

—¿Quién dijo que quiero que te niegues? —pregunta, ya montándose en mi regazo, con su cabello suelto cayendo como una cortina a nuestro alrededor cuando se inclina para capturar mis labios—. Lo que quiero es justamente sexo.

—Dijiste que iba a ser rápido.

—Rápido, no fácil. No mentí, ¿verdad?

***

El peso del día bien podría ser un camión sobre mis espaldas mientras entro por la puerta de servicio de Coffee & Chapters.

—Oye, ya me voy —avisa Ava, y frunzo el ceño.

Inclino la cabeza, preguntándome si el cansancio me está haciendo ver cosas, pero cuando veo a Ava moverse de un lado a otro en una cocina prácticamente limpia, me doy cuenta de que no estoy alucinando; realmente terminó antes. Mucho antes.

—¿Qué milagro es este?

Nunca antes había terminado antes de las dos de la madrugada, y aún no es medianoche, así que la novedad es bastante sorprendente.

—Iba a invitarte a dormir conmigo —explica, tomando su bolso y las llaves sobre la encimera y viniendo hacia mí—. Pero eres tan disciplinado como un británico y probablemente dirías que no, porque es mitad de semana. Así que apuré —Me da un beso rápido en los labios—. Quiero tiempo para usar mis manos traviesas contigo.

—Hemos tenido sexo tres veces hoy, Ava —le recuerdo, riéndome, aunque es muy poco probable que lo haya olvidado.

No puedo creerlo. Ava se encoge de hombros como si no fuera nada importante.

—Cuatro es mejor que tres —susurra contra mi boca, sonriendo de lado y dándome otro beso—. Hola, voluntario.

—Hola, futura novia. —Rozo nuestras narices cuando ella envuelve sus brazos alrededor de mi cuello—. El Blabber va a disfrutar publicando mi muerte: "Promesa del hockey que nunca se cumplirá: Finnick Colleman muere en el cuarto de una estudiante durante un experimento social. ¡Descansa en paz, campeón!"

Ava echa la cabeza hacia atrás, soltando una carcajada.

—¿Experimento social, eh?

—Es un eufemismo para futura novia ninfómana.

—Sería el único desastre del que estaría orgullosa de ser culpable.

Es una broma terrible, pero ninguno de los dos se molesta cuando reímos a carcajadas.

—¿Eras un monstruo esperando a ser liberado, verdad?

Ella se encoge de hombros.

—Tal vez.

Hacemos todo el camino hasta Yekelley Hall entre besos y conversaciones, y no me quejo,

porque si la recién descubierta obsesión de Ava por el sexo es lo que la hará dejar de esconderse, definitivamente no me voy a quejar. Lamentablemente, aunque llegamos mucho más temprano de lo habitual, nadie nos ve.

—Entonces, ¿qué? —pregunta cuando llegamos a la puerta de su cuarto—. ¿Eres un hombre o un ratón? ¿Te quedas o huyes?

—Si me atacas de nuevo, tendrás que contarle a mi mamá que morí.

Ava levanta las manos, como rindiéndose.

—Juro solemnemente mantener mis manos lejos de tu verga.

—¿Solo las manos?

Ella pone los ojos en blanco.

—¿Tenías que ser tan específico? —murmura—. También la boca... y todas las demás partes que importan.

La provocaría por no tener el valor de decir "vagina", pero si escuchara esa palabra salir de su boca, probablemente fallaría en mi propia resolución.

Entro al cuarto y dejo la mochila colgada junto a la puerta.

—¿También están prohibidos los baños juntos? —pregunta, inclinando la cabeza, pensativa. —Podrías solo mirar, ¿sabes? Y dejarme verte...

Imágenes de una Ava desnuda, mojada, enjabonándose llenan mi mente, y mi verga kamikaze empieza a animarse.

—Definitivamente, prohibido, pero solo esta noche.

Ella suspira y se da la vuelta, entrando al baño. Espero que no salga de allí desnuda. Por favor, Dios... Dejo de orar a mitad de camino, porque si tengo un ángel guardián travieso, podría usar este deseo en mi contra en el futuro.

Afortunadamente, unos minutos después, Ava regresa al cuarto con un pijama que no cubre mucho, pero lo acepto como un pequeño acto de misericordia. Me doy una ducha rápida y me acuesto en la cama, solo en ropa interior.

Ava deja su Kindle en la mesa de noche y se gira hacia mí con una sonrisa nada inocente en su rostro, lo que me hace soltar una carcajada.

—Hola —dice, apoyando el codo en el colchón y la cabeza en la mano, como si estuviera posando para una revista de chicas desnudas de los años noventa.

Es ridículo, y ella no aguanta ni diez segundos antes de reírse también. La atraigo hacia mis brazos, presionando su cuerpo contra el mío y besando su boca lentamente. La sensación es diferente a cualquier otra cosa que haya experimentado.

Es nuevo. Es delicioso. Es intenso. Y siento que podría engancharme a ella tanto como ya estoy adicto al cuerpo de Ava.

Ella acomoda una pierna entre las mías, y mis manos bajan a su culo. Gemimos juntos cuando aprieto su carne, y su cuerpo delicioso se impulsa hacia adelante como consecuencia, frotándose contra el mío. ¡Maldita sea!

—Pensé que habías dicho que ibas a morir —dice entre suspiros mientras mis labios descienden por su cuello, lamiendo su garganta.

—Puedes encargar mi lápida —digo, lamiendo el camino desde su cuello hasta su oreja—. Aquí yace un hombre feliz.

Regla número 46

Todo es relativo, como decía la física.

AVA HARRINGTON

Es interesante cómo, a veces, todo lo que necesitas es un cambio de perspectiva...

Por ejemplo: desde que descubrí la sensación de estar debajo de Nick, encima, de lado... y en todas las posiciones acrobáticas que solo un jugador de hockey puede hacer, entendí que el tiempo es algo muy valioso y que no debería desperdiciarse en traslados nocturnos innecesarios.

Podría seguir perdiendo tiempo, yendo y viniendo de la cafetería, incluso en mis noches libres, solo para mantener mis encuentros de trabajo con Nick en secreto. O podríamos unir lo útil con lo placentero y trabajar juntos encerrados en una habitación, aprovechando los descansos para... otras cosas.

Obviamente, elegí la opción número dos. Finnick llega a ser molesto, aunque muy admirable, con toda su rutina perfectamente equilibrada de sueño, ejercicio, alimentación y descanso.

Y aunque no es tan difícil hacerle ver que hay cosas mucho más interesantes que hacer, no quiero interferir, y él es mi voluntario. Parece justo que también haga un esfuerzo.

¿Ves? Cambio de perspectiva.

El problema es que nuestro primer intento no salió muy bien. Resulta que Nick tenía razón, soy muy traviesa con las manos, y el orden de las cosas terminó al revés. Nos dedicamos a hacer otras cosas y aprovechábamos los descansos para trabajar, pero los descansos fueron muy cortos, cortísimos.

Tan cortos que ahora estamos dos semanas atrasados en el proyecto y necesitamos separar lo útil de lo placentero, ya que lo útil quedó de lado en los primeros cinco minutos del día uno.

Así que, nuevo plan: encontrarnos durante el día, en la biblioteca, hacer todo lo más rápido posible y luego meternos en el primer lugar donde podamos quedarnos desnudos, preferiblemente, en mi cuarto.

Creo que estoy enganchada a él. De verdad.

No es como en los libros o películas donde la gente dice estar enganchada solo para darle

un toque dramático.

Simplemente no puedo pensar en nada que no sea Nick, o en todas las cosas que me gustaría hacer con él. Y no me refiero solo al sexo.

Sí, empieza con él, ya que fue por su culpa que pasamos de “vernos una vez por noche” a “pasar casi todo nuestro tiempo libre juntos”.

Al final, es mucho más conveniente si ya estamos juntos. Nos ahorra el trabajo de buscarnos por los edificios del campus solo para arrancarnos la ropa.

Pero hay otras cosas. Si antes nos mandábamos algunas fotos o links al día, ahora pasamos todo el tiempo que estamos separados, con las manos libres, intercambiando mensajes sobre cualquier cosa.

Si veo algo gracioso, es a él a quien quiero mandárselo. Si veo algo triste, también es a él. Si soy víctima de algún desastre, corro a contarle a él. Incluso si el Blabber habla mal de mí, son sus oídos los que lleno con mis quejas.

Si antes ya sentía una familiaridad inexplicable con él, después de la fiesta de Halloween, las cosas solo... crecieron. Y a niveles que jamás hubiera imaginado.

Finnick es divertido, atento e inteligente, además de saber exactamente qué hacer con cada parte de mi cuerpo, claro. Tiene un control sobre todo lo que ocurre en su vida que siempre me impresiona e inspira.

Excepto cuando se trata de mí, aunque en ese caso, su falta de control también me impresiona e inspira. Me siento poderosa al saber que puedo sacarlo de su eje cuando nada más lo había logrado antes.

Nick es todo lo que ni yo, ni nadie en la UMich esperaba que fuera. Es un chico malo de mentira, pero le prometí que, conmigo, su secreto estaba a salvo, y nadie sabría que, en realidad, es un Golden Retriever con G mayúscula.

Ni siquiera parpadeó. Dijo que, para él, la única opinión que importaba era la mía, y yo suspiré. He estado suspirando mucho últimamente, ¿será algún tipo de enfermedad?

—¡Deja de mirarme así!

La exigencia me trae de vuelta al presente, y muerdo la goma en la punta del lápiz que tengo en la mano.

—¿Así cómo?

—Como si quisieras chupármela frente a todos.

Miro a nuestro alrededor. Esta vez no conseguimos una cabina privada. Y tampoco lo intenté mucho. Me di cuenta de que la única emoción que Finnick y yo, caminando juntos, provocamos es el miedo de que mi naturaleza desastrosa sea contagiosa.

Todos los comentarios hasta ahora han ido en ese sentido. El Finnick Colleman que todos conocen es tan "superior" a Ava Harrington, que la gente se ha creado en sus cabezas la idea de que nunca me miraría con otra cosa que no fuera prisa.

Para los chismosos de turno, Nick es un pobre tipo que, gracias a un profesor sin noción, está atado a mí el resto del semestre. Ah, si supieran... Giro el lápiz en la boca.

Hay tan poca gente aquí... Y estamos en una mesa bastante apartada. ¿Será que, si me arrodillo y Nick se queda callado, alguien se dará cuenta?

—¿En qué estás pensando? —me pregunta con los ojos entrecerrados.

—No querrás saberlo.

Suelto el lápiz y estiro la mano para alcanzar un libro, resignada. A estudiar, entonces...

—¡Ava! —me reprende, y no puedo contener la risa, ¡Dios!

—Me he convertido en el único cliché que jamás habría imaginado —murmuro para mí misma—. Una grupie desesperada, que no puede mirar a su novio sin querer saltar sobre él.

—¿Novio, eh? —pregunta Nick, y recién me doy cuenta de que había estado prestando atención a mis divagaciones. La sonrisa pretenciosa en su rostro me hace poner los ojos en blanco.

—Sí, un tipo que conocí... Alto, musculoso, irritantemente disciplinado...

—Diablos, tu abuela Jane estaría horrorizada al saber que estás engañando a dos hombres decentes al mismo tiempo, Ava.

—¡Dios! Yo pensando en arrodillarme y darte una mamada en público, y tú pensando en mi abuela.

Nick me lanza una mirada torturadora, respira hondo y empieza a guardar sus cosas y las mías en las mochilas.

—¿A dónde vamos?

Me levanto también.

—A tu cuarto, ¿a dónde más?

Alzo el brazo en un pequeño "sí" de celebración, y Nick niega con la cabeza, pero no puede ocultar la sonrisa.

Llegamos al dormitorio en tiempo récord, y apenas tengo tiempo de dejar la mochila caer al suelo antes de que Nick me acorrale contra la pared.

—Realmente necesitamos parar con esto, o vamos a reprobar todas las materias —dice, pero ya está lamiendo mi cuello antes de que la última palabra deje su boca.

—Lo haremos... —jadeo—. A partir de mañana.

Ni yo misma creo en mi promesa.

Regla número 47

Respira aire fresco, puede ayudar... O no.

FINNICK COLLEMAN

—Claro que no puede valer solo eso —Ava se ríe, señalando el papel pegado en su pared mientras se sienta en la cama. La sábana que la cubría se desliza, dejando al descubierto uno de sus pechos pequeños, y no se molesta en cubrirlo de nuevo antes de seguir reclamando. El pezón oscuro me hace lamerme los labios solo de mirarlo—. ¡Exactamente! —exclama, y vuelvo a mirarla a la cara—. ¡Estás a metros de distancia y te distrajiste solo con ver uno de ellos! ¡Chupar mis pechos no puede valer solo 100 besos!

¿Cómo voy a protestar contra eso? No debí haber aceptado revisar su deuda. A este paso, dentro de poco no me va a deber ni un solo beso.

—Está bien, quinientos besos —negocio, golpeando la palma de mi mano con el bolígrafo y girándome, intentando distraerla mostrándole mi pecho desnudo para que acepte lo que quiero.

Ava baja la mirada lentamente por mi torso, hasta mis pies descalzos, haciendo una pausa nada discreta en el bulto de mis calzoncillos. Muerde su labio, pero no se deja manipular por el deseo. Maldita sea.

—Cada uno —exige con una expresión pretenciosa que me hace bufar. Me giro hacia el bolígrafo improvisado y le descuento diez mil puntos de su deuda—. ¿Solo diez mil? Eso no da ni para una chupada en cada pecho por día, y sabemos que los chupas mucho más que una vez al día, ¡Nick!

La discusión es ridícula, pero ella defiende su punto con tanta pasión que es imposible contradecirla. Esa es una de las muchas cosas que aprendí sobre Ava desde la fiesta de Halloween: le encanta tener la razón.

Claro que ya había notado destellos de ese rasgo en su personalidad antes, pero ahora, pasando tanto tiempo a su lado, me doy cuenta de que no es algo limitado a ciertos temas; lo aplica a todo.

Y aunque siempre he encontrado eso extremadamente irritante en otras personas, en Ava solo lo encuentro sexy. Jodidamente sexy.

—¿Y cuántos puntos serían justos, futura novia?

—¡Cien mil!

—¿Cien mil?

—¿Vas a decir que no has chupado mis pechos al menos cien veces?

Probablemente los he chupado más veces que eso. Mucho más.

Las últimas semanas han sido un borrón de sexo y entrenamiento. Todo lo demás se ha desvanecido o perdido en la neblina en la que esta chica me sumerge solo con mirarme. Y lo impresionante es que, cada día, me siento más atrapado por ella en vez de menos.

Siempre he visto el sexo como una necesidad fisiológica. Coger es placentero y desestresante, no había mucho más que considerar. Hasta que apareció Ava y su lista de absurdos... Porque, mierda, hay mucho que considerar.

Sus gemidos, la manera en que su cuerpo se arquea hacia mí, el modo en que se acurruca después del sexo, e incluso la forma en que le gusta dormir abrazada, todo eso va más allá de lo fisiológico y, aun así, es indiscutiblemente una necesidad.

—¡Está bien! Menos diez mil, entonces —acepto y rehago los cálculos, tachando la cuenta anterior y escribiendo una nueva—. Aún me debes seis millones doscientos treinta y ocho mil novecientos cincuenta y un besos.

—Ok —se encoge de hombros, pero la sonrisita en su cara me dice que la muy desgraciada tiene planes—. ¡Ahora las mamadas! ¡Valen cien mil cada uno!

—¿Qué? —cruzo los brazos, indignado.

—¡Cien mil es mucho! Diez mil cada uno, como mucho.

—¿Ah, sí?

—¡Sí!

—Está bien, entonces, a partir de ahora, solo te voy a besar. Las mamadas están suspendidas indefinidamente.

—¡Está bien, está bien! —Levanto las manos, rindiéndome. —Cien mil cada uno y no se hable más.

Los hombros de Ava tiemblan de tanto reírse. Joder, es demasiado hermosa. La piel bañada por la luz del atardecer, el cabello suelto y desordenado, la sonrisa indecente en sus labios carnosos e hinchados por los besos... Irresistible. Simplemente irresistible.

—Sabía que reconsiderarías. Haz las cuentas: al menos dos mamadas por día.

Me vuelvo hacia mi bolígrafo, sabiendo que va a quedar seriamente afectado ahora. Después de hacer los cálculos, miro a Ava, preguntándome cómo puedo hacer que su deuda vuelva a crecer.

—Está bien... Doscientos treinta y ocho mil besos restantes.

—¡Para el final del día no te voy a deber nada! —asegura, guiñándome un ojo, y yo regreso a la cama, disfrutando de la promesa, pero no tanto del final de su deuda. ¿Podré resistirme a que me lo haga hoy?

Me siento a su lado y tomo el cuaderno que estaba sobre la mesa de noche, aún abierto en la misma página que vimos más temprano.

Lista de cosas para hacer en la universidad:

1. ~~Elegir una materia por sorteo cada semestre.~~
2. Participar en una carrera desnuda.
3. ~~Perder la virginidad.~~
4. Comer brownies de marihuana.
5. Aprender a patinar.
6. Participar en un concurso de baile.
7. ~~Emborracharme.~~
8. ~~Tirarme a un deportista.~~
9. ~~Tirarme a un nerd.~~
10. Coquetear con una chica.
11. Reprobar una materia.
12. Inventar un nuevo sabor de helado.
13. Probar 100 donas diferentes en Michigan.
14. ~~Usar un disfraz de pareja.~~
15. Besar a más de una persona en la misma noche.

16. ~~Ir a fiestas.~~

17. Participar en el “Master Bakery”.

18. Escribir mi nombre en una estatua.

19. Tomar un tren y bajarme en el primer lugar desconocido.

20. Aprender a conducir.

21. ~~Ver una película al aire libre.~~

22. Ir a un karaoke.

23. ~~Seducir a alguien en una situación inusual.~~

24. Coquetear con un profesor.

25. ~~Hacer o recibir una declaración de amor en público.~~

26. Pagar una deuda con favores sexuales.

27. ~~Seducir a alguien para conseguir algo.~~

28. Teñirme el pelo de un color extravagante.

29. Andar en moto.

30. Sobrevivir los cuatro años.

—Creo que acabamos de tachar el número veinticuatro —digo, y Ava se gira en la cama, recostándose de lado y mirando la lista.

—Creo que sí.

Se ríe.

—No es justo que solo me asciendas a novio después de terminar la lista. Hay cosas aquí que solo podrás hacer en tu cabeza, amor, o no voy a conseguir el ascenso porque seré un cadáver.

Ava pone los ojos en blanco.

—¡Rey del drama! No hay nada en esa lista que ponga tu vida en peligro, excepto que aprenda a patinar. Dependiendo de qué tan cerca estés, puede que sí sea peligroso. Pero lo demás, ¡nada de nada! ¿Y quién te dijo que te voy a ascender a novio en algún momento? Ya te

dije que ya tengo un novio, solo que tú no lo conoces...

Entrecierro los ojos, pero no hacia ella, sino hacia mí mismo, porque el sentimiento ridículo que despertaron sus palabras en mi pecho no tiene ningún sentido. Soy su maldito novio. Entonces, ¿por qué demonios sentí celos?

—Necesitamos salir de este cuarto. Vivir solo de sexo nos está volviendo locos.

—Salimos del cuarto. Tú entrenas, yo cocino, y ambos asistimos a clases.

—Al parecer, no es suficiente.

Me levanto, dejando el cuaderno de nuevo sobre la mesa de noche. Ava me mira como si me hubiera vuelto loco cuando empiezo a vestirme.

—¿A dónde vas?

—A organizar nuestra salida.

—¿Qué?

Me acerco y le planto un beso en los labios, lo que solo profundiza la expresión confundida en su rostro.

—Te diré dónde y a qué hora encontrarnos en un rato, por mensaje —le aviso, ya saliendo por la puerta.

Necesitamos respirar. Respirar un poco.

***

—¿Sabes manejar esta cosa?

Ava suena tan desconfiada que cualquiera pensaría que está mirando una nave espacial, no una moto. No siguió mis indicaciones de ponerse ropa cómoda -jeans, zapatillas y una sudadera- y, en su lugar, lleva botas y una chaqueta sobre un vestido suelto. Me muerdo el labio, tratando de analizar si esto va a ser un problema, pero creo que no. El vestido le llega casi a las rodillas, así que debería poder sentarse sin problema. Nadie va a tener una vista del culo de mi chica.

—¿Quieres ver mi licencia, amor?

Ella pone los ojos en blanco ante mi broma.

—¿De dónde sacaste eso?

—Lo alquilé, Dulcecita. Prometo que no nos meteré en problemas con la ley. —Sus dientes se clavan en su labio inferior mientras parece pensarlo—. Vamos, amor, es el número veintinueve en tu lista. Lo pusiste por alguna razón.

—Probablemente estaba loca ese día.

—Eso significa que pudo haber sido cualquier día.

Me río de su temor absurdo y le extiendo el casco. Ava da un paso adelante, quedando justo frente a mí, mirando el casco como si estuviera a punto de morderla.

—¡Vamos! Si todo sale bien, podemos tachar un ítem de la lista y trabajar en otro. ¿Cuántas donas has probado en Michigan?

—¿Cómo que si todo sale bien? —pregunta alarmada, aceptando el casco y abrazándolo en lugar de ponérselo en la cabeza.

—Quiero llevarte a un lugar. Si te gusta la experiencia de la moto y no quieres regresar después de diez minutos, podemos hacer un tour de donas por Detroit. Tengo la dirección de cincuenta lugares diferentes, cafeterías y pastelerías por las que podemos pasar tanto de ida como de vuelta.

Ava parpadea, sorprendida. Doy un paso más hacia ella y acaricio su mejilla.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Sacude la cabeza, sonriendo, y me da un beso en la palma de la mano antes de respirar hondo—. ¡Está bien! ¡Vamos! Y, por favor, no nos mates.

Me río mientras Ava intenta ponerse el casco, con algo de dificultad debido a su cabello suelto.

La ayudo, sosteniendo su cabello. Después de ajustarlo y abrochar la correa de seguridad, se hace un moño y lo mete dentro del casco. ¿Hay alguna versión de esta chica que no sea adorable?

Le extiendo la mano y, apoyándose en mi hombro, Ava se acomoda en el asiento. Me giro para mirarla bien, con las piernas ligeramente abiertas, los hombros rectos... sexy como el demonio.

Aprieto los labios para no sonreír y me siento frente a ella. Rodea mi cintura con sus brazos como si su vida dependiera de ello. Y, honestamente, se siente increíble.

—Míralo por el lado positivo: aquí no hay montañas, así que no tienes que preocuparte por

caernos de un precipicio.

—Eso no tiene gracia, Finnick.

—¿Sabes qué? Acabas de deberme cien mil besos —le advierto mientras me pongo mi propio casco. Recojo la patita de la moto y la enciendo—. A partir de ahora, cada vez que me llames algo que no sea Nick, novio o amor, tu deuda aumentará.

Ava no protesta, simplemente se ríe, como si mis palabras no merecieran ser tomadas en serio.

Salgo lentamente del bordillo, y sus brazos alrededor de mi cintura me aprietan aún más. Incluso puedo sentir su respiración entrecortada por cómo su pecho se mueve contra mi espalda.

Las calles están desiertas en la mañana de domingo, lo que me permite mantener una velocidad baja sin causar inconvenientes durante casi un kilómetro entero.

—¿Todo bien, amor?

—Sí...

—¿Todo bien de verdad? ¿O quieres regresar?

—Estoy bien... todo bien.

Me encantaría poder voltear y mirarla. Ver su cara para saber si coincide con las palabras que salen de su boca, pero eso sería imprudente y solo la asustaría más.

—De acuerdo. Voy a acelerar un poco, ¿ok?

—Está bien —responde, aunque sus brazos, de alguna manera, me aprietan más. No me quejo.

Aumento la velocidad y la mantengo constante hasta que llegamos a la autopista. Los primeros minutos son tensos y, cuando un camión grande pasa junto a nosotros, Ava murmura una pequeña oración. Me esfuerzo por no reírme.

Quiero que se sienta segura, y, con el tiempo, Ava se va relajando. El agarre en mi cintura sigue firme, pero menos desesperado.

Intento hablar con ella en el camino tanto como es posible, a pesar del ruido del viento y la carretera, que ahogan casi todo lo que decimos. Nos toma una hora llegar a Detroit y hacemos nuestra primera parada en un café cualquiera.

—¿Y bien? —le pregunto cuando se quita el casco.

—Estamos vivos —dice, visiblemente aliviada, y esta vez no puedo contener la risa ni las ganas de besarla. Ella acepta el suave toque de mis labios sobre los suyos y luego roza nuestras narices—. Es divertido. Un poco aterrador, bastante desesperante cuando estamos entre vehículos muy grandes, pero es divertido.

—Es hora de la recompensa...

—¡Gracias a Dios! —suspira—. Me merezco al menos tres donas solo por esto.

—Está bien, pero nos los llevamos para el camino.

—¿A dónde?

—Es una sorpresa.

***

—¿Salimos de Ann Arbor para regresar a Ann Arbor? —pregunta Ava mientras avanzamos por un pequeño camino de tierra rodeado de árboles.

—Exactamente.

—¿Por qué no vinimos directo aquí?

—Porque necesitábamos comprar donas y, para donde vamos, es mejor al atardecer.

Eso la deja satisfecha, y permanece en silencio hasta que llegamos a un terreno plano, libre de vegetación alta, junto a un lago. Ava jadea, y yo sonrío con orgullo porque, sí, esa era exactamente la reacción que esperaba.

—Este lugar es hermoso.

—Espera a que se ponga el sol.

En cualquier otro momento del día, la vista es bonita, pero cerca del anochecer, la belleza de aquí es simplemente indescriptible. El sol aún está alto, así que tendremos que esperar al menos una hora.

El lago es inmenso y, en este lugar, rodeado solo por naturaleza. A algunos kilómetros a la derecha e izquierda, hay condominios de lujo, pero aquí solo hay silencio y la oportunidad de escuchar tus propios pensamientos.

Estaciono la moto y bajo el caballete. Me quito el casco y respiro profundamente. El aire está frío, pero no demasiado. Afortunadamente, el clima decidió cooperar con mis planes. Ha sido un día de primavera en pleno otoño.

Giro la cabeza hacia atrás para mirar a Ava.

—Sé que lo de "aprender a manejar" en tu lista probablemente se refería a autos, pero ya que estamos aquí... ¿qué tal una clase diferente hoy?

—¡Ni loca!

Ava ni siquiera lo piensa antes de responder. Solo sacude la cabeza de un lado a otro de manera tan enfática como sus palabras. Me río fuerte.

Me bajo de la moto y dejo el casco en el suelo. Desato la pequeña pila de cajas de donas que estaba amarrada detrás de Ava y las coloco a un lado. Luego, vuelvo a subir, esta vez dejando a Ava delante de mí.

Es fácil hacerla deslizarse para que yo tenga espacio. Ella se queja, gritando que no, pero la ignoro hasta estar acomodado con mis piernas a su alrededor.

—No voy a hacer esto —dice con voz aguda.

—Estaré aquí todo el tiempo. No puede salir mal.

—Muchas cosas pueden salir mal —replica, sacudiendo la cabeza frenéticamente, y el casco en su cabeza hace que todo sea más gracioso—. ¡Hay un lago justo ahí! Por lo que sé, vamos a terminar dentro de él.

—¿Y si yo controlo los mandos y tú solo manejas la dirección?

Esta vez, ella se lo piensa antes de responderme.

—Pero, ¿el acelerador no está en el manubrio?

—Sí, pero yo me encargo de eso. Solo tendrás que guiar, y, en el peor de los casos, yo también tomaré el control de eso.

—Está bien. Pero ¿vas muy despacio?

—Primero vamos con el motor apagado, ¿de acuerdo? Solo caminamos, con los pies, y tú giras el manubrio.

—Está bien, creo que puedo hacer eso.

Regla número 48

Rompe todas las reglas.

FINNICK COLLEMAN

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! —grita Ava, eufórica, cuando logra hacer que la moto avance unos metros, controlándola completamente, mientras yo mantengo mis pies en los pedales y mis brazos alrededor de su cintura.

Me río, sintiéndome feliz como la mierda por su felicidad.

—Está bien, ahora, despacio, vamos a girar allí adelante —le digo. Ella hace lo que le digo —. Estaciona.

Se detiene justo al lado de donde dejé mi casco, apaga la moto, baja la pata de apoyo, se quita su propio casco, lo lanza al lado del mío y desmonta solo para volverse a subir, ahora de frente a mí.

Sus manos se apoyan en mi rostro y lo cubre de besos que nos hacen reír como idiotas.

—Conduje una moto, conduje una moto, conduje una moto... —canta, feliz, sin ninguna señal de la chica aterrada de hace una hora.

—¡Claro que sí, mi novia es increíble! —aseguro, y ella pone los ojos en blanco, pero no protesta, lo que yo cuento como una victoria.

Agarro su cintura y la levanto solo lo suficiente para moverla más hacia atrás, dejándola sentada sobre el tanque, mientras deslizo mi cuerpo más hacia adelante. Con la diferencia de altura de las partes de la moto, quedamos perfectamente encajados, sus muslos sobre los míos.

—Gracias por este día.

Froto mi nariz contra la suya antes de responder.

—El día aún no ha terminado.

—Pero ya ha sido maravilloso —dice y me besa despacio, encajando nuestros labios una y otra vez antes de ofrecerme su lengua.

Mis manos actúan por sí solas, primero recorriendo los contornos de su fina cintura, y

cuando ya eso no es suficiente, suben hasta sus hombros, sacando su chaqueta hasta que queda colgada en el manubrio y los brazos de Ava quedan completamente libres para ser acariciados.

Mis dedos suben y bajan, provocando su suave piel, alternando la presión, trabajando sin mi control para hacer que la mujer en mis brazos se derrita, y cuando tropiezan con más tela a la altura de sus codos, bajan por las deliciosas curvas de Ava, se infiltran bajo el vestido y acarician sus muslos desnudos, piel contra piel.

La sensación electrizante, de la que ya soy adicto, recorre mi columna de punta a punta. Ava suspira bajito, rindiéndose fácilmente, como cada vez que la toco.

El beso se profundiza, volviéndose más voraz, y nuestros cuerpos se presionan uno contra el otro. Ella rodea mi cuello con sus brazos, sus uñas se clavan en mi nuca, provocando un ardor delicioso, y mis bolas se contraen. Estoy completamente duro para ella.

El cabello de Ava se suelta y cae como una cortina a nuestro alrededor, movido por el viento y golpeando nuestros brazos. Nuestros jadeos y suspiros son los únicos sonidos a nuestro alrededor y, en un abrir y cerrar de ojos, los toques y caricias se transforman en un frenesí de sensaciones.

Manos y bocas suben y bajan, explorando cada centímetro que alcanzamos del otro, disparando una serie de escalofríos y haciendo desaparecer cualquier rastro de control.

Tiro del escote de su vestido hacia abajo y, cuando sus tetas saltan fuera de la tela, ya con los pezones duros y ansiosos por mis labios, lanzo una plegaria silenciosa a Dios por el hecho de que Ava no lleve sostén, porque si eso no es una bendición, no sé qué más lo sería.

Atrapo uno de sus pezones en mi boca, chupando con ganas y luego suavizando la piel con largas lamidas, mientras mis dedos tiran y pellizcan el otro. Ava arquea el cuerpo, ofreciéndose más a mí, frotando sus tetas contra mi cara sin ningún pudor.

—Mierda, eres increíblemente irresistible, ¿lo sabías, amor?

—Uhum —murmura sin vergüenza, agarrando mis manos y guiándolas más arriba.

Me río y me niego a mover mis dedos a la velocidad que ella quiere, en una provocación descarada. Trazo círculos lentos en su piel suave, explorando hasta toparme con el borde de su tanga.

Mi chica no se intimida, me jala de vuelta hacia su boca, me besa, chupa y lame mi barbilla, baja por mi cuello y vuelve a mi boca. Sus manos abandonan las mías y encuentran su camino hasta el borde de mi camisa, deslizándose debajo.

Ava va directo a la parte alta de mi espalda y baja arañando hasta la base, arrancándome un gemido que la satisface lo suficiente como para deslizar sus palmas por mis brazos hasta agarrar mi cabello.

—Creo que hoy vamos a tachar otro ítem de la lista, amor.

—¿De mi lista? ¿Cuál? —susurra con la respiración entrecortada mientras mis labios acarician la piel de su cuello.

—No, de la mía...

Ava tarda un momento en responder, como si mi boca la hiciera olvidar que puede hablar.

—Tú no tienes una lista.

—Empecé una el día que te besé por primera vez —le digo con una sonrisa de lado sin dejar de mover mis manos, cada vez más cerca del centro de sus piernas.

—¿De cosas para hacer?

—De todas las formas en las que quiero echarte un polvo... Y chuparte sobre esta moto, Dulcecita, asumió el puesto número uno en el momento en que te sentaste en ella hoy.

—¡Jesús, Nick!

Las palabras salen en un tono desesperado, y yo me echo hacia atrás, deslizándome hasta el borde de la motocicleta.

Inclino mi cuerpo hacia abajo, prácticamente recostándome en el asiento de cuero. Miro a Ava, que me observa con los ojos brillantes y los labios entreabiertos. El movimiento de mis manos, subiendo su vestido por sus piernas, es intencionalmente lento, lo opuesto al latido frenético de mi corazón.

Solo... wow. Esta chica me vuelve loco en silencio, completamente paralizado. No necesito hacer nada más que mirarla para sentir que el mundo podría detenerse en este momento, y todo seguiría bien. ¿Cuándo pasó esto?

El color lila de su tanga aparece, y el pecho de Ava sube y baja en un ritmo tan descontrolado como el mío. El viento sigue soplando, pero ya no importa. No hay nada más importante que esos ojos oscuros, con las pupilas completamente dilatadas, que me miran fijamente.

Subo el vestido hasta que queda arrugado sobre su abdomen plano, y sus caderas y el hueso púbico están completamente expuestos, a merced de mi mirada. Engancho los dedos en los

bordes de su tanga.

—Levanta las caderas para mí, amor.

Ella obedece, jadeando, y le quito la prenda. Mi falta de prisa solo dura hasta ahí. Me llevo la tanga a la nariz, y el aroma de su excitación me destroza.

Guardo la prenda en mi bolsillo y me lanzo entre sus piernas, hambriento, desesperado por sentir el sabor y el calor de su vulva. Ava no echa la cabeza hacia atrás. Me observa con extrema atención mientras sus gemidos y gritos alimentan mi hambre.

Cuanto más gime, más quiero hacerla gemir. Mi lengua lame, sube, baja y serpentea, recorriendo cada pliegue, espacio y hendidura, hundiéndose en su humedad creciente, que gotea de su interior directamente a ella. Es una delicia.

Mis cabellos son agarrados, y Ava levanta las caderas, apoyándose en el manubrio con una mano mientras frota su vulva contra mi cara, hambrienta, pidiendo más y disfrutando la vista de mi boca devorándola.

—Nick —gime mi nombre, alto, lento y provocador—. ¡Ay, Dios! ¡Nick!

El último grito anuncia su orgasmo, haciéndola temblar sobre mi lengua, y solo dejo de lamer cuando sus espasmos cesan. Me levanto, incapaz de detenerme aquí, y desabrocho mis pantalones.

Ava se arrastra hacia adelante, trepando con las manos la distancia entre nosotros que no me da tiempo de cubrir, porque ella tiene prisa, montándose en mi regazo y rodeando mi cuello con los brazos.

Lame mi oreja y desliza la lengua por la curva de mi mandíbula, luego por mi garganta, haciéndome casi explotar de necesidad. Busco a tientas en el bolsillo trasero y finalmente logro sacar la billetera.

Tomo un preservativo, rompo el paquete con los dientes y Ava se aparta lo justo para que pueda ponérmelo. En cuanto termino de desenrollarlo, ella ya está levantando su culo, sosteniendo el vestido y rogándome con los ojos que la penetre.

Obedezco, tan torturado como ella, y Ava desciende despacio, tragándome entero con su vagina caliente y apretada, montándome de una sentada que me arranca un gruñido del fondo de la garganta.

—¡Cuanto más te cojo, más quiero cogerte, carajo!

Empujo hacia arriba, encontrando sus caderas en los últimos centímetros cuando Ava baja,

enterrándome hasta el fondo en su interior. Sus músculos me aprietan como un puño cerrado, pareciendo querer mi semen a toda costa, y moriría antes de negarle cualquier cosa.

Ava se apoya en mis hombros y empieza a subir y bajar, cabalgándome encima de la maldita moto y disolviendo mi mente, liberándola de cualquier peso, vaciándola de cualquier pensamiento que no sea el olor, el sabor de la mujer en mi regazo y la sensación de su vulva perfecta.

Beso su boca despacio al principio, siguiendo el ritmo de sus caderas que me torturan con subidas y bajadas lentas, provocando esos sonidos húmedos deliciosos que me encienden aún más en vez de aliviar.

Mis manos bajan hasta aferrar su culo con fuerza, y Ava gime más, moviendo las caderas, frotándose contra mí, masajeando la cabeza de mi verga con sus paredes.

Muerdo su labio. Ava tiene otro orgasmo, un gemido largo que se rinde en mi boca y aumenta mi ferocidad.

Apreto su carne con fuerza, sabiendo que voy a dejarla marcada, y la mantengo en su lugar, asumiendo el control del sexo.

Mis caderas empujan hacia arriba, chocando contra la vagina de Ava con una hambre descontrolada. Ella grita, una y otra vez, con cada choque de nuestras pelvis, y el ritmo de nuestras bocas también cambia.

El beso se vuelve tan feroz como el resto de los toques. El sudor baja por mi espalda, debajo de la ropa, y las uñas de Ava se clavan en mi nuca, perforando la piel mientras sus dientes muerden mi labio y su lengua se enreda con la mía.

No me detengo. Empujo una y otra vez hasta que ella grita y yo gruño cuando llegamos juntos, en medio de la nada, con el atardecer como nuestro espectador particular.

Y cuando su cabeza baja, sus ojos encuentran los míos, su rostro sudado, sus enormes ojos, los pezones expuestos, apretados por el vestido, sé que estoy jodido, porque la sensación en mi pecho solo puede significar una cosa: rompí la maldita primera regla.

Regla número 49

Deja que tu voluntario te convenza para invadir la propiedad privada.

AVA HARRINGTON

—¡¿Estás loco?! ¡¿Crees que voy a entrar ahí contigo mientras estás borracho?!

—No estoy borracho, amor. Solo tomé un trago.

Nick se defiende, riendo a carcajadas, parado al borde de la pista. ¿Por qué demonios no podría haber conseguido un voluntario normal? Uno que intentara enseñarme a patinar en una pista de hielo durante las horas de funcionamiento, y no que invada el estadio de la universidad después de que ya esté cerrada hace horas. Aún no puedo creer que esto es lo que hace las noches en que estoy trabajando.

No es que sea muy difícil entrar a este lugar. Si yo lo logré, con mi total falta de coordinación motora, cualquiera puede.

No es como si hubiera muros altos o cercas eléctricas que saltar; solo hay un portón bajo y ridículamente fácil de escalar. *¡Ay, Dios! ¡Me estoy convirtiendo en una criminal!*

Miro a mi alrededor una vez más. No parece el mismo de los días de los juegos. Las luces están encendidas y el vacío es tan grande que nuestras voces podrían hacer eco. Es extraño ver las gradas tan silenciosas, y el hielo de la pista parece aún más blanco sin nadie sobre él.

—¡No voy! ¡Voy a caer! —cruzo los brazos sobre el pecho, sentada en el banco de los jugadores reserva, decidida a no moverme—. ¿Sabes que esto es invasión de propiedad privada, verdad?

—Uh-huh.

—La abuela Jane tenía razón; algunos malos elementos nos llevan por el mal camino y, cuando nos damos cuenta, ya es tarde.

—¿Tarde, eh? —Revuelvo los ojos y él sale del hielo.

Finnick se mueve sobre los patines como si estuviera descalzo, sin ningún desequilibrio o dificultad aparente. Es hasta irritante. Me agarra de la cintura y me levanta como si no pesara nada. Cruzo mis piernas en su cintura.

—¿Qué estás haciendo?

—Tienes miedo de patinar conmigo, así que déjame patinar contigo. Todo lo que necesitas hacer es agarrarte. ¿Está bien?

Muerdo mi labio, pero balanceo la cabeza, aceptando. Él roza nuestros labios y regresa al hielo. La transición en estabilidad es inmediata cuando Finnick comienza a deslizarse en lugar de caminar, pero su agarre en mi cintura me promete seguridad, y yo le creo.

Él empieza a esparcir besos por mi rostro, en mis mejillas, en las comisuras de mi boca, en mis ojos, en mi frente... Me río, tonta.

Nick pasa un rato deslizándose lentamente en la pista, y el ritmo de mi corazón cambia del miedo alocado que sentía minutos atrás a la aceleración que ya se ha vuelto común cuando Finnick está cerca.

Se detiene en medio de la pista, y yo respiro profundo, entendiendo la pregunta silenciosa. Trago saliva y descruzo las piernas. Sus manos me estabilizan hasta que tengo los patines en el suelo. Mis piernas tiemblan un poco, pero, aún aferrada a él, no me muevo.

Recibo más besos y me siento como un perrito siendo premiado por su valentía. No me importa. Quiero más besos, sí. Merezco ser recompensada porque realmente estoy siendo muy valiente.

Nick vuelve a moverse despacio, tan despacio, que me pregunto si esto no es difícil para él. Lo vi jugar. Vi cuán rápido está acostumbrado a ir y venir en el hielo, y, aún así, ahora se mueve como si estuviera flotando y llevándome con él.

De frente uno al otro, es casi como si estuviéramos bailando, lo que me hace reír, a pesar de los nervios.

—¿Todo bien? —pregunta, y mi corazón bobo sonríe con su cuidado. Le habría revoloteado los ojos si no estuviera tan ocupada en no caer de cara al suelo.

—Todo bien —confirmo, y la punta de mi nariz recibe un beso.

—Genial, voy a acelerar un poquito, ¿ok?

—Está bien.

Vamos de un extremo a otro de la pista varias veces así. Nick se va alejando a cada ida y vuelta, pero nunca suelta mis manos.

—¿Qué te parece si giramos? —pregunta cuando ya estamos a la distancia de dos brazos.

Mi reflejo inmediato es decir que no, pero lo dejo atrapado en mi garganta y solo asiento con un gesto.

Nick se aproxima, suelta una de mis manos y me gira, pegando mi espalda a su pecho. Mirando el hielo en lugar de su rostro, todo parece mucho más difícil.

—Por favor, no me dejes caer —susurro, sintiendo mis manos temblar en las de Nick cuando las sostiene.

—Nunca —promete, y lo miro por encima del hombro, creyendo en esa palabra con todo mi corazón.

Y la extraña emoción revoloteando en mi pecho me distrae tanto que casi caigo, pero Finnick me estabiliza. Vuelvo a mirar al frente, sintiendo el corazón latir en mi garganta y encontrando el hielo mucho menos aterrador que las palabras que se formaron, sin permiso, en mi mente.

Al momento de rodear la pista, me enredo con mis propias piernas y estoy segura de que, esta vez, voy a caer de cara al suelo.

No sucede. Finnick me sostiene esta vez y en todas las otras en que casi caigo y se aleja, hasta que solo una de nuestras manos está conectada y él se desliza a mi lado, en lugar de detrás de mí.

Me permito mirarlo y sonreír, porque puede ser despacio, pero estoy patinando. ¡No lo puedo creer!

—¡Estoy patinando!

Él ríe y sacude la cabeza.

—Te dije que mi novio es increíble. —Revuelvo los ojos, y él me lanza un guiño antes de atraerme hacia él, abrazándome otra vez y amortiguando el impacto de nuestros cuerpos como el profesional que es.

—Te voy a extrañar en el feriado de Acción de Gracias —admite, metiendo las manos en mi cuello y entrelazando los dedos en mi cabello.

Me gusta tanto cuando hace eso. Mis ojos se cierran, y dejo escapar un suspiro. Sacudo la cabeza, asentando, porque yo también lo voy a extrañar en los próximos días. Mucho.

¿Quién lo diría? Volver a casa debería ser un momento para satisfacer la nostalgia que siento por mi familia, no para cultivar una nueva y completamente diferente.

—Necesitamos aprovechar este tiempo separados para estudiar, Nick, o no solo vamos a reprobar una materia, sino todas.

—Intentaré no mandarte mensajes subidos de tono —dice, rozando nuestros labios, y yo suelto una risa.

—Ya te aviso que después no podrás quejarte si terminas desbloqueando más de una versión mía que no puedas controlar. Si descubro que soy adicta a tus desnudos, no voy a querer saber nada, tú te las arreglarás para alimentar mi compulsión.

Finnick ríe a carcajadas, echando la cabeza hacia atrás y sacudiendo los hombros.

—Eso no debería estimularme, ¿verdad? —pregunta y chasquea la lengua justo después—. Espero que tu futuro novio tenga más sentido común que yo, amor. Gracias a Dios, los voluntarios pueden ser irresponsables, porque ahora tengo tantas ideas... —La promesa me hace reír y me estremezco al mismo tiempo. Finnick acerca sus labios a mi oreja, y sus siguientes palabras son susurradas sobre mi cabello—. Cuando regresemos a la universidad, tendrás un calendario entero de fotos mías.

Regla número 50

Vuélvete loco con un mensaje críptico.

FINNICK COLLEMAN

La sonrisita en el rostro de Aiden cuando me despierto con el aviso de la azafata de que vamos a aterrizar en unos minutos no puede significar nada bueno. Se acomoda más en el asiento, cruzando los brazos, y yo me froto los ojos, intentando despejarme del sueño.

—Ahora todo ese cansancio que traes tiene mucho sentido —se burla, y empiezo a arrepentirme de haberle ofrecido un aventón hasta Denver.

—¿De qué carajo estás hablando? —murmuro, sintiéndome de mal humor y sin querer pensar en la verdadera razón de esto.

—Si yo fuera tú, echaría un vistazo al Twitter —sugiere, molesto como siempre, y yo aprieto la mandíbula, pero saco el celular del bolsillo.

Si el buen humor excesivo de mi amigo es una mala señal, las decenas de notificaciones en la pantalla de mi teléfono son el anuncio del desastre. Levanto la mirada, esperando que Aiden me diga qué está pasando, pero el hijo de puta sigue sonriendo sin decirme nada más.

Desbloqueo el celular e ignoro todo. Abro la aplicación de mensajes, buscando alguna de Ava. Ella viajó temprano en la mañana, estaba casi llegando a Tennessee cuando subí al avión. Lo que encuentro me hace helar el estómago.

Dulcecita: ¿Ya viste todo? Llámame cuando aterrices.

Releo el mensaje al menos cinco veces. Después de la pista de Aiden, no necesito ser un genio para saber que algo ha pasado. No es que las palabras de Ava sean muy esclarecedoras.

Abro el Twitter... Y el mundo explota en mi cara.

Hay fotos de la noche pasada por todo mi feed, menciones y reposts preguntando desde cuándo Ava y yo estamos juntos, si estamos saliendo o solo nos estamos viendo.

Hay un montón de gente jurando que perdí una apuesta y que por eso fui fotografiado con la Reina del Desastre, entrando al estadio clandestinamente la noche anterior. Y hay otro grupo enorme afirmando con toda certeza que, en realidad, aposté con el equipo que podría "arreglar a Ava", y que por eso estábamos juntos.

¡Puta madre! ¡Qué lío!

Cuanto más desplazo el feed hacia abajo, más repugnantes se vuelven los comentarios. Van desde acusaciones de que Ava me estaría chantajeando, hasta fotos de varias chicas con las que me he acostado justo cuando llegué a Michigan, diciendo que también me "salieron".

—Te estás cogiendo a la Reina del Desastre —Aiden elige ese momento para hablar, pareciendo no notar que mi cabeza y mi pecho están a punto de estallar.

—No la llames así, y no estoy saliendo con Ava, estoy tratando de convencerla de que sea mi novia, pero la chica es más dura que una puerta —me quejo, bajando la cabeza y apoyándola en mis manos.

¡Carajo! ¿Cómo estará reaccionando Ava a esto? Quiero creer que, después de las últimas semanas, será racional y enfrentará esto conmigo en lugar de aislarse y esconderse, pero, sinceramente, no estoy tan seguro de eso como me gustaría.

Es algo bueno que, al menos, no estemos en la universidad. Para cuando volvamos, las cosas deberían estar más tranquilas. Tal vez tenga tiempo para convencerla de que todo estará bien.

—¿Novia?

Me reiría de la sonrisa de Aiden desvaneciéndose lentamente hasta que su rostro no muestre nada más que perplejidad, pero en este momento, lo único que puedo hacer es pensar en todos los argumentos posibles para convencer a Ava de que huir no es la solución.

—¡Era ella en Halloween! ¡La tal Quinn! —Aiden se da cuenta y suelto un largo suspiro.

—Era.

—¡¿Pero qué carajo, Finn?! ¿Por qué no me dijiste?

—Porque eres un chismoso, y Ava quería mantenerlo en secreto.

—No soy un... —Se interrumpe, sus ojos se entrecierran, entonces la sonrisita de costado vuelve a sus labios—. Espera... —Aiden levanta una mano en un gesto dramático, como si toda esta situación no fuera ya lo suficientemente dramática. —¿Está avergonzada de ti?

Se echa a reír solo, inclinando la cabeza hacia atrás.

—¡Vete a la mierda, Aiden! —me quejo, volviendo a la pantalla del celular para ver mi conversación con Ava.

“Hola, amor... Acabo de...” Dejo de escribir y borro todo. Quiero hablar con ella de inmediato, pero tampoco sé si estoy listo para enfrentar uno de los posibles resultados de esta conversación.

No dentro de un avión, donde no podré hacer nada, ni siquiera tomar otro vuelo, uno a Tennessee, para resolver esto. Bloqueo la pantalla y me recuesto en el respaldo del asiento, masajeándome las sienes.

—Hablas en serio —Mi amigo finalmente lo nota, y abro los ojos para mirarlo. Sus cejas están levantadas.

—Nunca hablé más en serio en toda mi vida.

—¡Guau! —Aiden abre la boca, pero la cierra de inmediato—. ¡Guau! —repite, y yo me rasco la garganta con una risa amarga.

—Solo estoy procesando. —Se defiende—. Pensé que ibas a morir solo y triste, contando cuántas veces escribieron tu nombre en el trofeo de la copa Stanley.

—Ja, ja, ja... Muy gracioso.

—Sí... Claro... Porque estaba bromeando —dice con una mueca y guarda silencio por casi cinco minutos—. ¿Cuál es... cuál es el nombre de ella?

—Ava. Ava Harrington.

—Bueno, no la llamaré más la Reina del Desastre, de todas formas. A partir de ahora, la llamaré Santa de los Milagros.

***

A lo largo de los últimos años, jugué al menos una docena de finales de campeonatos, y bajo la presión constante de ser siempre el mejor, eso me dejó ansioso en algún nivel, por supuesto. Algunas más, otras menos, pero la ansiedad siempre fue un hecho consumado.

Aún así, ninguna final hizo que mi corazón rugiera tan fuerte en mis oídos como la expectativa de ver el rostro de Ava cuando atienda la videollamada.

Nunca sentí que el cuarto, donde pasé la mayor parte de mi vida, fuera muy mío, pero esta tarde no se siente nada mío.

La pantalla cambia, se congela por un instante, y contengo la respiración, sabiendo que en unos segundos, por el rostro de Ava, voy a descubrir qué es lo que estoy a punto de enfrentar.

—*¡Hola, futuro novio!* —Su voz llega antes de que su imagen aparezca, y creo que entendí mal, al menos, hasta ver la sonrisa burlona en su rostro—. *Quiero decir, no sé, ¿verdad? ¿Todavía cuenta si soy la trigésimo sexta en la fila?*

Parpadeo, sintiéndome un poco apoplético. *Espera. ¿No está preocupándose por haber sido descubiertos?*

—*Nick* —me llama con un tono más serio, una arruga de preocupación surgiendo en medio de su frente—. *¿Está todo bien? ¿Te sientes bien? Estás pálido.*

Abro la boca, pero todo lo que puedo hacer es balbucear una sílaba ininteligible. Luego la cierro, trago y lo intento de nuevo.

—¿Estás bien? —pregunto, y Ava suelta una risa confusa.

—*Estoy bien. ¿Por qué no lo estaría?*

—¿Entendiste que hemos sido expuestos? —Inclino un poco la cabeza hacia abajo, frunciendo el ceño, desconfiado—. ¿Y que la universidad entera está hablando de nosotros dos?

—*Ah, eso*. —Ava suelta una risita en lugar de responder, pareciendo dispuesta a volverme loco—. *Sí, me volví un poco loca con eso...*

—*¡Se volvió loca de verdad!* —grita una voz al fondo, y retrocedo un poco. Ava revuelve los ojos.

—*Esa es Maggie, por cierto.*

—¿Hola, Maggie? —saludo sin saber si eso es lo que se espera. En realidad, me confunde más cada segundo.

—*Y puedo, o no, estar siendo vigilada para no volverme a volver loca y terminar contigo en medio de la locura. Por lo visto, has ganado seis defensoras acérrimas, ya que, aunque solo mis hermanas me amenazaron, la abuela Jane y mamá vieron todo sin intervenir.*

Sonrío de verdad por primera vez desde que desperté en el avión, y lo que empieza solo con mis músculos faciales relajándose, termina en una risa escandalosa.

—Maldición... ¡Gracias, Maggie! ¡Y a Alex, y Lauren, y Elle! ¡Y a la abuela Jane y Doña Tessa!

—*¡De nada!* —grita la hermana de Ava—. *Les transmitiré tus agradecimientos.*

Llevo el pulgar y el índice a mis párpados, respirando aliviado y cerrando los ojos. Ava

deja de reír.

—*Espera, ¿era por eso que estabas pálido? ¿Estabas preocupado por mi reacción?*

—Desesperado es una palabra más justa.

—*¿Ves?* —La voz de Maggie suena de nuevo—. *Él es perfecto, si no te quedas con él, yo me lo quedo.*

Ava ignora a su hermana y solo me mira, parpadeando con sus bonitos ojos e inclinando un poco la cabeza. Muerde su labio, pero el gesto no hace nada para ocultar su obvia satisfacción con mi miedo de perder lo que estamos construyendo.

—*Estoy bien* —dice, finalmente—. *Estamos bien.*

—La próxima vez, ¿podrías, por favor, decir eso en el mensaje?

Ella suelta una risa.

—*Trato hecho, pero, en realidad, aún tenemos que hablar sobre una cosa.*

—*Ok, mi trabajo aquí está hecho. Me voy antes de que la conversación se ponga caliente* —dice Maggie, y escucho una puerta abrirse y cerrarse. Sonrío maliciosamente.

—¿Vamos a hacer una llamada sexy?

Ava chasquea la lengua.

—*Poco a poco, galán. Me debes algunas explicaciones.* —Intenta mantener la seriedad, pero las curvas en las esquinas de sus labios delatan que lo que quiera que esté a punto de decir es una tontería.

¡Gracias a Dios! No aguanto muchas más emociones hoy.

—¿Qué explicaciones?

Entro en su juego, curioso.

—*Según Blabber, ¡tienes muchas futuras novias, Finnick Colleman! ¡No me gusta ocupar el puesto 36 en tu lista!*

—¡Ah, claro! ¡Porque si está en Twitter, debe ser cierto! —bufó—. Para tu información, si hubiera una lista, solo tendría tres nombres.

Me siento en la cama, finalmente sintiendo que la energía nerviosa que me dominaba se

va. Ava abre la boca, pero traga la pregunta que está estampada en su rostro. Me río.

—Ava. —Levanto un dedo, contando—. Margareth. —Levanto otro dedo—. Harrington. —Levanto el tercero y último, y Dulcecita me da una sonrisa que podría iluminar todo Michigan.

—*Me gustaría mucho besarte ahora* —admite.

—Te lo debo para cuando volvamos.

***

—¡Finnick! —Mi padre entra en mi cuarto sin tocar la puerta.

No me pasa desapercibida su llegada en el momento exacto en que colgué la llamada con Ava. Es casi como si hubiera estado detrás de la puerta, esperando.

Si no supiera que su ego es demasiado grande como para que se rebaje a ese tipo de cosas, desconfiaría de la coincidencia.

—¿Sí?

—¿Te volviste loco?

Casi me río. Casi.

—¿Por qué ahora?

La mandíbula de Wayne se endurece cuando aprieta los dientes de manera evidente. Su cabeza se mueve de un lado a otro, y su rostro es una máscara de desagrado.

—¡No tengo paciencia para tu actitud hoy, chico!

—Entonces quizás quieras decirme de qué estás hablando.

No me doy el trabajo de igualar la seriedad de su tono. Solo quiere hablar y, lamentablemente, aún estoy obligado a escuchar, pero lo haré de pie. Me levanto de la silla.

—De esto.

Wayne lanza el celular sobre la cama, visiblemente molesto porque ahora estamos a la misma altura y está tratando de obligarme a volver a una posición inferior. No tengo dudas al respecto.

El dispositivo cae con la pantalla hacia arriba, y solo puedo ver los ojos mirando al colchón, echando un vistazo a lo que sea que haya irritado a mi padre esta vez, antes de volver a

encararlo de igual a igual.

Es obvio que una relación entre Finnick Colleman y Ava Harrington no nacería ni moriría como un chisme en un perfil universitario de Twitter. La noticia que aparece en el teléfono de mi padre es del sitio oficial de un canal deportivo.

Sus fosas nasales se mueven, delatando su irritación por haberme negado a seguir su guion, y ni siquiera puedo sentir satisfacción por ello. Solo quiero que esto termine.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—¡No te hagas el tonto, porque no lo eres! ¿Estás saliendo con alguien en medio de la temporada? ¿No te he dicho un millón de veces que mantuvieras tu cabeza en lo que importa?

No digo nada. Sé que no hará ninguna diferencia. Ha venido aquí solo porque le gusta mucho el sonido de su propia voz.

—¿Y ni siquiera fuiste capaz de aprovechar la situación más que meterte entre las piernas de la chica? ¿Eres un idiota activamente, o eso es solo parte de tu naturaleza, y realmente no aprendiste nada de lo que he tratado de enseñarte toda mi vida?

Su tono se vuelve más duro y difícil de tragar con cada palabra que sale de su boca. Aún así, no digo nada. *Seis meses.*

Solo necesito soportar esto por seis meses más, luego tendré el maldito contrato y podré mantener a mi madre económicamente. Después de eso, nunca más. Nunca más tendré que tragarme la mierda de nadie.

Aprieto las manos en puños, presionando los dedos contra las palmas hasta que duela, hasta que tenga algo más que odio hirviente en mi cabeza para concentrarme.

—Al menos elegiste a alguien que sirve para algo —reflexiona, y tengo la impresión de que ni siquiera ha terminado de leer la noticia por la cual vino a quejarse.

Por lo que parece, Wayne solo leyó mi nombre y la palabra “noviazgo” en el mismo titular y decidió que ese era un motivo más que justo para atropellarme así. Mantener mi mandíbula relajada es una batalla que debo esforzarme por ganar segundo a segundo.

No desvío la mirada ni bajo la cabeza mientras mi padre me encara, y después de lo que parece una eternidad, vuelve a hablar.

—La piel de ella es oscura.

Wayne arruga la nariz, visiblemente disgustado, y la tensión llena mi pecho con tal

violencia que mi corazón parece bombear ácido en lugar de sangre.

—¿Qué dijiste? —pregunto, y es un milagro que pueda oír algo por encima de mi propio pulso retumbando en mis oídos.

—No sé dónde me equivoqué para que te guste eso. —Ignora por completo mi pregunta, continuando con absurdos y la misma expresión de asco que mostró al principio—. Pero la familia tiene influencia, aunque aún no hayas hecho nada útil al respecto.

La peor parte es que su racismo explícito ni siquiera me sorprende. Aprendí, hace muchos años, que no hay nada malo que no deba esperar de mi propio padre.

Y, si soy honesto, no es como si sus acciones no dejaran claro, en cada oportunidad, su creencia de superioridad por el color de su piel. Simplemente nunca había sido tan explícito antes.

La madre de Alice siempre fue blanco de las caras feas de Wayne. Le disgustaba verme con la hija de la empleada y nunca escondió su desagrado por el hecho de que, además de ser Rita una trabajadora, también era una inmigrante latina.

—¡Haz algo para corregir esto! ¡Presenta a las familias! —es lo que está diciendo cuando obligo a mi mente a volver a prestar atención a las palabras que estoy escuchando—. Esta será tu misión a partir de ahora. Si quieres una vagina fija, al menos que sea de alguien que te ayude a escalar algunos peldaños. Pero asegúrate de mantener la cabeza en su lugar en esto. No ensucies el nombre de la familia. No quiero nietos negros.

La naturalidad con la que dice cada una de estas cosas hace que la bilis suba por mi garganta, y no vomitar es un esfuerzo hercúleo.

—Eres un hijo de puta —escupo las palabras, sintiendo la saliva caliente en mi boca con tanta intensidad que ni siquiera soy capaz de articular algo más.

No hay satisfacción en finalmente decir las palabras que he estado pensando durante tanto tiempo. Ni un gramo. Es solo... devastador. De una manera que ya no duele, porque mi corazón fue anestesiado en lo que respecta a decepcionarme con mi padre, hace mucho tiempo. Pero, aun así, es devastador.

El cuerpo de Wayne da un ligero movimiento, como si mis palabras lo hubieran golpeado físicamente, y su rostro se retuerce en una expresión de puro descontrol. Se erige, endereza los hombros y da un paso hacia mí.

No retrocedo ni me encojo. Ahora estamos casi a la misma altura, pero solo que soy un poco más alto.

Mi padre nunca ha sido del tipo físicamente violento, pero yo tampoco soy del tipo que responde. Sin embargo, siempre supe que había un límite sobre lo que podría soportar, y parece que acabo de descubrir cuál es: crímenes.

No es que su forma de actuar y manipular todo y a todos a su alrededor no sea criminal, pero esta es la primera vez que entiendo hasta dónde llega su seguridad en el poder y su necesidad de dominio. Joder.

Deja de caminar y nos miramos durante varios segundos.

Muevo la cabeza de un lado a otro y salgo de la habitación, cerrando la puerta sin importarme lo infantil que eso parezca. Solo necesito descargar mi ira en algo que no sea la cara de Wayne, porque no importa cuánto se lo merezca, soy mejor que eso.

—¿Qué… qué está pasando? —Escucho a mi madre preguntar cuando ya estoy pasando por la puerta de atrás de la casa.

—¿Qué está pasando? ¡Está pasando que no le diste límites a tu hijo! ¡No le enseñaste respeto! ¡La culpa es tuya de que sea el inútil que es!

Gran hombre, todos dicen... No tienen idea.

Regla número 51

Mete las narices donde no te llaman y haz un gran descubrimiento.

FINNICK COLLEMAN

—¡Ni un dulce sin azúcar, ¿puedes creerlo?! —Me quejo, y Ava chasquea la lengua hacia mí.

—¡Deja de llorar, Nick! He estado haciendo dulces sin azúcar para ti desde Halloween.

Disminuyo la velocidad y doy la vuelta al final de la calle.

—¡Eso es! Y por tu culpa ahora estoy adicto a los dulces, pero no puedo comer cualquiera, porque solo mi futura novia sabe hacerlos como me gustan.

—¡Más te vale que no lo olvides!

Solo escucho su voz, pero puedo imaginar el rostro de Ava mientras lo dice, su sonrisa pretenciosa y el puchero que estoy seguro hizo después. Río, tratando de no perder el ritmo, pero al final me rindo y comienzo a caminar. De cualquier manera, ya estoy en mi calle.

—Nunca, de hecho, ya extraño lo bien que los haces, amor.

—¡Mierda! —murmura, y de repente escucho un estruendo de cosas cayendo. Segundos después, Ava vuelve a hablar, ahora con la voz mucho más cerca de mi oído—. *¡Estaba en altavoz, Finnick!* —me reprende, y yo suelto una carcajada.

—Tú empezaste.

—Sí, pero no esperaba que llegaras tan lejos para seguir.

—Solo dije la verdad, estoy muriendo al extrañar tu boca, tu olor, tu vagina, amor.

Ella gime suavemente en mi oído, provocando que se me erice la piel, y mi verga se pone firme de inmediato.

—¡Necesitamos ayuda, Nick! ¡Esto no puede ser normal!

Se queja con esa vocecita mimada que me hace reír otra vez.

—Es totalmente normal —aseguro, aunque nunca me he sentido así antes—. Al menos me siento más sano que nunca.

—*Pensar en ti todo el tiempo no parece la definición de saludable* —murmura más para sí misma que para mí, y estoy seguro de que ni siquiera se dio cuenta de que lo dijo en voz alta.

—Yo también pienso en ti todo el tiempo.

Ava suspira, y nos quedamos en silencio por un momento, disfrutando de la compañía del otro.

—*¿Ya volviste a casa? No deberías demorarte, ¿no van otras personas con ustedes?*

—Estoy casi allí, ya puedo ver la puerta. Sí, hay tres familias volando con nosotros a Aspen.

Ese recuerdo revienta mi pequeña burbuja de felicidad, en la que había olvidado completamente que estoy a punto de subirme a un avión con mi padre, lo que significa que tendré que ver su cara. Y ni siquiera es lo peor.

Estoy a punto de tener que actuar en su teatro de "familia perfecta" durante dos días, y como si eso no fuera suficiente, también está el imbécil de Jason Smith, ¡mierda! No tengo cabeza para esto. La probabilidad de que algo salga mal es mucho mayor de lo que quiero admitir, y eso me irrita, porque odio no tener el control sobre mí mismo. ¡Se supone que tengo todo bajo control, maldita sea!

—*¿Nick?* —Ava me llama, y su voz me saca de la espiral de frustración en la que estaba cayendo.

—¿Qué pasa, amor?

—*¿Estás bien?*

—Sí. —Miento—. Llegué. Voy a entrar para vestirme. Hablamos más tarde, ¿te parece?

—*Está bien. Buen viaje.*

—No lo será, pero gracias por desearlo de todos modos.

—*Nick...*

—Relájate, amor. Esta no será la primera, pero es una de las últimas veces, así que todo está bien. Hablamos más tarde.

Ava tarda en responder, como si no supiera qué decir.

—*Está bien* —termina por decir. Mierda, cómo quisiera perderme en tu boca ahora y olvidar que el resto del mundo existe—. *Hablamos luego.*

Ella cuelga la llamada, y entro a la casa por la puerta trasera. Sé que ya está llena de gente, pero no estoy listo para lidiar con nadie. Entro por la cocina y atravieso el largo pasillo de servicio hasta las escaleras del segundo piso. Cuando estoy a punto de alcanzarlas, noto la puerta de la vieja oficina.

A pesar de la sensación incómoda en mi estómago, sonrío al recordar que aquí es donde mi madre guarda los álbumes de fotos antiguos. Es mi oportunidad para demostrarle a Ava que también fui un chef alguna vez.

La puerta está sin llave, porque nadie entra aquí, salvo los empleados. Mi madre, tal vez, una vez al año, cuando decide cambiar las fotos de la casa.

La habitación está limpia y ordenada, con muebles claros que parecen recién salidos de la tienda, como el resto de la mansión. Nadie usa esta oficina, pero Dios libre a Wayne Colleman de que alguien descubra que hay un rincón de su vida que no brilla como el oro.

Voy directo a las estanterías y comienzo a buscar las etiquetas de las cajas organizadoras. Debo haber tenido entre seis u ocho años en la foto que busco, así que son los álbumes de entre dos mil siete y dos mil nueve. Los encuentro todos juntos y los llevo a la mesa.

El reloj en mi muñeca vibra con una nueva llamada, y contesto.

—Hola, mamá.

—*¿Dónde estás, querido? Nuestros invitados ya han llegado.*

—En mi cuarto, ya bajo.

—*Está bien. Besitos.*

Ella cuelga, y yo saco algunos álbumes de las cajas, revisando las fotos y apilándolos sobre la mesa al no encontrar lo que busco.

La pila se hace cada vez más grande, y necesito comenzar una segunda. Cuando esta también es demasiado grande, decido sacar las cajas de la mesa para tener más espacio. Reorganizo también los pocos objetos que estaban allí y frunzo el ceño ante una carpeta transparente con un acuerdo de confidencialidad dentro.

Es un documento estándar para todos nuestros empleados. Nadie presta ningún servicio

para la familia, dentro o fuera de la casa, sin firmar uno antes. Lo que este documento hace fuera de lugar es un misterio. Generalmente, ni siquiera se guardan en casa, sino con el abogado encargado de las contrataciones.

Abro la carpeta para ver si el documento está firmado o si es solo una copia perdida. Probablemente sea eso, y avanzo rápidamente hasta la última página, queriendo volver a buscar la foto, pero mi sangre se hiela al ver la firma en la línea punteada: Alice Banks.

***

Apreté el vaso de agua con fuerza, como si eso fuera a reducir la violencia que me recorre por las venas. La sala a mi alrededor está llena de risas, conversaciones y sonrisas. Un contraste absoluto con la tormenta que se está formando dentro de mí.

La ducha que me di después de leer y releer todos los documentos en esa carpeta no hizo nada para expulsar la adrenalina de mi cuerpo, ni para aclarar mi mente. El peso de la verdad es como una losa aplastándome la garganta, haciendo casi imposible respirar.

El murmullo de los invitados, los platos servidos por los empleados, la luz brillante de la decoración; todo hace parecer que ya estamos celebrando Acción de Gracias, en lugar de estar preparándonos para tomar un avión para el feriado que es mañana.

Desde la temperatura de las bebidas hasta los colores de los cojines en el sofá, todo está calculadamente impecable. Otro día perfecto en la vida estupenda de la familia Colleman. Qué jodida farsa.

En una esquina de la sala, mi madre está rodeada por otras seis mujeres, esposas de los amigos de mi padre, que están aquí para volar con nosotros. En otra esquina, Wayne entretiene a los maridos, mientras que en un tercer, cuarto y quinto grupo están los hijos.

Nadie espera que yo me inserte en uno de esos grupos, porque nunca lo hago. Mientras observo el espectáculo, la ola de asco y rabia dentro de mí crece cada vez más, desafiando todos mis intentos de mantenerla bajo control.

—¡Finnick! Ven acá, chico. Únete a nosotros —llama uno de los amigos de mi padre, y mis fosas nasales se ensanchan mientras trato de controlar el ritmo de mi respiración y mantener la máscara de hijo ejemplar en su sitio—. ¿Qué tal van las cosas en Michigan?

El hombre, vestido con un traje a medida, es Carl Grey. Un abogado renombrado con contactos en Washington, que de alguna manera ha sido reclutado por mi padre para su círculo de amigos cercanos.

Carl es fanático del hockey y, a pesar de la inteligencia que se esperaría de alguien en su

posición, cayó en las redes de Wayne. Su cabello rubio está peinado hacia atrás, como siempre, y me sonríe con sus dientes imposiblemente blancos.

—Van bien. Estamos invictos en la temporada.

—¿Alguna posibilidad de que dejes Montreal y te vayas a los Penguins? —pregunta otro amigo de mi padre, Theon, con piel oscura, ojos negros, la cabeza completamente rapada y un cuerpo musculoso, como solo un exatleta podría mantener. Jugaba fútbol americano.

Ante esa pregunta, mi padre responde por mí.

—¡Claro que no, Theon! Finnick continuará el legado familiar. —Me da una palmada en el hombro, sonriendo de una forma que nadie sospecharía que es falsa—. Se pondrá el número ocho de los Colleman en Montreal.

—¡Ah, deja de joder! —David lo provoca—. Hay otras formas de continuar con el legado familiar además de jugar en tu equipo favorito.

—Sí, papá —digo, asintiendo con la cabeza—. Has logrado muchas cosas. Debo admitir que el hockey no es la única manera de seguir tus pasos.

Wayne frunce el ceño, pero la expresión desaparece en una fracción de segundo. La máscara de felicidad imperturbable vuelve rápidamente a su lugar.

—Es cierto, chico —dice Archer, el mejor amigo de mi padre—. Tienes suerte de tener un padre como él. Es bueno en muchas cosas: en los negocios, en manejar su imagen, en el deporte...

—Sí... y no olvidemos que también es excelente guardando secretos —lo interrumpo, sin poder contenerme, mi tono casual contrastando con la intensidad de la mirada que le lanzo a Wayne.

Él sonríe, sus ojos aparentemente divertidos prometiéndome una tormenta generosa en cuanto tenga la oportunidad de acorralarme.

—¿Este? —Archer ríe, dándole una palmada en el hombro a mi padre—. Este hombre es un libro abierto —bromea, mientras toma un sorbo de su bebida.

—Ya sabes lo que dicen, esconde la verdad a la vista de todos y nadie la encontrará —le respondo, encogiéndome de hombros.

El grupo queda en silencio por un instante, buscando el significado de mis palabras, hasta que Wayne cambia de tema rápidamente.

Sacude la cabeza mientras habla, tratando de mantener la compostura, pero sus ojos continúan volviendo a mí, lanzándome destellos de irritación. Los invitados, como siempre, no lo notan, demasiado entretenidos con el brillo de Wayne Colleman.

No debería importarme. Debería dejar el tema hasta saber más, pero simplemente es imposible. Las palabras queman en mis labios tanto como la verdad incendia mi cerebro. Y la fachada imperturbable de Wayne me está sacando de quicio más que nunca.

Cada palabra que sale de su boca es un martillo, golpeando mi paciencia ya casi inexistente.

—Entonces, papá, ¿alguna novedad interesante en los últimos días? —pregunto después de que Carl hace una broma y todos ríen.

Wayne parpadea, incómodo, pero mantiene una expresión de inocencia. Los demás siguen conversando entre ellos, ajenos a la tensión en el aire.

—Nada que valga la pena compartir —responde, manteniendo la formalidad.

Fuerzo una risa.

—Ah, me imagino que algunos secretos pueden ser difíciles de manejar.

Él se inquieta, pero no responde, volviendo a insertarse en la conversación con el resto del grupo. A medida que pasa la siguiente hora, mi tono se vuelve más afilado. Comentarios indirectos y provocaciones, lanzados a cada oportunidad, erosionando la fachada de Wayne, hasta que encuentra una excusa para alejarnos de los invitados.

—¿Qué carajos crees que estás haciendo, hijo de puta? ¿Estás drogado? —pregunta en voz baja, en el pasillo fuera de la sala donde están todos, asegurándose de que no nos oigan aquí.

Sonrío irónicamente, porque, claro, ese sería su primer pensamiento. Sé que tengo que mantener las apariencias, pero la rabia nubla los bordes de mi visión, dejándome muy poco más allá del deseo de mandar todo al carajo.

—Hijo de puta… —repito.

Siempre odié su insistencia en insultarme así. Es solo otra forma de tratar de establecer su superioridad, y por eso nunca me quejé. Solo le daría más poder sobre mí.

—No estoy drogado, papá —escupo la última palabra. Hace años que dejó de tener cualquier significado para mí, pero hoy... hoy también murieron las últimas esperanzas de que algún día lo recuperara—. Solo estoy un poco confundido, ¿sabes? Tratando de entender cómo fuiste capaz de esconder a una hija durante dieciocho años, justo bajo la nariz de tu esposa, y tal

vez eso me tiene un poco... alterado. Lo siento.

El sarcasmo gotea de cada palabra que sale de mi boca, y Wayne retrocede un paso, sorprendido, pero, por supuesto, no dura. Endereza los hombros, volviendo a su habitual postura antes de responderme.

—No sé de qué estás hablando.

—¿En serio? Porque encontré documentos que dicen lo contrario.

—No sé qué mierda crees que encontraste, mocoso —se inclina hacia adelante, invadiendo mi espacio personal, y habla entre dientes—. Pero será mejor que pongas la cabeza en su lugar. Tenemos un viaje que hacer, un evento al que asistir. No vas a avergonzarme más de lo que ya lo hiciste. ¡Te vas a comportar y aprovecharás la oportunidad para arreglar el desastre que hiciste con la familia Smith a finales de verano!

Me río sin el menor rastro de humor, metiendo las manos en los bolsillos.

—¿Sabes? Pensé que esa sería la peor cosa que podrías hacer. Seamos honestos, ir en contra de tu propio hijo cuando él ayuda a una víctima de violación grupal y apoyar al imbécil que organizó esa basura es difícil de superar.

—¡Casi matas al chico por una broma, carajo! Eso fue lo que te hizo salir de los Pionners, el mejor equipo de la liga universitaria. ¿Cómo es posible que aún no lo entiendas?

—¿Broma...? —Expulso el aire entre los dientes, haciendo un sonido de frustración, y sacudo la cabeza de un lado a otro. No es suficiente para que pueda articular una frase coherente, así que me humedezco los labios y empujo mi mejilla con la punta de la lengua—. Pero luego, ayer dijiste esa mierda sobre Ava, y pensé, no. —Continúo, ignorando por completo su ridícula justificación—. Ahora sí. Ahora ha llegado al nivel más bajo al que puede arrastrarse un ser humano, pero claro, estaba equivocado. Eres aún más asqueroso. Ni siquiera sé por qué me sorprende que tengas una hija con una empleada y la hayas mantenido oculta justo aquí, bajo la nariz de tu esposa, durante dieciocho años. —Miro hacia arriba, todo lo que he leído antes se arremolina en mi mente hasta casi marearme—. Nunca la reconociste —lo acuso—. Nunca contribuiste con un centavo para su crianza y, como si eso no fuera suficiente, la chantajeaste, obligándola a donarte un órgano si quería dinero para la universidad, y además la hiciste firmar un acuerdo de confidencialidad sobre el asunto.

Decir las palabras en voz alta no hace que la situación parezca más real. Sigue pareciendo el argumento de una película absurda, de esas que cuando sales del cine te preguntas cuánto te valoras a ti mismo por haber perdido el tiempo viendo semejante porquería.

Alice Banks es mi hermana. La chica que creció conmigo, que siempre fue mirada de

reojo por Wayne y que incluso fue maltratada por él en algunas ocasiones, es su hija. Su hija. Suya y de Rita, y ni siquiera puedo culpar a la mujer por haber muerto sin contarle a su hija esta lamentable verdad.

Dudo mucho que su relación con mi padre haya sido una historia fácil de contar. Maldición, a estas alturas, dudo hasta que haya sido sexo consentido. Si fue capaz de defender a violadores, no me sorprendería que lo fuera también.

En el momento en que terminé de leer esos documentos, todo el comportamiento de Alice en los últimos meses tuvo sentido. Su distanciamiento, la forma en que no me daba ninguna oportunidad para resolver nuestros problemas, cómo se negaba a hablar conmigo.

No tengo la menor duda de que Wayne podría haberla estado amenazando con meterla a la cárcel si me contaba algo. Ya no dudo de nada.

—¿Qué está pasando? —Aparece mi madre con una expresión preocupada, como siempre, lista para hacer de amortiguador entre Wayne y yo—. Están llamando la atención de los Stanley.

—Pregúntale a él —digo, señalando a mi padre con la cabeza.

—¡Cierra la puta boca, mocoso! —exige Wayne, agarrándome el brazo con fuerza—. O te juro por Dios que voy a perder la paciencia y te voy a dar las palizas que debí darte cuando eras un niño.

—Por favor —le respondo con una sonrisa—. Esa es la única cosa que falta, ya arruinaste todo, golpéame. Solo no esperes que no me defienda.

—¡Por el amor de Dios! —exclama mi madre en un susurro, con los ojos muy abiertos—. ¿Perdieron la cabeza?

Me suelto de su agarre.

—Esto no va a quedar así —le garantizo.

—¡No, no va a quedar así! No tienes idea de con quién te estás metiendo.

—¿Eso fue lo que le dijiste a ella, papá? —Me río otra vez, sin humor, y me paso una mano por el cabello con fuerza.

—Hijo, por favor. ¿Esto es por tu novia? —interviene mi madre, acercándose a nosotros —. Ninguna mujer debería interponerse entre la relación de un padre y su hijo. Debes ser sensato, tu padre solo quiere lo mejor para ti. Sé que a veces se pasa, pero es porque quiere lo mejor para ti. Te está criando para que seas un Colleman.

La miro, incrédulo por lo que acabo de oír salir de su boca. ¿Lo está defendiendo? Bajo la cabeza, riéndome otra vez, y creo que nunca antes había reído con tanto amargor como esta noche.

—Sí, y no soy el único Colleman que puso en el mundo, pero a la otra no le importó criarla.

Es lo único que digo antes de darme la vuelta y salir de la sala, de la casa, sin importarme hablar con nadie más. Si mi madre es lo suficientemente fuerte como para ponerse del lado de Wayne sin siquiera saber lo que está pasando, entonces también puede ser lo suficientemente fuerte para lidiar con la verdad.

Regla número 52

Antepone el corazón de tu mejor amigo al tuyo propio y gánate el respeto de tu archienemigo.

FINNICK COLLEMAN

Reconozco la camioneta vieja de Parker cuando se estaciona justo en frente de Yekelley Hall y me pongo de pie. Ninguno de mis intentos por hablar con Alice desde que salí de Denver sirvió para algo, y fueron muchos.

Aunque sé que esperarla afuera de su edificio puede parecer que la estoy acorralando, no pude quedarme sentado en mi cuarto. Fue imposible. Tomé el primer vuelo que encontré a Michigan, y durante cada segundo desde entonces, a pesar del caos en mi cabeza, solo tuve una certeza: necesitaba ver a mi hermana. Mi hermana.

Esa palabra todavía me deja en shock cada vez que cruza mi mente, pero al mismo tiempo hay un reconocimiento, una naturalidad que siempre estuvo ahí. Alice siempre fue mi hermana en lo que realmente importa.

Y, mierda. Debe haberse sentido tan sola… Todos estos meses, en silencio, alejándose de quienes la amamos, de todo lo que conocía. ¡Puta madre!

Tuve horas para pensar en esto, rumiando un odio creciente hacia el hombre que llamé padre toda mi vida. Él no sabe lo que significa la familia.

—Finn... ¿Qué haces aquí? —pregunta Alice, frunciendo el ceño, sin tener ni idea del desorden que me está consumiendo.

Miro a Connor, que está de pie al lado de la puerta del conductor, y luego vuelvo a Alice. ¿Cuánto sabe él? ¿Cuánto puedo decir sin que la afecte de alguna forma?

Exhalo con fuerza, apretando los dientes, sintiendo cómo mi autocontrol está a punto de romperse. Esto es solo un problema más en esta jodida situación.

Odio sentirme tan expuesto, sabiendo que cualquiera que me mire notará lo vulnerable que estoy. Pero este momento no es sobre mí. Nada de esto lo es.

—Necesito hablar contigo. Te llamé un montón de veces en las últimas horas y...

—Dejé mi celular en la bolsa —me interrumpe, ya comenzando a contagiarse de mi

ansiedad—. Estaba patinando con la familia de Connor. ¿Todo bien?

—¿Podemos hablar a solas?

Alice parpadea, pensativa, y luego se gira hacia Parker.

—Connor, ¿podrías...?

—No voy a dejarte sola, y menos con él en ese estado —la interrumpe Connor, mirándome con intensidad. A pesar de lo jodido que está todo, lo respeto un poco por eso—. ¿Estás borracho, Colleman?

—Él no bebe —responde Alice antes de que pueda decir algo—. Al menos, no así.

Lo encaro, sin saber qué hacer. Sé que debo verme hecho mierda. Si mi aspecto refleja aunque sea un 1% de cómo me siento, estoy hecho un puto desastre.

Aprecio que Connor esté listo para proteger a Alice, incluso de mí. No disminuye mi culpa, pero al menos me da algo de alivio saber que no estuvo completamente sola. Eso afloja uno de los miles de nudos que llevo en el estómago.

No debería sorprenderme. Alice siempre atrajo a personas protectoras. ¿Cómo pudo Wayne...? Nunca lo entenderé.

—Necesitamos hablar —repito, respirando hondo para intentar relajarme, aunque, por la expresión de Parker, no sirve de mucho.

Alice alterna su mirada entre él y yo, tratando de decidir cómo convencerlo de que está bien quedarse a solas conmigo. Nos conocemos toda la vida. Ella sabe que, sin importar lo jodido que esté, nunca le haría daño.

Connor señala la camioneta con un gesto irritado.

—Suban los dos. Tú vives en la fraternidad —me dice—. Hablen en tu cuarto, donde yo voy a estar a unos metros por si intentas alguna cosa rara.

Asiento en silencio y me subo al asiento trasero. Durante todo el camino, Connor no deja de observarme por el retrovisor, desconfiando.

—Más te vale portarte bien, ¿me oíste? —me dice en voz baja cuando llegamos a la casa de la fraternidad y bajo del auto—. Ella ya está mal porque hoy quería ver a su familia.

Ese comentario le gana un poco más de mi respeto. Si pudiera, esperaría para hablar con Alice, al menos hasta que procesara todo lo que pasó y pudiera manejarlo sin sentir que estoy a

punto de colapsar.

Pero no puedo. Si no hablo con ella, me voy a desmoronar, así que le respondo en el mismo tono bajo.

—Esto no tiene nada que ver con eso, Parker.

—Todo lo que le pase a mi novia me interesa. Y si escucho algo raro, voy a reventar ese nido de palomas que llamas cuarto y sacarla de ahí. ¿Entendido?

En cualquier otra situación, su amenaza me habría hecho reír. Pero ahora mismo, lo último que me importa es el ego de Parker. Aunque no paso por alto su intención de marcar territorio al llamarla "mi novia". Después hablaremos de eso.

Entro a la casa sin responder. Alice se queda un momento más afuera, retenida por Connor. La espero en el pasillo, y cuando finalmente entra, me sigue hasta la puerta del sótano.

Frunce el ceño, pero atraviesa la puerta cuando la abro y enciendo la luz, revelando las escaleras. Bajamos en silencio, yo detrás de ella, y cuando llegamos al cuarto, se gira hacia mí.

—¿Qué pasó?

—Encontré unos documentos en casa, buscando fotos viejas —voy directo al punto.

—¿Qué clase de documentos? —pregunta, con los ojos muy abiertos y la respiración agitada.

—Unos que llevaban tu firma —digo despacio, estudiando su rostro para no perder ninguna señal.

Alice niega con la cabeza, casi desesperada.

—¿Por qué no me contaste? —Mi pregunta suena mucho más dolorosa de lo que quisiera. Sé que ella es la víctima aquí, pero solo quiero entender por qué no confió en mí—. Podrías haberme dicho cualquier cosa, Alice. Eres mi hermana, y lo sabías. ¿Por qué no me contaste?

Ella se queda inmóvil, mirándome en silencio por lo que parece una eternidad.

—¿Hablaste con tu papá? —Su voz es cautelosa, casi aterrorizada, respondiendo de manera indirecta todas mis preguntas.

¡Hijo de puta! ¡Maldito desgraciado! Él la amenazó. Por eso no me lo dijo.

—Me miró con su típica cara y dijo que no iba a hablar de tonterías con la casa llena de

invitados. Así que vine directo contigo, Alice, porque no puedo dejar de pensar en lo jodido que deben haber sido estos meses para ti. Alejada de todo y de todos, cargando un secreto que ni siquiera era tuyo.

Se hace otro largo silencio.

—No puedo, Finn —murmura, inclinando la cabeza hacia atrás, intentando no llorar. Luego baja el rostro y respira hondo—. Por favor... no hables de eso. Yo tengo un padre, y no es Wayne.

Es mi turno de quedarme en silencio, porque claro que ella pensaría así. Steve la ha cuidado desde que nació, y esa idea me afloja varios de los nudos en el estómago.

Estaba tan concentrado en lo que la cobardía de Wayne significaría para Alice que, por las últimas horas, me olvidé de que ella nunca lo necesitó de verdad.

Claro que muchas cosas habrían sido más fáciles si Wayne hubiera hecho lo mínimo que se espera de un hombre decente. Aun así, ella siempre tuvo un padre. Asiento.

—Firmé un acuerdo de confidencialidad. No puedo seguir hablando de esto. —La negativa parece destrozarla por dentro—. Me prohibió hablar contigo —susurra.

Paso los dedos por mi cabello mientras la miro a los ojos. Sus pupilas reflejan el miedo de perderlo todo si Wayne se entera de que habló.

—Voy a arreglarlo.

Es lo mínimo que puedo hacer.

—Me va a demandar —dice en voz baja, mientras dos lágrimas le recorren las mejillas.

—No va a pasar —le prometo—. Yo me encargaré de esta mierda—. ¿Puedo preguntarte algo? —le digo, y ella aparta la mirada, dudando.
—¿Siempre lo supiste?

—No… no lo sabía. —Sacude la cabeza frenéticamente—. Fue cuando hicimos las pruebas por el cáncer de tu papá que me enteré. Toda mi vida creí que mi padre era mi papá biológico. Jamás pasó por mi mente otra cosa, hasta que Wayne me llamó para hablar...

—Te pagó para que te callaras y luego te mandó lejos —la interrumpo, completando la última pieza del rompecabezas en mi cabeza.

—Finn... —Alice me suplica, y yo solo asiento en silencio.

Cierro la distancia entre nosotros y la abrazo con fuerza. Nos quedamos así un buen rato. Solo cuando noto que se ha calmado, me separo un poco para colocar mis manos en sus mejillas y limpiarle las lágrimas con los pulgares.

—Tú no puedes hablar, pero yo sí —empiezo—. Te quiero, Alice. Siempre te he querido. Siempre has sido mi hermana, y si la sangre no cambia eso, un maldito acuerdo tampoco lo hará. Sé que tienes miedo, pero yo me voy a encargar. Te lo prometo, no descansaré hasta solucionarlo.

Ella asiente levemente, con los ojos inundados de lágrimas contenidas, y vuelve a abrazarme. Esta vez no es el abrazo distante que me daba en los últimos meses, sino uno real. Como siempre había sido antes.

Beso su cabello y recorro su espalda suavemente con las manos, subiendo y bajando en un movimiento reconfortante. Nos quedamos así un rato más, y cuando finalmente se aparta, siento que algo del peso sobre mis hombros se ha desvanecido. La sensación de distancia entre nosotros, presente por meses, ha desaparecido.

No me hago ilusiones de que todo esté bien ahora. Todavía tengo que deshacer la trampa legal en la que Wayne ha atrapado a mi hermana. Y luego están las otras consecuencias de su egoísmo que tomará tiempo procesar. Aún no he pensado en lo que esto significará para mi madre... ni en lo que realmente implica para ella.

—¿Y tú y Connor? —pregunto con una sonrisa burlona, decidiendo que este no es el momento para pensar en otra cosa que no sea Alice. Ella me lanza una mirada exasperada—. ¿Oficialmente juntos? ¿Novios?

—¿De verdad? —arquea una ceja, acusándome de aprovecharme del momento emocional. Tal vez lo estoy haciendo.

—Solo... no pensé que duraría tanto. —Ella entrecierra los ojos y eleva los hombros, lista para debatir—. Dije que lo respetaba —me defiendo antes de que abra la boca—. Él tiene su estilo... y yo el mío. Pero si te gusta ese estilo...

Alice pone los ojos en blanco otra vez.

—Es buena persona, a pesar de todo.

—Más le vale, porque tienes un hermano muy sobreprotector —bromeo, y siento su cuerpo relajarse en mis brazos. Su risa es suave, pero sigue siendo un alivio—. Me alegra que hayas encontrado a alguien, Alice. Sé que es egoísta, pero me reconforta saber que no estuviste sola todo este tiempo...

—No. —Me interrumpe, negando con la cabeza—. No tienes la culpa de nada, Finn. Ni tú ni tu mamá. Ustedes también son víctimas de... —Se detiene, dudando si continuar.

—Dilo, Alice. Wayne. Somos víctimas de su egoísmo y falta de carácter, no hay duda de eso. Pero tú eres mi amiga, debí darme cuenta de que algo no estaba bien.

—Y yo debí confiar en ti. Lo hecho, hecho está, Finn. Lamentarse por el pasado no lo cambia.

—Tienes razón. Haré mi mejor esfuerzo.

—Y sabemos que siempre logras lo que te propones, ¿no?

Pongo una expresión arrogante.

—¿Qué tal si repites eso frente a tu novio, en dos minutos?

—¡Finnick!

***

Rechazo otra videollamada, aunque me haga sentir como una mierda. No quiero arruinarle la noche a Ava dejando que me vea en este estado deplorable.

Hablar con ella me haría sentir mejor, pero no sería justo. No puedo cambiar mi tranquilidad por la suya, así que sigo acostado, mirando el techo y dejando que los pensamientos me consuman.

El celular vibra en mi mano, y no necesito verlo para saber que es un mensaje de ella. Lo leo, sabiendo que me hará sentir un poco mejor, pero no respondo.

Dulcecita: Feliz Día de Acción de Gracias. ¿Me llamas cuando leas esto? Espero que no te estés ahogando en ese lago como dijiste que harías.

Dulcecita: Te sigo debiendo muchos besos, y no me gustaría quedarme con esa deuda.

Me cuesta mucho conciliar el sueño, pero cuando al fin lo logro, sueño con sus besos. Sin embargo, al despertar, esos recuerdos se desvanecen bajo el peso de la realidad.

Ava intenta llamarme varias veces durante el día mientras no hago más que pensar. Rechazo todas las llamadas. Es el tono preocupado de su último mensaje el que me obliga a encontrar el valor para contestarle.

Dulcecita: ¿Estás bien? Estoy preocupada. No contestas. ¿Por qué no contestas?

Finnick: Hola, amor. Perdón, soy un idiota. Es eso.

Finnick: Pasaron algunas cosas en casa, y necesito un tiempo a solas. No tiene nada que ver contigo. Disfruta con tu familia y dales un beso de mi parte. Te extraño.

Dulcecita: ¿Estás bien?

Finnick: No, pero lo estaré.

Dulcecita: ¿Dónde estás?

Finnick: Volví al campus. Me estresé, pero estoy bien. Veré algunas películas... Tengo que hablar seriamente con mis padres, pero no estoy listo aún. Necesito espacio por unos días.

Dulcecita: Está bien, pero no me apartes del todo, ¿sí?

Dulcecita: Una vez al día, dime que estás vivo. Con eso me basta.

Finnick: Prometo que lo haré.

Dulcecita: Te extraño, amor.

Finnick: Yo también, amor. Yo también.

Regla número 53

No preguntes, da amor... Aunque aún no puedas admitir que lo sientes.

AVA HARRINGTON

La sensación extraña que me hizo tomar el primer vuelo del día, en lugar del último, sigue dándome golpes en el pecho como si fuera un saco de boxeo. Una y otra vez, aunque ya esté en Michigan.

Los pasillos del edificio Yekelley están vacíos. La mayoría de los estudiantes aún no han regresado de sus vacaciones o siguen dormidos, aprovechando las últimas horas de descanso antes de que empiece el frenesí de las vacaciones de Navidad.

Yo estaría haciendo lo mismo si Finnick Colleman no se hubiera metido tan profundo bajo mi piel, al punto de que su mal ánimo me afectara incluso a la distancia. Tenía que verlo. Necesito verlo.

Y estoy esperando que las calles del campus sigan igual de vacías que durante mi camino hacia los dormitorios, porque no fui directo a la fraternidad Omega Theta. Necesitaba reunir valor antes de hacerlo.

Es decir, sé que todos ya saben sobre Finnick y yo. Lo que no tengo claro es si estoy lista para enfrentarme a los comentarios malintencionados ahora que no tengo miles de kilómetros de por medio.

Empujo la puerta de mi cuarto con un suspiro, retrocediendo un poco al encontrar las luces encendidas, porque estoy segura de que las apagué antes de irme. Lo comprobé tres veces.

Cuando abro por completo la puerta, lo entiendo. Finnick baja el libro que tenía en las manos y me mira, tan sorprendido como yo, lo cual es curioso, considerando que está en mi cuarto, sentado en mi cama, exhibiendo la gloria de su pecho desnudo.

—¿Hola?

La palabra me sale como una mezcla entre saludo y pregunta mientras entro y cierro la puerta detrás de mí.

—Hola —responde Nick, con una expresión entre divertida y avergonzada—. No quería

quedarme en mi cuarto —empieza a explicar, aunque yo no se lo haya pedido—. Por lo menos aquí no me siento tan solo.

—Pensé que querías estar solo.

Me giro para quitarme el abrigo y los zapatos, aunque mantengo el rostro hacia él.

—Me di cuenta de que prefiero estar contigo —responde con total sinceridad, y lo único que puedo hacer es quedarme mirándolo. Se ve tan... vulnerable. La sombra de sonrisa que parecía pegada a sus labios desapareció, y hay ojeras oscuras bajo sus ojos. En los últimos meses conocí muchas facetas de Finnick Colleman, pero esta es nueva para mí—. ¿Está bien que me haya quedado aquí?

Me dejo caer sobre la cama y gateo hasta él, lanzándome sobre su regazo y abrazándolo con fuerza. Lluevo besos por todo su rostro y cuello; él se ríe, y ese sonido me llena de un sentimiento sobre el cual prefiero no pensar demasiado.

Nick se desliza lentamente hasta que quedamos recostados, con mi cuerpo montado sobre el suyo.

—Claro que está bien.

Deja escapar un suspiro aliviado.

—Pensé que vendrías por la noche —dice mientras acaricia mi rostro y frota su nariz contra mi cuello, respirando profundamente.

—Necesitaba verte.

—¿Necesitabas, eh?

Sus ojos buscan los míos, y asiento para confirmar.

—Estaba preocupada. ¿Te sientes mejor?

—No mucho, pero creo que es cuestión de tiempo.

Asiento de nuevo y rozo nuestros labios.

—No tienes que contarme si no quieres, pero si decides hacerlo, aquí estoy contigo. No voy a ir a ninguna parte.

Nick me envuelve más fuerte entre sus brazos, y apoyo la cabeza en su pecho. Pasan varios minutos, y ya estaba segura de que no diría nada cuando, finalmente, habla.

—Gracias, amor.

Regla número 54

Haz que a tu voluntario le dé un infarto.

AVA HARRINGTON

No estaba preparada. Ni tantito. Ni un poquito, la verdad.

En los últimos meses me volví bastante buena para ignorar los rumores, pero admito que hoy me están ganando. Es apenas mediodía, y ya estoy exhausta, con ganas de encerrarme en mi cuarto y no salir hasta el próximo siglo.

Si pensaba que la gente era cruel en Twitter, en persona han elevado el arte de especular maliciosamente sobre Nick y yo a otro nivel.

Las risitas y los dedos señalándome son solo la punta del iceberg. Y, bueno, podría lidiar con las decenas de comentarios como: "¿Qué le habrá visto?" Porque, siendo honesta, yo misma me hice esa pregunta mil veces.

El problema son las preguntas tan crueles que hacen parecer que, en vez de conseguir novia, Finnick contrajo una enfermedad incurable y letal.

¿Cómo es que puede estar cerca de ella? ¿No tiene miedo de salir ardiendo también?

Oigan, ¿no deberíamos preocuparnos por los Lynx? ¡Si yo estuviera en ese equipo, ya habría renunciado!

¿Alguien ha tratado de ayudar a Finnick?

¿Esto será un montaje?

¿No creen que están difamando a Finnick? No tiene sentido. ¿Cómo se habrían conocido? Yo digo que esas fotos son falsas, se ven como si las tomaran en un lugar oscuro, ¿no?

¿Será que le hizo algún tipo de brujería?

¡Seguro le lanzó un amarre! Me encantaría saber cuál, porque funcionó demasiado bien.

Pero lo peor, sin duda, son las preguntas más indiscretas y sin sentido.

¿Estará cogiéndosela?

¿Creen que le hace el mejor sexo oral del mundo?

El "té" que le dio debe ser de otro planeta...

¡Deberían ponerle el título de Reina de la Mamada, porque no hay otra explicación!

Aprieto los dientes con disimulo y sigo caminando por el campus, intentando ignorar el murmullo constante a mi alrededor. A estas alturas ya ni siquiera puedo distinguir qué frases escucho realmente y cuáles solo rebotan en mi cabeza.

Es imposible olvidarse de algo así una vez que lo escuchas. ¿Cómo diablos hace Nick para ignorar las opiniones de los demás? ¿Cómo logra compartimentar todo al punto de que simplemente no le importe nada?

Llego a la esquina y me detengo en la línea peatonal, mirando a ambos lados antes de cruzar. Cuando levanto la vista, ahí está Nick, caminando hacia mí. Me doy la vuelta para regresar por donde vine. Maldita sea.

—¡Ava! —grita desde el otro lado de la calle. Su voz me paraliza, y siento la mirada de todos como si fuera un peso físico.

Me volteo y Nick me sonríe, pero, a medida que pasan los segundos y sigo sin moverme, la expresión en su rostro se transforma en algo entre: “Por favor, no hagas esto” y “No vas a atreverte… ¿o sí?”

Desde el otro lado, extiende la mano hacia mí en un último intento silencioso, porque ya me lo ha pedido mil veces con la mirada.

Niego con la cabeza, sintiendo que me falta el aire. El sudor resbala por mi nuca y mi espalda. Finnick abre los ojos como platos, y yo retrocedo un paso.

Alrededor de nosotros, la gente ya tiene los teléfonos en alto, listos para grabar la escena que están convencidos de que va a suceder. Todos, excepto Finnick, que siempre espera lo mejor de mí. Debería dejar de hacerlo.

Respiro hondo, cierro los ojos al inhalar y los abro al exhalar.

Cruzo la calle.

Cada paso hacia Nick es un millón de latidos en mi pecho. Cuando entrelazo mis dedos con los suyos, su sonrisa hace que todo valga la pena. Pero, por supuesto, no iba a detenerse ahí. Debería haberlo sabido.

Finnick me rodea la cintura, me inclina hacia atrás como en una película y su boca

encuentra la mía en un beso escandaloso que provoca aplausos, silbidos y abucheos al mismo tiempo.

Mientras su lengua se enreda con la mía, lo único que importa es su sabor, su olor, su tacto. Finnick, completo. Me endereza lentamente y solo se separa de mis labios cuando vuelvo a pisar firme el suelo.

—¿Estás bien? —pregunta. Me toma un segundo responder, porque estoy sin aliento.

—Si me da un infarto, espero que estés dispuesto a salir con un cadáver para que esto haya valido la pena.

—¿Eso significa que somos novios ahora? —pregunta, porque de todo lo que dije, eso es lo único que le importa.

—No. No voy a salir contigo solo porque un montón de imbéciles me están presionando.

—¡Guau! —exclama, llevándose una mano al pecho como si lo hubiera ofendido—. Yo creí que era porque te gustaba.

Lo beso de nuevo para callarle la boca. Los gritos y vítores siguen resonando a nuestro alrededor, pero decido no darle importancia.

Se siente bien, demasiado bien. Y empiezo a pensar que quizá el secreto de Nick estuvo frente a mí todo el tiempo: para que algo no te importe, solo tiene que... dejar de importarte.

Regla número 55

Envasar y garabatear.

FINNICK COLLEMAN

—¿Qué crees que va a salir hoy en Blabber? Apuesto tres donas a que van a decir que estás conmigo por mis habilidades académicas.

Empujo la puerta para que Ava pase y me río del comentario, aunque no sería tan descabellado. El hecho de que estemos juntos solo ha hecho que la gente tenga más ganas de hablar de nuestras vidas.

Anteayer, el chismerío era una encuesta de cuánto tiempo tardaríamos en terminar. Ayer, los rumores decían que yo estaba usando a Ava para darle celos a Cammeron, la capitana de las animadoras de la UMich.

No suelo prestar atención a los chismes, pero la llamada molesta que me hizo Aiden me hizo disfrutar especialmente ese último rumor. El idiota se lo tenía bien merecido después de la bromita que hizo durante el vuelo de vacaciones. Me dio un gusto enorme decirle que eso se llama karma.

Desde que nuestro beso se hizo viral la semana pasada, Ava y yo no hemos podido dar un paso sin que termine en Twitter. Y hoy, con la presentación de la primera parte del proyecto de Filosofía Comercial, seguro que hablarán de eso también.

—Apuesto diez mil besos a que tienes razón.

—¡Qué listo!

—Para ganarme tus besos, siempre.

Abro la puerta del salón, y Ava entra. Ella sube las gradas y se sienta en la misma fila que siempre ocupamos, mientras yo la sigo. El material que trajimos para la presentación ocupa las cuatro sillas a nuestro alrededor.

—Hablando en serio, la gente está mal. ¿Insinuar que estoy embarazada? —Se queja por un tuit de esta mañana—. ¿De dónde sacaron esa ecografía? ¡Jesús!

Muerdo mis labios para aguantar la risa, aunque la respuesta es obvia: lo sacaron de Google. Aun así, Ava me lanza una mirada que atraviesa mi silencio. Me encanta esta versión de

ella.

Aunque todavía se incomoda con los rumores, cada vez deja que la afecten menos. Sé que no es algo fácil para ella. Por suerte, el profesor entra al aula en ese momento y nos salva del momento incómodo.

Nos saluda, toma asiento y empieza a llamar a las primeras parejas. Hoy presentan seis equipos y, por orden alfabético, a Ava y a mí nos toca en esta sesión.

La primera pareja es un chico que claramente está drogado y una chica con el pelo oscuro que parece muy nerviosa. Su presentación dura menos de cinco minutos.

Cuando el profesor abre la sesión de preguntas, nadie levanta la mano porque no dieron datos suficientes para generar dudas. El profesor frunce el ceño y llama a la siguiente dupla.

Ahora sube al frente un chico con gafas rosas y una chica pelirroja. Su trabajo está mucho mejor estructurado y logran hablar durante casi media hora, al punto que hasta me animo a tomar algunas notas.

Esta vez sí hay preguntas, y tras responderlas, nos toca a nosotros.

Trabajar con Ava siempre es fácil. Después de semanas trabajando en el proyecto, ya sé qué partes la emocionan y cuáles no, y resulta que son justo las opuestas a las que más disfruto yo.

Presentamos cada punto usando tanto la pizarra interactiva como el material extra que trajimos. La exposición dura cerca de cuarenta minutos, y cuando Ava termina la conclusión, tiene una sonrisa tan orgullosa que me parece preciosa.

El profesor abre la sesión de preguntas, y la primera es para Ava. Ya sé la respuesta, pero igual escucho cada palabra como si fuera la primera vez que la oigo.

La segunda, tercera y cuarta preguntas también son para ella. Cuando el profesor cierra la sesión, regresamos a nuestros asientos, y la siguiente pareja toma el frente.

—¿Qué calificación crees que nos va a dar la opinión pública? —le susurro al oído.

—A ti no sé, pero parece que yo fui la única evaluada —responde sin mirarme, con un tono amargo.

Echo la cabeza hacia atrás, sorprendido.

—Te molestó que solo te preguntaran a ti —comento.

—¿Qué crees? —me responde entre dientes, ahora sí girando la cara hacia mí.

Presiono mis labios y los dejo deslizar despacio.

—No es mi culpa que la gente sea imbécil, Ava.

—No, pero tampoco parecías molesto. De hecho, nunca lo pareces. Es fácil no preocuparte por aclarar nada cuando siempre te ponen como la víctima y a mí como la villana. Es casi como si te gustara estar siempre en ese pedestal.

Me hundo en mi asiento, mirando al frente aunque no presto atención a lo que dice la pareja actual. Pienso qué responderle hasta que la quinta dupla sube al estrado.

—No estás siendo justa.

—Lo siento.

Ava y yo susurramos al mismo tiempo, y ella me mira con ojos culpables. Entrelazo nuestros dedos sobre la mesa y acaricio su mano con mi pulgar, de arriba abajo.

—Perdón —repite—. Estoy nerviosa, no quise decir eso.

—Creo que sí lo quisiste —le digo—. Y está bien, pero no está bien que guardes esos pensamientos para cuando estás enojada.

—Tienes razón —admite, haciendo un puchero que me encantaría morder si no estuviéramos en plena clase rodeados de gente.

—Estamos juntos, amor. No solo en el trabajo, en todo. Y si esto te pasa por la cabeza, prefiero saberlo antes de que se haga más grande.

—No tienes que preocuparte por nada. No quiero ser una novia egoísta y mezquina. Ya pasó, solo estoy estresada. No es importante.

Suelto una risa baja.

—Todo lo que sientes es importante para mí, Ava.

Llevo su mano a mis labios y beso sus nudillos.

—Esta noche, después del entrenamiento y las clases, hablamos bien, ¿de acuerdo?

Ella asiente, y volvemos a concentrarnos en las presentaciones.

—Déjame llevar estas cosas —le digo al final de la clase, cuando estamos recogiendo

todo.

—No, yo puedo llevarlas.

—Sí puedes, pero no es necesario —le recuerdo, rozando nuestros labios. Ella sonríe contra mi boca, convencida. Si todos nuestros conflictos se resolvieran así, no tendría quejas para el resto de mi vida.

Me quedo con su mochila y parte del material extra. Nos despedimos con un beso rápido, y ella se va a su próxima clase mientras yo me dirijo al estadio.

Cuando llego, descubro que soy el primero en llegar. En lugar de cambiarme y calentar, me siento en la grada y saco uno de los cuadernos de Ava de su mochila.

¿Habrá encontrado ya el dibujo que le hice la primera vez que la vi en Coffee and Chapters?

Empiezo a hacer garabatos en la pista de hielo. Cuando termino, paso a la página siguiente, pero en lugar de dibujar, me encuentro escribiendo.

Transcribo la lista de Ava de memoria, añadiendo anotaciones aleatorias.

Al lado del número uno, escribo: “Así fue como conocí a tu padre”. Tacho el dos y pongo encima: “¡Nunca pasará!”. En el tres, dibujo una berenjena, un durazno y un check.

Sigo así con toda la lista, riéndome al imaginar la cara de Ava cuando la vea.

Lamentablemente, los chicos llegan antes de que pueda comentar el número quince, así que guardo el cuaderno en el bolsillo delantero de la mochila.

Me levanto y los sigo al vestuario. *¿No podían haberse tardado quince minutos más? ¡Maldita sea!*

Regla número 56

Levantarse antes de las seis de la mañana y planear cuatro fratricidios.

AVA HARRINGTON

—¡¡Maggie!! —gimoteo, abriendo solo un ojo—. ¿Por qué me odias? ¿Por qué me despiertas antes de las seis? ¿Por qué? —La última palabra sale casi ininteligible, arrastrada y medio adormilada, mientras ruedo sola en la cama. Nick no durmió aquí esta noche.

Sigo quejándome, sintiendo cómo mi conciencia intenta arrastrarse de vuelta al sueño, mientras mis ojos se cierran, aunque mi mano sigue sosteniendo el celular con la cámara apuntando hacia mí. No durará mucho. Pronto se me va a caer.

Y, si tengo suerte, Maggie tendrá piedad de mí, porque, claro, sentido común mi hermana no tiene. Solo porque le gusta madrugar para salir a correr no significa que pueda andar llamando a los demás. En serio, algún día la voy a bloquear por esto.

—*Ava.*

Creo escuchar la voz de Lauren, pero sé que no puede ser ella. Nunca se despierta antes de las nueve. Prefiere morirse antes que interrumpir su sueño reparador. Jura que está científicamente comprobado que quienes duermen hasta tarde viven más.

—*¡Yo dije que era mejor esperar a que se despertara para contárselo!*

¿Esperar? ¿Es la voz de Alex? ¿O de Elle? No puede ser… Ay, Dios, tengo tanto sueño. A esta hora las gemelas deberían estar arreglándose para ir a trabajar, no en una llamada colectiva.

¿Llamada colectiva? Ese pensamiento debería despertarme, pero el sueño me pesa tanto... Mejor me rindo y sigo dormitando. Siento el teléfono deslizarse de mi mano y acomodo mi brazo bajo la cara.

—*¿Y dejar que lo descubra sola? ¡Claro que no!*

Esa es Alex. O Elle. Qué más da.

—*Perdóname, Ava, pero me lo vas a agradecer después.*

Creo que es Maggie quien habla. ¿Disculparse? ¿Por qué? ¿Por la llamada? Ay, no sé…

—*¡¡Ava!!*

El grito que me despierta atraviesa los altavoces del celular como un trueno. Me incorporo de golpe, llevándome la mano al pecho. Miro alrededor, con la respiración acelerada y sintiendo que el corazón se me va a salir por la boca. ¡Dios! ¿Qué demonios?

Parpadeo, intentando ubicarme, aunque está claro que estoy en mi dormitorio en la UMich. ¿Fue un sueño? ¿Estaba soñando?

—*Ava, ¿dónde estás? ¿Te despertaste?*

Busco la fuente del sonido y veo mi celular tirado cerca de la almohada. ¡Mierda! ¡Era Maggie!

—¡Maggie! —Levanto el celular, ya empezando a quejarme, pero me detengo al ver cuatro pares de ojos mirándome con seriedad. ¿Por qué mis hermanas me están mirando tan temprano? Me froto la cara, tratando de espantar el sueño y entender qué pasa. Pero, en serio, es demasiado temprano para pensar—. ¿Esto es otra intervención? ¿Ahora qué hice?

—*¿Cómo te sientes?* —pregunta Alex, y yo bostezo enorme.

—Lista para cometer fratricidio[16]. Llevo cuatro pendientes —murmuro, mientras sigo frotándome el rostro, hasta que el sentido común comienza a despertarse—. ¿Por qué todas me están llamando? —De repente, me pongo alerta—. ¿Pasó algo con la abuela? ¿Con mamá? ¿Con papá?

El mero pensamiento hace que la sangre se me enfríe, y el corazón, que apenas comenzaba a calmarse, vuelve a acelerarse.

—*¡No, no, no!* —se apura a tranquilizarme Elle, y yo respiro aliviada.

—¡Por Dios! —reclamo, todavía con la mano en el pecho—. ¡Me cago en la puta! ¿Qué demonios? ¿Por qué me están llamando tan temprano? Se los juro, si es una tontería, las voy a bloquear a todas por una semana entera.

—*En ese caso, solo compraríamos números nuevos y seguiríamos llamando* —dice Maggie encogiéndose de hombros.

—*¡Concéntrate, Maggie!* —la reprende Alex.

—Sí, enfocarse estaría muy bien, porque aún me quedan al menos tres horas de sueño. Así que, si pueden apurarse, se los agradecería muchísimo.

—*¡Ok! Abre Twitter* —sugiere Maggie, mientras las otras tres empiezan a quejarse—.

¿Qué? ¿No me dijeron que me concentrara?

—¡Era para concentrarse, no para ser una ogra insensible! El punto era suavizar el golpe, idiota —gruñe Elle, y yo frunzo el ceño. *¿De qué están hablando?*

En lugar de preguntar, minimizo la videollamada y toco el ícono de Twitter. La página carga, y el primer tuit es sobre el clima, el segundo sobre el gobierno y el tercero sobre hockey.

—Ya lo abrí —les aviso, pero al no recibir respuesta, miro la esquina de la pantalla donde aparecen las cuatro.

Elle y Alex están vestidas y maquilladas para trabajar, Maggie lleva ropa deportiva y el cabello en trenzas, y Lauren todavía tiene su pijama de seda y la gorra de dormir.

Mientras espero que hablen, abro la lupa y busco el perfil de Blabber. Es lo que hago todas las mañanas.

De repente, todo encaja. Ellas mencionaron algo sobre reducir el impacto, ¿no? Y todas saben que lo primero que hago al despertar es revisar el maldito Blabber.

Mi corazón se acelera otra vez. Cada segundo que pasa entre tocar el ícono del perfil de chismes y que la página cargue se siente como un martillazo en el pecho. Y el silencio de mis hermanas no ayuda.

Los primeros posts son respuestas a un tuit que el Blabber debió publicar mientras dormía. Nada tiene sentido.

“Cuando crees que no puede empeorar… ¡Pum, empeora!”

“Ahora todo tiene sentido, ¿no?”

“Yo sabía que había una apuesta detrás.”

“Esto ya parece un capítulo de Days of Our Lives[17]*, jajaja.”*

“¿Suerte? Claro que sí. ¿Se aceptan solicitudes para caridad?”

“¿Qué rayos? ¿Esto es un sueño?”

Sigo bajando, leyendo los comentarios sin entender nada, sintiendo cómo la ansiedad crece con cada palabra.

Cansada, estoy a punto de cerrar todo, colgarles y bloquearlas por una semana, cuando una palabra me hace detenerme. Es la última del tuit bajo mi dedo.

“Esto ya es material para un reality en Netflix... La Lista.”

Mis ojos vuelan hacia el cuaderno que no he tocado desde que Finnick me lo devolvió en el elevador hace meses. Ahí está, exactamente donde lo dejé, en mi escritorio.

Respiro profundo. Esto tiene que ser una maldita pesadilla… La culpa es de mis hermanas. Sacudo la cabeza y toco la respuesta para abrir el tuit.

La página carga. Ignoro la leyenda y voy directo a la imagen: una hoja de cuaderno. La abro, y lo que veo me hace inclinar la cabeza, parpadeando.

En la pantalla, para que todos lo vean, está *mi lista*. Pero la letra no es mía. Es la de Finnick.

Regla número 57

Bebe té cuando no debas.

FINNICK COLLEMAN

—Hola, querido. —Mi mamá me abraza apenas bajo del auto, en la puerta de la casa. No prolongamos el momento; estoy demasiado ansioso por revisarla, asegurarme de que todo esté bien con ella, buscando cualquier marca o señal de que algo anda mal.

—¿Estás bien? ¿De verdad estás bien?

Coloco mis manos sobre su rostro, y mis ojos recorren su cuerpo de arriba abajo con urgencia. Ella suelta una risita.

—Estoy perfecta, hijo. ¿Por qué no lo estaría?

Parpadeo, todavía nervioso, pero su sonrisa se mantiene, y no hay nada fuera de lugar en su cuerpo. Por fin me permito respirar con normalidad, algo que no había hecho en casi siete horas, desde que mi mamá me llamó anoche, ya muy tarde, diciéndome que necesitaba que viniera.

No pude esperar hasta la mañana. Compré el primer vuelo comercial que encontré, aunque tuviera escalas y significara pasar casi cinco horas en el aire.

Salí tan apurado que no llevé nada más que mi cartera y el celular. Ni siquiera agarré el cargador, y la batería se me acabó apenas llegué al aeropuerto.

—Me llamaste casi a medianoche diciendo que necesitabas que viniera.

—No pensé que lo tomarías tan literal.

—¿En serio, mamá?

Ella ríe y me abraza de nuevo.

—No lo imaginé, cariño. Vamos, entremos. —Me invita, y miro la casa detrás de ella.

No había vuelto aquí desde Acción de Gracias. Desde entonces he hablado con mi mamá todos los días, pero evitaba hablar de mi papá cada vez que yo tocaba el tema.

Cuando me llamó anoche… pensé que Wayne había hecho alguna estupidez, y no pude pensar en nada más que en llegar lo más rápido posible.

Ella se coloca a mi lado, rodeando mi hombro con su brazo, y da un paso hacia la puerta. Yo no me muevo.

—¿Dónde está?

No quiero verlo. Ni hablar con él. No todavía. Sé que tengo una promesa por cumplir, pero no estoy listo para enfrentar eso ahora.

—Está fuera por unos días. Solo estamos tú y yo. —Me asegura—. ¿Quieres comer algo? ¿O prefieres descansar del viaje? No tenías que pasar la noche en aeropuertos y aviones, hijo.

Seguimos parados en el recibidor, y ella cierra la puerta tras nosotros.

—Mamá, ¿por qué estoy aquí?

La miro de nuevo, y ella frunce los labios con determinación, adoptando esa expresión firme que tanto conozco.

—Primero vas a comer.

—Mamá…

—Nada de "mamá". Hablamos mientras tomamos café. La mesa ya está servida.

Resignado, acepto, y caminamos hasta el comedor. Mi mamá se sienta en la cabecera, y yo tomo la silla a su izquierda. Cuando estamos acomodados, retomo la conversación.

—Bien. Ya estamos aquí.

—Dije que primero comerías.

Ella toma un plato y empieza a servir un poco de todo. Me doy cuenta de que hay demasiada comida para dos personas y mucha más variedad de la que suelo comer. Aun así, coloca el plato frente a mí. Nada de preocuparse por mi dieta, al parecer. Eso sí es nuevo.

Me resigno y empiezo a comer.

—No creo que haya una forma fácil de decir esto —empieza mi mamá, una vez que termino mi plato—, así que iré directo al grano: decidí separarme de tu padre.

Parpadeo, sorprendido.

No es que me parezca mal. Por el amor de Dios, es lo mejor que podría haber pasado. Solo que no lo esperaba.

—No creo que necesites todos los detalles, pero ya eres adulto y puedes entender algunas cosas. No soy estúpida. Sé que tomé decisiones cuestionables respecto al comportamiento de Wayne, pero yo pensaba... —Mi mamá baja la mirada y esboza una sonrisa triste—. Pensaba que tenía derecho a comportarse así porque nos cuidaba. Creía que, al final, tenía buenas intenciones. Es una estupidez, lo sé, pero las personas hacen estupideces.

Tomo su mano sobre la mesa y entrelazo nuestros dedos.

—Mamá, no es tan sencillo. Wayne sabe ser muy convincente.

—Pero tú nunca te dejaste convencer. —Señala.

—También acepté muchas cosas.

—Por mí —añade ella—. Te lo dije, hijo. No soy estúpida, pero sí fui egoísta, lo admito.

—Hiciste lo mejor que podías con lo que tenías.

—Deja de ponerme excusas. Mis problemas no justifican que haya sido una pésima madre.

Mis cejas se alzan, no solo por el tono, sino por su elección de palabras. En todos estos años, desde que fue diagnosticada, mi madre nunca había hablado tan directamente sobre su situación.

—No fuiste una mala madre. Nunca.

—Estos últimos años, sí lo fui. Sé que, desde que terminaste la secundaria, solo seguiste escuchando a tu padre y volviendo a casa por mí. Siempre lo supe, pero tenía la esperanza de ser el motivo por el que ustedes dos se mantendrían unidos, en lugar de ser una carga para ti.

—Nunca fuiste una carga para mí, por favor —digo con convicción, y ella me dedica una sonrisa triste.

—Sí lo fui, pero ya no más. Este nuevo tratamiento... me dio una claridad que no había tenido en años, y también está Alice. Pobre chica. —Mi madre sacude la cabeza, como lamentándose.

—No lo es, ¿sabes? Ella tuvo suerte. Tiene una familia. Perdió a su madre demasiado joven, pero tiene un padre que es mejor de lo que Wayne podría ser jamás.

Mi madre extiende la mano para acariciar mi rostro.

—Me hubiera gustado elegir mejor. Por ti, querido. Lo siento tanto por eso.

Es raro. He deseado este momento durante años y, ahora que finalmente sucede, no sé exactamente qué hacer. No es que mi ruptura con Wayne dependiera ya de algo.

Desde lo que descubrí en las vacaciones, mis pensamientos sobre mi madre giraban solo en torno a cómo protegerla sin tener que lidiar con mi padre, porque mi relación con él está definitivamente rota.

Wayne tampoco ha intentado buscarme. Lo único que recibí fue un mensaje diciendo que me daría tiempo para poner las cosas en orden, como si mi distancia fuera una concesión suya en lugar de una decisión mía.

—¿Ya se lo dijiste?

—Sí, ayer, antes de llamarte.

—¿Y cómo reaccionó?

—Con muchas promesas vacías.

Claro que sí. Me masajeo las sienes al sentir el dolor de cabeza asomándose.

—Tengo algo de dinero guardado de trabajos de publicidad, no es suficiente para mantener el estilo de vida al que estás acostumbrada, pero el próximo otoño ya estaré jugando a nivel profesional y...

—¿Estilo de vida? ¿De qué estás hablando? —mi madre me interrumpe, frunciendo el ceño—. ¿Y cómo que no tienes suficiente?

—No creo que Wayne vaya a facilitar el divorcio. Seguro va a convertirlo en un infierno mediático, y creo que las cosas podrían complicarse económicamente...

—¿Económicamente...? —Me corta, pero detiene la frase a mitad de camino. Retrocede la cabeza, pestañea y levanta las cejas—. ¡Oh, querido! ¿Tú crees...? ¡Oh! —Deja escapar un largo suspiro y esconde el rostro entre las manos—. ¿Cuándo me volví una madre tan ausente? —murmura, más para sí misma que para mí, pero igual la escucho.

—Mamá, deja de decir eso. No eres una madre ausente —le digo, pero ella hace un sonido incrédulo con la garganta.

—Entonces, ¿por qué mi propio hijo cree que necesitamos el dinero de su padre? La prensa borró convenientemente mi vida y mi nombre antes de que me casara con un Colleman, por órdenes tuyas, no tengo dudas. Pero no me di cuenta de que estaba tan atrapada en mis

problemas y en el papel que interpreté todos estos años, que hasta tú, querido, terminaste creyéndolo.

Ahora soy yo quien hace una mueca de confusión, mis labios congelados en una especie de puchero mientras intento hablar. Pero no logro organizar mis pensamientos para formar una frase coherente.

—Vamos a estar bien, hijo. No tienes de qué preocuparte. Tu padre perdió todo lo que ganó en el deporte en las mesas de juego, hace años. Ha estado viviendo de mi herencia y de tu imagen de niño prodigio desde entonces.

—¿Qué?

—Todas las campañas publicitarias, los contratos de patrocinio... —Mi madre niega con la cabeza, igual de incrédula por el hecho de que yo no lo supiera, como yo lo estoy de que nunca me lo haya contado—. Nunca fueron ofertas para ti por él. Era él metiéndose en tus acuerdos para quedarse con parte del dinero, porque lo que era tuyo iba directo a tu fondo fiduciario.

Mi boca sigue en la misma posición mientras parpadeo, escuchando las palabras y entendiéndolas, pero incapaz de procesarlas por completo.

—¿Me estás diciendo que...?

—Tu padre está en bancarrota. Hace años. Y, hasta donde sé, terriblemente endeudado, ahora que me niego a pagar las cuentas de juego que siguió acumulando. Obviamente, no va a hacer del divorcio un circo mediático, porque la imagen es lo único que le queda.

—Pero él... Las amenazas...

Mi madre deja escapar una carcajada ahogada.

—Puras amenazas vacías. La única influencia que Wayne tenía en el deporte eras tú, querido. El talento que todos siempre supieron que tienes. La estrella que nunca dejó lugar a dudas. Pero, ¿qué quieres decir con que tienes poco dinero? ¿Te gastaste todo tu fondo fiduciario? Allí había suficiente dinero para mantener a generaciones de despilfarradores y...

—Mamá —la interrumpo, porque nada de lo que dice tiene sentido—. ¿Qué fondo fiduciario?

Regla número 58

Date cuenta de que la has cagado y acampa en la puerta de tu futura novia hasta que te conteste.

FINNICK COLLEMAN

Me doy cuenta de que debería haber encendido el maldito teléfono antes, cuando Ava rechaza mi quinta llamada, aunque tenía doce perdidas de ella esperándome.

Y sé que está decidiendo no contestar, porque en las veinte veces que intenté llamarla en los últimos minutos, siempre sonó una vez antes de que me enviara al buzón de voz. Ni siquiera está leyendo mis mensajes.

Después del café con mi mamá, necesitaba silencio, así que pasé todo el día con el teléfono apagado, incluso después de haberlo cargado. Pensé que Ava entendería cuando le explicara la situación por la noche, en cuanto regresara al campus.

Las palabras que escuché esta mañana siguen resonando en mi cabeza, incluso después de varias horas. Hay un fideicomiso[18] a mi nombre.

Un fondo millonario al que debía tener acceso el año pasado, cuando cumplí veintiún años, pero Wayne lo ocultó porque sabía que ese dinero era su mayor herramienta de control sobre mí.

Mi mamá llevaba años sin manejar nuestras finanzas, y si ni yo sospeché que mi papá sería capaz de algo tan vil, mucho menos lo haría ella. Todos estos años... Todo en lo que creí...

De pronto, todo tiene sentido. Comentarios, actitudes… Y sobre todo, el control enfermizo de mi padre, su obsesión con que no echara a perder nada y su insistencia en que fuera a jugar a Montreal. ¡Maldita sea!

¿Toda mi vida ha sido una mentira?

Al menos, la parte mala sí lo fue, y darme cuenta de eso es como ver cómo todas mis certezas se desmoronan, como una torre de cartas o una fila de dominós cayendo.

La cuestión es: ¿qué queda en pie?

Necesitaba silencio. Un rato a solas para ordenar mis pensamientos. Solo un día. Un día

sin escuchar a nadie más que a mí mismo.

Era un buen plan, pero esos idiotas del Blabberbox tienen demasiado tiempo libre y pésimo timing. Siempre encuentran la manera perfecta de cagarla cuando estoy a kilómetros de distancia.

El resultado es que dejé a Ava sola para lidiar con el caos del filtrado de su lista durante casi todo un día. Me enteré dos horas atrás, cuando el avión aterrizó en Michigan.

Esta vez es mucho peor que una simple foto nuestra publicada sin permiso. Lo que la gente está diciendo hace que la bronca que me echó el entrenador después de esa filtración parezca un paseo por el parque.

¡Puta madre! Me sostengo la cabeza entre las manos y cierro los ojos. Apretar la mandíbula hasta sentir dolor no está ayudando para nada.

Cuando encendí mi celular, se bloqueó con tantas notificaciones. Además de las llamadas y mensajes de Ava, también había un montón de intentos de Aiden por contactarme, y tantas alertas de Twitter que sería imposible contarlas.

¿Y si Ava ha creído lo que están diciendo? La gente no solo está compartiendo la lista, sino que también están diciendo, sin dudarlo, que ahora todo tiene sentido.

Según esas mentes retorcidas, la existencia de la lista significa que perdí una apuesta y tuve que cumplirla con Ava. Y como ya marqué todos los puntos, mi "castigo" terminó y yo mismo filtré la lista.

¿De dónde sacaron semejante estupidez? No tengo idea, pero eso es lo que menos me importa ahora. La pregunta principal es: ¿cómo demonios consiguieron la maldita lista?

Todo es un disparate. Ava no contesta ni responde mis mensajes, y cada vez es más difícil mantener la esperanza de que ella vea la verdad detrás de todo esto. Especialmente porque, en su momento, ella misma hizo la maldita broma del cliché de la apuesta de Cenicienta.

El Uber entra al campus, y mi pie golpea frenéticamente la alfombra del carro. La calefacción del coche no ayuda en nada al sudor frío que recorre mi frente, y en cuanto el auto se detiene frente al Yekelley Hall, prácticamente salto afuera.

Corro hacia un costado del edificio y miro la ventana de Ava, prefiriendo no usar la llave que tengo. Pero la ventana está cerrada, igual que las cortinas.

Entro por la puerta principal y subo a su habitación. Golpeo la puerta, pero solo el silencio me responde. Soy un imbécil. Claro que no está aquí, está enojadísima, ¡por supuesto!

Llego al Coffee & Chapters en tiempo récord, pero está cerrado y todas las luces apagadas.

—¡Mierda, mierda, mierda! —murmuro mientras saco el celular del bolsillo frente a la cafetería oscura.

Las hermanas de Ava me siguieron en Instagram hace semanas. Le mando un mensaje a Maggie, preguntando si Ava volvió a casa, decidido a escribirles también a las otras tres, esperando que alguna me responda rápido.

Maggie lo hace.

"No ha vuelto, y espero que tengas una muy buena explicación para lo que está pasando. Quedamos a la espera de que Ava nos actualice."

Corta y directa. Maldita sea.

Aprieto los ojos, tratando de pensar. Ava no está en su dormitorio, ni en la cafetería. *¿Dónde estás, amor? ¿Me estás ignorando?*

Abro los ojos de golpe y corro de vuelta al dormitorio. Golpeo la puerta otra vez. El silencio es lo único que recibo como respuesta.

—Ava, por favor —imploro—. Déjame entrar.

Presiono las palmas contra la madera, como si eso pudiera acercarme más a ella, de alguna forma. Ninguna respuesta. Golpeo una y otra vez, y el ruido empieza a llamar la atención.

A lo largo del pasillo, se abren y cierran puertas. Algunas chicas curiosas asoman la cabeza, tratando de ver qué sucede.

Por el rabillo del ojo, noto un celular apuntando en mi dirección. Me giro hacia la dueña del teléfono, irritado.

—¿Tienes algún puto problema?

Es justamente esa maldita manía de la gente de meter las narices lo que causó todo este desastre. Tal vez, si hubiera actuado antes, nada de esto habría pasado.

La chica guarda el celular con los ojos bien abiertos y regresa a su habitación con las mejillas encendidas. Llamo a Ava una vez más.

—Amor, por favor. Ava, por favor.

Le hablo a la nada durante media hora, hasta que acepto que no voy a obtener respuesta.

—Está bien, si no quieres hablar conmigo, lo entiendo —digo a través de la puerta—, pero no me voy a ir. No me iré hasta que hablemos.

Me siento en el suelo, apoyado contra su puerta. Ella no puede ignorarme para siempre, y yo no pienso moverme de aquí.

***

Esta vez, cuando se abre el paso hacia las escaleras, no me doy la vuelta. Ni siquiera cuando los pasos se acercan a mí.

Después de haber visto decenas de pares de piernas en las últimas horas, sé que la persona simplemente va a pasar a mi lado, entrar en su propio cuarto y tal vez publicar en Twitter que Finnick Colleman está tirado en la puerta del cuarto de Ava Harrington.

—Finnick.

Parpadeo, girando el rostro tan rápido que me siento mareado. No es una pasajera, después de todo. Ava está de pie, a mi lado, usando un abrigo enorme y mirándome con una expresión demasiado vacía para que pueda descifrarla.

—Hola... Saliste... —La última parte es para mí, no para ella, pero termino diciendo en voz alta.

—Fui a comprar unas donas.

—¿En Japón?

—Tan lejos como era posible. Necesitaba un respiro de este lugar.

Apreto los dientes, asintiendo, pero me levanto. Me acerco para abrazarla, pero Ava da un paso atrás.

—¿Y tú? ¿Dónde estabas?

—Necesité ir a casa, yo... Mi celular estaba apagado, no vi lo que pasó hasta esta noche, cuando volví.

Ella gira el rostro, evitando mis ojos, y asiente lentamente.

—Parece que se está convirtiendo en un patrón.

El comentario no es exactamente justo, pero al menos está hablando conmigo, y eso ya es mucho más de lo que pensé que tendría hace unas horas. No discuto.

—Tienes razón, lo siento mucho, Ava... —Es mi turno de desviar la mirada. Coloco mis manos en la cintura y me froto la cara, sintiéndome agotado de todo. Del viaje, de la conversación, del día... Humedezco los labios y muerdo el inferior antes de volver a mirar a Ava —. Lo siento, de verdad.

Ella sacude la cabeza con una sonrisa triste.

—Solo estás diciendo eso para que no discutamos.

—¿Quieres pelear conmigo?

—No lo sé, pero ahora me gustaría estar sola, si no te importa.

Ella da un paso hacia adelante, para abrir la puerta, pero yo no retrocedo.

—Me importa. —digo, y no extender la mano para tocarla es un sacrificio enorme—. Háblame, amor. Por favor.

—No quiero ser injusta otra vez, Finnick. Yo... —Ella hace una pausa y respira hondo—. Prefiero pensar con calma, y luego hablamos.

—No puedes realmente creer lo que están diciendo, Ava. —Cambio el peso de pierna, torturado por la distancia que está creando entre nosotros—. No puedes creer que todo fue solo una apuesta estúpida.

Ava respira hondo otra vez.

—Podría ser, pero no, no creo que lo haya sido. No creo que siquiera te molestes en involucrarte en algo así, pero cuando mucha gente dice algo, y solo una persona dice lo contrario, tal vez no sea todo el mundo el que esté equivocado.

—¿Qué quieres decir?

—Nadie entiende cómo puedo gustarte de verdad, Finnick. Y si soy honesta conmigo misma, yo tampoco lo entiendo. Pero acepté de buena gana lo que querías ofrecer, porque...

—Ava... —Ella sacude la cabeza de un lado a otro, interrumpiéndome.

—Me pediste que hablara contigo, y aquí estoy.

—Está bien.

—Acepté, porque nadie nunca me había ofrecido nada así antes. Estaba sola, tan sola y de tantas maneras diferentes. —Una risa amarga raspa su garganta cuando Ava mira hacia arriba—.

Y quería desesperadamente encajar... —Sus ojos bajan, y me miran, hay tanta tristeza en su rostro que me siento pequeño—. Solo quería ser como cualquier otra universitaria, alejarme de los problemas, no tener a la gente hablando de mí a cada paso que daba. Solo quería que me vieran como algo más que la Reina del Desastre. —Sus dientes se clavan en su labio inferior, y ella mueve la cabeza lentamente de un lado a otro—. Y fue tan fácil enamorarme de ti, Finnick... Tan fácil... Pero para ti —Sus hombros se levantan y caen—. Para ti, nuestra historia es solo una más... Solo que para mí es diferente... —Ava parpadea, y las lágrimas acumulándose en sus ojos hacen que los míos ardan. No quiero que llore, por Dios. Nunca—. Nadie nunca me había mirado como tú lo hiciste, porque nunca me había permitido ser vista de verdad, pero llegaste y cambiaste eso. Llegaste y cambiaste todo. —Admite en voz baja, su voz temblando como si decir todo esto hubiera sido demasiado. Aún así, baja la cabeza, se limpia la garganta, y solo después vuelve a mirarme—. Si es para bien o para mal, realmente necesito pensarlo para decidir.

—No puedo creer que estés haciendo esto. —Ahora soy yo el que sacude la cabeza de un lado a otro mientras mi corazón late con fuerza en mi pecho, y la angustia dentro de mí es tanta que parece salir por mis poros—. No puedo creer que me estés quitando la oportunidad de oírte decir que estás enamorada de mí por primera vez, diciéndomelo en un tono de despedida. ¿Eso es lo que estás haciendo, Ava? ¿Despidiéndote? ¿Terminando conmigo?

—No puedo terminar algo que nunca comenzó, Finnick. —Ella se encoge de hombros, pero una lágrima solitaria rueda por su mejilla y se esfuma discretamente—. No eres mi novio.

Sus palabras son un golpe físico que me hace retroceder dos pasos. Ava no me mira mientras introduce la llave en la cerradura, abre la puerta y entra, dejándome atrás sin darme ninguna oportunidad de responder.

Regla número 59

Sé la chica a la que el chico malo del hockey no pueda quitar los ojos de encima.

AVA HARRINGTON

—¡Tienes que venir! —insiste Alice, y yo sacudo la cabeza en señal de negación—. Es el partido más importante de la temporada hasta ahora. Todos estarán allí, sin excepción.

Dejo mi cuerpo caer hacia atrás, desplomándome en la cama de Kira, con solo las piernas colgando. Candice también está aquí, sentada frente al escritorio, mientras la fashionista entre nosotras la maquilla con los colores de los Lynx.

La última semana ha sido la peor que he pasado desde que llegué a Michigan, y eso es decir mucho, considerando que, durante mi primer mes aquí, fui acusada de incendiar una casa casi centenaria, hogar de una hermandad que mi bisabuela ayudó a fundar. Todo porque decidí hacer donas como un regalo para las chicas de la Delta en mi segundo día en la casa. Si el incendio hubiera comenzado en cualquier otro lugar que no fuera la cocina, nunca habría sido considerada culpable, pero empezó allí, y desde entonces, mi vida ha ido en picada, hasta que Finnick llegó.

Ahora que él ha irrumpido, rompiendo puertas y ventanas y luego se fue, siento que estoy pagando todos los problemas que tenía de una sola vez.

—No puede ponerse peor de lo que ya está, ¿verdad? —comenta Kira, directa como siempre, entrecerrando los ojos para ver si le gusta la sombra que acaba de aplicar en Candice.

Parpadeo, porque no, no puede.

Quiero decir, pensándolo bien, Finnick podría haber conseguido una chica durante la semana, y ella podría estar allí, gritando su nombre y usando una camiseta con su número, así como Candice y Kira llevan las camisetas con los números de sus novios. Así que, definitivamente, sí, podría empeorar.

—Vayan ustedes, chicas. Yo apoyaré a Gus y a Kill desde aquí.

Alice se recoge el cabello en una coleta, esperando su turno para ser modelo de Kira.

—Vamos, Ava. ¡Vamos! Prometemos protegerte de los buitres.

Su garantía me hace reír, aunque no tenga gracia, porque el hecho de que Finnick y yo no hayamos sido vistos juntos durante esta semana parece haber calmado la sed de los chismosos de UMich.

La gente todavía habla, pero no tan agresivamente como lo hacían desde que volvimos del feriado de Acción de Gracias.

—No iré a su partido. No me buscó en toda la semana, y ni siquiera entiendo lo que pasa en el hielo. No tengo nada que hacer allí.

Lo que no digo, sin embargo, es que ir al estadio significaría pasar todo el tiempo luchando por no mirar a Finnick y que estar tan cerca, aunque me sienta terriblemente lejos, solo intensificará el dolor con el que he estado lidiando en los últimos días.

Jesús, es como si de repente mi capacidad de respirar se hubiera reducido a la mitad y estuviera constantemente con aire atrapado en los pulmones. Aire que sería muy útil circulando por mis vías respiratorias.

—¿Te hubiera gustado que él hablara contigo? —pregunta Candice con su tono siempre dulce, y respiro hondo. Dios mío, ¡sí, cómo quisiera!

—Quisiera que le importara lo suficiente para intentar más de una vez, ¿sabes? Quería tanto no tener razón cuando le dije todas esas cosas... Pero, al parecer, tenía razón.

Mi tono es tan triste como me siento, y limpio una lágrima rebelde antes de que caiga por mi rostro.

—Te estás complicando mucho las cosas, Ava. Si quieres estar con el chico, no tienes que esperar a que él venga a ti. Ve tú hacia él y luego haz que sufra por haberte hecho esperar —sugiere Kira, provocando otra risa triste en mí. Ojalá fuera tan simple.

—Kira tiene razón, ¿sabes? —dice Candice, sorprendiéndome. No imaginaba que ella estuviera de acuerdo.

—No voy a correr detrás de alguien que no le interesa —digo, porque al final, siempre ha sido ese mi mayor miedo.

De todos los clichés en los que podría haberme convertido, claro que el imán de desastres que traigo dentro elegiría el amor no correspondido. Debería haberme esforzado más por mantenerme a salvo, pero ¿cómo?

¿Cómo resistir a esas sonrisas y risas rasposas? ¿A esas horas de conversación sobre todo y nada? ¿Cómo resistir la forma en que Finnick me miraba, haciéndome sentir la persona más

importante del mundo?

Le dije que aún tenía que decidir si el cambio que su llegada causó en mí era bueno o malo, que no sabía si abrirme y permitirme ser vista con todas mis vulnerabilidades era positivo o no.

Cada día que paso sintiendo su ausencia de manera casi física, me convenzo más de que fue una elección absolutamente estúpida.

Nunca debí haber permitido que se acercara tanto, que me involucrara, que me hiciera desear con tantas ganas lo que parecía ansioso por ofrecer.

¡Idiota! Mil veces idiota.

Vuelvo a sentarme en la cama, porque quedarme acostada solo me hace más emocional y, en un rato, voy a llorar como un bebé. De nuevo.

—¿Estás enamorada de él? —pregunta Alice tan pronto como nuestras miradas se cruzan, y no sé por qué, pero que sea ella quien lo pregunte hace que las palabras parezcan aún más importantes de lo que son.

¿Por qué negar lo que está escrito en mi frente?

—Sí.

—¿Y fuiste a buscarlo?

—No.

—¡Exactamente! ¿Alguna vez se te ocurrió que él solo estaba haciendo lo que le pediste? Y que, mientras lo hacía, se sentía tan miserable como tú?

La forma en que habla Alice deja muy claro que no está especulando. Ella sabe de lo que está hablando.

—¿Lo viste? —pregunto en voz baja, sabiendo que no debería hacerlo—. ¿Lo viste esta semana? —Ella asiente, confirmando que sí—. ¿Y cómo estaba?

—Un desastre. Nunca lo vi así, Ava, y lo conozco desde que nací. Dale una oportunidad. Vamos al partido y, si quieres volver a casa, en cualquier momento, vamos contigo. Solo... míralo una vez más antes de decidir sobre tu vida para siempre, ¿sabes?

Muerdo mi labio, dividida, pero sintiendo el corazón latir rápido ante la mera posibilidad de que él esté tan devastado como yo.

No es una pelea justa cuando todas tus amigas son animadoras del equipo de hockey porque sus novios están en él.

—Está bien —digo en voz baja, muriéndome de miedo de que todo esto termine siendo solo otra razón más en la pila que me hará llorar acurrucada en la cama más tarde.

Para llegar hasta aquí, vine con miedo, así que tal vez valga la pena enfrentar esto una vez más si eso significa salir de esta situación.

Por favor, Nick. Prometiste nunca dejarme caer.

***

Los Lynx van ganando, pero yo no podría sentirme más perdedora. Finnick no me ha mirado ni una vez y, después de dos períodos completos, estoy al límite.

Es patético, pero realmente necesito ir a mi cuarto a llorar. Respiro profundo y muerdo mi labio, obligando a las lágrimas a quedarse en su lugar. Me niego a darle más razones a las personas que ya no dejan de mirarme cada vez que pueden.

No sé qué esperaba que pasara. Y, claro, eso es una gran mentira. Sé perfectamente lo que esperaba.

Esperaba sentir el magnetismo de la primera vez que vi un partido de Finnick. Esperaba que su mirada me encontrara entre la multitud, y más que nada, esperaba ver en sus ojos la misma nostalgia sofocante que sé que se refleja en los míos.

¿Por qué rompí mi propia regla? Era simple. ¡Todo lo que tenía que hacer era guardarme el maldito corazón! En lugar de eso, lo entregué todo como una idiota: cuerpo, alma y mente.

¿El resultado? Pasar la última hora intentando, sin éxito, mantener mis ojos en cualquier cosa que no fuera el jugador con la camiseta número ocho. Finnick ha jugado con la misma precisión de siempre y ha marcado los tres goles hasta ahora.

Mientras Kill corrió directo hacia Candice para celebrar su gol, y Gus dedicó todas sus atajadas a Kira con besos al aire, yo no recibí ni una mirada. Claro que me siento horrible por eso, pero no puedo evitar sentir envidia de mis amigas.

No debí venir. Definitivamente no debí. Me giro para decirles a las chicas que me voy, pero un alboroto me hace volver a mirar hacia la pista de hielo.

Contengo la respiración al ver a Finnick regresar al centro de la pista, solo, con un micrófono en la mano en lugar de su stick. Se desliza hasta quedar en medio de la pista y se coloca de frente hacia la sección donde estoy.

Finalmente, su mirada se cruza con la mía.

Me sostiene la mirada por lo que parece ser una eternidad, y siento que podría desmoronarme aquí mismo, en medio de la multitud que acaba de volverse invisible para mí.

Quiero moverme y salir corriendo, pero estoy congelada en mi lugar. Mi corazón late en la garganta, y mis ojos no pueden pestañear ni apartarse de los suyos. Todas las cosas que creo ver en ellos son imposibles de distinguir desde esta distancia, pero eso no evita que las sienta reales.

—Hola, Universidad de Michigan. ¿Cómo la están pasando esta noche?

Su voz grave retumba en los altavoces, y es otro golpe directo a mi corazón, porque, ¡Dios! ¡Cómo extrañaba su voz! Las gradas estallan en gritos y saltos, haciendo temblar el suelo.

—Espero que estén disfrutando del partido —dice, y la multitud responde con más gritos —. Enseguida volvemos al juego, pero estoy aquí porque necesito aclarar un malentendido. Les prometo que esto va a valer la pena.

Trago saliva, sintiendo el sudor en cada centímetro de mi piel, completamente paralizada.

—Últimamente se han dicho algunas cosas sobre mí y alguien muy especial... —Finnick se ríe y sacude la cabeza, pero sigue mirándome—. ¡Especial, las pelotas! Ella es mucho más que eso. Es la persona más increíble, inteligente y divertida que he conocido.

La audiencia se vuelve loca, y siento cómo las miradas se clavan en mí, pero ninguna logra distraerme de él.

—Se ha especulado mucho sobre si estamos juntos o no —continúa—. Así que voy a decirlo de una vez: sí, lo estábamos. Y sinceramente espero que lo sigamos estando. Y cualquiera que diga que fue por otra razón que no sea que estoy perdidamente enamorado de ella, no tiene ni idea de lo que habla.

Mis ojos se llenan de lágrimas que no puedo detener. Entrecruzo los dedos frente a mi pecho, sin escuchar nada más allá de su voz, aunque sé que es imposible que todo esté tan silencioso.

—Podría pasarme toda la noche, días enteros, incluso años, enumerando las razones por las que me enamoré de Ava Harrington. Pero en lugar de eso, voy a compartir algunas razones por las que no necesito haber perdido una apuesta para pasar mi tiempo con ella. La verdad es que yo me ofrecí de voluntario.

La gente a mi alrededor se mueve y grita, pero no los escucho.

—La elegí porque es divertidísima y tiene un pésimo sentido del humor, pero su manera

de contar chistes te hace reír igual. La elegí porque es el tipo de persona que realmente escucha y se preocupa por lo que dices. Eso es raro hoy en día. La elegí porque es capaz de decirte lo que necesitas escuchar, aunque no quieras oírlo. ¿Sabían que el primer día que nos conocimos me mandó al carajo y luego me llamó idiota?

La multitud estalla en carcajadas.

—La elegí porque tuvo el valor de admitir que nunca había sido valiente, algo que mi propia cobardía jamás me dejó hacer. Porque tiene esa manía graciosa de organizar todo, aunque después lo vuelva un desastre. Y porque usa audífonos con orejas de gato y baila mientras cocina. La elegí porque la admiro. Y también porque es hermosa y jodidamente sexy. Me ofrecí de voluntario porque era diferente a todo lo que conocía y, sin embargo, me aterrorizaba ser un cliché.

Hace una pausa, larga y profunda. En ese momento, parece que solo existimos él y yo en el mundo.

—Y porque la elegí, Ava, me enamoré de ti. Irrevocablemente. Hubo tantas veces en que quise decírtelo, pero no lo hice porque pensé que era solo un voluntario. Y muchas más en las que quise tirar tu lista y escribir una nueva contigo, una que fuera nuestra. Porque contigo encontré el coraje para dejar de ser un cobarde y empezar a escribir mi propia lista.

Inspiro temblorosa, sintiendo cómo mis emociones me ahogan.

—Sé que no estoy en las gradas, que no estoy cantando, ni tengo una banda, y sé que esto no es una lista de diez cosas que odio de ti. Pero no puedo apartar mis ojos de ti, Ava Margareth Harrington. Te amo con todo lo que soy capaz de amar.

Finnick levanta la mano hacia las gradas y da una vuelta sobre sí mismo, dirigiéndose al público.

—Bajo sus asientos encontrarán una hoja de checklist en blanco. Mi invitación es que la llenen con cosas que nunca se atrevieron a hacer y la coloquen anónimamente en los cestos.

Un grupo de animadoras aparece al frente de las gradas, cargando enormes cestos de plástico.

—Dejen que otros conozcan sus deseos más ocultos y, tal vez, eso les dé el coraje de hacerlos realidad. —Sus ojos vuelven a fijarse en mí—. Tu lista no era de cosas vergonzosas, Ava. Era una lista hermosa, honesta e inocente, igual que tú. Si quieres llenar esa lista conmigo, te estaré esperando en nuestro lugar de siempre, después del partido.

Finnick sale de la pista y desaparece por la entrada al vestuario, dejándome con el corazón

en la mano y una certeza: más que nunca, necesito salir de aquí.

Regla número 60

¡Sé un cliché!

AVA HARRINGTON

La puerta de servicio de la cocina se abre, y Finnick entra con toda su gloria de jugador victorioso. Lleva puestos unos jeans y la camiseta de los Lynx, su cabello aún está mojado por la ducha, y tal vez esté loca, pero siento que en cuanto llegó, su olor invadió toda la cocina del Coffee & Chapters.

Muerdo mi labio, pero eso no me detiene ni por dos segundos. Me lanzo a sus brazos, y él me sostiene con fuerza. Ninguno de los dos dice nada por un largo rato; solo nos quedamos abrazados, absorbiendo el calor del otro, el aroma, la presencia.

Cuando finalmente reúno el valor para apartar mi rostro del hueco de su cuello, busco su boca, pero él retrocede, alejándola de mí. Parpadeo, confundida.

—No vas a empezar aprovechándote de mí tan rápido —advierte, con aire pretencioso.

Suelto un bufido. Jesús, cómo extrañaba esto también.

—Bueno, pase lo que pase, las reglas son reglas. No puedes romper el acuerdo hasta que termine. Esa regla la inventaste tú —le recuerdo, rodeando su cuello con mis brazos.

—¡Eres una auténtica cretina, Ava Margareth Harrington!

—¡Ahora estás arruinando mi declaración! ¿Cómo me vas a insultar cuando intento ser romántica?

—Claro, muy romántica —se burla, estirando los laterales de su camiseta de los Lynx y mostrando cómo la arrugué con mi agarre.

—Eso fue un accidente —me defiendo, desviando la mirada para disimular.

Finnick entrecierra los ojos, claramente sin creerme ni una palabra.

—Iba a decir cosas bonitas antes, lo juro.

—Claro que sí —dice, pero la curva en sus labios deja muy claro lo poco que me cree.

—¡Tengo pruebas!

Respiro hondo y, a regañadientes, me alejo de él. Tomo la bandeja de donas que dejé en la barra y se la muestro, orgullosa de mi declaración improvisada, hecha con el poco tiempo que tuve.

Las donas sin azúcar ya estaban listas, ahora que las agregué al menú fijo de la cafetería. Solo tuve que decorarlas con algunas frases.

“Te amo, voluntario.”

“Te amo, compañero de clase.”

“Te amo, socio de biblioteca.”

“Te amo, mi primera vez.”

“Te amo, mi estrella del hockey.”

“Te amo, Finnick Ryder Colleman.”

Nick alza la mirada cuando termina de leerlas todas, y un enorme sonrisa aparece en su rostro. Mi sonrisa. Con hoyuelos y todo.

—Yo también te amo, Ava Margareth Harrington.

Entonces toma la bandeja de mis manos, la deja sobre la mesa a su lado y, por fin, me besa.

Regla número 61

Besa a tu voluntario hasta que el mundo se calle.

AVA HARRINGTON

La yema de mis dedos recorre la piel de Finnick, subiendo y bajando, mientras mi mente intenta procesar todo lo que me dijo después de despertar. Bueno, después de despertarnos y tener sexo unas cuantas veces.

Anoche fue un borrón de besos, caricias y sexo. Por más que quisiera escuchar sus explicaciones sobre su desaparición de hace unos días, estaba demasiado desesperada como para poner cualquier cosa por encima de mi necesidad de estar con Nick.

Pensé que ninguna palabra sería más importante que su boca en la mía o su aroma volviendo a impregnarse en mis sábanas. Ahora, casi me siento culpable por eso. *¿Qué clase de pésima futura novia me convierte en eso? ¡Carajo!*

—Lo siento —es todo lo que se me ocurre decir, porque de verdad lo siento.

Cuando encontré a Nick en mi cuarto, de regreso del feriado de Acción de Gracias, estaba claro que algo serio había pasado.

Jamás lo presionaría para que me dijera qué era, así que le di la opción de hablar si quería, y me sentí bien sabiendo que al menos pude mejorar su ánimo un poco. Él me contaría cuando estuviera listo, si lo consideraba necesario, y para mí eso sería suficiente.

Nadie entiende mejor que yo que amar y ser amado no significa que tengas que compartir todas tus heridas e inseguridades con la otra persona. He vivido eso demasiadas veces con mi familia.

Pero nunca habría imaginado algo así. Alice es hermana de Finnick. Hija de su papá… con la empleada de la casa. Y lo peor ni siquiera es la traición. ¡Jesús! ¡Qué locura!

Mi amiga me había insinuado que algo estaba pasando, pero no me dio detalles. Ahora me siento un poco estúpida por haber sido tan dramática con la desaparición de Nick, porque él realmente tenía razones para irse.

—No tienes por qué disculparte, amor. Wayne no merece ni un solo sentimiento tuyo, bueno o malo.

Los dedos de Nick, enredados en mi cabello, masajean mi cuero cabelludo de forma relajante. Me giro en la cama y ruedo sobre su cuerpo, apoyándome completamente desnuda sobre él.

—Lo siento por ti. Lamento que te hayas enterado de esa manera, que tuvieras que pasar por todo esto y que aún estés lidiando con ello. Y siento haber sido una idiota sin saber lo que estaba pasando.

—No fuiste una idiota —me asegura, acariciando mi mejilla con el pulgar—. No podías saberlo. Fue una serie de situaciones desafortunadas.

Frunzo los labios, sin sentirme mucho mejor por sus excusas. Exhalo un largo suspiro.

—Te lo digo en serio —insiste Finnick—. Esta culpa no es tuya.

—Debería haberte dejado hablar, solo que… Tenía miedo —confieso.

—Y eso también es completamente válido. Habías sido expuesta de una forma que nadie debería experimentar, y cuando me necesitaste, no estuve ahí. Tenías derecho a sentir miedo, amor. Y a estar enojada también.

Hundí mi rostro en la curva de su cuello y aspiré profundamente su aroma.

—Lo siento —repito—. No solo por cómo reaccioné, sino por todo. Siento que tengas que pasar por esto.

—Yo no soy la víctima en esta situación, amor.

—Creo que sí lo eres. De hecho, creo que todos ustedes lo son: tú, tu madre y Alice. Tu papá es un monstruo.

Frunzo el ceño tras soltar esa última frase.

—¿Cómo es posible que hasta ahora solo haya escuchado cosas buenas sobre él?

—Wayne es un gran actor. Podría dedicarse a eso si quisiera.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a revelar todo esto?

—No lo sé. Por mí, lo destruiría por completo, pero esto es más que mi enojo. Está Alice, que solo quiere libertad, y mi mamá, que ya pasó demasiado tiempo siendo prisionera de las idioteces de Wayne. Yo… —Nick suspira, apretándome más fuerte contra su cuerpo—no lo sé.

Rozo nuestras narices y beso sus labios suavemente varias veces.

—No tienes que decidir nada ahora.

Él asiente despacio, cerrando los ojos mientras sigo cubriéndolo de amor. Amor. *Jesús, realmente lo amo.*

Mi corazón late rápido en mi pecho, incluso en un momento tan simple como este, solo porque estoy aquí, pegada a Finnick. No me quedan dudas.

—Te amo —susurro contra sus labios, y Nick abre los ojos al mismo tiempo que sonríe de forma radiante.

—¿Puedes decirlo otra vez? —me pide suavemente, arrancándome una carcajada.

—Te amo —repito, y él nos gira en la cama.

—Mierda, es tan bueno escuchar eso. —Sus labios bajan lentamente por la curva de mi mandíbula—. Creo que nunca me voy a cansar.

—¿Solo de escucharlo? —lo provoco mientras besa mi hombro, lamiendo una pequeña cicatriz que tengo allí, recuerdo de una de las tantas veces en las que me fracturé el brazo en algún accidente en casa.

—Y de decirlo, amor. Yo también te amo, Ava. —Sus ojos se clavan en los míos, y mi corazón se acelera aún más, arrastrando mi respiración en un ritmo irregular—. Y de besarte. —Su boca regresa a la mía, reclamando mis labios con un beso lento, intenso y delicioso.

No tengo palabras para consolarlo ante la mierda en la que está metido, así que dejo que mi cuerpo hable por mí.

Nos envolvemos el uno en el otro: en nuestros brazos, en nuestras bocas, en nuestros olores, hasta que todo lo que no sea "nosotros" desaparece por completo. Sé que no es una solución, pero por ahora, espero que sea suficiente.

Regla número 62

¡Llama primero!

FINNICK COLLEMAN

¡Puta madre! Parece que la semana que pasé sin besar a Ava nunca va a ser suficiente para compensar, porque mientras más se enreda mi lengua con la suya, más necesito su sabor.

Básicamente no nos hemos despegado ni un segundo en toda la última semana. Estamos más obsesionados el uno con el otro ahora que después de Halloween, y aun así no parece suficiente para aliviar la maldita falta que me hicieron esos siete días lejos de ella.

Ava separa nuestras bocas. Jadeando, ambos levantamos la vista al mismo tiempo hacia la rama de muérdago colgando del arco frente al Yekelley Hall. Nos reímos, y le robo otro beso rápido antes de dar un paso al costado.

—No puedo creer que ya tengamos que separarnos otra vez —murmura Ava, frotando su nariz contra mi pecho. Le doy un beso en el cabello, sintiendo exactamente lo mismo que ella.

—Estás súper pegajosa —me burlo—. Creo que necesito algo de espacio.

Ava me da un golpe suave en el brazo, sin mucha fuerza, pero gimo exageradamente, fingiendo que dolió, solo para hacerla reír. Sonríe, claramente satisfecha.

—¿Segura que no quieres venir conmigo? Invita a tu mamá, a mi familia le encantaría —pregunta, inclinando la cabeza hacia atrás, con los ojos fijos en los míos.

Rozo nuestras narices y vuelvo a besarla.

—Tengo que hacerlo por mi hermana —le recuerdo, y Ava asiente con una sonrisa leve.

—Alice va a estar feliz de que le lleves a su familia allá. No tengo duda. —Se pone de puntitas y, como la ladrona de besos que es, se roba otro más—. ¿Puedo quedarme unos días más? Te ayudo con todo: el almuerzo, la decoración…

Niego con la cabeza porque, si se queda un día más, la única decoración que veremos será la de su cuarto, y la única organización que haremos será decidir cuánto tiempo pasamos en cada posición. Estoy jodidamente obsesionado con ella, y no me da vergüenza decirlo.

—Yo puedo con todo, amor. Y no quiero atrasarte, ya te quedaste dos días más de lo que

planeabas. Si pospones otra vez, tus hermanas van a venir aquí a buscarte.

—Cierto, la Navidad en casa de los Harrington es cosa seria.

La forma en que lo dice me hace reír, y se roba otro beso antes de que pueda decir algo.

—Feliz Navidad, Dulcecita.

Le doy un beso en la punta de la nariz y la envuelvo en mis brazos, aspirando su aroma como si fuera la última vez en días.

—Feliz Navidad, amor —responde, aferrándose a mí.

Nos separamos, pero volvemos a mirar el muérdago y damos un paso más para quedar justo debajo. Nuestras bocas se buscan, desesperadas, y el beso me hace querer tirarla sobre mi hombro y encerrarla en un cuarto, no solo por un mes, sino por todo el maldito año.

Pero no lo hago.

—Te llamo —dice, jadeando, cuando se separa de mí.

—No, si yo te llamo antes.

Caminamos hasta el auto que la espera a unos metros. Abro la puerta trasera para que entre. Ava sube y cierra la puerta, y el coche arranca. Mientras lo veo alejarse, saco mi celular del bolsillo y hago una llamada.

—*¿Qué pasó?* —contesta ella al otro lado de la línea.

—Nada más quería recordarte que te amo.

Ella suelta una risita.

—*Lo sé. Y yo también te amo.*

Regla número 63

Que te sorprendan con un regalo mejor que un cachorro de Golden Retriever.

AVA HARRINGTON

—*¿Tenían un escenario?* —pregunta Nick cuando termino de contarle la historia de cómo Maggie se disfrazó de Beyoncé anoche.

—¡Es el *Harrington Christmas*! Claro que teníamos un escenario. Pequeño, pero ahí estaba. De hecho, todavía no lo desmontan; lo harán después de Año Nuevo.

Nick se ríe a carcajadas, y yo salgo del baño después de cepillarme los dientes y acomodar mi cabello. Sé que, por más que quiera seguir hablando con él, si no bajo a desayunar, me van a venir a buscar aquí arriba.

—Me alegra que todo haya salido bien en el almuerzo de la fraternidad ayer —digo.

—*Sí, estuvo genial. Creo que Levine va a estar orgulloso.*

—Mira quién lo dice, ¡Finnick Colleman queriendo complacer al entrenador!

—*Es que... conocí a una chica, ¿sabes? Creo que su dulzura me está contagiando.*

Echo la cabeza hacia atrás y suelto una carcajada.

—¡Idiota! ¿Y tu mamá? ¿Está bien?

—*Sí, va a viajar con mi tía... Esa que ni siquiera conozco todavía.*

—Es una locura que tu mamá haya estado tan alejada de su familia por culpa de tu papá.

Es triste también, pero guardo ese pensamiento para mí.

—*Sí... pero estoy contento de que se esté acercando de nuevo. Me da paz saber que no estará sola cuando yo no pueda estar ahí.*

—Sí, eso es bueno.

—*Todo está tan bien que cuesta creerlo.*

—¿Y quién dice que el próximo año no descubres que la Navidad con los Gardner también es cosa seria? —bromeo, y él se ríe—. Es una espada de doble filo. Quedas advertido.

La risa grave de Finnick llena mis oídos, y yo suspiro. ¡Lo vi hace menos de una semana, por Dios!

—*Anotado, Dulcecita.*

Su respuesta me hace recordar el partido contra los Ferris y cómo Nick les pidió a todos que escribieran sus deseos más secretos.

Según me contaron las chicas después, la gente lo hizo de verdad, y al final del partido, las canastas con los deseos se repartieron por los alrededores del estadio. Cada quien pudo leer los deseos de los demás sin saber quién los había escrito.

Fue la manera de Finnick para que mi lista no fuera la única expuesta. Nunca imaginé que alguien pudiera darle la vuelta a una situación así y usar una humillación pública a su favor con tanta maestría, pero Nick lo hizo.

No sabemos quién filtró mi lista, solo que la libreta que Nick guardó en el bolsillo externo de mi mochila se perdió. Probablemente, quien la encontró es la misma persona que la expuso. Podría haber sido cualquiera. Pero ya no importa.

—Tengo que ir antes de que me vengan a buscar —le aviso, saliendo de mi cuarto—. Te extraño, hablamos por videollamada más tarde.

—*Nos vemos luego... A menos que yo te encuentre primero, amor.*

Nick cuelga, y yo frunzo el ceño mirando la pantalla apagada mientras bajo las escaleras.

Al levantar la vista a mitad de los escalones, me encuentro con... Nick. Ahí está, sentado en el sofá rodeado por mi familia, descalzo, con jeans, una camiseta negra y esa maldita sonrisa que tanto me gusta.

—Voté por regalarte un perro de Navidad —comenta Maggie—, pero perdí la votación, así que te trajeron esto.

Señala a Nick, y yo no puedo evitarlo; me echo a reír.

***

La última nota del piano suena, y Nick aplaude exageradamente. Yo ruedo los ojos, burlándome, pero no puedo evitar la calidez que se expande en mi pecho. Lleva casi un día entero aquí, y aún no logro creerlo. *¡Jesús, qué ridícula me he vuelto!*

—¡Ava Margareth Harrington! —dice mi nombre completo como siempre que quiere provocarme—. ¿Qué otros talentos me has estado ocultando?

—Ah, sé hacer galletas en forma de ositos musculosos —le recuerdo, y Finnick suelta una carcajada.

—¡Ese es un talento muy útil!

—No tienes idea.

—Me engañaste, amor —acusa, apoyándose en el lateral del piano antes de sentarse junto a mí en el banquito.

Aunque yo soy mucho más pequeña que él, el pobre asiento no es suficiente para los dos. Así que, antes de que pueda reaccionar, Nick me levanta y me acomoda sobre sus piernas musculosas.

Quizá debería preocuparme por la posibilidad de que alguien nos encuentre en esta posición, porque aunque estamos solos en la sala de música, no estamos solos en casa. Pero para algo deben servir las hermanas, ¿no?

Sé que ninguna de ellas dejará que alguien se acerque a la puerta mientras estemos aquí. Nick rodea mi cintura con sus brazos, y un suspiro involuntario se me escapa.

—¿Cómo te engañé?

—Me dijiste que tus clases de música no habían funcionado.

—Y no funcionaron —murmuro, cerrando los ojos mientras su nariz recorre suavemente mi mandíbula hasta mi hombro—. Esta es la única canción que sé tocar.

Nick chasquea la lengua.

—¿De verdad, amor?

—De verdad.

—Aun así, tendrás que pagar por haberme engañado. Fue un engaño menor, pero engaño al fin.

Abro los ojos y lo encuentro mirándome con esa sonrisa suya de medio lado.

—¿Ah, sí?

—Sí. No puedo fomentar ese comportamiento. La confianza es la base de cualquier relación, amor.

Me río y me humedezco los labios.

—¿Y cómo piensas cobrar esa deuda? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—En besos, amor. ¿De qué otra forma sería?

Sus labios se pegan a los míos, y yo me rindo completamente al dominio de su lengua, sin molestarme en preguntar cuántos besos serán, porque no tengo dudas: será un número ridículo e imposible de saldar, incluso con todas las equivalencias del mundo.

Acaba de atraparme en una deuda eterna, y aunque debería protestar, todo lo que puedo hacer es sonreír, porque creo que nunca he sido tan feliz.

Regla número 64

¡Di que sí!

FINNICK COLLEMAN

—Tenemos que dejar de hacer esto en serio —dice Ava, riéndose, mientras se menea un poco para acomodar el vestido sobre sus piernas—. ¿Me revisas si el cierre quedó bien?

—Tratamos de parar. —La jalo de la cintura hasta que su espalda queda a unos treinta centímetros de mi pecho. Subo el cierre, que estaba un poco abierto, y beso su hombro descubierto por el vestido blanco de cuello halter—. Pero no podemos. Es más fuerte que nosotros, ¿sabes? En realidad, somos unas víctimas... Por eso estamos escondidos en la casa de la piscina.

—¿Será que algún día mejoraremos? —pregunta, dándose la vuelta hacia mí.

Acomoda el cuello de mi camisa y abrocha el tercer botón, echando un vistazo para asegurarse de que estoy presentable. La dejo hacer. No queremos escandalizar a la abuela Jane apareciendo en la fiesta de Año Nuevo con la ropa toda desarreglada.

Mi Dulcecita asiente con satisfacción, y acaricio su rostro.

—Espero que no.

Mi cuerpo se inclina hacia ella, listo para enredarse con el suyo de nuevo, y nuestros labios ya están casi tocándose cuando, desde afuera, se oye el “cuatro” de la cuenta regresiva para el Año Nuevo.

—¡Dios, Nick!

Suelto una carcajada y le ofrezco la mano. Salimos del rincón donde nos habíamos escondido para manosearnos con tranquilidad, justo cuando la cuenta llega al “dos”. Encontrar un buen lugar con vista despejada en el jardín de los Harrington es fácil, y levantamos la vista.

—¡Uno! —gritamos junto con el resto de los invitados, y los fuegos artificiales estallan en el cielo sobre nosotros.

El espectáculo es hermoso, pero nada comparado con la expresión fascinada en el rostro de Ava. Después de descubrir eso, ya no puedo concentrarme en otra cosa.

—¿Qué pasa? —pregunta, notando que no le quito la mirada de encima.

—Nunca lo aceptaste, ¿verdad?

—¿Aceptar qué? —responde entre divertida y confundida.

—Ser mi novia —digo, y ella lanza una carcajada, echando la cabeza hacia atrás.

—¡Pensé que se daba por hecho!

—¡Eres una desgraciada! —Se ríe aún más—. ¿Quieres ser mi novia, amor? —pregunto mientras los fuegos siguen brillando sobre nosotros.

Ava muerde su labio y se toma su tiempo para responderme, disfrutando hacerme sufrir.

—¡Sí, amor! ¡Sí quiero!

EPÍLOGO

¡Sea el símbolo (o el número) de su nuevo comienzo!

AVA HARRINGTON

Meses después…

Me giro hacia la pantalla enorme colgada en la pared, con el corazón latiendo a mil por hora. No es por el hecho de que ahora pueda seguir un partido de hockey sin sentirme completamente perdida.

Cuento los segundos sin prestar atención a ninguna de las palabras del hombre con el micrófono en la mano. No hasta que Finnick, sudoroso, aparece junto a él, sosteniendo su palo en una mano y el casco en la otra.

—¡Colleman! ¿Qué se siente debutar como profesional? —le pregunta el reportero, acercándole el micrófono a la boca.

Mis ojos están pegados a la pantalla del palco, aunque todo mi cuerpo vibra con ganas de salir corriendo por las escaleras para encontrarme con él allá abajo.

Nick se pasa la mano por el cabello húmedo, todavía respirando agitado tras el partido recién terminado. En su rostro está la misma expresión seria que solía mostrar por el campus de la Universidad de Michigan el año pasado, aunque desde aquí arriba puedo sentir cómo el estadio tiembla mientras la multitud corea su apellido: "¡Colleman! ¡Colleman!".

Nick metió seis de los siete goles del partido.

—Es increíble. Estoy agradecido por esta bienvenida, y mi compromiso es dar lo mejor para honrar el respeto que este deporte me ha brindado.

—Sorprendiste a todos al romper tu precontrato con Montreal para firmar con los Red Wings. Y hoy nos diste otra sorpresa: dejaste el número ocho, que habías usado desde las ligas menores, y entraste al hielo con el número veintiséis. ¿Podrías contarnos el motivo?

El reportero lo mira con curiosidad, esperando la respuesta que seguramente todos los fans de hockey se están haciendo esta noche.

Finnick me había dicho que tenía una sorpresa para esta noche, pero no quiso contarme cuál era. Cuando lo vi entrar al hielo, en su debut como profesional, llevando el veintiséis en

lugar del número que siempre había simbolizado el legado de su padre, sentí que el pecho me estallaba de orgullo.

—Todo el mundo sabe por qué usé el número ocho hasta el año pasado. Pero esta es una nueva etapa para mí, y quería que empezara conectada a alguien verdaderamente importante para mí, no al legado de otra persona.

—¿Y por qué es especial ese número para ti? ¿Nos lo puedes contar?

Por primera vez en la entrevista, Nick sonríe. Y no es cualquier sonrisa. Es mi sonrisa.

—Veintiséis es el número que cambió mi vida. Hace un año, quedé atrapado en un ascensor con una chica loca durante veintiséis minutos.

Me llevo las manos a la boca y mis ojos se abren como platos. ¿Se acordó de ese día? Yo sí lo recordaba, pero pensé que era solo una tontería mía, así que nunca mencioné nada.

Apenas soy consciente de que mis hermanas están gritando a mi alrededor y de que todas las miradas del palco están puestas en mí. Pero no puedo apartar la vista de la pantalla. De él.

—Esos fueron los veintiséis minutos más importantes de mi vida. Me trajeron a la persona más importante para mí, sin la cual no estaría aquí hoy. No habría querido compartir este momento con nadie más —termina diciendo Finnick, y ya estoy llorando.

—¿Estamos hablando de Ava Harrington?

—Definitivamente, estamos hablando de Ava Harrington.

Salgo corriendo.

Cruzo la puerta del palco como una ráfaga y bajo las escaleras como un vendaval. Nadie me detiene, porque ser yo tiene que tener alguna ventaja, ¿no?

Bajo los escalones de dos en dos hasta llegar al pasillo que da a la pista. El guardia de seguridad, que debería detenerme, o siente lástima o miedo de mí, porque me deja pasar. La sonrisa de Finnick se ensancha en cuanto me ve.

Se aleja del entrevistador, pero eso no me importa. Aunque siguiera en plena entrevista, no me habría detenido. Me lanzo a sus brazos, rodeando su cintura con mis piernas, y él me sostiene con fuerza, manteniéndonos firmes.

—¿Veintiséis? ¡Eres tan cliché! —me burlo, aunque las lágrimas siguen corriendo por mis mejillas.

—Somos cliché, amor —responde, acariciando mi rostro con el pulgar.

Todas las cámaras nos apuntan, disparando flashes y grabando videos que seguramente estarán por todos lados en cuestión de minutos. Con la visión periférica, noto que también estamos en la pantalla gigante. Pero no me importa. Nada importa, excepto él.

—El mayor y más hermoso cliché de todos los tiempos —susurra contra mis labios—. Un cliché imperfecto.

AGRADECIMIENTOS

El último libro de 2023.

Estoy inmensamente feliz de cerrar el año con la misma sensación con la que lo comencé: la de ser consumida por una historia hasta que vivirla fuera la única forma de seguir viviendo.

Contar una historia siempre es un proceso increíble y loco, y con esta no sería diferente. Comencé *Manual del cliché imperfecto* un poco desconfiada de esta pareja, ¿saben? Que no me malinterpreten, pero yo prefiero personas maduras, con la cabeza en su lugar y que hablen para resolver sus problemas.

¿Escribir sobre dos universitarios? Me costaba creer que eso realmente funcionaría, pero funcionó. ¡Funcionó muchísimo!
Con cada página, Ava y Finnick me conquistaron, y ahora escribo estos agradecimientos con el corazón lleno: de amor, de entusiasmo, de ansiedad y, principalmente, de una enorme gratitud hacia ellos por haber creído en mí, incluso cuando yo aún dudaba de ellos.

Pero además de estos increíbles personajes, hay una larga lista de personas a quienes debo agradecer por la joya que realmente creo que este libro se convirtió.

En primer lugar, como siempre, a @Dios, por haberme permitido llegar hasta aqui.

Luego, agradezco a alguien que siempre está en mis agradecimientos como amiga, lectora beta y compañera de aventuras, pero que esta vez tiene un lugar nuevo y muy especial. Gracias, Jenniffer Fógos, por ser la mejor productora narrativa y lectora crítica que podría haber tenido.

Tengo que agradecer inmensamente a las tres autoras que aceptaron embarcarse en esta aventura UMichiana conmigo. Olivia Uviplais, Hellen R.P. y Karen Santos, sin ustedes, nada de esto habría sido posible. Gracias.

Gracias, esposo, por estar siempre conmigo. Uno más para nuestra cuenta.

Gracias a mi equipo que hizo posible este lanzamiento. Lo logramos. Y gracias a ti, querida lectora, por haber llegado hasta aquí.
Nos vemos en 2024.

Ah, ¡y sígueme en Instagram! @lola.belluci.autora

[1] El draft es un acontecimiento anual de la NFL (Liga Nacional de Fútbol Americano) en el que los equipos de la NFL seleccionan a los jugadores universitarios elegibles para entrar en la liga profesional de fútbol americano. El draft es uno de los principales medios por los que los equipos de la NFL refuerzan sus plantillas con jóvenes talentos y nuevos jugadores.

[2] "Off season" es una expresión inglesa que se refiere al periodo fuera de la temporada de un deporte o actividad específicos.

[3] El Super Bowl es la final del campeonato de la National Football League (NFL), la principal liga de fútbol americano de Estados Unidos. Es el partido más importante de la temporada de la NFL y uno de los acontecimientos deportivos más vistos y populares del mundo.

[4] Las Estrellas Michelin son un sello de calidad y excelencia en la cocina y gozan de gran prestigio en el sector gastronómico. Se conceden sobre la base de rigurosas evaluaciones realizadas por inspectores anónimos de Michelin, que visitan los restaurantes de incógnito para evaluar la calidad de la comida, el servicio y el ambiente.

[5] El equipo masculino de hockey sobre hielo Denver Pioneers es un programa universitario de hockey sobre hielo de la División I de la National Collegiate Athletic Association que representa a la Universidad de Denver.

[6] La animación es una actividad en la que los participantes animan a su equipo como forma de aliento. Puede ir desde corear eslóganes hasta una intensa actividad física. Puede realizarse para motivar a equipos deportivos, para entretener al público o para competir.

[7] Personaje ficticio de la serie de libros "Los Juegos del Hambre", escrita por Suzanne Collins. La serie consta de tres libros: "Los juegos del hambre", "En llamas" y "Esperanza". Katniss es la protagonista de la historia y desempeña un papel central en la lucha contra un gobierno totalitario opresor en un mundo distópico.

[8] Los Juegos del Hambre es una serie de libros de ficción distópica escrita por la autora estadounidense Suzanne Collins. La serie consta de tres libros principales: Los juegos del hambre, En llamas y Esperanza.

[9] El Mister Olympia es un prestigioso concurso internacional de culturismo, considerado uno de los más importantes del mundo. Está dirigida a culturistas profesionales masculinos y se celebra anualmente. El evento recibe su nombre en honor del Monte Olimpo, la montaña de la mitología griega asociada a los dioses.

[10] El Apple Watch es un reloj inteligente desarrollado y fabricado por Apple Inc. Se trata de un dispositivo wearable que combina las funcionalidades de un reloj con las de un dispositivo electrónico inteligente.

[11] La canción "Can't Take My Eyes Off You" es un clásico romántico que saltó a la fama en los años 60, interpretado por Frankie Valli y que forma parte de la icónica escena final de la película "10 cosas que odio de ti" cuando el personaje Patrick Verona, interpretado por Heath Ledger, ofrece una actuación improvisada en el campo de fútbol del colegio para conquistar el corazón de Kat Stratford, interpretada por Julia Stiles.

[12] "Diez cosas que odio de ti" es una comedia romántica adolescente estrenada en 1999, dirigida por Gil Junger y protagonizada por Heath Ledger, Julia Stiles y Joseph Gordon-Levitt, entre otros. La película es una adaptación moderna de la obra de William Shakespeare "La fierecilla domada", ambientada en un instituto de Estados Unidos.

[13] La experiencia griega en las universidades estadounidenses se refiere a la importante influencia de las fraternidades y hermandades griegas en los campus universitarios de Estados Unidos. Estas organizaciones sociales, comúnmente conocidas como "vida griega", desempeñan un papel destacado en la vida estudiantil, ofreciendo a los estudiantes oportunidades de socialización, liderazgo y participación en la comunidad.
Las fraternidades y hermandades griegas tienen una larga historia en las universidades estadounidenses, con raíces que se remontan a principios del siglo XIX. Destacan por fomentar una red de amistades y conexiones que persisten a lo largo de la vida, así como por sus actividades filantrópicas y de servicio a la comunidad.

[14] El estadio de hockey de la Universidad de Michigan, conocido como Yost Ice Arena, es un lugar emblemático del hockey universitario. El estadio lleva el nombre de Fielding H. Yost, una figura importante en la historia deportiva de la universidad.

[15] Culturista es un término que se utiliza a menudo para describir a un deportista dedicado al culturismo. El culturismo es una disciplina deportiva que consiste en desarrollar y esculpir el cuerpo mediante ejercicios de resistencia y entrenamiento con pesas.

[16] Fratricidio es un término que describe el asesinato de un ser humano en manos de su propio hermano.

[17] Days of our Lives es una telenovela estadounidense emitida originalmente en la NBC desde su estreno en 1965. El programa se hizo famoso por sus giros argumentales y situaciones absurdas. Lleva en el aire cincuenta y nueve años.

[18] Un fideicomiso es un acuerdo legal y financiero en el que una persona transfiere bienes a otra persona o institución para que los gestione en beneficio de un tercero.